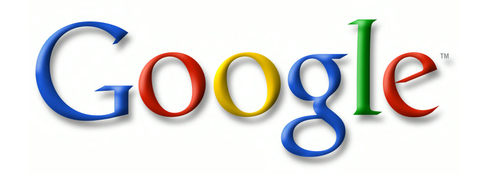



BIBLIOTECA
DE
AUTORES MEJICANOS
ENGEL. REL

cop. 2

BIBLIOTECA

DE AUTORES MEJICANOS

FERNANDO CALDERON

OBRAS
POÉTICAS

DE

FERNANDO CALDERON

NUEVA EDICION

VERACRUZ — PUEBLA
LIBRERIAS
« LA ILUSTRACION »

PARIS
A. DONNAMETTE
81, CALLE DES SAINTS-PÈRES, 81

1883

ALGUNOS RASGOS BIOGRÁFICOS

DE FERNANDO CALDERON

Acababa de consumarse nuestra independencia política, y la sangre de Iturbide á un humeaba en Padilla. En pos del efímero imperio de Agustin 1.º, la República mexicana, llena de vigor y gloria, se presentaba ante los ojos atónitos de la vieja Europa con el irresistible encanto que rodea á la juventud, y con esa aureola de deslumbrante prestigio que tanto embellece á los pueblos que, á fuerza de sacrificios y heroísmo, llegan á conquistar un distinguido asiento entre las naciones libres y civilizadas de la tierra.

Era el año 1825.

Existia entónces en la bella Guadalajara una asociacion político-literaria, que por sus aspiraciones de progreso, sus tendencias altamente liberales y por la ilustracion y talentos que abrigaba en su seno, no podia ménos que atraerse las simpatías de lo más granado en la poética é importante capital de Jalisco. Entre los miembros de «la Estrella polar» (tal era la denominacion de aquella sociedad) figuraban, en primera línea, Valentin Gómez Farías, Luis de la Rosa y otros personajes, que, si entónces no eran más que una dulce y halagadora promesa para la República, fuéron más tarde timbres de gloria



para ella y motivo de justo y levantado orgullo para la patria.

A las sesiones que con frecuencia celebraba « la Estrella polar » concurria, siempre entre los primeros, un jóven de aspecto simpático, de dulce é interesante mirada, de brillante inteligencia y de corazon sensible y generoso. Era *Fernando Calderon*. El fuego patrio que abrasaba el corazon de Farías, las frases conmovedoras y elocuentes de Rosa, y el ardiente entusiasmo que en todas épocas ha desplegado la juventud jalisciense en favor de la libertad y del progreso, contribuyeron de la manera más eficaz á formar el carácter distintivo de nuestro poeta. Alma noble y corazon lleno de ternura, Calderon recogió con religioso respeto, con la abnegacion de un mártir, esas ideas liberales y patrióticas que tanto se conformaban con sus propios sentimientos é inclinaciones, jurando desde entónces que todo su valor, todo su talento y su sangre toda, serian consagrados á la causa del pueblo, y sacrificados, si era preciso, en defensa de los principios liberales. Ya verémos un poco más adelante cuán bien supo cumplir su generosa promesa.

Por los años 1826 y 1827, Calderon, ya de regreso en Zacatécas, su país natal, escribió *Reinaldo y Elisa*, *Zadig*, *Zeila*, *Armandina*, *Los políticos del dia*, *Ramiro*, *Ifigenia y Hersilia y Virginia*, dramas que su autor no creyó conveniente dar á la estampa, ni que formasen parte de esta coleccion, pero que con mayor ó menor entusiasmo, aunque siempre con aplauso, fuéron representados en los teatros de Guadalajara, Zacatécas y otras ciudades del interior de la República.

Llegamos al año 1835, que forma una época notable en la vida de nuestro poeta. La dictadura militar acababa de rasgar con la punta de sus bayonetas la constitucion democrática de 1824, y se dirigia amenazadora y sedienta de sangre contra el Estado de Zacatécas, que no habia temido desafiar las iras del tirano. Calderon recuerda entónces sus promesas, su patriótico juramento, y arrojando léjos de sí la deliciosa lira, empuña denodado la

espada del guerrero, y se bate como un héroe en la sangrienta batalla de Guadalupe, librada á inmediaciones de Zacatécas. Desastroso fué para los constitucionalistas el resultado del encuentro: las tropas del general Santa Anna obtuvieron una completa victoria, y entre los prisioneros zacatecanos se contó al inolvidable autor de « El soldado de la libertad », herido peligrosamente en el campo de batalla. El brutal acero de un soldado abrió el cráneo del artista, y en poco estuvo que con la vida del ilustre Calderon, hubiera perdido la patria una gran parte de las composiciones líricas y todas las dramáticas que forman este precioso volúmen.

Apénas convaleciente, el poeta fué trasladado á la capital de la nacion, que se le designó como lugar donde debiera residir, por cuanto su presencia en Zacatécas era una amenaza temible para la tiranía que se habia enseñoreado de la República.

¿Quién ignora entre nosotros la utilidad y el lustre que proporcionó á las letras patrias la asociacion creada en San Juan de Letran? Academia fundada por algunos jóvenes entusiastas, impulsados únicamente por el estímulo de la gloria y sin contar con más recursos que los muy escasos que ellos mismos pudieron proporcionarse. En esa inmortal Academia fué donde se formaron los Ramirez y los Prietos, los Lacunzas y los Rodríguez Galvan, los Navarros y los Paynos, y tantos y tan ilustres poetas y prosistas, cuyas obras literarias forman sin duda una de las más preciadas joyas con que México se engalana.

En esa reunion de jóvenes ilustrados, Calderon obtuvo desde su arribo á la capital, la acogida más benévola y amistosa. Se le recibió en ella como á un distinguido socio de la Academia lateranense, se le encomendaron algunos trabajos honrosos, y alcanzó en fin ardientes y entusiastas aplausos cuando con voz conmovida y simpática dió lectura de dos de sus bellísimas composiciones líricas, intituladas « El sueño del tirano » y « El soldado de la libertad, » que, como un testimonio de gratitud y

cariño fraternal, dedicó á sus amados consocios. Ya tendrán ocasion nuestros ilustrados lectores de saborear las bellezas literarias en que abundan esas dos notables poesías, las mejores acaso de las contenidas en este libro.

Durante su permanencia ó destierro en México, Calderon se hizo notable, ya no sólo por sus principios políticos y sus sacrificios en favor de la causa del pueblo, por su renombre como adalid esforzado de la libertad y por la fama que le daban sus talentos poéticos, sino muy especialmente por la generosidad de su levantado corazon, que no podia ménos que colocarle muy por encima de la envidia : defecto lamentable en que, por lo comun, incurre la mayor parte de los artistas, de quienes nuestro poeta se mostró siempre admirador, favoreredor y amigo. Varios rasgos nobilísimos de Calderon pudieramos referir á nuestros lectores, y ellos serian, á no dudarlo, la mejor prueba en favor de nuestro aserto; pero ni nos creemos autorizados para revelarlos al público, ni tampoco nos lo permitirían hacerlo las pocas líneas que consagramos á la parte biográfica de nuestro inolvidable poeta. Baste para dar á conocer el magnánimo corazon y los sentimientos generosos del vate zacatecano, la tierna, la conmovedora relacion que nos ha referido el inimitable y popular Fidel, de quien hemos recibido la autorizacion bastante para darla á la estampa.

Prieto, nuestro querido hermano Prieto, con voz profundamente conmovida, y casi pudiéramos decir, empapada en lágrimas, nos referia lo siguiente :

« Amargos, muy amargos fuéron los primeros años de mi juventud. El único, pero dulcísimo consuelo que yo tenia en medio de los padecimientos que me rodeaban y de las miserias con que luchaba de continuo, era mi madre, mi santa madre, esa mitad preciosa de mi alma, cuya memoria bendigo enternecido. Mas ¡ ay ! mi madre estaba enferma, y llegó un dia en que ya no le fué posible dejar la cama. Esta situacion lastimosa de mi madre que-

rida, vino á complicar horriblemente la mia : mi escasísimo sueldo, que apénas podia medio cubrir nuestras más precisas necesidades, era imposible que alcanzase á llenar otras nuevas y más costosas : se agotaron en consecuencia mis recursos ; y dias hubo en que, careciendo yo de alimento, desesperado y casi loco, hube de regresar á mi pobre casa, sin haber conseguido el valor de las medicinas para mi adorada enferma. »

« Ademas, el doctor que la curaba creia indispensable al restablecimiento de una salud tan delicada, que mi madre respirase un aire más puro que el que la ahogaba en México. Me aconsejaba que la llevase á Tambaya ; que la alimentase de una manera más conveniente y nutritiva, y que le porpocionara ciertos goces y algunas distraciones, reclamadas imperiosamente por sus enfermedades físicas y por la atonía moral en que se encontraba su espíritu. Mi situacion era horrible, y los martirios de mi corazon se multiplicaban de dia en dia. »

« Vino al fin uno en que mi alma se sintió hecha pedazos, y con lágrimas en los ojos y el dolor más intenso en el pecho, sollozando, me salí de la casa. Mil siniestros pensamientos cruzaban por mi mente ; como un loco vagaba yo por las calles, y las blasfemias se escapaban de mis labios : estaba desesperado. No sé cuanto tiempo duró aquella espantosa borrasca de mi corazon, de la que vino á sacarme una voz que me llamaba por mi nombre. »

« — ¡ Señor Prieto ! ¡ señor Prieto ! me dijo un desconocido. Va Vd muy preocupado sin duda, pues tiempo há que le llamo, sin haber logrado hasta ahora el que Vd me oyera. ¿ Tendría Vd la bondad de escucharme un momento? »

« — Mande Vd lo que guste, — le contesté deteniéndome. »

« — Mi escritorio está ahí enfrente, y allá diré à Vd el motivo que me obliga á interrumpir su marcha. »

« El desconocido me indicó la casa número ** de la calle de Capuchinas, en qué nos hallábamos ; se dirigió hácia el escritorio, yo le seguí sin decir ni una palabra. »

« Entramos en el despacho, y, despues de invitarme á tomar asiento, mi interlocutor me habló así : »

« — Señor Prieto, una persona desconocida tal vez para Vd, y cuyo nombre no me es dado revelar, ha depositado en mi poder una cantidad de dinero, suplicándome la entregue á Vd, previo el recibo correspondiente. ¿Está Vd dispuesto á recibirla? »

« — Pero, señor, — murmuré yo con voz casi ininteligible ; — Vd sin duda sufre una equivocacion. Nadie me debe ni un solo peso, y no sé cómo pudiera..... »

« — Tal vez sea una devolucion que se hace á la familia de Vd »

« — Pero..... »

« — Señor Prieto, Vd es muy dueño de hacer lo que mejor le plazca; mas no me parece un acto de cordura el que Vd se niegue á recibir la cantidad de que le he hablado, tanto ménos cuanto que no se le exige sino un simple recibo, que Vd extenderá de la manera que guste. »

« Estas juiciosas reflexiones, el estado en que mi pobre madre se encontraba, el recuerdo de mi triste miseria y el horror que me inspiraba mi corazon, cuya última tempestad me habia espantado, todo contribuyó á poner un término á mi indecision. Me resolví á tomar el dinero y dije á mi desconocido : »

« — Sea enhorabuena..... ¿Por qué cantidad he de extender el recibo? »

« — Por doscientos pesos. »

« Con mano febril y el corazon henchido de gozo escribí y firmé el documento : recibí el dinero, y en alas de la más intensa alegría, volé al lecho de mi santa madre. »

« El bienestar y la salud convirtieron en un paraiso de ventura el infierno de mi pobre hogar, merced á la mano generosa que tan á tiempo me habia facilitado aquellos recursos. Nuevos auxilios se me proporcionaron por el mismo conducto, sin que yo lograse describir el nombre de mi benefactor, hasta que una casualidad vino á reve-

lármelo. Al recibir por tercera vez una cantidad que hacia ascender mi deuda á más de quinientos pesos, observé que al asentarse la partida era con cargo á D. Fernando Calderon. El gran poeta zacatecano habia sido, pues, el ángel de caridad á quien debiamos, mi buena madre la salud, y yo tal vez la vida. Quise desde luego manifestarle mi profundo reconocimiento, y me dirigé á su casa. »

« Cuando llegué á ella, Calderon se desayunaba. Me recibió con el afecto que mostraba siempre á sus consocios lateranenses, me invitó á que tomase alguna cosa en su compañía, y me suplicó que le manifestara cuál era el objeto de mi visita. »

« Yo le hablé entónces con todo el fuego, con el entusiasmo ardiente de que es susceptible una alma agradecida : procuré mostrarle la intensidad de mi gratitud, el reconocimiento de mi corazon por los beneficios que me habia hecho, y concluí rogándole me indicara de qué manera me sería posible devolverle las cantidades que por su cuenta se me habian suministrado. »

« Calderon me escuchó en silencio y como preocupado. »

« Cuando acabé de hablar, me miró con fijeza, hizo un ligero movimiento de hombros, y me dijo en un tono frío que me heló la sangre : »

« — Y bien, señor Prieto, no puedo negarlo, el dinero que Vd ha recibido salió de mi bolsillo que, por desgracia, no se halla muy abundante ; y supuesto que Vd quiere devolverme la cantidad que le he proporcionado, acepto la oferta, y Vd. me hará con el pago un verdadero servicio. Sírvase Vd indicarme los términos en qué podrá hacerme la devolucion, y yo agregaré algunas condiciones que aseguren mi crédito. »

« Estas palabras venian á destruir una de mis más bellas ilusiones : el artista, el poeta, se trasformaba en el hombre de negocios, en el insensible calculista, que acaso pretendería abusar de mi difícil situacion. »

— « Sr. D. Fernando, — le contesté con el corazon

oprimido de amargura, — grande, muy grande es el servicio que Vd me ha hecho, y mi gratitud será eterna. La deuda que con Vd. he contraído asciende á algunos centenares de pesos, y mi sueldo, mi mezquino sueldo, no llega á veinte pesos cada mes. Ya Vd vé cuán cortos son mis recursos, y el pago no podré hacerlo sino en proporcion á ellos. Separaré para Vd la tercera parte, la mitad de lo que gano, y la otra mitad la consagraré á mi pobre y santa madre; pero puedo en las horas que me deje libre mi destino, servirle á Vd como escribiente, ó de la manera que guste. Lo que deseo es cubrir el crédito de Vd y, á fin de lograrlo, trabajaré sin descanso, de dia, de noche, á todas horas. Esto es, Sr Calderon, lo que puedo hacer : ¿ quiere Vd más ? »

— « Todo me parece muy bien, Sr Prieto; pero necesito algunas seguridades. »

— « ¿ Y cuáles podré ofrecer en mi triste situacion? »

« Calderon, sin contestarme, tomó una hoja de papel; escribió en ella algunas palabras; y entregándome lo que había escrito : »

— « Vea Vd Sr Prieto — me dijo con un tono de voz que no olvidaré nunca; — vea Vd sí le convienen esas condiciones. »

« Tomé el papel; devoré las palabras en él contenidas, y:

— ¡ Hermano mio ! ¡ hermano mio ! — exclamé desde lo más intimo de mi corazon. — ¡ Hermano ! ¡ Hermano querido ! »

« Un torrente de lágrimas inundó al mismo tiempo mis mejillas. Ante mi alma reconocida, Calderon aparecia grande, sublime, como mi juvenil y exaltada imaginacion se lo habia representado en sus delirios de poeta y de patriota. Le veia rodeado de un brillo deslumbrador, de algo que me parecia divino. »

« ¿ Qué era, pues, lo que contenia aquella hoja de papel? Las siguientes frases, cuyo inmenso valor sólo comprenderán los corazones generosos : »

« — Si me das el dulce nombre de hermano, habrás-

« satisfecho con usura el corto servicio que me debes.
« ¿Aceptarás esta condicion de tu hermano Fernando? »

. . . .

La relacion que antecede es el más cumplido elogio que puede hacerse del noble corazon con que plugo á la naturaleza dotar al dulce poeta zacatecano. ¡Feliz quien debe al cielo un don de tanto precio, y feliz tambien el que puede estimar en todo su valor un rasgo tan bello y generoso!

A fines de 1837, nuestro poeta regresaba á Zacatécas, cuyas puertas le abria la magnanimidad del Sr general Tornel, ministro entónces de guerra y marina. Este ilustrado protector de la juventud estudiosa y Mecenas entusiasta de los poetas y sabios mexicanos, decia en una carta referente á Calderon : « *El genio no tiene enemigos y los talentos deben respetarse por lás revoluciones.* » Rasgo que honra al Sr Tornel, y que es uno de los mejores timbres de gloria para su nombre esclarecido.

En los años siguientes y bajo la influencia de las doctrinas y los principios literarios de la escuela romántica, dominante entónces, el vate zacatecano dió á luz los dramas. « El Torneo », « Ana Bolena » y « Herman ó la vuelta del cruzado », que fuéron acogidos con extraordinario calor y representados con aplauso en todos los teatros de la República. Tambien escribió por el mismo tiempo la comedia « A ninguna de las tres », modelada en las del célebre poeta español D. Manuel Breton de los Herreros, cuyas bellísimas producciones dramáticas formaban en aquella época las delicias de los mexicanos.

Tales fuéron las últimas y muy notables composiciones literarias de Calderon. Su lira no volvió á sonar más, y el poeta se consagró á las ocupaciones y á los cuidados domésticos. Su dolorosa y precoz vejez se vió minada por crueles enfermedades y amargada por los reveses é infortunios de la patria.

Y no podia ser de otro modo : el patriotismo de Calderon, herido profundamente por los desastres de México en

su lucha con la ambiciosa y formidable República de los Estados Unidos de América, ese patriotismo de que el poeta había dado tan relevantes pruebas y que le había colocado entre los más distinguidos hijos del Anáhuac; ese patriotismo sólo comparable con el de un héroe romano en los mejores tiempos del pueblo-rey, y que era para Calderon la llama vital que conservaba su quebrantada existencia; ese patriotismo se sintió humillado con nuestras derrotas y se extinguió al fin con el último suspiro del bardo. El autor de « El soldado de la libertad » no podia sobrevivir á nuestra vergüenza, sellada por la mano del vencedor en los tratados de paz de Guadalupe Hidalgo.

¡ Gloria al patriota ! ¡ Renombre inmortal al poeta !

Ligero es el exámen que nos proponemos hacer de las poesías líricas y dramáticas del poeta zacatecano. Y preciso es que así sea, ya se atienda al poco espacio de que disponemos en este libro para llevar á cabo nuestro trabajo, y ya principalmente porque ni nuestros conocimientos ni nuestra capacidad nos dan derecho para escribir un verdadero juicio crítico de las obras de Calderon.

Hecha esta advertencia, comencemos desde luego.

En toda composicion literaria debemos atender á la esencia, ó sea el pensamiento, y á la forma, ó sea la manera con que se expresa aquello que se piensa, se quiere ó se siente.

Si aplicamos esta doctrina á las poesías de Calderon, preciso nos será confesar que, en su esencia, los pensamientos raras veces se levantan sobre la esfera de lo ordinario ó comun; algunos otros son falsos, y pocos, muy pocos nuevos y brillantes. La forma, aunque fácil, armoniosa y abundante, con frecuencia es incorrecta, particularmente en la parte prosódica; defecto en que por desgracia han incurrido muchos de nuestros más esclarecidos poetas. Y, sin embargo de todo, las composiciones del vate zacatecano tienen tanto sentimiento, hay en ellas tal ternura, llevan consigo un *no sé qué* de divino, que no pueden ménos de arrebatarnos, seducirnos y cautivarnos.

Por eso no nos fijamos en los defectos, por eso despreciamos los lunares, por eso nos sentimos embelesados con la lectura de estas poesías : ellas son el eco de un sentimiento, la expresion de un alma con la que gozamos ó sufrimos, con la que desfallecemos ó nos levantamos en alas de la esperanza que nos hace distinguir horizontes más bellos, dias más tranquilos y felices ; ellas son, en resúmen, el himno, la súplica ó el gemido de un corazon que simpatiza con el nuestro, y al que acompañamos con ternura en la trasfiguracion brillante de su Tabor, en la crucifixion dolorosa de su Calvario.

Si la poesía no es más que « la representacion sensible del bello ideal por medio de la palabra », preciso es aplicar á Calderon el epiteto de poeta, y de notable y sentido poeta, no obstante sus faltas é incorrecciones, así en la esencia como en la forma.

Y, en verdad, ¿ quién no se entusiasma con la lectura de la siguiente estrofa? :

Vuela, vuela, corcel mio
        Denodado ;
No abatan tu noble brio
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado :
        Y mil veces
        Has oído
        Su estallido
        Aterrador,
        Como un canto
        De victoria,
        De tu gloria
        Precursor.
Entre hierros con oprobio
Gocen otros de la paz ;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Esta sola estrofa, á falta de mejores títulos, valdría á su autor el envidiable dictado de poeta.

Fijemos ahora nuestra atencion, siquiera sea por un momento, en la poesía intitulada. « El sueño del tirano. »

¡Qué valentía en los pensamientos! ¡Qué belleza en el colorido! ¡Cuánta verdad en la descripcion!

........; Gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran :
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo : en su alma impura
La amistad, el amor son nombres vanos
Que jamas comprendió.......

Erízanse los cabellos, se experimenta una angustia horrible y se vé algo parecido á las creaciones terríficas del Dante, cuando Calderon nos dice en seguida.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta
Con un sordo siniestro crugir :
A su diestra y siniestra divisa
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos del viento agitados
Le parece que escucha gemir.....

En nuestro humilde juicio esta composicion y la que intituló. « El soldado de la libertad, » — de la que hemos citado ya una estrofa, — inmortalizarán á Calderon, y le darán un lugar muy distinguido entre los mejores poetas mexicanos.

Escuchémosle ahora cuando pulsa la lira del Petrarca, y canta con ternura esa dulcísima y terrible pasion que llamamos amor.

¡ Con qué sentimiento, con qué profundo sentimiento dice el enamorado vate :

Las almas que el cielo junta
¿Quién pudiera desunirlas?
No, nuestro amor será eterno
Á otra más brillante vida
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mias!

Tierna tambien, intensamente tierna es la composicion

que lleva por título « ¡ Una memoria ! » cuya lectura recomendamos á las almas sensibles.

Sería, en verdad, necesario para apreciar todos y cada una de las bellezas que encierra este volúmen, trasladar aquí la mayor parte de las composiciones en él contenidas. Baste lo que dejamos copiado para que se vea que su autor fué un poeta, y un gran poeta, no obstante las faltas en que incurrió y de las que, con sentimiento, pasamos á ocuparnos.

Hemos dicho que la entonacion de sus versos raras veces se levanta sobre la esfera de lo comun, y ahora nos será preciso añadir que en ocasiones se arrastra hasta tocar en lo vulgar y prosáico. Ejemplo de ello :

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro;
Si ha exhalado algun suspiro
Despues que me separé.

Flojos son los primeros versos del soneto dedicado á la Señorita María de los Angeles Z y G, siendo de notar que el último pié del cuarteto.

De María de los Angeles te dieron,

no es ni puede ser nunca verso.

Cansado y prosáico nos parece, casi en su totalidad, el soneto á Hidalgo; y prosáicos y cansados los primeros versos de la composicion : « Brindando á las mexicanas el 16 de setiembre de 1837. »

Hemos dicho ya que las poesías de Calderon presentan incorrecciones, particularmente en su parte prosódica, y así lo comprueban multitud de versos que sería fastidioso señalar en su totalidad ; pero de los que, en confirmacion de nuestro aserto, nos vemos obligados á citar siquiera algunos. Tales son los siguientes :

Creen que acaba en el sepulcro,

verso de nueve sílabas en un romance octosílabo :

Te veo si estoy despierto,

verso de ocho sílabas en una composicion formada de versos heptasílabos.

Serpenteando se oculta allá á lo léjos,

verso considerado como endecasílabo, cuando tiene doce sílabas :

Todavía tienen para mí las flores,

verso con los mismos defectos que el anterior.

En los romances de Calderon se encuentran con frecuencia legítimos y verdaderos consonantes donde sólo debieran hallarse voces ó palabras asonantadas, como sucede en la escena II, acto 3° de « El Torneo, » en que consuenan *descolorido* y *marido;* en la escena VI del mismo acto y drama, donde hallamos *serena* y *enagena;* miéntras que en otro lugar supone Calderon que son consonantes *ello* y *plebeyo.* (Ana Bolena, escena III, acto 3°).

Un poeta notabilísimo, cuyos juicios y amistad tenemos en mucho [1], nos ha dicho alguna vez que, en su concepto, una facilidad extraordinaria para versificar, perjudica y daña por lo comun al que la tiene, pues ella es con frecuencia causa de incorrecciones y defectos, en que no incurren los que de tal facilidad carecen. Acaso no sea esto del todo exacto ; pero en lo que sí no cabe duda, es en que la mayor parte de las faltas cometidas por el vate zacatecano se debieron á esa facilidad para versificar, que fué en Calderon verdaderamente prodigiosa.

A ella y al fastidio que le causaba corregir sus composiciones hay que atribuir esos lunares de sus obras, principalmente en las dramáticas. § Hijas exclusivamente del descuido son las siguientes incorrecciones :

Vosotros retiraos.....
Que tendrá cuando ménos.....
No tal, amigo mio.....
¡ Ah ! sois vos, Kinston !.....

1. El Sr D. Manuel M. Flores.

que encontrará el lector en las poesías dramáticas, donde por descuido y sólo por descuido del poeta, aparecen como versos octosílabos.

Tampoco son versos de ocho sílabas, como lo debieran ser, los que á continuacion copiamos :

DON CÁRLOS.
Bouquet.
DON TIM.
Bu... ¿ qué ?
DON CÁRLOS.
— Ramillete. Viejo, etc.

Incorrecciones son estas últimas, así como las que ántes hemos mencionado, que pudieron fácilmente desaparecer, diciendo v. g :

Creen que acaba en la tumba
Contigo estoy despierto,
Serpeando se oculta allá á lo léjos :
Aun tienen para mí las lindas flores
Vosotros, pues, retiraos.
Que tendrá cuando muy ménos
¡ Ah ! ¡ Kinston ! Kinston ¿ sois vos ?
TIM. DON
Bu..... ¿ qué ? No lo entiendo.
DON CÁRLOS.
Quiero decir ramillete.
(¡ Qué impertinente es el viejo !)
Andiamo, andiamo.
CORT. 3.°
(Sea entre nosotros dicho).

Pero si con facilidad pueden desaparecer estas incorrecciones de forma, no sucede lo mismo con algunos defectos esenciales, que se notan, por desgracia, en las obras de Calderon, especialmente en las dramáticas.

La accion, por lo regular, camina en ellas con lentitud ; las escenas no son siempre motivadas ; los monólogos ó soliloquios se repiten con frecuencia, son largos y se hacen por lo mismo inverosímiles y fatigosos para el actor y para el público ; el estilo, por último, carece de sobriedad en el ornato, siendo propio del género lírico por los ar-

ranques, las digresiones y las galas que lo distinguen y de que Calderon no pudo ó no quiso prescindir en sus composiciones dramáticas.

Sentimos en el alma que la imparcialidad de la crítica nos haya obligado á mencionar no sólo las muchas bellezas, sino tambien las imperfecciones ó los defectos que, por desgracia, aparecen en las poesías del gran vate zacatecano. Al obrar así, hemos cumplido con el deber que pesaba sobre nuestros débiles hombros desde el momento en que aceptamos el desempeño de una obra erizada de inconvenientes y dificultades.

Queda, pues, terminada nuestra tarea, y sólo nos resta solicitar para ella la indulgencia de los lectores, y colocar sobre la frente del poeta una corona de inmarcesible laurel. ¡ Gloria á Calderon, que tanto nombre y lustre dió á la República, y eterna fama á su preclaro ingenio, cuyas obras inmortales serán siempre motivo de justo y levantado orgullo para la patria !

RAFAEL B. DE LA COLINA.

Puebla, Febrero de 1881.

POESÍAS LÍRICAS

EL PORVENIR

Tú me amas, y yo te adoro ;
Pero ha de llegar el dia
En que tú ó yo para siempre
Debemos dejar la vida :
Los espíritus cobardes,
Las almas bajas y tibias,
Desechan esta memoria,
Y al pensarlo se horrorizan :
Creen que acaba en el sepulcro
El amor y sus delicias.
¡ Insensatos ! ¡ no conocen
Su esencia pura y divina !
El alma jamas perece,
Pues del cuerpo desprendida
Pasa á una region suprema
De venturas y de dichas :
Y este dulce sentimiento
Del amor, esta semilla
Que en nuestras almas sembrara
Del Gran Sér la mano misma,
La debe seguir, no hay duda :

El alma en amor respira,
Es su esencia, es su alimento,
Y sin él no existiría.
No temas, Amira hermosa,
De horrible muerte las iras ;
Las almas que el cielo junta
¿ Quién pudiera desunirlas ?
No, nuestro amor será eterno :
A otra más brillante vida.
Renacerán á adorarse
Tus cenizas y las mias.

1825.

A AMIRA

Eres, Amira bella,
Más pura que las flores :
Tus risas son amores,
Y amor es tu mirar :
¡ Feliz cuando á tu lado
Suspiro, y tú suspiras !
¡ Feliz cuando me miras,
¡ Oh Amira celestial !

Cuando tu mano hermosa
Toca la ardiente mia...
¡ Cómo, cómo podría
Pintar mi sensacion !
Hierve mi sangre toda
Con un ardor divino ;
No cambio mi destino
Por cuanto alumbra el sol !

En todas partes miro
Tu imágen adorada :
Do quiera retratada
Te encuentra mi pasion :
Me sigues á las córtes
Y al árido desierto :
Te veo si estoy despierto,
Si sueño es con tu amor.

En la floresta hermosa
Y en la tranquilla fuente ;
En la aurora luciente,
Allí estás siempre tú ;

Y si en la quieta noche
Contemplo las estrellas,
Miro en sus luces bellas
De tus ojos la luz.

Imágen seductora
Del cielo soberano,
¿ Podrá ningun humano
Tus gracias merecer ?
¡ Oh ! deja el mundo, Amira,
Y elevando tu vuelo
Sube al sereno cielo,
Que tu morada es ;

Mas Dios te manda al mundo
Como genio divino,
Que vienes el destino
Del hombre á consolar.
Tus ojos ¡ cuál encanto
Tienen, oh dulce Amira !
Que el que una vez te mira
No sabe más que amar.

1828.

A UNA ROSA MARCHITA

¿ Eres tú, triste rosa,
La que ayer difundía
Balsámica ambrosía,
Y tu altiva cabeza levantando.
Eras la reina de la selva umbría ?
¿ Por qué tan pronto, dime,
Hoy triste y desolada
Te encuentras de tus galas despojada ?

Ayer viento süave
Te halagó cariñoso,
Ayer alegre el ave
Su cántico armonioso
Ejercitaba, sobre tí posando ;
Tú, rosa, le inspirabas,
Y á cantar sus amores le excitabas.

Tal vez el fatigado peregrino
Al pasar junto á tí quiso cortarte :
Tal vez quiso llevarte
Algun amante á su ardoroso seno ;
Pero al ver tu hermosura,
La compasion sintieron,
Y su atrevida mano detuvieron.

Hoy nadie te respeta ;
El furioso aquilon te ha deshojado ;
Ya nada te ha quedado,
¡ O reina de las flores!
De tu pasado brillo y tus colores.

La fiel imágen eres
De mi triste fortuna :
¡ Ay ! todos mis placeres,
Todas mis esperanzas, una á una
Arrancándome ha ido
Un destino funesto, cual tus hojas
Arrancó el huracan embravecido !

¿ Y qué, ya triste y sola
No habrá quien te dirija una mirada ?
¿ Estarás condenada
A eterna soledad y amargo lloro ?
No ; que existe un mortal sobre la tierra,
Un jóven infeliz, desesperado,
A quien horrible suerte ha condenado
A perpétuo gemir : ven, pues, ¡ oh rosa !
Ven á mi amante seno, en él reposa,
Y ojalá de mis besos la pureza
Resucitar pudiera tu belleza.

Ven, ven, ¡ oh triste rosa !
Si es mi suerte á la tuya semejante,
Burlemos su porfía ;
Ven, todas mis caricias serán tuyas,
Y tu última fragancia será mia.

1828.

LA FELICIDAD

¿En dónde está la verdadera calma,
Decidme, amigos, que jamas la ví?
Tras ella corre sin cesar el alma,
Y ella ¡oh dolor! huyendo va de mí.

Busco en vano en los salones
Del alcázar poderoso
El dulcísimo reposo
Que llaman felicidad;
Una ilusion agradable
A mis ojos se presenta,
Quiero abrazarla, se ahuyenta,
Y aparece la verdad.

Oigo las alabanzas que al guerrero
Prodiga aduladora poesía:
« Al fin, exclamo, un corazon de acero
A la felicidad será mi guia. »

Ya escucho el marcial estruendo;
Dejo la lira sonora,
Y la espada brilladora
Quiero valiente empuñar:
Ya soy feliz; mas ¡oh cielos,
Qué reflexion tan terrible!
¿Puede un corazon sensible
Ser feliz viendo llorar?

¿Cómo podeis en medio de la guerra
Tranquilos respirar? ¡oh cielo santo!

¿ Puede agradaros devastar la tierra,
Y esparcir por do quiera luto y llanto ?

En torno de vuestro carro
Sólo se escuchan gemidos
De infelices sumergidos
En dolorosa orfandad.
Yo no miro en ese cuadro
Sino un placer horroroso :
No el dulcísimo reposo
Que llaman felicidad.

No hay dicha, en fin, exclaman tristemente,
El sábio, el rey, el hábil cortesano ;
¡ Necios ! venid, y la vereis patente
Sobre la alegre faz del aldeano ;

Vuestros deslumbrados ojos
Buscan poder y riqueza,
Y en medio de la grandeza
Quereis la dicha encontrar.
Dejad vuestro error funesto ;
Bajad á ese valle umbroso ;
Vereis un hombre dichoso
Junto del humilde hogar.

De su amada familia acariciado
Pasa él allí su vida deliciosa ;
Su placer es amar y ser amado,
Su riqueza, sus hijos y su esposa.

En su habitacion sencilla
No brilla el mármol ni el oro ;
Mas ¿ qué importa ? otro tesoro
Tiene allí su corazon.
El cariño de su esposa,
De sus hijos la terneza :
He aquí toda su riqueza,
He aquí toda su ambicion.

No eres un nombre vano, una quimera ;
Te hallaré al fin, felicidad amada :

La mano de una tierna compañera
Me ofrecerá tu copa embalsamada.
¡ Felicidad, felicidad querida,
Te encuentra al fin mi corazon ardiente !
¡ Ven, y consuela mi alma dolorida !
¡ Ven, y refresca mi abrasada frente !

1827.

LA VUELTA DEL DESTERRADO

Triste, afligido, lloroso,
Volvió á su patria un anciano,
A quien el odio tirano
De sus hogares lanzó :
Párase : tiende la vista
Sobre su paterno suelo,
Alza los ojos al cielo,
Y así el mísero exclamó :
« Al fin ¡ oh patria querida !
Al fin mi cansada planta
Vuelve á pisar tu recinto
Despues de tantas desgracias :
Políticas disensiones,
Persecuciones tiranas,
El furor de los partidos
De tu seno me arrancaran :
Yo me acuerdo, sí, me acuerdo,
¡ No puede olvidarlo el alma !
De aquel tristísimo dia
En que salí de tus playas :
Yo pisé el bajel funesto
Que de tí me separaba,
Como pisa un triste reo
De su cadalso las gradas :
Yo he vagado cuatro lustros
Por las regiones extrañas,
Sin apoyo, sin asilo,
Sin consuelo ni esperanza :
El miserable alimento
Con mis lágrimas regaba,

Sin tener un solo amigo
Que mis penas consolara ;
Mis hijos, mis tiernos hijos,
Mi esposa desconsolada,
Mis amigos, todos, todos,
Se presentaban á mi alma :
Eterno Dios ¡ cuántas veces
Te dirigí mis plegarias
Pidiéndote que la muerte
Mis desgracias terminara !
Vuelvo en fin ; pero ¡ qué miro !
Ni aun existe mi cabaña ,
Su lugar quedó desierto
Por el furor de las armas.
¡ Hijos.... esposa.... no existen ¡
Nadie escucha mis plegarias :
¡ Han muerto, descansan todos
En su tumba solitaria !
¡ Hijos... esposa.... no existen !
Ni padre, ni esposo.... nada,
Nada soy sino un mendigo
Un extranjero en mi patria.
Sólo queda en este sitio
El árbol que con sus ramas
Cubrió á mi cara familia,
Que á su sombra reposaba :
¡ Infeliz ! ¡ cuántos recuerdos !
Mi esposa allí se sentaba,
Aquí mis pequeños hijos
En mis rodillas jugaban,
Y ahora.... ¡ ahora nada tengo
Sino lágrimas amargas !
Árbol, tú sólo me quedas ;
Mas ni á tí se respetaran,
Pues en tu tronco estoy viendo
Las señales de las lanzas.
¿ Y esta mancha ? ¡ Dios piadoso !
¿ Será tal vez esta mancha
Sangre de mis tristes hijos ?
¿ Su sangre aquí derramada ?
¡ Oh Dios ! esta sangre pura
Sobre las cabezas caiga

De los viles ambiciosos
Que despedazan mi patria. »

No pudo más el anciano,
Abrazó al árbol querido,
Lanzó un lúgubre gemido,
Y junto al tronco expiró....
Despues, algun aldeano
Le dió humilde sepultura,
Y dos leños en figura
De cruz, allí colocó.

1836

LA RISA DE LA BELDAD

Bella es la flor que en las auras
Con blando vaiven se mece :
Bello el íris que aparece
Despues de la tempestad :
Bella en noche borrascosa
Una solitaria estrella ;
Pero más que todo es bella
La risa de la beldad.

Despreciando los peligros
El entusiasta guerrero,
Trueca por el duro acero
La dulce tranquilidad :
¿ Quién su corazon enciende
Cuando á la lucha se lanza ?
¿Quién anima su esperanza ?...
La risa de la beldad.

El conquistador altivo
Precedido de la guerra,
Cubre de sangre la tierra,
De miseria y orfandad :
¿ Y quién el curso detiene
De su cólera siniestra ?
¿ Y quién desarma su diestra ?
La risa de la beldad.

¿ Quién del prisionero triste
Endulza el feroz tormento ?

¿ Por quién olvida un momento
Su perdida libertad ?
¿ Y quién, en fin, del poeta
Hace resonar la lira ?
¿ Quién sus acentos inspira ?
La risa de la beldad.

Una suerte inexorable,
Llena de luto mi vida,
Y mi alma gime oprimida
Por la dura adversidad ;
Pero yo olvido estas horas
De tanta amargura llenas,
Cuando suaviza mis penas
La risa de la beldad.

1837.

A MI AMADA LLORANDO

No llores, amada mia,
Que con tu llanto de fuego
Arrebatas el sosiego
De mi amante corazon;
No naciste para el llanto,
Que el placer es tu destino:
Sobre tu rostro divino
No reine, hermosa, el dolor.

Llore el triste que te adora,
Y que en su dolor no alcanza
Ni consuelo ni esperanza,
A su ardiente y fino amor.
Llore el mísero que lucha
Con una pasion insana;
Llore al que esperanza vana
Engañó su corazon.

Pero tú, mujer divina,
No naciste para el duelo;
Perteneces toda al cielo,
Y en el cielo no hay dolor.
En tu boca purpurina
Tenga la risa su asiento:
En tus ojos el contento:
La paz en tu corazon.

No: el llanto, no, de tus ojos
Eclipse la luz fulgente;

Levanta al cielo tu frente,
Angel de dicha y amor,
   Y pasa alegre tu vida
Circundada de ventura,
En tanto que de amargura
El cáliz apuro yo.

1840.

LA DESPEDIDA

Llegó el fatal instante,
Amira idolatrada :
Tu imágen retratada
Irá en mi corazon :
Ella será el recuerdo
De mi pasada gloria :
Amira, esta memoria
Que calme mi dolor

Cuando el doliente llanto
Publique mi desvelo,
Ella será el consuelo
De mi amargo penar :
¡ O cuántas veces, cuántas,
Engañaré la ausencia !
Creeré de tu presencia
El gozo disfrutar.

¡ Mentidas ilusiones !
De magia lisonjera,
¿ Por qué de esta manera
Me haceis soñar placer?
¡ Oh ! si acaso durara
Este engañoso fuego.....
Pero huye, y queda luego
Tan sólo el padecer.

Veránme á mí en tu ausencia
En lágrimas desecho,

Y en tanto de tu pecho
Otro el amor tendrá.....
Mas ¿yo creerte inconstante
Perdona, Amira hermosa;
Puro como la rosa
Tu corazon será.

Pero llegó el momento,
Se acerca la partida.....
¡Adios, mi bien, mi vida!
¡Mi adoracion, adios!
No temas que te olvide,
Jamas, Amira amada;
Tu imágen retratada
Irá en mi corazon.

1826.

A UN AMIGO EN MI AUSENCIA

Amigo, dime si me ama
Aquella por quien respiro ;
Si ha exhalado algun suspiro
Despues que me separé :
Dime si acaso inhumana
De mi se olvida engañosa ;
Dime si la ves llorosa,
O si ha burlado mi fe.

Dímelo ; la incertidumbre
Es más triste que el mal mismo :
Saca á mi alma de este abismo
En que sumergida está :
Pero... si fuere inconstante.....
Nada digas en mi daño ;
Más vale creer el engaño,
Que el desengaño llorar.

1826.

LOS RECUERDOS

Estos..... ¡fatal memoria!
Estos los sitios son donde algun dia
De placeres purísimos colmada,
Gozó felicidad el alma mia.
Aquí está todavía
La señal de la huella idolatrada
De mi bien más querido.....
¡Triste recuerdo del placer perdido!

Sitios que en otro tiempo
Mirasteis mi ventura,
Ved ahora mi amargura,
Mi bárbaro dolor.
¿En dónde está mi amada,
Dime, bosque sagrado,
Acaso se ha ausentado,
Acaso me olvidó?

Sí, me olvidó la ingrata,
Me olvidó la perjura;
Yo la juzgué..,.. ¡locura!
Yo la juzgaba fiel;
¡Ay! ¿quién pensar pudiera
Que aquel ángel mentia?
"Yo te amo, me decia,
Jamas te olvidaré."

¡Qué pronto, ¡desdichado!
Faltó á su juramento!

Tan pronto como el viento
Sus palabras llevó;
¿Y qué me queda, ¡cielos!
En este bosque ahora?
Recuerdo que devora
Mi mustio corazon.

Arbol, en otro tiempo
Bajo tu fresca sombra me sentaba
En el calor del dia,
Y amorosas canciones entonaba,
Que inspirarme solia
La que un amor eterno me juraba:
¿En dónde está este amor? huyó ligero,
¡Huyó, tú existes, y á tu sombra muero!

Árbol, si por acaso
Volviese mi adorada,
De mi rival burlada,
Para llorar su error,
Dile que aun en mi muerte,
Su nombre he repetido;
¡Ay! dile que el olvido
Jamas de mí triunfó.

Árbol, tú puedes verla;
Pero yo, desdichado,
Bajo al sepulcro helado
En mi florida edad;
Y ni el triste consuelo
Le queda al alma mia,
De que á mi tumba fria
Venga nadie á llorar!!!

1827.

LA SOLEDAD

(Traduccion de la Meditacion 1ª. de M. Lamartine.)

¡ Oh cuántas veces sobre la montaña,
Bajo la vieja encina yo me siento
Cuando se pone el sol, mi vista errante
Por la inmensa llanura dirigiendo,

Cuyo variado y esplendente cuadro,
Desenvolverse ante mis plantas veo.
Ruge aquí el rio en espumosas ondas,
Serpenteando se oculta allá á lo léjos :

Más allá se descubre el lago inmóvil,
Sus dormitantes aguas extendiendo,
Donde se alza la estrella vespertina,
Sobre el azul hermoso de los cielos.

En la cima elevada de los montes,
Coronados de bosques verdinegros,
El incierto crepúsculo su rayo
Postrero arroja, en tanto que en silencio

De la callada reina de las sombras,
El carro vaporoso va subiendo,
Del horizonte el borde blanqueando
Con el pálido albor de sus reflejos.

De la gótica torre se alza entónces
Sonido religioso, y el viajero

Se detiene : de rústica campana
Se oye sonar el compasado acento,

Que á los rumores últimos del dia,
Se une formando místicos conciertos.
Pero, ¡ ay de mí ! que á tan hermosos cuadros
Es mi alma indiferente ; al recorrerlos

No experimento encantos ni trasportes ;
Y como una alma errante me contemplo
En esta tierra : el sol, ¡ ay ! de los vivos,
No puede, no, recalentar los muertos !

De colina en colina : de la aurora
Hasta do el sol oculta sus reflejos :
Del Sud al Aquilon : por todas partes,
Del espacio los puntos recorriendo,

Llevo en vano mi vista, y triste exclamo
¡ No hay dicha para mí en el universo !
¿ Qué me importan las chozas, los palacios,
Estos valles, en fin ? ¡ vanos objetos !

Su encanto para mí se ha disipado :
¡ Oh bosques, rocas, rios turbulentos,
Soledades queridas; un sér solo
Os falta, y todo para mí está yermo !

Que comience ó que acabe el sol su curso,
Con ojo indiferente lo contemplo :
Que las nubes ofusquen su faz pura,
O brille de zafir en claro cielo ;

¡ Oh ! ¿ qué me importa el sol ? ¿ Alguna cosa
Ya de los dias por acaso espero
Si en su vuelo pudiera yo seguirle,
Vacío nada más, tristes desiertos

Vieran mis ojos ¡ ay ! en todas partes.
¡ De cuanto alumbra el sol nada deseo ;
Nada le pido al mundo ni á los hombres ;
Nada le pido, nada, al universo !

Del mundo mas allá, donde fulgura
El verdadero Sol, en otros cielos,
A la tierra dejando mis despojos,
El objeto encontrara de mis sueños.

Yo me embriagara allí en la fuente pura
A que aspiro, encontrando al mismo tiempo
La esperanza, el amor, aquel bien dulce,
Aquel bien ideal, que es siempre objeto

Del ardiente deseo de las almas,
Y que no tiene nombre en este suelo.
¡Que no pueda, llevado sobre el carro
De la aurora, lanzarme en un momento

Hasta tí, vago objeto de mis votos!
Sobre este triste mundo de destierro,
¿Porqué vivo yo aún? entre él, sin duda,
Y entre mí, nada de comun encuentro.

Cuando la hoja de los bosques cae
Por la pradera, se levanta el viento
De la noche arrancándola á los valles:
Y yo, ¡triste de mí! yo me contemplo
Semejante á esta hoja ya marchita:
Arrástrame tambien, aquilon fiero!

1840.

INVOCACION

Traduccion del Sr Alfonso Lamartine.)

Tú que te me apareciste
De ese valle en el desierto,
Pasajera en estos sitios,
Habitante de los cielos :
O tú, que brillar hiciste,
De oscura noche en el seno,
Ante mis ojos un rayo
De un amor puro y sereno :
Dígnate á mi humana vista
Mostrarte por fin sin velo.
Díme tu nombre, tu patria,
Tu destino : dí ¿si es cierto
Que fué la tierra tu cuna,
O eres soplo del Eterno?
¿ Volverás á ser mañana
El fulgor puro del cielo ;
O en este lugar de luto,
De miseria y de destierro,
Debes seguir todavía
Tu fatigoso sendero?
Cualquier que sea tu nombre,
Tu patria y destino, ¡ oh genio
De las mansiones divinas!
¡Oh hija de la tierra! al ménos,
Déjame toda mi vida
Ofrecerte amor é incienso.
Si tú debes, cual nosotros,
Acabar tu curso presto,

Sé mi apoyo, sé mi guia;
Permite que en todos tiempos,
En todas partes, el polvo
Do tus piés estén impresos
Bese ardiente el labio mio;
Pero si elevas tu vuelo,
Si léjos de nuestros ojos,
Dentro de muy poco tiempo,
De los ángeles hermana,
Volver debes á su seno,
¡Ay, despues de haberte amado
Algunos dias al ménos
En este mundo, de mí
Acuérdate allá en el cielo!

1840.

EL VETERANO

Cubierto de mil heridas
Un valiente veterano,
Vuelve de la guerra ufano
A los brazos de su amor:
Con el polvo de las lides,
¡Qué hermoso está su semblante!
En su frente radiante
¡Cuál brilla bélico ardor!

A la puerta de su choza
Sale á encontrarlo su amada,
Ruborosa, alborozada,
Palpitando de placer;
Y él estrechando en sus brazos
A su adorada María,
Siente en llanto de alegría
Sus ojos humedecer.

Ven, le dice, ven, hermosa,
Toca mi frente ardorosa,
¡Oh mi amor!
Mírala, está escrita en ella
Una página muy bella
De sufrimiento y valor.

En la tremenda batalla,
El primero á la muralla
Yo subí,
Y esta mano que te estrecha,
Supo abrir horrible brecha,
Pensando, mi bien, en tí.

Cuando á la lid me arrojaba,
¡ Oh, con qué fuerza tronaba
El cañon !
Mas mi patria y mi querida,
En la lucha enardecida
Llenaban mi corazon.

Y á cada tiro escuchaba
Una voz que me gritaba,
« Vida mia :
Corre, y con ámino fuerte
Lucha con la horrenda muerte
Por merecer á María »

Y lleno de ardor sagrado,
A las filas denodado
Me arrojé ;
Mi pecho hirió hierro insano ;
Pero el pabellon hispano
Sirvió de alfombra á mi pié.

Ese estandarte orgulloso
Allá en el *Pánuco* undoso
Muestra sea
De nuestro valor, en tanto
Que nuestro estandarte santo
Sobre sus restos ondea.

Yo era pobre ; no tenia
Que ofrecerte ¡ ó mi María !
Por tu amor ;
Ya soy rico ; en sangre tinta
Lleva mi pecho una cinta,
Premio de noble valor.

Y con ella engalanado,
Puedo marchar á tu lado,
Y decir :
« Es ya mia esta belleza.
Porque expuse mi cabeza
Por merecerla ó morir »

Esta cinta es un tesoro,
Que en más que la plata y oro
Precio yo :
Y mi noble descendencia
Dirá : ¡ Ved la rica herencia
Que mi padre nos dejó!

Así el noble veterano
Lleno de gloria decia,
Y orgullosa su María
Gozaba el triunfo con él;
Y ni por el regio trono,
Ni la púrpura brillante,
Aquel venturoso instante,
Trocara su pecho fiel.

1840.

BRINDANDO A LAS MEXICANAS

El 16 de Setiembre de 1837.

¿Con que tambien en vuestro cuello hermoso
Cargaba el yugo de opresion impía,
Hermosas mexicanas? ¿Con que pudo
El tirano cubrir de negro velo
Esas frentes divinas
En que se mira retratado el cielo?

Tal era vuestra suerte:
La rodilla doblar ante el tirano,
Que incensaros cual diosas debería,
Y con el labio en que el amor reía,
Besar humildes la sangrienta mano.
Siglos de execracion; siglos de oprobio
Que pasaron por fin; ya más sereno
Brilla de libertad el claro dia;
Tornóse el lloro en cantos de alegría,
Y late el corazo dc gloria lleno.

A LA JUVENTUD ZACATECANA

EN EL DIA DE LA APERTURA DEL SALON MANDADO CONSTRUIR POR EL GOBIERNO DE ZACATÉCAS PARA ESCUELA NORMAL DE PRIMERAS LETRAS.

En medio de las hórridas borrascas
Con que la nave del Estado lucha,
¡ Quién lo creyera ! hoy vemos levantarse
Como una tabla de esperanza y vida,
Este edificio augusto : así el Eterno
En medio de abrasados arenales,
Hace que nazca cristalina fuente.

¿ Y qué, México, digno de este nombre,
Ardiente llanto sin cesar no vierte
Al ver la patria desolada y triste
De odios civiles y discordias campo ?
¿ Y qué patriota no dirige al cielo
Votos fervientes porque torne un dia
La era de paz, de gloria y de ventura,
Que esperar debe el pueblo mexicano ?

¡ Ah ! si, yo siento inspiracion sagrada,
Sublime inspiracion que por mi boca
Hoy te revela, juventud querida,
El futuro destino que te aguarda.
Vendrá un dia, vendrá, yo lo preveo,
En que el poder terrible de las armas
Arrollado será por el torrente
De ilustracion ; y la pequeña chispa

Que hoy descubren apénas nuestros ojos,
Será una antorcha inextinguible y pura,
A cuya luz caminarán los pueblos.
¡ Ay! nosotros tal vez no alcanzarémos
Este mágico cuadro; mas vosotros,
Niños felices, lo vereis sin duda.
¡ Oh quién pudiera descender ahora
Al seno oscuro de la tumba helada,
Y renacer despues á edad tan bella!

Cuando del Septentrion los fuertes hijos
De libertad el grito levantaron,
Una parte del gótico edificio
Cayó al esfuerzo de su noble espada;
Pero quedan vestigios todavía:
A vosotros no más reserva el cielo
La gloria de arrasarlo ¡ó tiernos niños!
Y levantar el sacrosanto templo
De augusta libertad: alzad ufanos
Con esperanza tal la noble frente;
Valor, ¡ó juventud zacatecana!
Seguid la senda que á la gloria guia;
De vuestros padres realizad el sueño,
Y grande, hermoso, plácido y risueño,
Haced que luzca el bienhadado dia.

Y de noble ambicion animados
De la ciencia buscad el tesoro
Más brillante, más puro que el oro.
Ya os sonrie la fama inmortal.
En vuestra alma inocente grabado
Tened siempre tan plácido dia:
¡ Al fin grande serás, patria mia,
Grande al fin para siempre serás!

EL SOLDADO DE LA LIBERTAD

Sobre un caballo brioso
Camina un jóven guerrero
Cubierto de duro acero,
Lleno de bélico ardor:
Lleva la espada en el cinto,
Lleva en la cuja la lanza,
Brilla en su faz la esperanza,
En sus ojos el valor.

De su diestra el guante quita,
Y el robusto cuello halaga,
Y la crin, que al viento vaga,
De su compañero fiel.
Al sentirse acariciado
Por la mano del valiente,
Ufano alzando la frente
Relincha el noble corcel.

Su negro pecho y sus brazos
De blanca espuma se llenan:
Sus herraduras resuenan
Sobre el duro pedernal;
Y al compas de sus pisadas,
Y al ronco son del acero,
Alza la voz el guerrero
Con un acento inmortal:

"Vuela, vuela, corcel mio
Denodado;

No abatan tu noble brio
Enemigos escuadrones,
Que el fuego de los cañones
Siempre altivo has despreciado :
Y mil veces
Has oido
Su estallido
Aterrador,
Como un canto
De victoria,
De tu gloria
Precursor.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Yo dejé el paterno asilo
Delicioso :
Dejé mi existir tranquilo
Para ceñirme la espada,
Y del seno de mi amada
Supe arrancarme animoso :
Ví al dejarla
Su tormento,
¡Qué momento
De dolor !
Ví su llanto
Y pena impía;
Fué á la mia
Superior.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

El artero cortesano,
La grandeza
Busque adulando al tirano,
Y doblando la rodilla;
Mi troton y humilde silla
No daré por su riqueza :

Y bien pueden
Sus salones
Con canciones
Resonar;
Corcel mio,
Yo profiero
Tu altanero
Relinchar.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Vuela, bruto generoso,
Que ha llegado
El momento venturoso
De mostrar tu noble brio,
Y hollar del tirano impío
El pendon abominado:
En su alcázar
Relumbrante
Arrogante
Pisarás,
Y en su pecho
Con bravura
Tu herradura
Estamparás.
Entre hierros, con oprobio
Gocen otros de la paz;
Yo no, que busco en la guerra
La muerte ó la libertad.

Así el guerrero cantaba,
Cuando resuena en su oido
Un lejano sordo ruido,
Como de guerra el fragor:
"A la lid," el fuerte grita,
En los estribos se afianza,
Y empuña la dura lanza,
Lleno de insólito ardor:

En sus ojos, en su frente,
La luz brilla de la gloria,

Un presagio de victoria,
Un rayo de libertad :
Del monte en las quiebras hondas
Resuena su voz terrible,
Como el huracan horrible
Que anuncia la tempestad.
Rápido vuela el caballo,
Ya del combate impaciente,
Mucho más que el rayo ardiente
Es su carrera veloz :

Entre una nube de polvo
Desaparece el guerrero :
Se ve aún brillar su acero,
Se oye á lo léjos su voz :
"¡Gloria, gloria! ¡Yo no quiero
Una vergonzosa paz;
Busco en medio de la guerra
La muerte ó la libertad!"

1838.

EL SUEÑO DEL TIRANO

De firmar proscripciones
Y decretar suplicios, el tirano
Cansado se retira,
Y en espléndido lecho hallar pretende
El reposo y la paz ¡ desventurado !
El sueño, el blando sueño,
Le niega su balsámica dulzura :
Tenaz remordimiento y amargura
Sin cesar le rodean :
En todas partes estampada mira
De sus atroces crímenes la historia :
Su implacable memoria
Fiel en atormentarle, le recuerda
Las esposas, los hijos inocentes
Que por su saña abandonados gimen
En viudez y orfandad : gritos horrendos
Cual espada de fuego le penetran :
Con pasos agitados
Recorre su magnífico aposento,
Sin hallar el consuelo : en su alma impura
La amistad, el amor, son nombres vanos
Que jamas comprendió : los ojos torna ;
Su cetro infausto y su corona mira ;
Un grito lanza de mortal congoja ;
Con trabajo respira,
Y á su lecho frenético se arroja.

Ya por fin, un sopor espantoso,
Sus sentidos embarga un momento ;

Pero el sueño redobla el tormento
Con visiones de sangre y horror:
A un desierto se mira llevado,
Donde el rayo del sol nunca brilla;
Una luz sepulcral, amarilla,
Allí esparce su triste fulgor.

Tapizado de huesos el suelo,
Va sobre ellos poniendo la planta,
Y al fijarla los huesos quebranta,
Con un sordo siniestro crugir:
A su diestra y siniestra divisa,
Esqueletos sin fin hacinados,
Y los cráneos, del viento agitados,
Le parece que escucha gemir.

Lago inmenso de sangre descubre
A sus plantas furioso bramando,
Y cabezas hirsutas nadando,
Que se asoman y vuelven á hundir:
Y se avanzan, se juntan, se apiñan,
Y sus cóncavos ojos abriendo,
Brilla en ellos relámpago horrendo,
De infernal espantoso lucir.

Del tirano en el rostro se fijan
Sus atroces funestas miradas,
En sus frentes de sangre bañadas,
Del infierno refleja el horror:
Y sus dientes rechinan entónces,
Y sus cárdenos labios abriendo,
Este grito lanzaron tremendo:
"¡Maldicion! ¡maldicion! ¡maldicion!"

Las cavernas de un monte vecino,
El acento fatal secundaron:
Largo tiempo los ecos sonaron
Repitiendo la horrísona voz;
Y el crugir de las olas y el viento,
Y el estruendo del rayo espantoso,
Parecia al tirano medroso

Que clamaban tambien; ¡Maldicion!
Cambia luego la escena : entre tinieblas
De fuego circundado,
Gigantesco fantasma se presenta :
Con dedo descarnado
Muestra al tirano una espantosa sima :
En su profundo seno
Reventar oye retumbando el trueno,
Y mira un fuego hervir como la boca
De encendido volcan, y por las llamas
Los demonios sacando la cabeza,
Prorumpen en horrendas carcajadas,
Y al réprobo saludan.
Tiemblan sus miembros : hórridas serpientes
Ciñen su corazon, y ni un suspiro
Puede exhalar, ni respirar siquiera......
¡Sacude el sueño : vagarosos ojos
En torno suyo pavoroso gira,
Y sangre, sangre, donde quiera mira!

Del lecho se lanza
Con grito doliente :
Se inunda su frente
De frio sudor :
Parece que escucha
La voz del destino,
Y el trueno divino
De justo furor :

Sus ojos cansados
Anhelan el llanto;
Mas nunca su encanto
Probó la maldad :
Al cielo levanta
La diestra homicida,
Con voz dolorida
Clamando ¡piedad!

Mas no, que ya dada
Está su sentencia;
En vano clemencia
Demanda su voz;

¡ Ya tiene con fuego
Marcada la frente
Del vil delincuente
La mano de Dios !

1837.

A R***. O***. EN SUS DIAS

De virtud y gracias llena,
Pura, inocente y hermosa,
Eres, adorable Rosa,
La reina de la beldad:
Nacen á tus plantas flores,
A cuantos miras inflamas,
Y en torno tuyo derramas
Amor y felicidad.

Los espíritus celestes,
Absortos se contemplaron
A tu nacer, y entonaron
Himnos de gloria y amor:
El nombre puro que llevas,
No al acaso te lo dieron;
Sin duda te lo pusieron
Por celeste inspiracion.

Como en árido desierto,
Flor balsámica se mece,
Y al triste viajero ofrece
Un placer en su beldad:
Así á tí, Rosa querida,
Para ser te formó el cielo,
De tus padres el consuelo
En la triste adversidad.

¿Qué es contigo comparado
El falso brillo del oro?

¿Puede haber mayor tesoro
Que tu risa celestial?
  De tus dias los autores
Cifran en tí sus delicias,
Son su existir tus caricias,
Tu amor su felicidad.

  Vive, vive muchos años!
Vive feliz é inocente;
Nunca se cubra tu frente
Con el velo del dolor :
  Vive, y endulza á tus padres
El cáliz de la amargura,
Objeto de su ternura,
Sus delicias y su amor.

  He aquí los votos que al cielo
Por tí, ¡oh Rosa! he dirigido ;
Sin duda los habrá oído,
Y venturosa serás,
  Pues el Eterno sonríe
Con celeste complacencia,
Si ruegan por la inocencia
Las voces de la amistad.

A LA SEÑORITA

DOÑA M. DE LAS A. Z. Y G.

Parece que tus padres presintieron
Que serias de gracias un tesoro,
Y el nombre hermoso, mágico y sonoro
De María de los Ángeles te dieron :

Sí, los ángeles mismos sonrieron
A tu nacer, y en el celeste coro,
Al son divino de sus arpas de oro
Tu dulcísimo nombre repitieron ;

Hoy resuena de nuevo al sacro acento
Como un himno solemne de victoria :
Yo arrebatar de inspiracion me siento,

De tus gracias se llena mi memoria,
Y al grito alegre del comun contento,
Uno mi voz para cantar tu gloria.

A LA SEÑORA MARIETTA ALBINI

En a ejecucion de la ópera LA NORMA.

¡Cielos! ¿no es ilusion? ¿es ese el bosque
Sagrado de Irminsul? Sí, ved á *Norma*,
Vedla de magestad y fuego llena,
Sobre la piedra druídica elevada :
Brilla en su mano la hoz resplandeciente;
Sublime inspiracion baña su frente,
Es un rayo del cielo su mirada!
Escuchemos su voz..... ¡divino acento!
¡Una débil mortal no puede tanto;
Es del querub el armonioso acento;
Yo arrebatar en éxtasis me siento!

¿Mas qué gemido triste
En tu labio ha sonado, *Norma* bella
¡Ay! el amor tu corazon inflama,
Amor que un tiempo tu ventura hacia;
Pero ya de *Polion* el alma fria,
No corresponde á tu sagrada llama.
¿El padre de tus hijos inocentes
Te pudo así olvidar? ¡Con qué dulzura,
Con qué mágia divina
Expresas, bella Norma, tu ternura!

« ¡Ay! vuelve, vuelve, ingrato,
Á aquel tu amor primero,
Que un universo entero,
Tu Norma en tí cifró. »

¡O mujer adorable!
¿Quién puede oir tu canto,
Quién presenciar tu llanto
Sin sentir tu dolor?

Mas un destino bárbaro te aguarda;
El inocente labio de *Adalgisa*,
Viene á romper tu corazon amante;
La terrible verdad al fin escuchas,
No eres amada ya; ¡no eres amada!
De dolor y de furia combatida,
¡Con cuántos sentimientos, triste luchas!
¡Qué mirada severa
Diriges al infiel! ¡Quién tu semblante,
Quién retratar tu agitacion pudiera!

Trémula luego, en tu fatal delirio,
Sobre tus hijos el puñal levantas,
Mas la naturaleza te detiene:
Tu brazo tiembla al contemplar su encanto,
Sueltas el hierro, y abundoso llanto
A mitigar tus aflicciones viene

En medio de tus males,
Compadecido el cielo,
Quiere darte el consuelo
De la santa amistad:
Tu rival generosa
Tu atroz tormento calma;
Su labio vierte en tu alma
Dulce serenidad.

La esperanza renace
En tu afligido seno,
Y de esperanzas lleno,
Late tu corazon:
En tu apacible labio
Vuelve á morar la risa,
Y estrechas á *Adalgisa*,
Llena de ardiente amor.

Mas en vano la vírgen generosa
Quiere volverte la pasada dicha;

El ingrato *Polion* ya no te escucha :
El nombre de firmeza
Le da á su ingratitud el inhumano :
¡Que tu justo furor al fin estalle!
¡Caiga, caiga el impío
Que así tu noble pecho despedaza!
Ya su destino pende
De tu labio no más : ya te adelantas,
El bronce sacro hieres, y de muerte
La voz resuena : ya llegó la hora
De la venganza, y el perjuro amante
Cree que tu labio nombrará á *Adalgisa* ;
¡Ah, no conoce tu alma generosa!
Grande, sublime, de nobleza llena,
Tú sola te delatas,
Y *Polion*, aunque tarde, reconoce
El inmenso tesoro que ha perdido.

« ¡Qué corazon, le dices,
Qué corazon vendiste!
¡Qué corazon perdiste,
O Romano cruel! »
« ¡Tarde, *Polion* responde,
Tarde te he conocido!
¡Qué tesoro he perdido,
O celestial mujer! »

La sentencia está dada, triste Norma
Muerte fatal te espera :
El momento terrible ha ya llegado
A lo ménos el pecho de tu amado,
Vuelve á estrecharte en medio de la hoguera.
Mas ¡ ay, cuánta amargura
Llena tu corazon en este instante!
¿Qué será de tus hijos inocentes?
¡Soy madre! dices á su padre triste,
Y ya á sus piés su compasion imploras :
¡Con qué elocuencia tu aflijido labio,
¡Son tu sangre! repite dolorido!
¡Qué sublime gemido
Lanza tu pecho de tormentos lleno!
¿Cómo pudiera resistir un padre!

¡Ah! no; ya te promete
Que de tus hijos cuidará piadoso,
Y ya al pisar la losa del sepulcro,
Una dulce sonrisa
Vaga en tu labio maternal: ¡el cielo
Recibió esta sonrisa moribunda!
Ya, ya por fin te cubre el negro velo...
¡Adios, adios, ó *Norma* idolatrada!
¡Mi alma por el dolor despedazada,
No puede ya sufrir!..... Morir me siento,
Y á tu dolor excede mi tormento!.....
. . . .
¿Y todo fué ilusion? ¿Y puede el arte
¿A tal punto llegar? ¡Celeste Albini,
El pueblo mexicano te tributa
Justos aplausos, y en tu noble frente
Ciñen las artes inmortal corona:
¡Yo te saludo de entusiasmo lleno!
¿Quién al oir tu canto no palpita?
¡Jamas, jamas una ilusion tan grata
Llenó mi corazon, Albini bella,
De tan dulce y feliz melancolía!
Recibe, pues, la gratitud que siento,
Y de mi lira en el humilde acento
La sincera expresion del alma mia!

1837

A HIDALGO

En sepulcral silencio se encontraba
El pueblo mexicano sumergido:
¡Fatal silencio! sólo interrumpido
Por la dura cadena que arrastraba:

Como crímen atroz se castigaba
Del triste esclavo el mísero gemido,
O de los opresores al oído,
Cual música de triunfo resonaba.

Grita Hidalgo, por fin, con voz divina:
« ¡México libre para siempre sea! »
Y al tirano español guerra fulmina:

Once años dura la mortal pelea,
El trono se desploma, y en su ruina,
De libertad el estandarte ondea!

1837.

HIMNO PATRIÓTICO

Para cantarse el 16 de Setiembre 1840.

Oid sonar de los héroes las tumbas,
Y sus sombras ilustres salir,
Y mil ecos gloriosos á un tiempo
¡Libertad! ¡libertad! repetir.

I.

Hubo un tiempo de luto y de muerte,
En que sólo sonaba la voz
Del tirano que de oro cubierto,
Insultaba á la débil nacion;
Pero se alza en Dolores un astro
Más fulgente, más bello que el sol:
¡Libertad, es tu ráfaga pura!
¡Libertad, es tu inmenso fulgor!

II.

Y de un héroe al ejemplo, mil héroes
Alzan fuertes el noble pendon,
En que brilla con fuego, grabada
Libertad por la mano de Dios.
El tirano al mirar esta enseña,
Sobre el trono, cobarde tembló,
Y aunque opone sus últimas fuerzas,
Triunfa al fin del patriota el valor.

III.

¡Salve, ó genio, que el árbol plantaste
Que regado con sangre creció!
¡Salve, Hidalgo, glorioso caudillo!
¡Salve, ó dia de gloria y honor!
Y á Morélos, Allende y Aldama,
Y á mil bravos que llenos de ardor,
Con su muerte su gloria sellaron,
¡Salve! canta del pueblo la voz

POESIAS

Escritas en los aniversarios de la muerte del Sr.

D. Francisco García.

I.

De patriotismo y de virtud modelo,
Fuiste siempre, magnánimo García,
Fuiste de Zacatécas el consuelo;
Pero marcó el Señor tu último dia,
Y al cielo alzaste tu brillante vuelo.

II.

Miró á su patria el ínclito García,
Miróla en sangre y lágrimas bañada,
Presa inocente de faccion impía,
Y su alma del dolor despedazada,
Te dejó para siempre ¡oh patria mia!

III.

A su padre, á su jefe más querido,
Hoy Zacatécas llora desolada:
¡Con él sus esperanzas ha perdido!
El pueblo en torno de su tumba helada,
Lanza su triste, lúgubre gemido.

IV.

¡Oh Zacatécas! cúbrete de duelo,
Murió tu padre ya, ¡murió García!

A otro mundo mejor alzó su vuelo.
¡Un héroe falta de la patria mia!
¡Un astro más fulgura ya en el cielo!

De llanto y de dolor en este dia,
Con lúgubre clamor el bronce suena,
¿Por qué así te entristeces, patria mia?
La patria con su faz de llanto llena,
Calla y muestra la tumba de García.

Genio que alzaste tu brillante vuelo
A otra region de luz y bienandanza;
¿Por qué dejaste nuestro patrio suelo?
De su dicha perdiste la esperanza,
Y fuiste á ser su intercesor al cielo.

Ved á la libertad; negro es su manto,
Es triste su mirar, y hondo su duelo:
Al que sostuvo su estandarte santo
No halla en la tierra, y búscanlo en el cielo
Sus ojos llenos de salobre llanto.

Si te quitó el destino, patria mia,
Tu fortuna, tu gloria, tu grandeza;
Si eres juguete de la suerte impía,
A lo ménos te quedan por riqueza
La tumba y los recuerdos de García

¡ UNA MEMORIA !

Salí apénas de la infancia,
Sencillo, puro, inocente,
Con el candor en la frente,
La paz en el corazon :
Cuando te ví, Amira hermosa,
Y en apasionado acento
Me atreví á mandar al viento
Mi primer canto de amor.

De amor puro, eterno, ardiente;
De aquel amor que derrama
En el corazon su llama,
Cual volcan abrasador :
Este amor era el delirio
Que mi existencia llenaba,
Este el númen que inspiraba
Mi primer canto de amor.

Para mí la vida entónces
¡Cuánta dulzura tenia!
¡Cuán grata me parecia
De la tierra la mansion!
¡Miraban todo mis ojos
Con tan bellos coloridos!
Todo, todo á mis sentidos
Estaba diciendo amor.

Cuando tras el cortinaje
Magnífico de oro y grana,

En la cándida mañana
Brillaba el fúlgido sol,
Yo alegre lo saludaba,
Que á alumbrar tu faz venia,
Y á tí, Amira, dirigia
Mi primer canto de amor.

¿No te acuerdas cuántas veces
De las aves el arrullo,
Del arroyuelo el murmullo
Escuchábamos los dos?
El aura blanda mecía
Tu cabellera rizada,
Aquella aura embalsamada
Por tus palabras de amor.

¡Cada gota de rocío,
Cada flor y cada fuente,
Hablaban cuán dulcemente,
A mi tierno corazon!
¡Amor las aves cantaban,
Amor las fuentes decian,
Y los ecos repetian
Por todas partes, amor!

¡Prisma brillante, pronto te rompiste,
¡Ilusiones de amor, habeis pasado,
Y al pobre corazon sólo ha quedado
Una memoria dolorosa y triste!

¡Todavía tienen para mí las flores,
Y del bosque el magnífico ramaje,
Las aves y las fuentes, un lenguaje,
Lenguaje de recuerdos y dolores!

Saludo todavía al sol brillante
Cuando aparece en el rosado oriente;
Mas le saludo con la voz doliente,
Y en lágrimas bañado mi semblante.

¿Qué fué tu amor?... ¡un sueño fugitivo!
¡Tus sollozos, tus lágrimas mentira!

Y yo te amaba, y.... ¿lo creerás, Amira?
Falsa, aun te amo, y de recuerdos vivo!

Y aspiro algunas veces á la gloria,
Porque aunque á ver no vuelva tu semblante,
Digas mi nombre y mandes á tu amante
¡Un suspiro no más, una memoria!

BRINDIS EN UN BAILE

A un tiempo, queridos,
Las copas llenemos,
Y alegres brindemos
A amor y amistad :
Del tiempo pasemos
Burlando la saña;
De hirviente champaña
La copa apurad.

Y todos á un tiempo
Gritad, y á una voz :
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

¿Qué importa que ahora
El sol no aparezca,
Que no nos ofrezca
Su fúlgida faz?
Oculte sus rayos;
Que brillan más que ellos
Los ojos tan bellos
De tanta beldad.

Y todos á un tiempo
Gritad, y á un voz :
¡Que vivan las bellas!
¡Que viva el amor!

¡Oh vino espumoso
Tú el símbolo eres

De nuestros placeres,
De nuestra ilusion.
Gozosos, amigos,
Las copas vaciemos,
Y alegres brindemos
Al gozo, al amor;

Y *todos á un tiempo*
Gritad, y á una voz :
¡ Que vivan las bellas!
¡ Que viva el amor!

Mirad de estas ninfas
Las cándidas frentes,
Sus bocas rientes
De hermoso carmin :
¿ Quién puede, decidme,
Mirarlas sereno,
Sin que arda su seno
En fuego sin fin?

Bebamos, brindemos,
Diciendo á una voz :
¡ Que vivan las bellas!
¡ Que viva el amor!

1832.

BRINDANDO Á UNAS SEÑORITAS

EN EL ANIVERSARIO

DE LA INDEPENDENCIA

¿A quién no animan vuestros bellos ojos?
¿Quién no palpita al ver vuestra hermosura?
Esa sonrisa pura
Que vaga en vuestro labio purpurino,
Y el noble pecho del patriota inflama,
Es del valiente, premio venturoso.
¡Cómo refleja en vuestro rostro hermoso,
De independencia la sagrada llama!
¡Maldicion al cobarde!
Que para conservar vuestra pureza
Y vuestra libertad, la lid rehusa!
¡Loor eterno al valiente mexicano,
Que ardiendo en llama sacrosanta y pura
La vida exhala al pié de la hermosura,
Teñido con la sangre de un tirano!

No temais, mexicanas, que abata
La opresion vuestras cándidas frentes,
Ántes, ántes, de sangre torrentes
En Anáhuac correr se verán.

Compatriotas, brindad á la gloria,
De las bellas en este gran dia,
E inundados en pura alegría,
En su loor vuestra voz levantad.

ADELA

A mi hermano Guillermo Prieto

ROMANCE PRIMERO

LA VIGA

El que quiera ver la pompa,
La brillantez y riqueza
Con que en México se viste
La graciosa primavera,
Vaya al paseo de la Viga
En una tarde serena.
La multitud de canoas
Que cubren el ancha acequia,
Que van, vienen, se reunen,
Se separan y atraviesan :
Las graciosas mexicanas,
Que colocadas en ellas
Y coronadas de flores,
Vistosos trajes ostentan :
Los acentos melodiosos
Del arpa ó de la vihuela,
Que acompañan las canciones
Que sus amores expresan :
Aquellos dichos agudos
Y oportunas ocurrencias,
Aquel desórden gracioso,
Aquella brisa ligera
Que apénas las aguas riza

Y luego en las flores juega :
La vista de hermosas quintas
Y de risueñas aldeas,
Donde de sabroso pulque
Apuran jícaras llenas :
Aquel contraste gracioso
Que forma la faz severa
De venerables ancianos
Que meditan ó bostezan,
Con el semblante festivo
De las jóvenes traviesas,
Que á sus amantes envian
Miradas de fuego llenas :
Aquellas sagradas aguas,
Que los trabajos recuerdan
(A pesar de tantos años)
De los ilustres aztecas :
El idioma mexicano
Que aquellos Indios conservan,
Y en que los remeros hablan,
Y la romántica mezcla
De las memorias antiguas
Con las costumbres modernas,
Forman un todo gracioso,
Que nunca á borrarse llega
Del alma que ha contemplado
Estas mágicas escenas.

En una de las canoas
Iba una tarde de aquellas
Un jóven, tres señoritas,
Y una anciana gorda y fresca,
Aunque bien se conocia
Que rayaba en los sesenta :
Ésta ostentaba un vestido
De una antigua y rica tela,
Que conservaba, decia,
Con la mayor reverencia,
Porque lo habia estrenado
En las memorables fiestas
Del advenimiento al trono
De Cárlos IV : tal prenda

Le servia como un libro
De memoria : su cabeza
Entre blanca y negra, estaba
De una gran falla cubierta,
Y por fin, todo su traje
Era una confusa mezcla
De las usanzas antiguas
Con adiciones modernas ;
Contraste raro formaba
Con sus hijas, que pudieran
Ser modelo de las Gracias ;
Mas la respetable vieja
Era de bello carácter,
Habladora sempiterna,
Buena madre de familia,
Muy amante de las fiestas,
Regocijos y convites,
A donde iba, decia ella,
Tan sólo porque sus hijas
De gusto no carecieran :
Lo cierto era que entretanto
Que las amables doncellas
En el canto ó en el baile
Ostentaban su destreza,
Ella entre muelles cojines,
Junto á alguna compañera
De su tiempo, al grande flujo
De su charlar daba suelta.

Iba, pues, nuestra matrona
En la canoa ; junto á ella
Iba un jóven pensativo,
Dando en su semblante muestras
De algun proyecto grandioso
O alguna afliccion secreta :
Veinticinco años tendría
Cuando más, aunque las penas,
La meditacion continua,
O literarias tareas,
Parecer mayor le hacian ;
Pero en su frente serena,
En su mirar entusiasta

Aunque dulce, en sus maneras
Todas, y en todo su porte
Se leía la franqueza.
La anciana le amaba mucho,
Sabia la correspondencia
Que con Adela tenia,
De sus hijas la más bella;
Y esperaba que muy pronto
De Himeneo la cadena
Sus vínculos estrechara :
Alfonso (pues este era
El nombre de nuestro jóven.
Oía las historietas
De la anciana, que tenian
Más de veinte años de fecha,
Con la ligera sonrisa,
Que la distraccion expresa :
Algunas veces fijaba
Sus miradas en Adela,
Ella bajaba los ojos
Con sencillez y modestia,
Y su pecho palpitante,
Y sus mejillas cubiertas
De amable rubor, la hacian
Más interesante y bella.

Las tres hermanas reían,
Cantaban canciones nuevas,
O de aromáticas rosas
Coronaban sus cabezas :
Ya jugaban con el agua,
Y al inclinarse hácia ella,
Se desprendian las flores
De su hermosa cabellera :
Ya al remero dirigian
En la mexicana lengua
Algunas leves preguntas,
Repitiendo su respuesta.

Poco á poco fué dejando
A sus hermanas Adela,
Porque notó que en su amante

Aumentaba la tristeza,
Y fué á colocarse al cabo
Junto á la madre, que, tierna,
Al melancólico Alfonso
Hablaba de esta manera:
« ¿ Qué tiene usted, hijo mio ?
« ¿ Qué tiene usted ? ¿ En qué piensa ?
« Usted está distraido,
« No me responde siquiera :
« Sabe usted cuánto lo estimo,
« No me oculte usted sus penas.
« Estos jóvenes de ahora,
« Con tantas cosas que piensan,
« Se vuelven viejos muy pronto ;
« Mi marido (que Dios tenga
« En su gloria) no pensaba
« Sino en cuidar de su hacienda ;
« Pero no lo vi ocuparse
« En escribir tantas resmas
« De papel, y no es decir
« Que tuviese mala letra;
« No, señor, de Palomares
« Escribia : las esquelas
« Verá usted que me mandaba
« Cuando hice viaje á la Puebla.
« ¡ Qué limpias! no hay un borron
« Desde la cruz á la fecha;
« Pero no hacia discursos,
« Ni versos, ni cosas de esas
« Que se hacen hoy. Vamos, vamos,
« Levante usted la cabeza,
« Cante usted alguna cosa,
« Acompañado de Adela,
« O solo, como usted guste.
« ¡Ah! ¿ Tal vez usted se encuentra
« Enfermo ? » — La buena anciana
Calló en fin : en tanto inquieta
Adela, los ojos fijos
En Alfonso, medio abierta
La rosada boca, el pecho
Palpitando con violencia,
Esperaba de su amado

Sin respirar, la respuesta.
« No, señora, dijo el jóven,
« No estoy malo, la vihuela
« Deme usted, Adela hermosa,
« Y cantaré lo que pueda. »

El crepúsculo acababa
En este instante : desiertas
Estaban ya las canoas;
En vez del ruido y la gresca
Que se observaba poco ántes,
Hora silencio se observa :
El hombre así de la vida
Por la corriente atraviesa,
Primero alegre, agitada,
Despues tranquila y serena,
Cuando la vejez helada
Ya sus pasiones modera.

Trémula sobre las aguas
Brillaba la luna llena,
Que ya á salir comenzaba
Tras la torre de una aldea :
En ella fija los ojos
Alfonso, luego los lleva
A las remotas montañas
Que en el horizonte observa :
Altísimas esperanzas
Su alma generosa llenan,
De Adela estrecha la mano,
Y en voz dulce y halagüeña,
Pero sonora y sublime,
(Que por escucharla dejan
Sus juegos las dos hermanas,
Y el remero su tarea)
Estos versos canta Alfonso,
Que su sentimiento expresan :

« ¡ Gloria ! ¡ gloria ! ¡ Palabra sonora
Que repiten la tierra y el cielo;
Del sufrido soldado consuelo,
De los héroes brillante deidad !

Yo tambien por tu nombre suspiro ;
Que tus alas me cubran espero,
Y en mi mano tal vez el acero
Con celeste fulgor brillará.

Tal vez pronto el infame coloso
Que hoy oprime con mano inclemente,
En vil polvo sumida la frente,
El escarnio del pueblo será :
Yo tambien á los libres unido
Vibraré denodado la espada,
Y mi frente será coronada
De laurel y de palma inmortal.

Mas si acaso en la lucha perezco,
Bella jóven, mitad de mi vida,
De tí sola y mi patria querida
Mi suspiro postrero será.
Ve á la tumba que guarde mis restos,
Y sobre ellos derrama tu llanto ;
Mi afliccion y mi acerbo quebranto :
Con tu sombra tal vez calmará. »

Calló Alfonso ; sus mejillas
Ardientes lágrimas riegan,
Que cayendo sobre el rostro
De la delicada Adela,
Y juntándose á las suyas,
A la helada mano ruedan
De la anciana, que al instante
Pregunta con voz inquieta :
« ¿ Por qué llorais, hijos mios ?
« ¡ Oh ! las canciones modernas
« Son muy tristes ; las antiguas,
« Las seguidillas aquellas
« Eran mejores ; mas todo,
« Todo acaba ! Vamos ¡ ea !
« Muchachas, vamos á casa,
« Y acábese la tristeza, »

Dejaron, pues la canoa,
Toman el coche, y se internan

De México en la ciudad
Por las calles opulentas

ROMANCE SEGUNDO

LA PRISION

Jamas se pasaba un dia
Sin que en las alas llevado
Del amor, no fuese Alfonso
A ver á su bien más caro;
Sin embargo, en el siguiente
Al paseo de que hablamos,
Son ya las doce.... la una,
Pero Alfonso no ha llegado.
Cuenta Adela los momentos,
Le parece que oye pasos,
La respiracion suspende,
Vuelve la cabeza.... en vano,
No es él: se apura, se aflige,
Mil pensamientos amargos
Se suceden en su mente.
Tal vez se encuentra postrado
Por la enfermedad.... Tal vez
Ha detenido sus pasos
Un asunto de interes;....
Pero no; nunca su amado
Ha preferido otros bienes
A su amor: acaso, acaso
Una mujer más dichosa....
¡ Qué delirio! ¡ Ni pensarlo!
Adela tan baja idea
Desecha con desagrado:
Pero Alfonso no parece,
El sol va ya declinando....
¡ O buen Dios! ¿ le habrá perdido?.....
Sale al balcon, á lo largo
Tiende la vista, cada uno

De aquellos que van pasando
Le parece que es Alfonso;
Su corazon agitado
Casi no cabe en su pecho:
La llama su madre en vano;
« Ya voy, » dice, y permanece
Por todas partes mirando:
Descubre, en fin, á un amigo
De su amante. ¿ Algun recado
Le traerá tal vez?.... No hay duda,
Entra en su casa: de un salto
La sala y el corredor
Pasa Adela, y preguntando
Está al amigo de Alfonso.
¡ Infelice! de los labios
De aquel oye la noticia
De que está preso su amado:
Pierde su faz los colores,
Tiende los hermosos brazos,
Y faltándole las fuerzas,
Como herida por un rayo,
Cayó: la madre al momento,
Y las hermanas volando
Llegan, la encuentran tendida
En el suelo, y al infausto
Mensajero, cual si fuese
Hecho de insensible mármol.
Él les repite de nuevo
Que su amigo desgraciado
Está en la *cárcel de corte*,
Por el gravísimo cargo
De ser *insurgente*.... ¡ Cielos!
La anciana exlamó llorando,
¿ *Insurgente?* — Sí, señora,
Dijo el amigo, y acaso....
Yo me horrorizo al pensarlo!
Ya se le sigue un proceso....
Su funesto resultado....
« No más, dijo la señora,
« ¡ Me está vd despedazando!
« Vaya vd., vaya al momento,
« Dé vd. por Dios, cuantos pasos

« Pueda en favor de su amigo,
« De ese amigo desgraciado.
« ¿ Necesita vd dinero ?
« Yo lo daré : ¿ es necesario
« Ver al virey, á los jueces?
« Pues en el instante, vamos.
« ¡ O santo Dios! hijas mias,
« Llevemos luego á su cuarto
« A esta infeliz. ¡ O qué tiempos!
« Todo, todo se ha cambiado.

Largo espacio permanece
Adela en aquel letargo;
Pero, por fin, poco á poco
Va volviendo : abre sus labios,
Y con voz trémula y débil,
De Alfonso el nombre adorado
Repite; los ojos gira
En derredor de su cuarto :
No está pálido su rostro,
Antes un vivo encarnado
Hermosea sus mejillas :
Bate su pulso agitado
Por la fiebre más ardiente :
Discursos mal concertados,
Palabras vagas, locuras,
Indican el alto grado
De la enfermedad : la ciencia,
Los desvelos, los cuidados,
Todo se ensaya sin fruto;
El cerebro trastornado
De Adela, ve sólo sombras;
Y la infelice, mezclando
Las más contrarias ideas,
En tropel desordenado
Habla de flores y muertes,
De amores y de cadalsos.

Por mil ochocientos trece
Es la época de que hablamos,
Epoca horrible, sangrienta,
Para el triste mexicano :

Cuando el nombre de Venégas,
Repetido con espanto,
Helaba los corazones :
Cuando algunos esforzados,
Arrostrando los peligros,
Independencia gritaron;
Mas no era llegado el dia
Por el Eterno marcado
Para sacudir el yugo
Del Español sanguinario.

Venégas sofocar quiso
Aquel incendio sagrado,
Vertiendo sangre á torrentes,
Suplicios multiplicando.
No eran necesarias pruebas
Para mirarse arrastrado
A la prision más estrecha
El mísero ciudadano;
Bastaban sólo sospechas :
Así piensan los tiranos
Afirmar su inicuo trono,
Sin advertir que la mano
Que los golpes multiplica,
Suele fatigarse al cabo,
Y su flaqueza se aumenta
A proporcion del estrago.

En la gran cárcel de corte
Se encuentran un jóven cargado
De fortísimas cadenas,
Y de grillos muy pesados;
Pero en su faz no demuestra
Abatimiento ni espanto :
Es cierto que algunas veces
Por su semblante esforzado
Pasa una ligera sombra
De tristeza, y en sus labios,
De Adela el nombre querido,
Con un suspiro mezclado
Se oye sonar; mas de nuevo,
La serenidad cobrando,

De inmortalidad y gloria
Brilla en sus ojos un rayo.
Así al claro sol oculta
Algun ligero nublado,
Pero pasa, y reaparece
Con más pureza brillando :
Así el árbol por el viento
Un instante doblegado,
Vuelve á levantarse airoso,
El huracan despreciando.

Seis dias hace que Alfonso
Sufre su destino amargo,
Sin saber cuál es la suerte
De los objetos amados
De su corazon. Se acerca
Al fortísimo enrejado
De una ventanilla estrecha,
Y sus ojos levantando
Fija en el zafir del cielo.
Cuando el mortal rodeado
Está de gozo y ventura ;
Cuando ardoroso su labio,
Entre ilusiones mecido,
Del placer apura el vaso,
Le basta sólo la tierra ;
Mas cuando la helada mano
Del dolor su pecho rompe,
Cuando la ilusion pasando
Aparecen los tormentos,
Cuando no encuentran descanso
En el mundo, ansioso busca
Otra region, otro estado,
Y sus ojos en el cielo
Fija inundados en llanto.

Era el momento solemne
En que el sol ha terminado
Su carrera : la hora misma
En que Alfonso, acompañado
De Adela, hace siete dias,
En la *Viga* iba soñando

En felicidad en gloria,
Que en prisiones se han tornado.
Así el viajero divisa
Altas torres y palacios,
En el lejano horizonte,
Que le prometen descanso,
Y en mirarlos divertido,
No vé la sima en que incauto
Se precipita, y perece :
Así ligero surcando
El pajarillo los vientos,
Tocar la copa de un árbol
Cree ya, cuando aguda flecha
Le derriba traspasado.

En el azul de los cielos,
Más que las otras brillando,
Estaba una estrella hermosa:
Alfonso con entusiasmo
Fija sus ojos en ella,
Como en el luciente faro
El navegante infelice,
Que está con la mar luchando :
Astro hermoso, dice Alfonso,
Astro puro, ¿ eres acaso
Tú la funeraria antorcha
Que alumbra mi fin cercano?
¡ Pronto tal vez, en mi tumba
Tu blanda luz derramando,
Indicarás á mi Adela
El lugar de mi descanso!
Tal vez la noche siguiente,
Brillarán tus tristes rayos
Sobre su pálido rostro,
Y en las gotas de su llanto.
Cambia de pronto de ideas :
De su patria el nombre caro
Viene á su memoria: el fuego
De libertad, que abrasando
Está siempre su alma noble,
Aquel fuego sacrosanto,
Que al amor cedió un momento,

Vuelve á brillar, y doblándo
Su entusiasmo, « sí; repite,
Alcese pronto el cadalso,
Venga la muerte gloriosa
Que me prepara el tirano. »

Así lucha el triste preso,
Entre sentimientos varios,
Hasta que un ligero sueño
Extiende sobre él su manto.
Mas ¡ ay ! pronto lo despierta
Un acento destemplado,
Que le intima la sentencia
De muerte.... Con firme paso
Marcha á la oscura capilla,
Donde un venerable anciano,
Un religioso, lo espera,
En caridad rebosando,
Para hacer con sus acentos
El trance ménos amargo.

Tres dias despues.... unos tiros
En la plaza de Mixcalco,
Y unas campanadas suenan....
A esa misma hora, de blanco
Vestida, y llena de flores,
A su lecho funerario
Llevan una hermosa jóven.
Es Adela, y á su lado,
De su amante, el noble Alfonso,
El sepulcro colocaron.

Enero de 1838.

POESÍAS DRAMÁTICAS

EL TORNEO

PERSONAJES

ISABEL.	ALBERTO.
ARABELA.	ALFONSO, escudero.
LEONOR, doncella de Isabel.	PEDRO.
EL BARON DE BOHÚN.	TIMOTEO.
EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.	CABALLEROS ARMADOS. — CRIADOS.

La escena es en el castillo del baron Fitz-Eustaquio.
Inglaterra. Siglo XI.

ACTO PRIMERO

LA DESPEDIDA

Salon gótico ricamente amueblado con adornos de trofeos militares en las paredes.

ESCENA I.

TIMOTEO, PEDRO.

(*Aparecen limpiando los muebles.*)

PEDRO.

Grande funcion se prepara;
Pero ¿sabes lo que pienso?
Qué á pesar de este aparato
Y preparativos regios,

Creo que tiene la tal boda
Más bien trazas de un entierro.

TIMOTEO.

¿Un entierro? ¡mentecato!
Con que un baile, y un torneo,
Y un festin, y tantos nobles
Y valientes caballeros,
Que vienen de treinta millas
A la redonda, cubiertos
De brillantes armaduras,
Plumas y galas, y..... Pedro,
Tú no sabes lo que dices.

PEDRO.

Lo que digo, Timoteo,
Es, que todas esas galas,
Y esas músicas que el viento
Atruenan por todas partes,
Y el convite, y el torneo,
Todo esto de nada sirve
Si la novia....,

TIMOTEO.

Vaya, necio,
¿Y qué tienes que decir
De Lady Isabel?

REDRO.

¿Qué tengo
Que decir? que es una jóven
Angelical, un portento
De virtud y de hermosura;
Pero que, segun entiendo,
Ella tiene tantas ganas
De casarse, como tengo
Yo de morirme.

TIMOTEO.

Repito
Que eres un tontazo, Pedro,
Vaya! pues es nada el novio!
El más rico caballero
De Inglaterra, y el más noble
Y valiente; nada ménos
Que el baron de Bohún; digo,
El que no hace mucho tiempo

Salvó la vida al monarca,
Cuando lo iba un Sarraceno
Allá en Ascalon, un dia,
A rajar de medio á medio :
Y por lo mismo Ricardo
Le ha concedido por premio,
Que ponga en su escudo de armas,
Aumentando sus trofeos,
Una cabeza de moro
Con sus bigotazos negros,
Que da gusto.

PEDRO.

Yo me rio :
¿Puedes pensar, majadero,
Que los bigotes del moro,
Por muy grandes y muy negros
Que sean, hayan podido
Mover á la novia? Creo
Que ni cabezas de moro,
Ni moros de cuerpo entero,
Harán que la señorita
Quiera al tal Baron.

TIMOTEO.

Silencio :
Eso es otra cosa : mira,
Hace poquísimo tiempo
Que sirves en el castillo :
Tú no sabes los secretos
De la familia, y yo sí ;
Mas no saldrá de mi pecho,
Ni siquiera una palabra
En asuntos de tal peso :
Eso no ; soy reservado
Como un poste.

PEDRO.

Bueno, bueno ;
Yo no digo lo contrario;
Pero si eres tan discreto
Y tan honrado, debias,
Por caridad á lo ménos,
Ponerme un poco al corriente
De estas cosas : por supuesto

Que no es por curiosidad;
No tengo yo tal defecto:
Pero al fin soy de la casa.

TIMOTEO.

Pues sírvate de gobierno,
Que el baron de Bohún, el novio,
Tiene un endiablado genio:
Es valiente, cierto, y rico,
Y de titulones lleno;
Pero muy vano y altivo,
Regañon..... pero no puedo
Decirte más.

PEDRO.

Lo que has dicho
Sirve para que de nuevo
Afirme yo que la boda
No tendrá buen paradero;
¿Cómo nuestra señorita,
Jóven, bella, cuyo genio
Es la bondad misma, puede
Querer á un maldito viejo
Regañon, altivo?.... ¡vaya!
Quemara yo, Timoteo,
Mis papeles, si á esta hora
No palpita ya su pecho
Por algun jóven hermoso
Más digno de ella.

TIMOTEO.

¡Silencio!
Silencio, lengua maldita,
¿Qué te importa nada de eso?
Aquí se mira y se calla.

PEDRO.

Bien está; pero no puedo
Dejar de compadecerme
De la señorita; cierto
Que será muy desgraciada
Con el tal baron, pudiendo
Ser tan feliz con......,

TIMOTEO.

Pero hombre,
Es imposible; si Alberto

No es más que un pobre muchacho,
Un expósito ; si al ménos
Tuviera algun titulillo ;
Pero nada ; no sabemos
Quiénes han sido sus padres.
En una ocasion, volviendo
De la caza nuestro amo,
Encontró en el duro suelo
Al pobre niño ; su llanto
Le enterneció, y al momento
Le trajeron al castillo,
Le dieron por nombre Alberto,
Y está aquí, como quien dice,
Por caridad : si un asiento
En su mesa le da el amo,
Es porque él es un portento
De valor, y porque supo
Ganar con su propio acero
De caballero la Orden,
Que si no, ya estaba fresco ;
Si él estuviera atenido
A los pergaminos viejos
De nobleza, te aseguro
Que fuera hoy tan caballero
Como yo.

PEDRO.

Pues la verdad
¿ Quieres que te diga ? aprecio
Mucho más á los que ganan
Por sí mismo sus empleos,
Que no á esos almibarados
Orgullosos, que no han hecho
Cosa alguna de importancia,
Y sólo son caballeros
Y se llaman hombres grandes
Porque sus padres lo fueron.
Yo no sé cómo es posible
Que prefieran á ese viejo
Baron, sólo porque es noble,

TIMOTEO.

Y muy rico.

PEDRO.

¿Y qué sabemos
De dónde le habrán venido
Sus riquezas? Yo me acuerdo
Que, hace poco el tal Baron
Era un segundon hambriento:
Que de repente su hermano
Se encontró en un bosque, muerto
Sin saber cómo; su viuda
Tambien murió á poco tiempo,
Y entró en posesion de todo
Ese Walter: no, yo pienso.....

TIMOTEO.

Pedro, Pedro, en los palacios
Se ha de hablar con mucho tiento:
Tú eres novicio, y no sabes
Estas cosas.

PEDRO.

Pues.....

TIMOTEO.

Silencio,
Que alguno viene. ¿No escuchas
Ruido de pasos?

PEDRO.

El miedo
Que te zumba en los oidos.

TIMOTEO.

No, no; viene alguno.

PEDRO.

Es cierto.

TIMOTEO.

¿Si te habrán oido?

PEDRO.

Mira:
Es el señorito Alberto.
¡Pobrecillo! ¡Cuán mudado;
Cuán pálido y macilento
Está su rostro! ¡qué triste!
Me da lástima: ¡es tan bueno,
Tan afable! no, si acaso
Me hallara yo en su pellejo,
Te aseguro que hoy hacia

Una locura.....

TIMOTEO.

Silencio,

Que ya llega.

ESCENA II.

DICHOS, ALBERTO.

ALBERTO.

Amigos mios,

(*con un aire muy abatido.*)

¿Qué haceis aquí?

PEDRO.

Sacudiendo

Este salon, porque dicen

Que dentro de poco tiempo

Estará aquí el novio.

ALBERTO.

¡El novio!

TIMOTEO.

Y los otros caballeros,

Que han de asistir á la boda.

ALBERTO.

¡A la boda!

TIMOTEO.

Y al torneo:

Ya está todo prevenido

En el gran patio: tendrémos

Música, baile..... quién sabe

Cuántas cosas.

ALBERTO.

(¡Yo fallezco!)

(*Se deja caer en una silla.*)

TIMOTEO.

Ya tiene la señorita

Muy adornado su asiento:

Ya la tienda de campaña

Del señor Baron.....

PEDRO.

¡Qué necio

(*Bajo á Timoteo.*)

Eres ! ¿no ves lo que sufre ?
¿ No te acuerdas del proverbio :
En la casa del ahorcado
No mentar la soga ?

TIMOTEO.

Cierto :
Tienes razon.

PEDRO

Pues al punto
Vámonos por allá dentro :
Dejemos al señorito.

TIMOTEO.

Oye : en tiempos de festejo,
Nuestro viejo mayordomo
Suele olvidar un momento
De la bodega la llave
Y el que es vivo.....

PEDRO.

Ya te entiendo :
Un trago por la mañana
Nunca daña.

TIMOTEO.

Pues al hecho :
Vamos.

PEDRO.

Vamos. ¡ Pobrecillo !
(*mirando á Alberto.*)
¿ Ves que triste está ?

TIMOTEO.

¡ Camueso !
¿ Pues qué perder una novia
Es friolera ?

PEDRO.

Por supuesto. (*Se van*)

ESCENA III.

ALBERTO.

¡ Músicas, baile, alegría !
¡ En todas partes contento !

¡Todos rien, y el tormento
Despedaza el alma mia!
¡Aciago, funesto dia!
¿Qué me resta? ¡desdichado!
La muerte! desesperado,
Mi existencia maldiciendo,
Iré á buscarla, muriendo
De todos abandanado!

¡La muerte, sí, sí, la muerte!
¡Huérfano infeliz, proscrito!
En tí amar es un delito;
¿Habrá más horrible suerte?
Isabel, voy á perderte,
Hoy voy á perderte, sí,
Sólo porque no nací,
Conde, duque, ni baron;
Porque horrible maldicion
Pesa siempre sobre mí!

¿A quién he debido el sér?
Por el delito engendrado
Fuí tal vez, y abandonado
A llorar, á padecer:
Tal vez la triste mujer
A quien la vida debí,
Quiso arrojarme de sí
Como objeto vergonzoso,
Y entregarme al que piadoso
Se condoliera de mí.

¿Y qué, puede sin temblar,
Sin fallecer de dolor,
Al objeto de su amor
Una madre abandonar?
¿Tu pecho despedazar
No sentiste, madre mia,
Cuando en orfandad impía
Me dejaste? ¡Desdichado!
¡Tal vez murió, y me ha llamado
En su fatal agonía!

¡Ay, acaso al darme el sér
Perdió la infeliz la vida,
O de miseria oprimida,
Está pronta á fallecer.
¡Oh si pudiera romper
Este velo misterioso!
¡Permíteme, Dios piadoso,
Que la vea un solo instante,
Aunque de su seno amante
Pase al sepulcro espantoso!

Pero si no habita ya
Este valle de dolor;
Si en otro mundo mejor,
De Dios ante el trono está;
Por su hijo rogará,
Porque se cambie mi suerte,
Porque ántes, ántes de verte,
Isabel, en otros brazos,
De mi existencia los lazos
Rompa piadosa la muerte!

Amada Isabel, en tí
Mi única dicha encontré;
Mis pesares olvidé
Desde el punto en que te ví;
Pero ya, ¡triste de mí!
Ya no es mia tu beldad;
La mano de la verdad
De la ilusion rompe el velo,
Vuelve á condenarme el cielo
A miseria y orfandad.

¡Es ya forzoso partir: (*Yéndose.*)
Adios, castillo dichoso,
Donde un tiempo venturoso
Pensaba siempre vivir!
¡Oh, si á sus ojos morir
A lo ménos yo lograra!
Si á sus plantas expirara,
Feliz al morir sería,
Y la humilde tumba mia
Ella con llanto regara!

Pero no; ni este favor
Quiere concederme el cielo;
Morir debo en otro suelo
Consumido de dolor;
El objeto de mi amor
No me verá moribundo;
En abandono profundo,
Moriré sin un testigo;
Ni un pariente, ni un amigo
Dejaré al salir del mundo!

¡Adios, objeto adorado,
Que amé, que amo todavia,
Que siempre en el alma mia
Está con fuego grabado!
¡Adios, dueño idolatrado!
¡Adios! mas... ¿no es ella? si,
Es Isabel: ya está aquí;
Huyamos, ¡ay! es forsozo...
No puedo! ¡el cielo piadoso
Tenga compasion de mi!
(Se deja caer en una silla en el mayor abatimiento.)

ESCENA IV.

ISABEL, ALBERTO.

ISABEL.

¡Alberto!

ALBERTO.

¡Isabel!

ISABEL.

¡Yo muero!

ALBERTO.

¿Con que es cierto, en fin, que vos
Hoy mismo.......

ISABEL.

¡Calla, por Dios!
¿Tambien tú el feroz acero,
Que mis entrañas devora,
Quieres empujar, cruel?

ALBERTO.

¡Ay, tambien mi pecho él
Está rompiendo, señora!

ISABEL.

¡Señora! ¿esto más?

ALBERTO.

Hé aquí
El nombre que os debo dar.

ISABEL.

¿Con que es fuerza rènunciar
Aun á la esperanza?

ALBERTO.

Sí:
Ya no miro en vos aquella
Que mis delicias hacia;
Hoy es el último dia
Que veré esa frente bella:

Hoy mismo Isabel será
A las aras conducida,
Y hoy mismo mi despedida
Este asilo escuchará.

No verán mis ojos, no,
De mi rival el contento,
Ni escucharé el juramento
Que la violencia dictó.

Furioso, desesperado,
Sin asilo, sin consuelo,
Vagaré en extraño suelo,
De mis penas agobiado:

Sobre mi caballo fiel,
Compañero de mi gloria,
Llena siempre mi memoria
Con la imágen de Isabel,

La muerte voy á buscar.

ISABEL.

¡Y yo aquí la encontraré!

ALBERTO.

Tu nombre repetiré

Al momento de expirar.
!Oh mi bien el más querido!
¡Mi delicia, mi tesoro!
La fuerza con que te adoro
Nunca cual hoy he sentido!
¡Tú ves el constante ardor
Que devora el alma mia;
Mas no sabes todavía
El exceso de mi amor!

ISABEL.

¡Alberto!

ALBERTO.

Llega, Isabel,
Llega esa mano adorada
Al pecho en que estás grabada
Por un eterno cincel:
¿No sientes este latir,
Este furioso volcan?
¡Ay, de aquí te arrancarán
Cuando deje de existir!
Ese orgulloso Baron
Obtendrá tu helada mano;
Pero nunca el inhumano
Poseerá tu corazon;
Ese corazon es mio,
Lo juraste ante el Eterno,
Y al mundo y al mismo infierno,
Por gozarlo desafío.
Recuerda, cara beldad,
Aquella noche preciosa,
En que tu boca de rosa
Colmó mi felicidad:
Cuando trémula, turbada,
Llena de pudor divino,
Te amo, dijiste.... ¡oh destino
Infeliz!

ISABEL.

¡Desventurada!
¿Y podré sobrevivir
A este momento terrible?
¡Alberto, no, no es posible
Los dos debemos morir:

Sí, mi bien, la tumba mia,
Será ese lecho nupcial!

ALBERTO.

¡Ah! calla, Isabel, ¡qué mal
Me hace esa palabra impía!
¡Lecho nupcial! no: ¡ primero
Mi cadáver han de hollar;
Venga el Baron á buscar
Tu mano con el acero:
Véamos si tan fuerte es,
Como altivo y orgulloso!
¡Pronto ese rival odioso
Quedará muerto á tus piés!
¡Pronto verás al traidor
En sangre impura bañado,
Sú pecho despedazado
Por mi acero vengador,
Y el sol que debe alumbrar
Su victoria, su ventura,
Una escena de amargura
Vendrá sólo á presenciar!
¡No brillará sobre flores
Su rayo resplandeciente;
Sobre sangre solamente,
Sangre, venganza y furores!
¡En vez de cantos de amor,
De muerte se oirá el gemido!
¡Será en luto convertido
Ese soberbio esplendor!
Tiemble, tiemble ese Baron!

ISABEL.

¿Y mi padre?

ALBERTO.

¡Oh Dios!

ISABEL,

¡Sabrá
Nuestro amor, y en mí caerá
Su terrible maldicion!

ALBERTO.

¡Ah! qué nombre has pronunciado!
Tu padre, el hombre que un dia
Salvó la existencia mia,

¿Será por mí desgraciado?
¿Y en cambio de su bondad
Y su paternal amor,
Yo llenaré de dolor
Su cansada ancianidad?
¡No, jamas; sabré sufrir
El sacrificio cruel:
Yo te lo juro, Isabel,
Sabré callar y morir!

ISABEL.

¡Morir!.....

ALBERTO.

Morir: ¿presumes que pudiera
Vivir sin tí? jamas: tú, mi esperanza,
Tú, mi consuelo, mi ventura fuiste:
Tú, tú sola pudiste
Adormecerme en dulces ilusiones,
Regar de flores el camino incierto,
Que el destino fatal me señalaba;
Isabel, ya conozco que soñaba;
Y que á la realidad por fin despierto,
Una mano de hierro me sacude,
Y á un abismo sin término me lanza:
Vuela desecha en humo mi esperanza;
¡Cómo olvidarme de mi orígen pude!
¡Cómo pensar que un huérfano infelice,
Sín nombre, sin riqueza,
Su destino infeliz unir podia
A la hija de un Baron! ¡desventurado!
¡Ya la suerte castiga mi osadía!

ISABEL.

Alberto, cesa por piedad: ¿acaso
Necesita blasones
Un hombre como tú? ¿Cuál es más bello
Que la virtud sagrada que atesoras?
Tu generosidad, tu noble brio,
Mi corazon sencillo arrebataron,
Y mis labios, Alberto, te juraron
Unir por siempre tu destino al mio.

ALBERTO.

¡Inútil juramento! ¡Tú olvidabas
Que yo era un miserable, sin fortuna,

De compasion y de miseria objeto :
Olvidaste, Isabel, en tu delirio,
Que de un noble la hija es una esclava,
Que de su mano disponer no puede,
Ni de su corazon !

ISABEL.

¡ Verdad terrible !
¡ Espantosa verdad ! mas al mirarte
¿ En otra cosa, Alberto, pensaria,
Que en amarte sin fin ? cuando tus sienes
La victoria en el campo coronaba,
Mios tus triunfos y tus glorias eran !
La voz de la esperanza me decia,
Que mi mano tal vez la recompensa
De tu valor y tu virtud sería :
¡ Inútil esperar ! sin consultarme
Mi padre fija mi infelice suerte,
¿ Qué puedo hacer, sino esperar la muerte ?
Mil veces he querido
Descubrir nuestro amor ante sus plantas,
Mas me hiela el pensar que acaso airado,
En tí descargue su furor terrible,
Y sin amigos, sin recurso alguno,
De la miseria víctima serias !
¡ Alberto, Alberto, tempestad horrible
Sobre nosotros despiadada truena,
Sin poderla evitar ! ¡ ay ! ¿ Qué se han hecho
Aquellos dulces, venturosos dias
De nuestra infancia? ¡ Oh Dios, eran un sueño,
Que ya se disipó !

ALBERTO.

¡ Si, si, no hay duda :
A veces se suspenden mis dolores
Con el recuerdo de tan bellos dias !
¿ Te acuerdas, Isabel, de aquella noche
En que brillaba espléndida la luna?
Asentados los dos en la ventana
Que da hácia el bosque, y contemplando mudos
Del firmamento la extension inmensa,
Y á la naturaleza silenciosa,
Una vaga tristeza me oprimia :
Me contemplaba solo, abandonado

Desde que vine al mundo, en mis oídos
No habian sonado los sagrados nombres
De *hijo ó hermano*; nunca mi cabeza
Reposó sobre el seno de una madre.
¡Nunca, Isabel! ¡Tan tristes pensamientos
Mi corazon marchito consumian,
La noche aquella, que olvidar no puedo,
Que no quiero olvidar, tú penetraste
Mis tormentos atroces, tú volviste
A mí tus ojos de ternura llenos,
¡Y una mirada, una mirada sola
Calmó la fiebre que en mi pecho ardia!
"¿Por qué lloras, Alberto, me dijiste,
No soy tu hermana yo, mi padre el tuyo?"
¡Tambien llorabas! En aquel instante
Un Dios me pareciste, un Dios clemente,
Que á la vida de nuevo me volvia:
Mi único anhelo fué desde aquel dia,
De laurel puro coronar mi frente:
Blandió mi mano la pesada lanza,
Por mi valor ansiando merecerte,
Volé á la gloria, desafié á la muerte,
Y coronó el destino mi esperanza:
Al lado de Ricardo, en Palestina,
Yo el primero al peligro me arrojaba,
Y en medio de las lides me animaba
Tu imágen pura, celestial, divina!
¡Oh cuántas veces, cuántas, esta mano
Rompió los musulmanes escuadrones,
Y sobre sus vencidos torreones
Alcé las cruces del pendon cristiano!
A mis hazañas, á mi fuerte acero,
Que no brilló sin gloria vez alguna,
Premió Ricardo, y tuve la fortuna
De verme al fin armado caballero.
Rico de gloria, ardiendo en amor puro,
Volé á tu lado, y de tu labio hermoso
Una sonrisa todos mis afanes
Coronó dulcemente; no envidiaba
La regia pompa y esplendor del trono;
Tú sola fuiste de mi afan el centro:
Adorarte, servirte, ser tu esclavo,

Fué mi gloria, Isabel : si la tristeza
De mi alma alguna vez se apoderaba,
Tu mirar la tornaba en alegría :
Tu voz en mis oídos resonaba
Como el acento de una madre tierna,
Cual de una hermana el cariñoso halago,
Como el concierto melodioso y puro,
Que ante el trono de Dios el ángel canta.
Isabel, Isabel, ¡ cuántas delicias,
En solo un dia me arrebata el cielo !
Acércate : (*Llevándola á una ventana.*)
Contempla esas montañas
Que el sol apénas á dorar empieza :
Él no se ocultará tras esas rocas
Antes de que se cumpla tu himeneo.

ISABEL.

¡ Calla, calla por Dios ! ¿ por qué recuerdas
El momento fatal de mi suplicio ?

ALBERTO.

¡ Mañana se habrá alzado una barrera
Eterna entre los dos !

ISABEL.

¡ Alberto, calla !

ALBERTO.

Mañana, errante, solitario, triste,
Sin porvenir, sin esperanza alguna,
La muerte iré á buscar ; y tú entretanto,
De oro y púrpura un lecho ocupar debes !

ISABEL.

¿ No tienes compasion de mis pesares ?
¿ Te complaces, cruel, en mis tormentos ?

ALBERTO.

Perdóname, Isabel : mi pecho triste
Hiel rebosando está, y el labio mio
Ultraja tu dolor. Adios, amada ;
Preciso es ya partir.

ISABEB.

¿ Te vas ?

ALBERTO.

¡ Es fuerza !

ISABEL.

¿ Y adónde ?

ALBERTO.

No lo sé : ¡ por todas partes
Irá cual sombra mi dolor conmigo !

ISABEL.

Detente todavía.

ALBERTO.

¿ A qué ? ¿ Pretendes
Que te mire llegar hasta las aras ?
¡ Jamas, jamas ! si respeté hasta hora
A mi padre adoptivo ; si he ocultado
A sus ojos mi amor, ha sido sólo
Por un esfuerzo doloroso, grande,
Que concebir no puedes; pero al verte
Tender tu mano á mi rival odioso,
Pronunciar el sagrado juramento,
¿ Piensas que pueda reportar mi furia ?
¿ Piensas que mi puñal, mil y mil veces,
El corazon del pérfido no rompa ?
¡ Isabel, Isabel ! hoy á lo ménos
Sólo nosotros infelices somos ;
Pero tu padre no : tal vez un dia
El sabrá mi dolor, sabrá cuán caros
Pago sus beneficios.

ISABEL.

Él se acerca :
¿ Cómo ocultar mi bárbaro tormento,
Ni detener mi llanto ? ¡ Cuánto sufro !
¡ Sostenme tú, Dios mio !

ESCENA V.

DICHOS. EL BARON FITZ-EUSTAQUIO.

FITZ.

Hija querida :
El momento feliz es ya llegado
De ver asegurada tu ventura :
El baron de Bohún, tu noble esposo,
Seguido de valientes caballeros,
Pronto vendrá á jurar entre tus brazos
Eterno amor : el patio del castillo
Engalanado está para el torneo ;

¿ Pero qué miro ? ¿ tu semblante hermoso,
Triste y pálido está ¿ por qué no cubren
Tu hermoso cuerpo las nupciales galas ?
¿ Temes este momento ?

ISABEL.

¡ Oh padre mio !
¡ Al contemplar que voy á separarme
Para siempre de vos !.....

FRIZ.

Ven á mi pecho ;
Ven, mi dulce consuelo, mi esperanza ;
De mi vejez cansada único apoyo :
Serena tu semblante, hija querida,
Pronto serás dichosa.

ISABEL.

¡ Oh padre, padre....

FITZ.

Oyó mis votos el piadoso cielo :
Reflexiona, Isabel, cuánta ventura,
Cuánto brillo derrama este himeneo.
Sobre nosotros ! á los altos timbres
De tus abuelos se unirán ahora
Los de un noble Baron, de un gran guerrero
Por el mismo Ricardo distinguido ;
Alberto, ¿ no es verdad ?

ALBERTO.

Sí, padre amado :
Decis muy bien, señor. (Infierno, infierno,
¿ Por qué no me sepultas ?) Este enlace
(A Isabel)
Te llena de esplandor, hermana mia ;
Anímate, Isabel.

FITZ.

Hoy me parece
Que son ménos mis años ; la ventura
Anima el corazon de los ancianos ;
Envidia tengo á tu futuro esposo ;
Envidia á los valientes caballeros,
Que en el torneo lucirán ahora
Sus soberbios caballos y armaduras.
Hubo un tiempo tambien en que mi brazo
Lanzas rompió en honor de la belleza :

Cuando tu buena madre, en dulce nudo
Se unió á mi suerte, en ese patio mismo,
En que hoy tu nombre sonará glorioso,
Yo el de tu madre con valor sostuve :
Ella mira sin duda desde el cielo
Tu ventura, hija mia : pronto en torno
Circulará la copa en honor tuyo
En el festin magnífico ; las bóvedas
De este castillo, mudas tanto tiempo,
Hoy van á resonar.... (*Suena un clarin.*)
¿ Habeis oido ?
Sin duda llegan ya los caballeros :
A encontrarlos volemos, hijo mio :
Y tú, cara Isabel, ve á prepararte :
Cubre de hermosas flores tu cabeza :
Ostenta tu hermosura : que tu esposo
Te encuentre digna de su ilustre mano,
Pura y brillante. Vamos.

ALBERTO.

Sí, ya os sigo.

ESCENA VI.

ALBERTO, ISABEL.

ALBERTO.

¡ El momento tan temido
Ha llegado ya, Isabel !
Ya se acerca vuestro esposo.

ISABEL.

¡ A sus ojos moriré !

ALBERTO.

No ; seguid, seguid, señora,
El camino que al nacer
Os señaló la fortuna ;
Haced feliz la vejez
De vuestro padre, del mio,
Sí, mi padre tambien es ;
Si no lo fuera.... ¡ Infelice !
¡ Qué posicion tan cruel !
Cuando el pecho se me abrasa
¿ Debo callar ? ¡ Oh deber !

Tengo una espada y un brazo,
Tengo de venganza sed,
Tengo el infierno en el alma,
¿ Y vengarme no podré ?
¡ Virtud fatal ! Fitz-Eustaquio,
Bienhechor mio, ¿ por qué,
Por qué salvaste mi vida ?
¿ Por qué al punto de nacer
No exhalé el postrer suspiro ?
¡ Desgraciado !

ISABEL.

Yo no sé
Lo que se pasa en mi alma :
Yo me siento fallecer :
Arde mi frente, mis ojos
Todos los objetos ven
Tintos en sangre : ¡ un abismo
Abrirse miro á mis piés !
Y nadie tiende la mano
Para salvarme de él ;
Tú te vas, tú me abandonas !

ALBERTO.

¡ Infeliz, qué puedo hacer !
¿ Armar mi brazo, y en sangre
Teñir el sitio que fué
De mi desgracia el asilo ?
¿ Hacer que caiga, Isabel,
La maldicion de tu padre
Sobre tí ? ¡ Jamas ! seré
Desgraciado, pero digno
De tu amor.

ISABEL.

¡ Suerte cruel !
¿ Con qué no queda esperanza ?

ALBERTO.

Ninguna : ¡ adios, Isabel !
Tu padre me espera.

ISABEL.

¿ Y nunca
Nos volverémos á ver ?

ALBERTO.

Es forzoso todavía,

Porque salir no podré
Sin ser visto ; pero al punto
Que divertidos estén
En el torneo, yo parto
Y en mi ligero corcel
Me alejo desesperado
De mi vida, de mi bien.

ESCENA VII.

DICHOS, TIMOTEO.

TIMOTEO.

Señor, el Baron mi amo,
En el atrio del castillo
Os espera : ya se acercan
Los caballeros.

ALBERTO.

Amigo,
Voy al instante.

(Se va Timoteo : se oye dentro una música marcial, que indica la llegada de los caballeros.)

Señora,
Escuchad ; ese sonido
Anuncia ya la llegada
De vuestro esposo.

ISABEL.

¡ Dios mio !
¿ Y no muero ?

(Cae en el mayor abatimiento en una silla.)

ALBERTO.

Cada acento
De esa música un cuchillo
Es que el alma me traspasa !
Tus horrores, negro abismo,
No pueden ser más atroces
Que este momento.

ISABEL, *(levantándose.)*

¡ O martirio,
Peor que la muerte ! Alberto,
Un espantoso destino
Me conducirá bien pronto

Al horrible secrificio :
Mi boda y mis funerales
Se unirán. Adios, amigo
De mi infancia, hermano, amante,
Unico á quien he querido,
¡ Adios ! no olvides el nombre
De esta infeliz.

ALBERTO.

¡ No, bien mio,
Ese nombre idolatrado
Será mi postrer suspiro !

ACTO SEGUNDO

EL RETO

La decoracion del primer acto.

ESCENA I.

ISABEL, *sentada tristemente con rico traje de boda y flores en la cabeza;* — **LEONOR,** *componiéndole una flor.*

LEONOR.

Dejadme, señora mia,
Que os prenda bien esta rosa :
En verdad estais hermosa ;
Hasta la melancolía
Os sienta bien.

ISABEL.

¡ Ay Leonor !
¡ Si mostrára mi semblante
Lo que sufro en este instante,
Lo amargo de mi dolor !
Pero no ; tú conocer
No puedes la pena mia ;
Es una larga agonía
Que no es fácil comprender.
Anoche pensé morir,
¡ Oh qué noche ! hora por hora
Conté, esperando á la aurora,
Sin descansar, sin dormir.
¡ O qué penoso es el lecho
Para el que padece tanto !
Ni llorar pude, ¡ ay ! el llanto
Me hubiera aliviado el pecho :

Al fin, vi llegar el dia,
Pero la esperanza no;
¡Huyó para siempre, huyó!
¿Y aun respiro, Leonor mia?

LEONOR.

Serenad vuestro semblante,
Considerad que es forzoso
Recibir á vuestro esposo,
Que no tardará un instante.
Tal vez el tiempo podrá
Aliviar vuestro dolor.

ISABEL.

Tú nunca amaste, Leonor; *(Con enojo)*
Déjame, déjame ya.

LEONOR.

¿Os ofendí? sabe el cielo
Que os amo, señora mia:
Perdonadme; yo querría
Procuraros el consuelo:
De nuevo os pido perdon.

ISABEL.

Es verdad, no me ofendiste;
Tú penetrar no pudiste
Lo que sufre el corazon.
Uno solo conocia
Lo más secreto de él:
¡Ay! el alma de Isabel
Sólo Alberto comprendia.
Aun está aquí: ¿no es verdad?
Que no se vaya, por Dios;
Juntos podrémos los dos
Arrostrar la tempestad;
Mas, ¿qué digo? ¡desdichada!
El debe, debe huir,
Y yo mi suerte sufrir,
Y morir desesperada:
Venga, venga ese Baron
Que debe ser mi tirano,
Aquí está mi yerta mano,
Pero no mi corazon:
Yo se lo diré, sabrá
Lo que ha de esperar de mí,

Y que Alberto siempre aquí
(Señalando su corazon)
Miéntras yo viva estará.

LEONOR.

¿Se lo direis?

ISABEL.

Sí, Leonor,
Todo lo sabrá, y despues,
Morir me verá á sus piés,
Ahogada por el dolor.
Tal vez el cielo piadoso
Su corazon moverá;
Tal vez él prescindirá
De esta boda, generoso.

LEONOR.

Desechad esa ilusion;
Esperar, señora, es vano;
De ese hombre el pecho inhumano
No abriga la compasion.

ISABEL.

¿Y tan bárbaro sería,
Que mirándome bañada
En llanto, desesperada
En espantosa agonía,
Jurándole que á morir
Me conduce este himeneo,
Insistiera? No lo creo;
No puede un sér existir
Tan odioso.

LEONOR.

A Dios pluguiera
Que no fuera así, señora;
Pero vais á verlo ahora.

ISABEL.

Déjame, Leonor, siquiera
La esperanza. ¿Tú tambien
Te conjuras en mi daño?
Mi esperar será un engaño;
Pero este engaño es un bien.

LEONOR.

Es un bien que poco dura.

ISABEL.

Es un instante de calma,
Que hace revivir el alma,
Sumergida en amargura :
Y..... ¿quién sabe? acaso el cielo
Con un rayo me ilumina :
Tal vez la bondad divina
Se apiada ya de mi duelo :
De la horrible desventura
El último punto, acaso
Es, Leonor, el primer paso
A la paz, á la ventura.

LEONOR.

¿Y aunque el Baron apiadado
De vuestro llanto, señora,
Quiera desistir ahora
De ese empeño desgraciado,
Vuestro padre prescindir
Querrá tambien cuando ya
Todo prevenido está?

ISABEL.

Preciso será mentir :
Fingiré una enfermedad
Que retarde el himeneo,
Y el tiempo despues.....

LEONOR.

Yo creo
Que la triste realidad
Disipará esa ilusion :
Que prescinda de su empeño
El Baron, señora, es sueño,
Me lo dice el corazon.

ISABEL.

Eres, Leonor, muy cruel,
Despedazándome estás;
Si este es un sueño no más,
No me despiertes de él.

ESCENA II.

DICHOS, PEDRO.

PEDRO (*anunciando*).
El señor Baron.

ISABEL.
¡Dios mió!
Llegó, Leonor, el momento
Decisivo.
(*A Pedro.*)
Haced que pase. (*Se va Pedro*)
Retírate tú. (*A Leonor*)

LEONOR.
Los cielos
Os acompañen, señora,
Y ablanden el duro pecho
De ese hombre. (*Se va*)

ISABEL.
¡Toda mi sangre
Helada en las venas siento;
Ya las fuerzas me abandonan!
Auxíliame, Sér supremo:
Mi ruego escucha. Oigo pasos...
Es él..... es él! ¡Cómo tiemblo!

ESCENA III.

ISABEL, DE BOHUN.

(*Con rico traje de guerrero.*)

BOHÚN.
Ese criado acaba ahora
De decirme que quereis
Hablar conmigo, señora:
A este mortal que os adora,
Aquí rendido teneis.

ISABEL.
Sentaos. (*Se sientan*)

BOHÚN.

Al fin os veo
A solas ¡ feliz instante!
¡Apénas mi dicha creo!
Hablad, que vuestro deseo
Ley será para un amante,
En vuestra frente divina
Mirando estoy la tristeza:
Hablad, jóven peregrina,
Quizá el cielo me destina
A consolar la belleza.
Tal vez informada estais
De que soy altivo, fiero;
Tal vez de mi amor dudais,
O al ver mi rostro pensais
Que es mi corazon de acero.
No, Isabel; desde que ví
Vuestro rostro encantador,
Mi voluntad os rendí,
Y grabada estais aquí (*Señalando su pecho*)
Por la mano del amor.
Cierto es que nunca os hablé
De este amor, Isabel mia:
Sólo á vuestro padre fué
A quien la llama mostré,
Que el alma me consumia.
El Baron me aseguró
Que vos me amabais, señora;
Decidme si se engañó:
En vuestro labio halle yo
Mi vida ó mi muerte ahora.
Pero ántes de pronunciar
El fallo, bella Isabel,
Dignaos considerar
Lo que me puede costar,
Si por desgracia es cruel.

ISABEL.

Señor.....

BOHÚN.

Seguid; ¡ qué dulzura
Tiene, Isabel, vuestro acento!
Descubridme esa alma pura.

ISABEL.

Vereis en ella amargura.

BOHÚN.

¿Quién causa vuestro tormento?

ISABEL.

Mi boda.

BOHÚN.

¡Cómo!

ISABEL.

Señor,
Miradme.

(*Queriendo echarse á los piés del Baron, que la contiene.*)

BOHÚN.

¿Qué vais á hacer?

ISABEL.

¡Compadeced mi dolor!
Os respeto; pero amor
Jamas os puedo tener!

BOHÚN.

¡Jamas! ¿Pues por qué razon (*Con enojo*)
A vuestro padre, señora,
No lo dijisteis?

ISABEL.

¡Perdon!
Tened, señor, compasion
De una mujer que os implora!
Noble sois y caballero,
(*Se arroja á sus piés*)
Mi suerte está en vuestra mano,
¡No teneis alma de acero!

BOHÚN.

Una explicacion espero: (*Levantándola*)
Hablad, no soy un tirano.
(¡Qué sospecha..... si otro amor!....
No, no puede ser verdad:
Reprimiré mi furor).
Deponed todo temor, (*Con dulzura*)
Habladme con claridad.
Si nace vuestro desvío,
De que no me habeis tratado,
Decídmelo, el pecho mio

Conocereis, y confio
En que de vos seré amado.
  Esa palabra, *jamas*,
Es espantosa, es cruel!
Ha sido efecto quizas
De la turbacion no más;
¿No es cierto, amada Isabel!
  ¡*Jamas!* ¡ah! por compasion
Esa expresion reformad;
No hiciera más impresion
En mí la reprobacion
Que oyera en la eternidad.

ISABEL.

  Sí, fué demasiado dura,
Lo conozco, ¡qué quereis!
El exceso de amargura.....

BOHÚN.

Basta, angélica criatura,
Basta ya; no os disculpeis.
  ¿Temblais acaso de ser
Esclava en mi compañía?
¡Qué error! ¿lo podeis creer?
Vuestro amor, bella mujer,
Será mi norte, mi guia.
  ¡Mi esclava! no; mi señora,
Mi reina sereis; mandad,
Mandad, jóven seductora:
Vuestra voz encantadora
Es la voz de una deidad.
  Altivo he sido ¿por qué
Lo he de negar? hasta aquí,
Este mi carácter fué;
En adelante seré
Lo que vos hagais de mí.
  Mis títulos, mi grandeza,
A vuestros piés están ya,
Y servirá mi riqueza
De engalanar la belleza,
Que el orbe me envidiará.
Mármol y oro cincelado
Formarán vuestra mansion,
Diamantes vuestro tocado,

Y vuestro altar consagrado,
Mi sumiso corazon :
  Vuestra suerte envidiarán
Las esposas de los reyes :
Mil esclavos temblarán
A vuestra voz, y tendrán
Vuestros caprichos por leyes :
  Inciensos y adoraciones
Os rodearán noche y dia :
Pendientes mil corazones
Estarán de las acciones
De la hermosa reina mia :
  ¡Y yo á sus plantas postrado,
En su mirar embebido,
De sus glorias embriagado
Con su ventura pagado,
Lo demas daré al olvido !
  ¡ Un trono, un mundo valdría
De mi existencia un instante !
Feliz cual nadie sería,
Y mi vida pasaria
Como un ensueño brillante ! *(Pausa)*
  Pero ¿ no me respondeis ?
¿ Nada os merece mi amor ?
¿Ni ver mi rostro quereis?
¡ Ah, temblais ! ¿No me dareis
Una respuesta ?

ISABEL.

Señor.....

BOHÚN.

Seguid.

ISABEL.

El cielo es testigo
De que agradece mi pecho
La bondad que usais conmigo ;
Mas...

BOHÚN.

Proseguid.

ISABEL.

Si prosigo,
Va á estallar vuestro despecho ;
  Pero debo con franqueza



Descubriros la verdad.
Los títulos, la riqueza,
Esa gloria, esa grandeza,
No harán mi felicidad.
¿Qué importa que mármol y oro
Formen mi augusta mansion?
Si allí me acompaña el lloro,
Me falta el mayor tesoro,
Que es la paz del corazon.
El corazon que está herido,
Bajo de un manto real,
O de un humilde vestido,
Siempre estará dolorido,
Siempre sufrirá su mal.
¿Qué me importa, ¡cielo santo
Ocupar un alto asiento,
Si no es menor mi quebranto?
¿Qué importa verter mi llanto
Sobre rico pavimento?
De vasallos numerosos,
Decis, seré respetada :
Me obedecerán gozosos;
Ellos serán venturosos,
Pero yo desventurada :
En su corazon sencillo
Amor me alzará un altar;
Pero ni este amor, ni el brillo,
Arrancarán el cuchillo
Con que me siento clavar.
¡Oh! nada le importa, nada,
El fausto, noble Baron,
A una triste aprisionada!
Será su prision dorada;
Pero es siempre una prision!

BOHÚN.

Mas no sabré....

ISABEL.

Perdonad!
Tal vez os habrá ofendido
Mi mucha sinceridad;
Pero os dije la verdad,
Porque así lo habeis querido.

Hora yo quiero alcanzar
De vos un favor.

BOHÚN.

¿Cuál es?

ISABEL.

Que os digneis renunciar
A este enlace, ó expirar (*De rodillas*)
Me vereis á vuestros piés.

BOHÚN.

Me es muy duro; pero alzad: (*La levanta*)
Yo quiero exigir de vos
Otra cosa.

ISABEL.

¿Qué? mandad.

BOHÚN.

Que me digais la verdad,
Como la diriais á Dios.

ISABEL.

Os lo prometo.

BOHÚN.

¿Teneis
Acaso alguna pasion?
¿Amais á otro?.... ¿enmudeceis?
Isabel, ¿no respondeis?

ISABEL.

¡Ah, sí amo!

BOHÚN.

(¡Maldicion!)
Soy infeliz: ¡pronto en mal
Mi bien convertido ví!
¡Oh qué momento fatal!
Mas decidme ¿mi rival? (*Con dulzura*)

ISABEL.

Miradle.

BOHÚN.

¿Es Alberto?

ISABEL.

Sí.

ESCENA IV.

DICHOS, ALBERTO.

(*Entra y se sorprende al ver al Baron.*)

ALBERTO

Isabel.... perdonad, yo imaginaba....

BOHÚN.

Que estaba sola, ¿ no es verdad, Alberto?
No os embarace la presencia mia;
¿ No sabeis que yo soy amigo vuestro?
Sí, vuestro amigo, ¿ lo dudais? ahora
Hablábamos de vos : el labio bello
De vuestra hermana, vuestra *cara hermana*,
De revelarme acaba su secreto.
Pero ¡ con qué candor! ¡ con qué ternura!
Una virtud tan pura, bajo el cielo
No es fácil encontrar : yo os felicito
De haber ganado un corazon tan bello.

ALBERTO.

Señora....

ISABEL.

Sí, mis lágrimas amargas
Han conmovido el generoso pecho,
Del ilustre Baron : me ha prometido
Suspender por ahora este himeneo :
¿ No es cierto? el corazon me lo decia :
Tan valiente y cumplido caballero,
Abrigar no pudiera una alma baja,
Indigna de su nombre.

ALBERTO.

¿ Es este un sueño?

ISABEL.

Arrójate á sus plantas, caro amigo,
Arrójate á las plantas del más bueno,
Del más digno mortal : ¡ ah! que su vida
Haga larga y feliz el Sér supremo.
¿ Pero estás en estátua convertido?
¿ Lo dudas todavía?

ALBERTO.

Isabel.... temo....

BOHÚN.

Que yo no sea capaz de un sacrificio
De tanta magnitud? Vano recelo:
Nada más justo, vuestra *cara hermana*
Os ama, y á mí no; ¿por qué un objeto
Sacrificar, tan cándido, tan puro?
Si vuestra *cara hermana* hubiera puesto
Su amor en un sugeto ménos digno;
¡Pero en vos, jóven, vos en cuyo pecho
Se abriga una virtud acrisolada!
Vuestro padre adoptivo, ese buen viejo,
Que la vida os salvó, ¡de cuánto gozo
Se llenará al saber ese respeto
Que á sus canas teneis! ¡Oh, no es posible,
Que quede oculto tan sublime esfuerzo!
¡Sacrificio inaudito, inconcebible!
Vivir al lado de ella tanto tiempo
Sin manchar su virtud! Oh! yo lo juro,
Al Baron lo diré, tendreis el premio
A que sois acreedores, hijos mios:
No lo dudeis.

ISABEL.

(Qué escucho!)

ALBERTO.

Ya entreveo
La infernal ironía que respiran,
Orgulloso Baron, vuestros acentos.
¿Qué has hecho, desgraciada? ¿y tú pudiste
Pensar jamas que su insensible pecho
Fuera capaz de rasgo tan sublime?

ISABEL.

¡Infeliz!

BOHÚN.

Me injuriais sin merecerlo:
Vuestra *querida hermana*....

ALBERTO.

¡Basta, basta!
No más nos insulteis. Un caballero
Usa un lenguaje franco; sus acciones
Deben llevar de la nobleza el sello;

Pero vos....

BOHÚN.

¿ Y pensabais, bella jóven,
Que el Baron de Bohún puede sereno
Un desden escuchar! ¿ que renunciara
Con tal facilidad al bien supremo
De ser esposo vuestro? Al alma mia,
Está quemando un espantoso fuego,
Que excita más y más vuestro desvío,
Que no puede apagar el mismo cielo.
¡ Un rival! un rival! no lo esperaba!
Un huérfano, un expósito!.... ya veo
Qué bien cumplis vuestro deber sagrado:
Un noble anciano de ternura lleno,
Salva vuestra existencia miserable,
Cuida de vuestra infancia, os da un asiento
En su mesa, os prodiga las bondades
Que al hijo más querido un padre tierno.
Y vos para pagar sus beneficios,
Cediendo á un loco criminal afecto,
Seducis á una hija hermosa, pura,
Que de su ancianidad era el consuelo.

ALBERTO.

¡ Cállate, miserable! ¿ y tú me acusas
De seductor? ¿ lo oís? y sufrir puedo
Su presencia? ¡ malvado! ¿ y tú, tú hablas
De virtud? ¡ La virtud! no conocieron
Lo que quiere decir esta palabra
Los mónstruos como tú! ¡ Poder del cielo!
Yo seductor! yo seductor! ¡ Infame!

BOHÚN.

Ved, Isabel hermosa, qué violento
Es vuestro *caro hermano*: una palabra
Le llena de furor.

ALBERTO.

Te ha descubierto
Isabel un secreto, que debia
Para siempre ocultar un triste velo;
Pero lo sabes ya: sí, yo la amaba,
Yo la amo, la amaré; jamas el tiempo,
Ni el poder ni la muerte han de arrancarla
De este fiel corazon, donde con fuego

Grabada está su celestial imágen:
Desde la infancia, desde aquel momento
Que brilló la razon en nuestras almas,
Tal vez desde ántes, nuestros labios tiernos,
Que apénas balbucian las palabras,
Pronunciaron de amor el juramento:
Nos amarémos, sí, por más que airado
Hoy el destino irresistible y fiero
Nos separe; por más que tú procures
De Isabel atajar el llanto acerbo,
Y con oro cubrir quieras el yugo,
Bajo el que siempre vivirá gimiendo;
Mas yo no la seduje, nuestras almas
Para adorarse hasta morir nacieron,
Y un torrente de amor irresistible
Nos arrastró á los dos al mismo tiempo;
Mas tu no sabes, no, cómo la amo,
¡Con qué veneracion! con qué respeto!
Como á una cosa pura, sacrosanta,
Como á un sagrado espíritu del cielo,
Como al ángel que manda en nuestro auxilio
La bienhechora mano del Eterno.

ISABEL.

¡Alberto! (*Con mucha ternura.*)

BOHÚN.

¡Qué ternura! ¡qué palabras!
¡Qué corazon tan cándido, tan bello!

ALBERTO.

Tú comprender no puedes este idioma;
Los tiranos jamas lo comprendieron.

BOHÚN

Y valiente además! ¡cuántas virtudes!
Es lástima, Isabel, que el nacimiento
De ese jóven no sea conocido:
Porque en verdad, amigo, no sabemos
Quién os ha dado el ser; pero á juzgarlo
Por vuestros elevados sentimientos,
Hijo sereis del mismo rey Ricardo:
¿No es verdad, Isabel?

ALBERTO

Sufrir no puedo.
(*Sacando la espada*)

Defiéndete, malvado!

ISABEL, *queriendo contenerlo.*

¡ Alberto!

ALBERTO, *á Isabel.*

Aparta.

Tus últimas palabras han abierto
Una profunda herida en mis entrañas,
Que con sangre no más curarla puedo :
Defiéndete, repito.

ISABEL.

¡ Alberto mio!
Recuerda dónde estás.

ALBERTO, (*con horrible despecho*)

¡ Es cierto! es cierto!
Este castillo es para mí sagrado :

(*Envainando su espada*)

Sagrado! ¡ maldicion! Vuélvete, acero,
Por la primera vez vuelve á la vaina
Sin vengar el ultraje de tu dueño.
Da gracias á este asilo : hoy era el dia
En que exhalaras el postrer aliento
Al golpe de mi espada, miserable,
Si otro fuera el lugar donde tu acento
Hubiera provocado mi venganza;
Pero saldrás de aquí, y en campo abierto
Se cruzará tu acero con el mio,
Si algun resto de honor hay en tu pecho.
Adios, Isabel mia : fué posible
Reportarme una vez ; pero no puedo
Responder ya de mí. Baron altivo,
Abusa del poder, arrastra al templo
A ese ángel puro: con su amargo llanto
Ya tu condenacion se está escribiendo :
Llévala ante el altar, su labio frio
Pronunciará de amarte el juramento ;
Mas no su corazon, que en él mi nombre
A tu pesar ha de vivir impreso.
Adios, Baron, mañana vuestra esposa
Viuda tal vez será : ved este acero :
Él esta acostumbrado á la victoria,
Él te abrirá las puertas del infierno. (*Se va.*)

ESCENA V.

DE BOHUN, ISABEL.

BOHÚN.

¡ Pobre jóven ! compadezco
Su frenesí ! loco está;
Pero confio que pronto
El tiempo le ha de curar.
¡ Cómo ha de ser ! ha perdido
Una novia, y ademas
Un buen dote : el infeliz
Que lo sienta es natural.
Valor, amada Isabel,
Vuestro hermoso rostro alzad ;
No más llanto, ya pasó
La escena sentimental :
Miradme, yo estoy tranquilo,
Y eso que debiera estar
Celoso : ¡ qué desvarío !
Siempre en la primera edad
Hay amorcillos, que luego
El tiempo disipará :
Nos unimos este dia,
Mañana estamos en paz :
Verás, Isabel hermosa,
Qué contento....

ISABEL.

Por piedad,
Dejadme, ¿ no os basta aún
Mi corazon traspasar,
Sino que en la misma herida,
Jugando estais el puñal?
Tanta barbarie, señor,
¡ Quién pudiera imaginar!

BOHÚN.

Cuando vuestro padre sepa
Esta escena !.... la sabrá,
No lo dudeis.

ISABEL.

¡ Ah! por Dios !

(¡ Alberto infeliz !) tomad
Mi vida, os la sacrifico;
Pero que yo nada más
La triste víctima sea:
No querais sacrificar
A un infeliz; yo lo pido (*Hincándose.*)
A vuestras plantas.

BOHÚN.

Alzad;
Yo callaré. Ya veréis
Como al fin me habeis de amar:
Mis continuas atenciones
Con el tiempo ganarán
Ese corazon tan bello.

ISABEL.

¡ Ah, no lo espereis jamas!
La víctima está dispuesta:
Pronto llegaré al altar;
Poco despues á la tumba;
Esto prometo no más.
Id, señor, id, que mi padre
Tal vez os esperará.

BOHÚN.

Me retiraré, Isabel,
Puesto que me lo mandais.
(¡ Qué hermosa está! ¡ Me aborrece!
Bien, y despues me amará). (*Se va.*)

ESCENA VI.

ISABEL.

¡ Y esta es la vida! ¿ y al mirar el féretro
Cobarde tiembla el mísero mortal,
Cuando la tumba es el asilo único
Donde se encuentra verdadera paz?
Y de la vida ¿ cuál es aquella época
Que no conoce el peso del dolor?
¡ Tormento siempre, en todas partes lágrimas!
Tal es la suerte que al mortal tocó.
Desde la infancia hasta la edad decrépita,
El niño, el hombre y la infeliz mujer,

Corriendo van tras una sombra mágica,
Que llaman dicha, y que jamas se ve.
El triste anciano, de su edad quejándose,
De juventud quisiera disfrutar,
Olvida, imbécil, los tormentos hórridos,
En que se agita esta infeliz edad.
Es una fiebre, es una fiebre indómita,
Es un violento, un loco frenesí,
¡ Ay ! sus placeres pasan cual relámpago,
Dejando el llanto de su curso al fin.
Siempre deseos, esperanzas pérfidas,
Que nos halagan sin llegar jamas :
Siempre ansiedad, vacío, gozo efímero,
Que se convierte en triste realidad.
Y de la vida en el cercano término,
Del desengaño á la funesta luz,
El corto espacio de la tumba lóbrega....
Un paño negro... un mísero ataud !
Tal de la vida es el torrente rápido :
¡ Ay ! de la mia ya se acerca el fin ;
Y yo lo espero como espera el náufrago
La amiga playa en que será feliz.
¡ O llanto mio, de mis penas bálsamo,
Ni tú, ni tú me quieres consolar ;
Nadie se duele de la triste víctima,
Que de la vida se despide ya !
¡ Alberto ! Alberto ! De mi tumba mísera
La losa, tú con llanto regarás,
Hasta que se unan nuestras almas férvidas
En las regiones de la eternidad !
(*Queda sobre una silla, en el mayor abatimiento.*)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

LEONOR.

Bien dije yo ; de ese monstruo
En el pecho no hay piedad :
Tu esperanza, pobre niña,
Se ha desvanecido ya.
Señorita.... no me oye :

Señorita... qué! si está
En estatua convertida.
¡Quién lo pudiera pensar!
¡Tan amable, tan hermosa!
Y pronto acaso será
Un despojo de la muerte.
¡Horrible fatalidad!
Volved en vos, señorita;
Mirad que van á llegar
Los caballeros.

ISABEL.

¡Leonor!

LEONOR.

Vuestro vestido arreglad,
Cobrad ánimo, señora:
Vuestro padre notará
Esa turbacion.

ISABEL.

¡Dios mio!
Mi padre!

LEONOR.

Pronto estará
En esta sala: venid:
En el estado en que estais
No quisiera yo que os viesen;
Retirémonos; andad,
Que se acercan. (Está visto!
La vida le costará.
Hoy celebrarán su boda,
Mañana su funeral) (*Se van*).

ESCENA VIII.

FITZ-EUSTAQUIO, DE BOHUN, ALBERTO, CABALLEROS ARMADOS.

(*Alberto, un poco apartado de los demas, arroja frecuentemente miradas de furor sobre de Bohún*).

CABALLEROS.

¡Amor á las bellas, y gloria al valor!

FITZ.

Resuenen, amigos, las bóvedas altas
Del viejo castillo, que vuelve á ser hoy
Mansion venturosa de júbilo puro,
Morada brillante de dicha y amor :
Ya todo está pronto : la trompa guerrera
Va á sonar, amigos, oigamos su voz :
Al torneo, ¡ vamos! ¡ honor al valiente!

CABALLEROS.

¡ Amor á las bellas, y gloria al valor!

BOHÚN.

¿ Y quién no se siente de gozo inflamado?
¿ Habrá, caballeros, un frio corazon,
En que la hermosura no ejerza su imperio ?
A caballo, amigos, al campo de honor!
La lanza sin hierro, muy bien ; mas cuidado !
Es fuerte mi brazo, y hoy cuento, por Dios,
Derribar á muchos; cuidado, repito.

CABALLEROS.

¡ Amor á las bellas, y gloria al valor!

BOHÚN.

Tal vez se impacienta el freno tascando,
Mi noble caballo, mi fuerte troton :
Vereis qué gallardo ; jamas en la guerra
Perder los estribos en él se me vió.
Corcel más hermoso, Ricardo no tiene,
Más fuerte, más ágil, más vivo y veloz :
No hay otro, lo juro; su choque es terrible!

CABALLEROS.

Verémos, verémos : ¡ que viva el valor!

FITZ.

¡ Recuerdos de gloria! tambien hubo un dia,
Que mi fuerte brazo valiente lidió,
Y mi vieja sangre aún hierve al oiros.
Tambien yo pudiera combatir con vos ;
Pero de mi hija sosteneis el nombre :
El cielo os ayude, valiente Baron !
La música suene, los heraldos griten...

CABALLEROS.

¡ Amor á las bellas, y gloria al valor!

BOHÚN.

Y luego las copas en torno volando,

Colmadas de ardiente, sabroso licor,
Vaciemos, amigos, brindando contentos
Por la compañera que el cielo me dió.
De Isabel el nombre glorioso resuene,
De rosas corone su frente el amor. (*A Fitz*)
Noble amigo, gracias por tanta ventura.

TODOS.

¡ Dicha á los esposos !

ALBERTO.

(¡ Y á mí maldicion !)

(*Suena un clarin.*)

FITZ.

¡ Ois? han llamado : sin duda se acerca
Otro caballero.

BOHÚN.

Que venga, aqui estoy :
De Isabel me inflaman los ojos divinos :
Yo siento en mis venas desusado ardor !
Voy á armarme al punto : ya estoy impaciente ;
Toda la Inglaterra puede venir hoy.

TODOS.

¡ A caballo !

BOHÚN.

Vamos, que lidiar deseo,
Hasta que en ocaso se sepulte el sol.

ESCENA IX.

DICHOS PEDRO.

PEDRO.

De llegar, señor, acaba
Una señora, cubierta
De luto, y acompañada
De un escudero : desea
Hablaros.

FITZ.

¿ A solas ?

PEDRO.

No ;
Pretende, segun se expresa,
De su venida la causa

Decir, ante la asamblea
De los nobles caballeros
Que en el castillo se encuentran
Pide justicia.

FITZ.

¿Justicia?
De este castillo las puertas
Al que la pide han estado
A todas horas abiertas,
Mucho más si es una dama
La que obtenerla desea.
Haced que pase. (*Se va Pedro*).
Sentáos :
Suspender un poco es fuerza
El torneo. (*Se sientan todos.*

PEDRO, *entrando,*

Entrad, señora.
(¿Qué nos vendrá á pedir ésta?)

FITZ, *á Arabela.*

Sentaos
(*á Pedro*)
Retírate tú

PEDRO.

(Algo oiré desde la puerta.) (*Se va.*)

ESCENA X.

LOS MISMOS, LADY ARABELA.

(*Entra vestida de luto y cubierto el rostro con un velo negro : los caballeros se levantan para recibirla : el baron Fitz-Eustáquio le ofrece un asiento junto á él; ella lo toma, y todos vuelvan á sentarse.*)

ARABELA, (*Sin descubrirse*)
Ilustres Barones,
Honrados guerreros,
De Inglaterra ornato,
De valor modelo!

BOHÚN, (*Turbado*)
(¡O qué voz)

ARABELA.

Oidme;
Oid los acentos
De una noble dama
Que hace mucho tiempo
Oprimida gime
Por un monstruo.

BOHÚN.

(¡Cielos!
Es ella; mas ¿cómo
Ha roto sus hierros?
¡Me confundo!)

FITZ.

Al punto
Romped el silencio,
Señora: sepamos
Cuál es el objeto
De vuestra venida:
Si, como lo creo,
A pedir auxilio
Venis, yo os lo ofrezco:
Y en verdad, señora,
Llegais á buen tiempo:
Aquí veis reunidos
Muchos caballeros,
Que á honrar han venido
El grato himeneo
De mi hija.

ARABELA.

Y acaso,
Señor, mis acentos
Turbarán su gozo.

FITZ.

No, señora.

BOHÚN.

Creo,
Baron, que no es hora
El mejor momento
De escucharla: todo
Está ya dispuesto:
Esta noble dama
Despues del torneo

Nos dirá....

ARABELA.

No; ahora.
Sabed, caballeros,
Que hay entre vosotros
Un vil, un perverso,
Que sordo á las voces
Del honor, se ha hecho
Indigno del nombre
Que le trasmitieron
Sus padres.

TODOS.

Nombradle.

ARABELA, (*Señalando á Bohún*)

Mirad ahí el reo.

TODOS.

¿De Bohún?

ARABELA.

Él mismo.

FITZ.

Baron, ¿será cierto?

BOHÚN.

¡Mentira! impostura!
¿Quién os da derecho
De insultar mi nombre?
Baron, yo no puedo
Permitir....

ARABELA.

Malvado,
Cállate: este velo
Que cubre mi rostro,
Te da atrevimiento
Pues mírame ahora. (*Se alza el velo*)

BOHÚN.

(¡Ocúltame, infierno!

ARABELA.

Conocedme todos.

TODOS.

Es ella.

FITZ.

¡Qué veo!
La viuda de Ralfo

De Bohún? ¿es sueño?

ARABELA.

No, no; soy la misma,
La que ese perverso
Sepultó en prisiones,
Su muerte fingiendo.

FITZ, (*A Bohún*)

Sí, de vuestro hermano
Es la viuda: ¡cielos!
¡Baron, explicaos!
Decid ¿qué misterio
Es este? Hace años
Que vos, bien me acuerdo,
Celebrar hicísteis
Con pompa su entierro.

BOHÚN.

Y murió, no hay duda;
Cual vos me sorprendo
De que esta señora....

ARABELA.

Cállate, perverso:
Señorita, oidme.

BOHÚN.

(*Queriendo echarse sobre ella*)
Calla, ó el aliento
Te arranco, infelice.

FITZ.

No, Baron: ¿qué es esto? (*Conteniéndole*)

ARABELA.

¿Y no habrá, señores,
Algun caballero,
Que por mí se bata
Con ese soberbio?
¿Cuál de entre vosotros
Me ofrece su acero?

UN CABALLERO.

Yo.

OTRO.

Yo, yo,

ALBERTO.

No, nadie
Sino yo; y os ruego

Acepteis, señora,
Mi brazo.

ARABELA.

Lo acepto

ALBERTO, *(Con entusiasmo)*

¡ Gracias !

ARABELA.

¿ Vuestro nombre ?

ALBERTO.

Alberto, señora,
Nada más ; no tengo
Títulos brillantes,
Ni ilustres abuelos,
Ni padres, ni nada,
Nada ; no poseo
Más que un pecho honrado
De entusiasmo lleno :
Mi honor es mi padre,
Madre.... ¡ no la tengo !
Mis títulos todos
En mi espada llevo.
En la Palestina
Combatí cual bueno :
Allí la fortuna
Coronó mi esfuerzo,
Y Ricardo mismo
Me armó caballero. *(Con orgullo)*
Mi nombre, mi gloria,
A nadie la debo.
Me colmais de gozo,
Señora, admitiendo
Mi brazo, ¡ qué dicha !
¿ Me concede el cielo
Ser de sus venganzas
Humilde instrumento ?
Lo seré ; no hay duda :
¡ Ya hierve mi pecho !
¡ Ya siento en mi alma
Sacrosanto fuego !

ARABELA.

Baron Fitz-Eustaquio,
Reclamo el derecho

Que le es concedido
A mi débil sexo :
Yo pido un combate ;
¡ Combate sangriento,
En que la justicia
Se muestre del cielo !
De Dios en el juicio
Aparezca el reo :
Señalar os toca
El lugar y el tiempo.

FITZ.

A vuestra demanda
Negarme no puedo :
El terreno mismo,
Que para el torneo
Prevenido estaba,
Servirá al efecto. (*A De Bohún*)
Vos direis la hora,
Baron.

BOHÚN.

¡ Al momento !

ALBERTO.

¡ Bravo ! ¡ en el instante !

ARABELA, (*se arrodilla*)

Oye, Sér supremo,
De esta desgraciada
El ferviente ruego.
Tú que el fondo miras
De mi triste pecho,
Tú que la justicia,
Conoces que tengo,
Patente hazla al mundo,
Lanza desde el cielo,
Contra quien te ultraja,
Tu rayo tremendo :
Dale fuerza al brazo
De mi caballero :
Pronuncia tu fallo.
Señor, no lo temo,
Porque tú eres justo : (*Se levanta*).
Sumisa lo espero.
Jóven, al combate

Marchad sin recelo :
En vuestras miradas
La victoria veo.

ALBERTO.

La tendré, señora,
La tendré, lo espero.
(*A Fitz-Eustaquio, doblando una rodilla*)
Padre, bendecidme.

FITZ.

Quiera el Sér supremo
Darte la victoria.

ALBERTO.

Mia será, la creo.

BOHÚN.

¿Y sabes acaso,
Incauto mancebo,
A lo que te expones
Con ese ardimiento?
A vengarte aspiras
De agravios secretos;
No un fin generoso
Dirige tu hechos.
¡Qué loca esperanza!
Tu victoria es sueño,
Que cual humo al punto
Veráslo deshecho.
De mí espada ignoras
El terrible peso,
De mi fuerte lanza
El golpe certero.
Sin duda serias
Un infante tierno,
Cuando ya mi nombre
Por el mundo entero
Volaba, sonando
De gloria cubierto :
Mil y mil heridas
Adornan mi cuerpo,
Y siempre en las lides
Triunfante me vieron :
¿Y tú, desdichado,
Que estás aprendiendo

De la guerra el arte,
Tú te jactas, necio,
De vencerme? ¡á risa
Tu loco denuedo
Me provoca!

ALBERTO.

Basta;
Palabras dejemos,
Y hablen en el campo
Sólo los aceros.
Voy á armarme al punto:
Armate tú presto,
Y verás tu orgullo
En polvo deshecho:
Riqueza, blasones,
No podrán tu pecho
Garantir, malvado.
¡Al campo sangriento!

BOHÚN.

A la muerte corres:
¡Ay de tí, mancebo!
¡Tiembla!

ALBERTO.

¡Nunca!

BOHÚN.

A armarnos,
Que ansioso te espero.

ALBERTO.

¡Isabel, venganza!

BOHÚN

¡A la lid!

ALBERTO.

Marchemos!

ACTO TERCERO

EL JUICIO DE DIOS

Gabinete gótico : puerta á la derecha que conduce á lo demas del castillo : puertaá la izquierda, que da al dormitorio de Isabel : ventana con vidrios de colores en el fondo, que se supone caer al patio del torneo, y cuyas hojas deben abrirse á su tiempo : sillas, etc.

ESCENA I.

LEONOR (*muy alegre*).

¡Qué cambio tan repentino!
¿Con que ya no hay boda? bueno!
Pues el chasco es muy pesado
Para el tal Baron; ¡me alegro!
¡Ah! mi pobre señorita
Estaba casi muriendo
De pesadumbre! ¿A qué hora
Será por fin ese duelo?
De esta ventana que cae
Para el patio del torneo,
Vamos á ver lo que pasa
(*Abre la ventana y se asoma*).
Por allá. ¡Qué dia tan bello!
¡Qué bonita hubiera estado
La funcion! Sí, por supuesto,
Para todos los demas;
Pero para el pobre Alberto,
Y mi señorita.... vamos,
Es mucho mejor que en esto
Haya parado. ¡Qué vista
Tan hermosa! allá á lo léjos
Se miran los pabellones

De todos los caballeros :
Aquí el dosel de mi ama
Forrado de terciopelo :
Las gradas en derredor
Para que mirara el pueblo
Allá están ya los heraldos,
Y aún algunos caballeros,
Que pasean hablando :
Tal vez estarán sintiendo
No haberse dado porrazos.
¡Jesus, qué pesados juegos,
Tienen los tales señores!
¡Oh! tambien está alli Pedro :
Este que todo lo escucha,
Debe de saber de cierto
La hora del combate! vamos,
Lo llamaré. Hola! Pedro!
(*Llamándolo con palmadas y gritos*)
Pedro!.... nada; se hace sordo :
Eh! ya me oyó : sube presto,
Que quiero hablarte. No hay cosa
(*Vuelve á la escena*)
Que pase aquí, que al momento
No la sepa este criado;
Tiene el olfato de un perro
De caza. Mi señorita
Se ha entretenido allá dentro
Con lady Arabela : ¡vaya!
Pues ha venido del cielo
La tal Arabela. ¡Hola!
¿Ya te hallas aquí? ¡me alegro!

ESCENA II.

LEONOR, PEDRO.

PEDRO.

Señora Leonor, ¿qué cosa
Se ofrece?

LEONOR.

Mi buen amigo,
Como tú todo lo sabes....

PEDRO.

¿Todo le sé? ¡quién lo ha dicho?
Yo no sé nada, señora:
Es verdad que, como sirvo
En la casa y no soy tonto,
Lo que sucede averiguo,
Porque al fin.... ya me entendeis;
Pero no siempre consigo
Lo quo deseo.

LEONOR.

Yo pienso
Que te hallas muy bien instruido
De lo que ha pasado ahora
En el gran salon.

REDRO.

Os digo
Que no sé nada; mi amo
Me mandó salir: no he visto
Más que entrar á esa señora,
Y que despues ha salido
El Baron muy enojado,
Y un poco descolorido,
Repitiendo: *¡morirá!*
¡Morirá! y el señorito
Alberto, por la otra puerta
Salió muy contento, y dijo
Tambien *¡morirá!*

LEONOR.

¿Y no más?
Vamos, habla.

PEDRO.

Que ha pedido
La señora Baronesa
Un combate á muerte, un juicio
De Dios: que el Baron mi amo
Todo se lo ha concedido,
Y en el patio del torneo
Va á suceder ahora mismo.

LEONOR.

Todo eso lo sé; mas quiero
Saber la hora.

REDRO.

¿Pues no digo
Que hora mismo? ya está pronto
El gran caballo tordillo
Del señor Alberto; falta
Nada más que el señorito
Se acabe de armar. ¡Dios sabe
Quién morirá!

LEONOR.

Pues te digo
Que eres un tonto! El Baron
Será el que quede vencido.

PEDRO.

¿Qué sabemos? tiene un puño,
Que es capaz de hacer añicos
A una encina, y es valiente
Como un leon.

LEONOR.

Pues yo afirmo
Que Alberto triunfa.

PEDRO.

¡Dios quiera
¡Es tan bueno el pobrecito!
¡Ah! ¿no sabeis otra cosa
Que me han contado?

LEONOR.

¿Qué?

PEDRO

Chito!
Por Dios, que nadie nos oiga.
Ese escudero que vino
Con la Baronesa.....

LEONOR.

Vamos,
Habla pronto.

PEDRO.

Pues me ha dicho
Que el tal Baron es un monstruo,
Un bribon; el asesino
De su hermano, del buen Ralfo,
Que volviendo á su castillo,
Con Alfonso el escudero,

Fué por Walter sorprendido,
En un bosque, porque el monstruo
Las riquezas y los títulos
Envidiaba de su hermano,
Y tambien porque el inicuo
Amaba á Lady Arabela,
Y como fué su cariño
Despreciado, creció el odio
De Walter, hasta que impío
En el pecho de su hermano
Clavó bárbaro el cuchillo.

LEONOR.

¡Malvado! ¿Mas por qué causa
Ha estado oculto el delito
Tanto tiempo?

PEDRO.

El escudero
Era el único testigo
Del crímen, y amenazado
Por Walter, y seducido
Tal vez, ha guardado siempre
El más profundo sigilo,
Sirviendo al fiero Baron;
Hasta que hoy, compadecido
De su señora, ha logrado,
En el instante propicio
De estar el Baron ausente,
Romper los pesados grillos
De Lady Arabela, y juntos
A reclamar han venido
La proteccion de los nobles
Caballeros que reunidos
Se hallan aquí.

LEONOR.

Quiera el cielo
Dar al infame el castigo
Que merece.

PEDRO.

Amen. Y ahora
Me voy con vuestro permiso;
Con que hasta luego. *(Se va)*

LEONOR.

Que Dios
Te lleve por buen camino.
La señorita se acerca,
Aún está descolorido
Su semblante; no será
Por su futuro marido.

ESCENA III.

LADY ARABELA, ISABEL, LEONOR.

ARABELA.

Tranquilízate, hija mia :
El éxito del combate
No es dudoso ; el mismo cielo
Debe en él interesarse :
A veces el crímen triunfa,
Triunfa, sí ; pero aunque tarde,
Las iras del cielo hieren
La cabeza del culpable.
¡Ay de aquel que á su grandeza
Pone cimientos de sangre!
El negro remordimiento
Le atormenta en todas pártes,
Y, cual serpiente, devora
Su corazon miserable ;
Una voz terrible, fuerte,
Que acallar no puede nadie,
En su alma precita suena
Con acento formidable,
Y al fin un rayo del cielo
El abismo á sus piés abre :
Ese Baron orgulloso
Toca al fin de sus maldades.

ISABEL.

A vuestra voz, ¡oh señora!
Siento el peso aligerarse,
Que mi corazon oprime :
Sois una segunda madre
Para mí, y en vuestro seno
Deposito mis pesares.

La mano de Dios, señora,
Os mandó aquí como un ángel,
Que en el borde del abismo
Viene piadoso á salvarme :
Un dia tal vez, una hora
De dilacion, ya era tarde!
¡ Ay! vuestra bondad me anima
A descubriros mis males :
Ese jóven generoso,
Que en el sangriento combate
Va á exponer por vos su vida,
Ese, señora, es mi amante.

ARABELA.

¿ Y vuestro padre sabia.....

ISABEL.

Nada.

ARABELA.

¿ Y ante los altares,
En presencia del Eterno,
Ibais á jurar.....

ISABEL.

¡ O madre!
Compadecedme! temia
Que mi padre descargase
Sobre Alberto sus furores.
¡ Ay! la maldicion de un padre!.....

ARABELA.

¿Y la de Diós ?..... ¡Pobre niña!
¡ Una vida de pesares!
¡ Un infierno! ¡y tan hermosa!
¡Tan buena! Yo á libertarte
Vengo, hija mia, no temas;
Alberto saldrá triunfante
De esta lucha, y luego.....

ISABEL.

Luego
Me limitaré á adorarle
En secreto.

ARABELA.

Acaso.....

ISABEL.

¡ Oh! nunca

Reveleis, señora, á nadie
Mi amor: á vos solamente
He podido confiarle,
Porque el desgraciado busca
Quien escuche sus pesares.

ESCENA IV.

DICHOS, TIMOTEO.

TIMOTEO.

El Baron mi amo, señora,
Os busca; ya prevenido
Está todo.

ARABELA.

Voy al punto. *(Se va Timoteo)*

ISABEL.

¡Llegó el momento, Dios mio!

ARABELA.

Mi presencia es necesaria;
Ánimo, Isabel, propicio
Será el cielo: ¿venis vos?

ISABEL.

¿Ir yo? ¡jamas! de este sitio
No puedo moverme!

ARABELA.

Entónces
Quedaos. ¡Oh Dios benigno,
Haz que la justicia triunfe! *(Se va)*

ISABEL.

¡Calma, Señor, mi martirio!

ESCENA V.

LEONOR, ISABEL.

ISABEL.

¡Leonor, Leonor; se acerca ya la hora!
¿Concibes tú mi situacion impía?
Siento despedazarse el alma mia;
Una ansiedad horrible me devora:
¡Fatal incertidumbre! ¡quién pudiera

Adivinar el fin de ese combate!
¡Mi corazon con qué violencia late!
Al pecho el alma abandonar quisiera:
Ven á mi corazon, dulce esperanza,
Tú sola puedes sostener mi vida;
Tu voz consuele mi alma dolorida,
Que al porvenir con inquietud se lanza.
No puedo sosegar.

LEONOR.

Calmaos, señora,
Dentro de una hora.....

ISABEL.

Una hora todavía!
Es un siglo, Leonor! ¡bárbaro dia!
¡Ay! una eternidad será esa hora.
¿Ha sonado un clarin?

LEONOR,

No, nada suena;
Todo en silencio está.

ISABEL.

¡Gran Dios, qué lucha!
¡No puedo más! alguno viene; escucha.....
Él es, que viene á consolar mi pena!

ESCENA VI.

DICHAS, ALBERTO.

ISABEL.

¡Alberto!

ALBERTO.

¡Amada!
Isabel bella!
Enjuga el llanto,
La faz serena;
¿No ves el gozo
Que me enagena?
¡Cuánto ha cambiado
La suerte nuestra!

ISABEL.

¡Ay! que mi alma
Siempre se encuentra

Entre zozobras.

ALBERTO.

¡Oh! nada temas!

ISABEL.

Ese combate.....

ALBERTO.

Mi pecho llena
De una esperanza
Tan lisonjera!
Hace muy poco
Que la tristeza
Me devoraba,
¡Quién lo creyera!
Un solo instante,
Mi suerte adversa
Cambia: ¡Dios mio!
Mi alma se anega
En gozo puro:
Ya por mis venas
La sangre corre
Con mayor fuerza.
Isabel mia,
¿Con que mi diestra
Puede de un monstruo
Purgar la tierra?
¡Gloria, ventura!
¡Dicha suprema!
Rival odioso,
De tu sentencia
Sonó la hora,
Tu fin se acerca!
Ven, que tu sangre
Calme la hoguera
Que arde en mi alma
Con llama eterna.
Y tú, querida
Beldad excelsa,
Bálsamo dulce
De mi existencia!
No temas; alza
Tu frente bella.
¿Y era posible

Que tú sufrieras,
Tú que has nacido
Para ser reina
De los mortales,
Tú que debieras
Ceñir tu frente
De una diadema ?

ISABEL.

¡ Alberto mio!
Tu voz me llena
De una esperanza,
Tal vez incierta;
Si por desgracia.....
¡Qué horrible idea!
En el combate
Tú perecieras,
¿Qué fuera entónces
De mí en la tierra?

ALBERTO.

No, no, bien mio;
Por Dios desecha
Esos temores,
Que te atormentan :
El cielo mismo,
La Providencia,
Tu amor, tus ojos,
Me darán fuerza :
Cesen tus lágrimas,
Que está muy cerca
De tu ventura
La hora suprema.
Toca, ¿no sientes
(*Llevando la mano de Isabel á su corazon*)
Con qué violencia,
El pecho late
Donde tú imperas?
¿Piensas que acaso
De temor sea ?
No, no, querida;
Es de impaciencia,
Es que la gloria
Todo lo llena.

¿No ves mis ojos
Cual centellean?
¿No sientes, dime,
La voz secreta
De la esperanza?
¿Ya no te acuerdas
De que á esta espada
Debí en la guerra
De mil victorias
La recompensa?
Mírala, hermosa, (*Saca la espada.*)
¿No ves en ella
Feliz presagio,
Victoria cierta?
Esta es la misma
Que me ciñeras
Cuando animoso
Marché á la guerra
De Palestina,
¿No lo recuerdas?
Tócala, hermosa:
Tu mano bella
Le comunique
Celeste influencia.

ISABEL.

Sí, sí, no hay duda;
Sólo con verla,
A la esperanza
Mi alma se entrega:
Siento aliviarse
Todas mis penas.
¿Y tu armadura,
Dime, es aquella
Que ántes llevabas?
Déjame verla.
(*Examinando su armadura*)
Sí, sí, la misma.
¡Oh! quién pudiera
Ser el escudo
De tu defensa!
Alberto mio,
Acaso es esta

De nuestra vida
La hora postrera;
Pues bien, amigo,
Quiero que sepas
De mi amor puro
Toda la fuerza.

(Con mucho fuego)

¡Sabes que te amo;
Pero mi lengua
Nunca ha podido
Darte una idea
Del fuego activo
Que aquí me quema.
Hay sensaciones
Que no se expresan,
Que el alma toda
Nos basta apénas
Para sentirlas
Sin comprenderlas!
Nunca los hombres
Tienen idea
De lo que sienten
Las almas nuestras:
En las mujeres
Amor impera,
Cual rey despótico:
Nuestra existencia
Toda él ocupa,
Él solo llena.
Esta mañana.....
¡Bondad inmensa
De Dios, perdona
Mi culpa horrenda!
Vértigo insano
De mi cabeza
Se apoderaba:
Mi propia diestra
A dar fin iba
De mi existencia:
Ya de un veneno.....

ALBERTO.

¡Isabel, cesa!

Cesa! tus voces
De horror me llenan!
¿Con que tú misma.....
¿Y quién pudiera
Calmar entónces
Mi furia horrenda?
De sangre rios
Correr hiciera,
Y ya cansada
De herir mi diestra,
Contra mí mismo
La dirigiera:
¡Oh! no lo dudes,
Amiga bella,
Tu propia tumba
Mi tumba fuera!
¡Ah! por fortuna,
Ya más risueña,
De la esperanza
La luz destella:
Verás muy pronto
Cuál tus cadenas
Caen á mi furia,
Rotas, deshechas.
¡Oh cuánto tarda
De la pelea
La hora!

LEONOR.

(Desde la ventana en donde ha estado desde el principio de la escena)

A la plaza
El Baron llega.

ALBERTO.

¿Llega? ¡qué dicha!

ISABEL, *(Sentándose)*

¡Gran Dios! las fuerzas
Me faltan.....

ALBERTO.

Calma,
Calma tu pena:
Voy á vengarte,
¡Adios! no temas.

Leonor querida,
Cuida tú de ella.
¡Adios!

ISABEL.

Escucha
Por vez primera,
Quiero pedirte.....

ALBERTO.

¿Qué? dilo, ordena:
Yo soy tu esclavo,
Dí qué deseas.

ISABEL,

(*Con ternura, levantándose*)
Dame un abrazo.

ALBERTO, (*Abrazándola*)
¡Ah! dicha excelsa!
¡En este instante
Morir debiera!
¡Reyes del mundo,
Vuestra diadema
Por este abrazo
Trocar quisierais!
¡Soy invencible!
¡Tirano, tiembla!
Adios, bien mio,
Adios! me espera
Allí la gloria,
Voy á obtenerla! (*Se va precipitado*)

ESCENA VII.

ISABEL, LEONOR.

(*En toda esta escena hará Leonor grandes pausas, como lo indican los puntos en el diálogo.*)

ISABEL.

Alberto! ya partió, y acaso nunca
Le volverán á ver los ojos mios:
Estos ojos de lágrimas cubiertos,
En vano en esa puerta estarán fijos!
Acaso pronto, revolcado en sangre,

Aquí conducirán su cuerpo frio....
¡ Ah ! sobre su cadáver adorado,
Exhalaré mis últimos suspiros !

LEONOR.

¿ Por qué pensar de un modo tan funesto ?
El triunfará, señora ; y confio
En su justicia.

(*Ruido de voces en el patio del torneo, que se oyen como de léjos*)

ISABEL.

¿ Escuchas esas voces ?
La lucha va á empezar, ¡ atroz martirio !
Ponte en esa ventana ; yo no puedo,
Yo no tengo valor !

LEONOR, (*colocándose en la ventana*)

Desde este sitio
Se ve perfectamente lo que pasa :
Yo os lo referiré.

ISABEL.

¡ Poder divino !
Dale valor á mi angustiado pecho !

LEONOR.

Lady Arabela ocupa el lugar mismo
Que para vos estaba destinado.
Y vuestro padre la acompaña.... el circo
Mandan los jueces despejar ahora....
Hora lo reconocen... ya reunidos
A la señora Baronesa se hallan
Los demas caballeros.... hora altivo
Sobre un caballo, como su alma, negro,
Entra el Baron... da vuelta al campo... fijo
En su sitio está ya como una torre.

ISABEL, (*Con inquietud*)

¿ Y Alberto ?

LEONOR.

No le veo ; no ha venido....
Ya, ya llega... ya salta la estacada :

(*Aplausos dentro*)

Oid esos aplausos que su brio.

(*Aplaudiendo*)

Arranca del concurso. ¡ bravo ! bravo !
¡ Qué hermoso está !

ISABEL, (*Se arrodilla*)

¡ Gran Dios ! oye propicio
De esta infeliz el fervoroso ruego.
Tú á cuyo acento tiembla conmovido
El universo, tú, cuya mirada
El corazon penetra de tus hijos,
Truena, Señor, contra el malvado, truena !
Un rayo lanza contra el nombre impío,
Que ultrajó la virtud ; anima el brazo
Del jóven caballero que ha emprendido
De la justicia la defensa. ¡ Oh padre !
¡ Oh padre justo, omnipotente y pio !
Mírame aquí de lágrimas bañada,
Pronta á desfallecer, ¡ ah ! sin tu auxilio
No podré resistir á tantas penas :
Escucha de esta mísera el gemido :
Hasta tu trono refulgente suba
De mi dolor el penetrante grito.

LEONOR.

Ya el señorito Alberto da la vuelta :
¡ Con qué destreza rige á su tordillo,
Cuya rizada crin el viento ondea !
¡ Oh qué hermoso caballo !.... todos fijos
Tienen en él los ojos... ya se para :
Para acá está mirando el señorito :
Sin duda os busca, vedle un solo instante,
Tal vez el alma os manda en un suspiro.
Asomaos.

ISABEL.

¡ No puedo !

LEONOR

Un solo instante,
(*Se asoma Isabel*)
Esto lo animará. Ya, ya os ha visto.

ISABEL

¿ Será la última vez ? ¡ Muero al pensarlo !

LEONOR.

Ya las lanzas enristran ¡ oh Dios mio !
Van á dar la señal : por Dios, señora,
Por Dios, no la escucheis.
(*Queriendo taparle los oidos. Suena un clarin*).

ISABEL.

¡ Ah !

LEONOR, (*vuelve á la ventana*)

¡ Ya han partido !
Rayos parecen : ya se encuentran.... ¡ cielos !
Las dos lanzas han dado á un tiempo mismo
En sus fuertes escudos, y en pedazos
Han saltado las dos.

(ISABEL, *con la mayor ansiedad*)

¡ Oh qué suplicio !

LEONOR.

Vuelven atras, y nuevas lanzas toman....

(*Ruido dentro*)

Ya vuelven á partir : ¿ habeis oido
El ruido de su choque formidable ?
¡ Qué furia, eterno Dios !.... ¡ Qué es lo que miro !
¡ Santos del cielo !

ISABEL.

¿ Qué ?

LEONOR.

El señor Alberto...

ISABEL.

¿ Qué ?

LEOCOR.

¡ Le falta el caballo ; ya ha caido !

ISABEL.

¡ Ah ! (*Cae desmayada*)

LEONOR, (*sin verla*)

Pero no temais, ya se levanta...
Veo que la espada saca enfurecido....
El Baron tambien deja su caballo....
Ya combaten á pié.... ¡ oh Dios benigno !
Protégelo, protege su inoencia !

(*Ruido de espadas*)

¡ Qué golpes ! ¿ No escuchais, señora, el ruido
De sus espadas ?

(*Viéndola*)

¡ Ay ! la desdichada.
Al peso cedió y de su martirio :
Señorita.... está helada, es un cadáver.

ISABEL.

¡ Leonor !...

LEONOR.

Ya vuelve ; ¡ pero qué extravío
Noto en sus ojos !

ISABEL, *levantándose.*

¡ Él ha muerto ! ha muerto !....
¿ Él no existe, Leonor, y yo respiro ?....
¡ Aun falta sangre que verter ; mi sangre !
¡ Ven, odioso Baron, el pecho mio
Rompe, rompe este seno que le adora !

(*Con fuerza.*)

¡ Yo te aborrezco, monstruo, te maldigo !
Vamos, Leonor, corramos á encontrarlo :
Que su feroz acero, ya teñido
En la sangre de Alberto, en mí se cebe !
¡ Acaben con mi muerte mis martirios !

(*Con gran ternura.*)

¡ Alberto era mi dios ! lo idolatraba !
¡ Vivir no quiero, si con él no vivo !
¡ Alberto ! mi querer ! mi bien ! mi gloria !
¡ Espérame un momento ; ya te sigo !

ACTO CUARTO

EL HIJO Y LA MADRE

La decoracion del primer acto.

ESCENA Iª.

PEDRO, TIMOTEO Y CRIADOS.

(Conducen desmayado y cubierto de sangre al Baron de Bohún y le colocan sobre las sillas.)

PEDRO.

¡ Cómo pesaba el difunto !

TIMOTEO.

Como pesa todo muerto.
Vosotros retiraos. *(Se van los demas criados.)*

PEDRO.

¿ No lo dije, Timoteo,
Que la boda parecia
Mas bien que boda un entierro ?
Mira si soy algun tonto.

TIMOTEO.

¡ Yo estoy como loco, Pedro !
A veces en solo un dia
Pasan acontecimientos,
Que en un año no han pasado.

PEDRO.

Pero viste qué denuedo
De los guerreros, ¡ caramba !
Yo estaba helado.

TIMOTEO.

¡ Qué recio
Se daban, hombre! te digo

Que no he tenido más miedo
En mi vida; ni aun de niño,
Cuando me contaban cuentos
De hechiceras y gigantes.

PEDRO.

Alguno llega: silencio.

ESCENA II.

DICHOS, ISABEL, LEONOR.

LEONOR.

Deteneos.

ISABEL.

¿Dónde está?
¿Dónde está el fiero Baron?
Que rompa mi corazon;
Yo no quiero vivir ya:
¡Destino fatal, impío!
¿Dónde se halla mi adorado
Quiero morir á su lado,
Sobre su cadáver frio.
(*Señalando el cadáver del Baron.*
Allí está.... mi bien....

PEDRO (*conteniéndola*).

Señora,
¿Qué haceis?

ISABEL.

Dejadme llegar:
Quiere con él espirar
Esta mujer que le adora.

TIMOTEO (*sorprendido*).

¡Que le adora!

ISABEL.

Sí, sayones,
Esa vida era la mia:
¿Y quién dividir podria
Jamas nuestros corazones?
¡Dejadme llegar, por Dios!
Juntos debimos vivir,
Pues hora juntos morir
Debemos tambien los dos.

¡Ah¡ si la piedad ois,
Soltadme.

PEDRO.

¿Pero qué haceis?
Ese cadáver que veis
Es del Baron.

ISABEL (*sorprendida*).

¿Qué decis?
¿Pues Alberto?

PEDRO.

Se halla hora
Recibiendo el parabien
De su triunfo.

ISABEL (*admirada*).

¿He oido bien?

TIMOTEO.

Si; no lo dudeis, señora:
En el patio del torneo
Le proclaman vencedor.

ISABEL.

¡Este es un sueño, Leonor!

LEONOR.

Sí, tambien soñar yo creo.

ISABEL.

Si es engaño, salir de él
Un punto será, y morir,
¡Cielos! ¿mi Alberto vivir?

PEDRO.

Vive, señora.

ALBERTO (*dentro*).

¡Isabel!

ISABEL (*con transporte*).

Él es !oh supremo Sér!
Él es: ¡sostenme, Leonor!
¡Antes me ahogaba el dolor;
Hora me agobia el placer!

(*Queda desvanecida en los brazos de Leonor.*)

ESCENA III.

DICHOS : ALBERTO.

ALBERTO.

¡Isabel! Isabel!.... ¿Pero qué veo?
Leonor, ¿qué es esto?

LEONOR.

El gozo la ha postrado.

ALBERTO.

Oye mi voz, ¡oh dueño idolatrado!
¡Los ojos abre, en que mi dicha leo!
¡Isabel! ¡ah! ya vuelve, ¡cuán hermosa!
Ya palpita su seno blandamente :
Una sonrisa vaga dulcemente
En sus labios purísimos de rosa.
Alza esa frente cándida y divina,
Ya eres libre, Isabel.

ISABEL

¿Y es cierto?

ALBERTO.

¡Es cierto!
Mírame.

ISABEL.

Deja que te toque, Alberto,
¿Tanta ventura el cielo me destina?
No, no es una ilusion; tu ardiente mano
Torna á estrechar la moribunda mia :
¡En el sepulcro, Alberto, te creia!
¡Oh placer grande, inmenso, sobrehumano!
Pero dime, por Dios. ¿no estás herido?
¡Ah! si vieras, mi bien, cuánto he llorado!
¡Si supieras qué instantes he pasado!
¡No sé cómo sufrirlos he podido!
¡El cielo solo, la bondad del cielo,
Sostenerme ha podido en este dia!
Pero ya vuelvo á verte, ¡qué alegría!
¡Trocó Dios en placer mi amargo duelo!
Gracias, gracias, Señor; ¡ah! la ventura
Perturba mi razon, Alberto mio :
Á hablarme vuelve; dudo, desconfio :

Tanta dicha, ilusion se me figura.

ALBERTO.

No, Isabel; es verdad.

ISABEL.

Mas tú caiste
Del caballo : Leonor vió tu caida,
Y al saberla pensé perder la vida;
Dime, dime por fin, cómo venciste.

ALBERTO.

Ménos fuerte mi caballo
Que el del furioso Baron,
En la segunda carrera
Por desgracia me faltó,
Y caimos; pero al punto,
Levantándome veloz,
Saco mi acero, este acero
Que jamas me abandonó :
A mi contrario me lanzo,
Que sin prever mi intencion,
De su triunfo sonreia,
Lleno de orgullo feroz :
Su caballo desjarreto
En el instante : el Baron
Echa pié á tierra, y la espada
Saca ciego de furor :
Él era, Isabel, más fuerte,
No más ligero que yo;
Y sus golpes evitando
Con destreza, la ocasion
Hallé al fin, que deseaba :
De cubrirse no cuidó
Por herirme, y al instante
Le traspasé el corazon.
No pudo más, y en el circo
Casi sin vida cayó.
General aplauso entónces
Sonar oigo en derredor :
¡ Victoria, honor al valiente
Todo el concurso gritó,
Y los heraldos y jueces
Me proclaman vencedor;
Pero en medio de esos gritos

Yo no escuchaba tu voz,
Tu voz para mí más grata
Que la de la gloria.

ISABEL.

Yo,
Entre tanto combatida
De la inquietud más atroz,
Desde mi estancia escuchando
El espantoso rumor
Del combate : á cada instante
Sintiendo en mi corazon
Mil muertes.... ¡qué no he pasado!
Los dos, Alberto, los dos
Los golpes hemos sentido,
(*Señalándose el corazon.*)
Tú en el escudo, aquí yo.
Cierto es que tú no escuchabas
Entre las otras mi voz,
Y sin embargo sonaba
Con más fuerza y más ardor
Que todas; porque la mia
Por tí se elevaba á Dios.

ALBERTO.

Sí, mi bien, y el Sér supremo
Tu ruego grato escuchó,
Porque como tú, fué puro,
Ardiente como tu amor!

ISABEL.

Sí, como mi amor, Alberto;
¡Oh! nunca de mi pasion
He conocido la fuerza,
Hasta el instante de horror,
En que muerto te he creido.

ALBERTO.

¿Quién más dichoso que yo?
Aunque jamas nos unamos,
Esa sublime expresion
De tú ternura, es mi dicha :
Te lo juro por mi honor :
Por el imperio del mundo
No cambio mi suerte, no!
Pero ya tu padre llega

Con los demas.

ISABEL.

¿Tanto amor
No pagaré con mi mano
Alguna vez? ¡santo Dios!
¡No hay felicidad cumplida!

ALBERTO.

¡Tal es nuestra condicion!

ESCENA IV.

DICHOS, ARABELA, FITZ-EUSTAQUIO, PEDRO, TIMOTEO, CABALLEROS.

ARABELA.

Caballeros, ya habeis visto
De mi causa la justicia:
Del éxito del combate
Ninguna duda tenia:
De ese perverso en el cielo
La sentencia estaba escrita;
Llegó por fin, y ha pagado
Los crímenes de su vida.
(*A Alberto*)
Recibe, valiente jóven,
La gratitud que me anima:
Tú fuiste el digno instrumento
De la justicia divina:
Tú rompiste mis cadenas:
Por tí cobro en este dia
Mis títulos usurpados,
Y mi libertad perdida.

ALBERTO.

Basta, señora, lo que hice
El deber me lo imponia:
Como honrado caballero,
Á la virtud oprimida
Mi espada ofrecí: del cielo
Es la victoria, no mia:
¡Dichoso yo que instrumento
Fuí de las celestes iras!

ARABELA.

Mas no quedará sin premio,
Jóven, tu noble osadía :
Por mi heredero te nombro ;
Sí, yo no tengo familia :
¡ Ay ! me arrebató el tirano
El solo hijo que tenia !
Tú lo serás desde ahora,
Tú formarás la delicia
De mi vejez.

ALBERTO.

¡ Ah ! señora,
Tanta bondad !

FITZ.

Merecida
La tienes : como valiente
Te has portado en este dia :
Bien, hijo mio, tambien yo
Te debo mucho ; esa víctima
Á la desgracia arrancaste,
Tambien te debe mi hija
Su libertad. ¡ Ah ! cuál fuera
Tu suerte, Isabel querida,
Enlazada para siempre
A ese monstruo de perfidia !
¡ Tiemblo al pensarlo ! Un modelo
De honradez yo lo creia ;
Baronesa, aquí os condujo
La Providencia divina,
Para arrancar al infame
El velo que lo cubria.

ARABELA.

Sus crímenes espantosos
Sabeis ya : su mano inícua
Fué la que del digno Ralfo
Cortó la apreciable vida.
Ese escudero que traje
Conmigo, y que en otros dias
Fué complice involuntario
De Walter, la historia impía
Me ha referido.

PEDRO.

Señora,
Vuestro escudero suplica
Que ante esta ilustre asamblea
Hablaros se le permita.

FITZ (*á Pedro*).

Haced que pase al instante. (*Se va.*)
Ven á mi pecho, hija mia,
Démosle gracias al cielo.
Del precipicio en la orilla
Te ha salvado : sus bondades
Hácia mí, son infinitas.

ESCENA ULTIMA

DICHOS, ALFONSO, PEDRO.

PEDRO.

Entrad.

ARABELA.

Entrad; el noble Fitz-Eustaquio
De hablar en su presencia os da permiso.
Decid lo que quereis.

ALFONSO.

Noble señora,
Y vosotros tambien, ¡oh esclarecidos
Caballeros! oid. Ya las maldades
De Walter conoceis, del que yo he sido
Cómplice involuntario, y vos, señora,
Perdonais generosa mi extravío.
Pero hay otro secreto, un gran secreto,
Que esperaba, señora, descubrirlo
Despues de ese combate, cuando el cielo
Castigara de Walter los delitos.

ARABELA.

Habla, Alfonso, declara cuanto sepas.

ALFONSO.

El cielo que me escucha es buen testigo
Del gozo que me anima, y que en mi abono
Está escrita en el libro del destino
Una accion buena : sí, señora, Walter,
De su ambicion frenética impelido,

A toda costa quiso de su hermano
Las riquezas poseer, y grandes títulos.
Vuestro hijo era el legítimo heredero;
Deshacerse intentó del tierno niño,
Y á mí me encomendó su asesinato,
Porque ya entónces me juzgó el inícuo
Incapaz de faltarle : de este modo
Logré tener en mi poder al hijo
De mi buen amo, y engañando al monstruo,
Que su muerte creyó, del tierno niño
Salvé los dias.

ARABELA.

¡Cómo! qué he escuchado!
¿Y vive?

ALFONSO.

Vive.

ARABELA.

Es cierto? Dios benigno!
Cuánta ventura....! ven, que yo te abrace,
Alfonso : ven..... Mas dime, dime el sitio
Donde se encuentra : dímelo.

ALFONSO.

Escuchadme.
Al infante tomé, cuyos gemidos
El corazon más duro conmovieran,
Y conociendo el corazon benigno
Del noble Fitz-Eustaquio, en el instante
Me dirigí en silencio á este castillo :
(*A Fitz-Eustaquio.*)
No estabais vos en él; pero en la senda
Que á él conduce, el depósito querido
Dejé, esperando inquieto el resultado,
Observándolo todo sin ser visto,
Pues la maleza me ocultaba : entónces
Os ví llegar, señor, ví que movido
De ternura hácia el niño desgraciado,
Al pecho lo estrechabais compasivo,
Y aquí le condujisteis.

ALBERTO.

¡Que oigo, cielos!

FITZ.

¿Qué dices? conque Alberto....

ALFONSO.

Si, ese mismo,
Ese valiente, generoso jóven
Que os ha vengado......

ARABELA.

¿Es él?....

ALFONSO.

Es vuestro hijo.

ARABELA (*estrechando á Alberto*).

Hijo!...

ALBERTO (*echándose en sus brazos*).

Madre!...

FITZ.

Que dicha!

ISABEL (*con gozo*).

¿No es un sueño?
¿Es noble? ¡que ventura! ¡será mio!)

(*Por un gran rato queda Alberto abrazado á Lady Arabela, llorando de ternura y de júbilo; separa un poco su rostro, la contempla con una mirada ávida y llena de amor. Lo que sigue lo dice con muchísimo fuego, y ternura.*)

ALBERTO.

Madre!.... madre! repetir
Dejadme ese nombre amado,
Y en vuestro pecho abrasado
Vuestro corazon sentir.
Sí, yo lo siento latir
Contra el mio..... ¡qué placer
¡Dicha inmensa! ¡Eterno Sér,
Ya puedes tomar mi vida!
¡Oh madre, madre querida!
Al fin te consigo ver.
¡Cuánto, cuánto padecí
Por no conoceros ¡Dios!
Y vos entre tanto, vos,
¡Llorando tambien por mí!
Ah! ya me teneis aquí:
Apénas mi dicha creo!
¡Oh madre! os escucho, os veo,
¡En vuestros brazos estoy!
Ya soy feliz, ¡ya lo soy!

¡ Cumplió el cielo mi deseo!
¡Madre! á la naturaleza,
A mi pecho, al mismo Dios,
Yo preguntaba por vos,
Devorado de tristeza:
¡Ay! en este instante empieza
Mi existencia, mi alegría.....

ARABELA (*con transporte vivísimo*).

Hijo!....

ALBERTO.

¡ Madre!..... ¡ hermoso dia!
Mil veces *hijo* llamadme!
Venid todos, abrazadme:
Padre..... Isabel..... Madre mia!

(*Arabela, Fitz-Eustaquio é Isabel lo rodean abrazándolo, y cae el telon.*)

A NINGUNA DE LAS TRES

PERSONAJES

DON TIMOTEO.	CLARA.
DOÑA SERAPIA.	DON CARLOS.
LEONOR.	DON JUAN.
MARIA.	DON ANTONIO.

La escena pasa en México, 18... en la casa de D. Timoteo.

ACTO PRIMERO

Sala decentemente amueblada.

ESCENA I.

DON TIMOTEO, DOÑA SERAPIA (*de gala*).

DON TIMOTEO.

Vaya, Serapia, estás hoy
Muy elegante ; ¡ qué bello !
¡ Qué rico vestido ! ¡ diablo !
Si no fuera por tu pelo
Un poco blanco, y las rugas
De tus mejillas, apuesto
Que ninguno te daria
Más de treinta y cinco.

DOÑA SERAPIA.

¿ Cierto ?
¿Con que no parezco mal?

DON TIMOTEO.

¿Cómo mal? si poco ménos
Estás hoy como aquel dia
Que nos casamos : me acuerdo
Como si fuera hoy.

DOÑA SERAPIA.

Con todo,
Treinta y dos años y medio
Hace que pasó.

DON TIMOTEO.

Es verdad,
¡Qué pronto se pasa el tiempo!

DOÑA SERAPIA.

¡Y qué tiempos!

DON TIMOTEO.

Muy felices;
No se parecen á estos :
¡Ay! hija, por más que digan
Los pisaverdes modernos,
Aquello era mucho, ¡mucho!
¿Te acuerdas con qué salero
Bailabas una *gavota*?

DOÑA SERAPIA.

Y tú tambien, picaruelo,
Aquel *minuet de la corte.*

DON TIMOTEO.

Y el *calafat.*

DOÑA SERAPIA.

Y el bolero.

DON TIMOTEO.

No; pero nada, Serapia,
Como el *campestre* : me acuerdo
Que estaba yo como tonto,
Mirando tus movimientos :
Desde la primera parte,
Sentí dentro de mi pecho
Cierta inquietud..... cierta cosa.....
Lo que llaman los modernos
Simpatía; pero ¡vaya!
Cuando hizo tu pié derecho
Aquel molinete, entónces
Se me trastornó el cerebro.

¡Ay! y qué noche me diste!
En toda ella estuve viendo
Tus piés en mi fantasía;
Y era tan grande el empeño
De recordarlos, que dije
Al punto á mi cocinero,
Que me guisara á otro dia
Unas patitas de puerco.

DOÑA SERAPIA.

¡Ah! ah! ah!

DON TIMOTEO.

Te ries,
Y con razon, lo confieso,
Si digo que estaba loco,
Loco de remate, y luego
Con tus desdenes malditos
Me hacias rabiar.

DOÑA SERAPIA.

Lo creo,
Me amabas mucho, me amabas
Como se amaba en mi tiempo:
Y yo tambien te quería;
¿Pero, cómo luego luego
Lo había de confesar?
No, señor.

DON TIMOTEO.

¡Oh! no, primero
Era preciso pasar
Unas noches al sereno,
¿No es verdad?

DOÑA SERAPIA.

Cabal! Ahora
Todo es más pronto.

DON TIMOTEO.

Se han hecho
Muchos progresos en todo;
Llega un jovencillo lleno
De perfumes; media hora
De charla, suspiros tiernos,
Semblante triste; en la tarde
Una vuelta en el paseo
Junto al coche de la niña:

En la noche algun encuentro
En las *cadenas* ó el teatro:
Si un cómico dice un verso
Que hable de amor, al instante
El rendido caballero
Dirige ardiente la vista
Al palco, como diciendo:
« Esa Julieta, eres tú,
Y yo soy ese Romeo. »
Con esto queda concluido
El asunto, y de concierto
Los amantes. A otro dia
Lleva el jóven algun verso
A la novia : poco importa
El que sea suyo ó ageno :
Cambia el nombre si es preciso,
En vez de *Silvia*, poniendo
Anastasia, porque al cabo,
Dos sílabas más ó ménos
Poco importan ; la sustancia
Es lo esencial.

DOÑA SERAPIA.

¡Por supuesto!

DON TIMOTEO.

Por fortuna en estos dias
Hace todo el mundo versos.

DOÑA SERAPIA.

Pero no en latin.

DON TIMOTEO.

¿Latin?
¡Pues estás fresca! yo apuesto
Que no saben declinar
A Musa Musæ.

DOÑA SERAPIA

Ya; pero.....

DON TIMOTEO.

Pero saben italiano,
Frances, ingles.

DOÑA SERAPIA.

Mas no griego
Como en mis dias.

DON TIMOTEO.

Serapia,
Para mí es un mundo nuevo
En el que vivimos hoy ;
Ya ves, hasta el coliseo
Ha cambiado : ya no agradan
Las comedias de aquel tiempo :
Juana la Rabicortona,
El Mágico de Salerno,
La Fuente de la Judía.
El Príncipe Jardinero.
Estos eran comediones
Divertidos.

DOÑA SERAPIA.

Y muy buenos,
Y muy morales.

DON TIMOTEO.

¡ Caramba,
Si eran morales ! me acüerdo
Que una vez salí llorando
Como chico de colegio,
De ver á san Agustin
Quedar convertido.

DOÑA SERAPIA.

En ciervo.....

DON TIMOTEO.

Qué ciervo, ni qué.....

DOÑA SERAFINA.

Es verdad,
Tienes razon, ya me acuerdo,
Es en santa Genoveva
Lo del venado. Ya eso
Acabó, y las tonadillas
Que llamaban *intermedios*.
Hoy está en boga un tal Fugo.

DON TIMOTEO.

Hugo dirás.

DOÑA SERAPIA.

¿Yo qué entiendo
De esos nombres que no están
En el calendario nuestro ?
Hasta en eso entró la moda :

A nadie le ponen Diego,
Ni Jacinto, ni Macario,
Ni Roque, ni Timoteo;
Sino Arepo, Arturo, Adolfo;
En fin, santos extranjeros
Que ni estarán bautizados.
En todo caso me atengo
A los nuestros, que por fin
Son ya conocidos viejos,
Y el refran dice: « Más vale
Malo conocido, que bueno
Por conocer. »

DON TIMOTEO.

Calla, calla,
Serapia, ¿qué estás diciendo?
¿Qué disparates ensartas?

DOÑA SERAPIA (*aflojándose el vestido*).

¿Pues qué, digo mal? El cielo
Sabe mi intencion. ¡Dios mio!
¡Y qué traje tan molesto
Es el vestido de gala!
Sólo por ser, Timoteo,
Dia de tu santo, pùde
Apretarme tanto.

DON TIMOTEO.

Cierto;
¿Y piensas tú, mona mia,
Que yo no te lo agradezco?
Mucho, mucho; siempre has sido
Un acabado modelo
De esposas: tengo tal gusto,
Que no me cabe en el pecho.
Sí, Serapia, hoy es el dia
En que se van mis deseos
A colmar, con la eleccion
Que haga Juanito. Yo creo
Que la gusta más Leonor,
Que las otras dos.

DOÑA SERAPIA.

Yo pienso
Lo mismo; no, y la muchacha
Lo merece.

DON TIMOTEO.

Por supuesto.
Pobrecilla !

DOÑA SERAFINA.

¿Y Don Antonio
Vendrá á comer hoy?

DON TIMOTEO.

Lo espero.

DOÑA SERAPIA.

Aquí viene ya.

ESCENA II.

DICHOS, DON ANTONIO.

DON ANTONIO.

¡Oh! vecina,
¿Pues qué tenemos de bueno
Que está usted tan adornada?

DOÑA SERAPIA.

Que diga á usted Timoteo
El motivo : yo me voy
A mirar por allá dentro
Lo que ocurre : ya usted sabe
Que para esto del aseo
De la casa y la cocina,
Yo lo hago todo : no quiero
Que se molesten mis hijas,
A quienes ha dado el cielo
Inclinaciones más altas.

DON ANTONIO (*con ironía*).

Es verdad.

DOÑA SERAPIA.

Pues hasta luego.

(*Se va haciéndole una gran cortesía á Don Antonio.*)

ESCENA III.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

DON TIMOTEO.

¡Pobre Serapia! está loca

Con las muchachas, y cierto
Tiene razon : cada una
Es en verdad un portento.
Mariquita toca, canta,
Baila ; en fin, es un modelo
De perfeccion : ágil, viva,
Siempre de broma y riendo.
Clara, por distinto estilo...
¡ Ah ! Don Antonio, el talento
De mi Clara es mucha cosa :
Ya ve usted, siempre leyendo
Periódicos literarios
Y políticos : apuesto
Que sabe más ella sola,
Que tres ministros.

DON ANTONIO (*riendo*).

En eso
No hay mucha ponderacion,
Amigo Don Timoteo.
Adelante.

DON TIMOTEO.

¿ Pues Leonor ?
¡ Oh ! Leonor es mucho cuento :
¡ Qué corazon tan sensible,
Tan encendido, tan tierno !
¡ De cualquiera cosa llora !
Ántes de ayer, por ejemplo,
Estaba triste, bajando
Los ojos cada momento :
Otras veces los alzaba
Fijándolos en el cielo ;
Y por fin, la pobrecilla
Se puso á llorar : yo lleno
De inquietud....

DON ANTONIO (*con ironía*).

Ya, como padre !

DON TIMOTEO.

Yo le pregunté el objeto
De sus penas, y me dijo :
« ¡ Oh padre mio, yo muero
« De dolor ! la pobre Clara...
— ¡ Qué ! le dije muy inquieto,

¿Le ha sucedido á tu hermana
Alguna cosa? volemos
A verla. « No, padre mio,
« Me respondió, nada de eso,
« No hablo de Clara mi hermana,
« Clara de Alva... ¡Qué tormento
« Pasó la infeliz! ¡Qué lucha
« Sostuvo entre sus afectos
« Y su deber! »

DON ANTONIO.

¿Con que todo
Su dolor y desconsuelo
Era por haber leido
Una novela? ¡muy bueno!
¿Y sabe usted por ventura
A qué se reduce el cuento
De ese libro?

DON TIMOTEO.

No, señor;
Pero dicen que es muy bueno.

DON ANTONIO.

¡Oh, sí, muy bueno! Se trata
De una jóven, que algun tiempo
Resistir supo á un amante;
Pero como el bribonzuelo
Era tenaz, ella en uno
De aquellos fuertes momentos
De ternura, faltó al cabo
Al marido.

DON TIMOTEO.

¡Diablo!

DON ANTONIO

Pero
Eso sí, no faltó en nada
A la virtud.

DON TIMOTEO.

No lo entiendo:
Sin faltar á la virtud
Hacer á un hombre.... ¡San Diego
Nos preserve!

DON ANTONIO.

Pero, amigo,

Si fué tan sólo un momento
De extravío.

DON TIMOTEO.

Con mil diablos,
¿ Pues qué no basta con eso?

DON ANTONIO.

No, señor, porque fué todo
Sin mala intencion.

DON TIMOTEO.

Reniego
De su intencion.

DON ANTONIO.

Pues, amigo,
Todo esto ni más ni ménos
Dice la tal novelita.
Sabe usted, Don Timoteo,
La franqueza con que siempre
He hablado á usted : yo no apruebo
Ese modo con que educa
A sus hijas.

DON TIMOTEO.

Bueno, bueno;
Siempre está usted con lo mismo.

DON ANTONIO.

Sí, señor, siempre : el afecto
Que profeso á usted me hace
Hablarle así.

DON TIMOTEO.

Segun eso,
¿ Usted quiere que sofoque
De mis hijas los talentos?
¿ Que laven, cosan ó planchen,
Estén siempre en el brasero,
Disponiendo la comida,
Y, en fin, que tengan empleo
De criadas?

DON ANTONIO.

No, señor;
Pero que sepan al ménos
Aquellas obligaciones
Que son propias de su sexo.

La música, la pintura,
El baile, todo es muy bueno,
Y sirve á una señorita
De atractivo y de recreo :
Pero, amigo, todo es malo
Cuando se lleva al exceso.

DON TIMOTEO.

Muy bien : agradezco mucho
Tan saludables consejos;
Mas yo tengo mis razones :
Conque así, no disputemos :
Supongo que esto no turba
Nuestra amistad.

DON ANTONIO.

Nada de eso :
Mi cariño es siempre el mismo;
Yo digo á usted lo que pienso;
Pero sólo á usted le toca
Hacer lo que quiera en esto.

DON TIMOTEO.

Bien está : pues á otra cosa :
Usted, segun lo que veo,
No sabe por qué motivo
Estamos hoy previniendo
Una fiesta?

DON ANTONIO.

No, en verdad.

DON TIMOTEO.

Pues, Don Antonio, yo debo
Quejarme de usted.

DON ANTONIO.

¿Por qué?

DON TIMOTEO.

¿Cómo por qué? usted ha puesto
En olvido que hoy es dia
De mi santo.

DON ANTONIO.

Lo confieso :
No me acordaba.

DON TIMOTEO.

Pues bien,

Ya lo sabe usted, y cuento
Que nos acompañará
A comer hoy.

DON ANTONIO.

Lo agradezco.

DON TIMOTEO.

Bueno ; pues no esto sólo :
Tome usted ahora un asiento,
Y oiga el principal motivo
De mi gozo. En otro tiempo, (*Se sientan.*)
Cerca de seis meses ántes
De casarme, me ví lleno
De miseria, jóven, libre,
Sin algun conocimiento
Del mundo, sin un amigo
Que me mostrara el sendero
De la dicha, y entregado
A juveniles excesos,
Agoté cuantos recursos
Me habian dejado, muriendo,
Mis padres ; contraje deudas,
Y, por fin, llegué al extremo
De no tener un asilo,
Ni aun el preciso sustento.
Los amigos, que algun dia
Eran siempre compañeros
De mis vicios y locuras,
Que miéntras tuve dinero
Solícitos me seguian,
Mis errores aplaudiendo,
Viéndome pobre, abatido,
Y sin recursos, se fuéron
Retirando, y quedé solo,
De rabia y vergüenza lleno.
En medio de mi desgracia,
Me quiso mandar el cielo
Un hombre, ó más bien un ángel,
Porque tal era Don Pedro
De Miranda, rico, noble,
Con un corazon dispuesto
A hacer bien á todo el mundo :
Este amigo de colegio,

Que mil y mil ocasiones
Me reprendió mis excesos,
Viéndome luego abatido,
Me auxilió, me dió los medios
Para salir del apuro ;
Y no tan sólo le debo
La riqueza que hoy disfruto,
Sino la vida.... no puedo
Recordar sus beneficios
Sin llorar.

DON ANTONIO.

Bueno ¡ muy bueno !
Esas lágrimas, que pocos
Derraman, Don Timoteo,
Honran á usted. En verdad, (*Aparte.*)
Es lástima que los cielos
Como le han dado virtudes
No le den entendimiento.

DON TIMOTEO.

En aquellos mismos dias,
Tuve una fiebre, y Don Pedro,
Siempre al lado de mi cama,
Siempre de ternura lleno,
Me sacó, como quien dice,
Del sepulcro.

DON ANTONIO.

Bien, ¿ y luego ?

DON TIMOTEO.

Tuvo que marchar á Europa
Por asuntos de comercio.
Nos despedimos llorando,
Mas no pasaba un correo
Sin recibir carta suya
Y escribirle yo. Don Pedro
Era viudo y tenia un hijo
Que llevó á Europa. Á su seno
Llamó, en fin, Dios á mi amigo,
Y durante mucho tiempo
No supe del hijo suyo
La suerte : hará mes y medio
Qué él mismo vino á mi casa
A visitarme, diciendo

Que al morir su anciano padre,
Le encargó que en el momento
Que pusiera el pié en su patria
Viniera á verme : no tengo
Que decir á usted el gozo
Que tuve al punto de verlo,
Y lo he alojado en mi casa :
Juanito, á quien tanto aprecio
Tiene usted, ese es el hijo
De mi amigo.

DON ANTONIO.

Y un modelo
De honradez : no se parece
A su tonto compañero,
Al Don Carlitos. ¡ Caramba !
Jamás he visto un muñeco
Más fastidioso !

DON TIMOTEO.

Yo al punto
Concebí el mejor proyecto
Que me ha ocurrido en mi vida,
Para pagar lo que debo
Al padre de Juan, y dije
A nuestro jóven : yo tengo
Tres hijas, elige una
Para esposa, y heredero
De una parte de mis bienes
Serás.

DON ANTONIO.

Muy buen pensamiento ;
Y él ¿ qué respondió ?

DON TIMOTEO.

Me dijo
Que era preciso primero
Conocer bien á mis hijas ;
Mas no me bastó con eso,
Y señalamos un plazo
Para que eligiera.

DON ANTONIO.

Bueno :
¿ Y cuándo se cumple ?

DON TIMOTEO.

Hoy mismo,
Que es mi santo.

DON ANTONIO.

Pues verémos
Lo que resulta.

DON TIMOTEO (*levantándose*).

Ya tarda
En llegar.

DON ANTONIO.

¿Y el embustero
De Don Carlitos vendrá
Con Don Juan?

DON TIMOTEO.

Así lo creo.

DON ANTONIO.

Pues no cuente usted conmigo
Para comer hoy : no puedo
Sufrir á ese charlatan.
Sin cesar está mintiendo :
A título de que ha visto
A Paris, todo lo nuestro
Le disgusta, todo es malo
Para él, si no es extranjero.
Criticar siempre de todo
En su país, es un efecto
De una educacion muy baja :
Si no encuentra nada bueno
En su patria, deberia
Por gratitud, por afecto,
Callarse, disimular,
Y compadecerla : cierto
Que tenemos cosas malas,
Á mi pesar lo confieso :
Pero ¿qué nacion, amigo,
Hay que no tenga defectos?
No; yo soy muy Mexicano.

DON TIMOTEO.

Pero, Don Antonio, al ménos
Haga usted el sacrificio
Siquiera por hoy : sí, cuento
Con usted : por un amigo

Se pasa un mal rato.

DON ANTONIO.

Cedo
Por usted; pero repito
Que soy muy duro de genio;
Y aunque quiera reprimirme,
No sé si podré. (*Ruido de coche.*)

DON CÁRLOS (*dentro*).

Cocheros
Más tontos que los de aquí
No se encuentran.

DON ANTONIO.

Ya tenemos
Al charlatan en campaña:
Yo me voy por allá dentro
Al corredor, y me iria,
Por no verlo, al mismo infierno.
Llevaré algun diario.

DON TIMOTEO.

Ya!
Como usted guste.

DON ANTONIO.

Hasta luego.
(*Vase, tomando de sobre la mesa un papel.*)

ESCENA IV.

DON TIMOTEO, DON JUAN, DON CARLOS.

DON JUAN (*á Don Timoteo*).

Muy buenos dias, amigo.

DON CÁRLOS (*al mismo, apretándole la mano*).

Adios, caro ¿cómo va?
Ya nos tiene usted acá.

DON TIMOTEO.

Me alegro mucho.

DON CARLOS.

Testigo
Voy á ser de la ventura
De mi Juan, ¡dulce amistad!
(*A Don Juan.*)
Pero vamos, la verdad,

¿Quién ha de ser la futura?
¡Vive Dios, que Leonorcilla
Es la que más te ha petado!
Oh! ¿te pones colorado?
Pues la cosa es muy sencilla,
Sí; me gusta la eleccion;
Parece una Parisiense:
No es menester que lo piense,
Tengo gran penetracion:
Es ella ¿es verdad? es ella;
Si lo dije el primer dia:
Aquella melancolía,
Aquel aire ¡cómo es bella!
En fin, es una mujer
Comme il faut; tan sólo en Francia
Tendrá igual: ¡oh! no es jactancia:
Sé lo bueno conocer:
Sólo en la fisionomía
Adivino si una hermosa
Es afable ó desdeñosa,
Si es un ángel ó una harpía.
Miren ustedes: yo ví
Allá en la plaza de Greve,
Una hermosura, y muy breve
Su carácter descubrí:
Bajo un hermoso semblante
Ocultaba un corazon
Très méchant, era un dragon.

DON TIMOTEO.

No pase usted ádelante,
Sin que se sirva decirme
Qué es eso de *très mechant*.

DON CÀRLOS.

Vaya, si lo he dicho, Juan,
Yo no puedo discurrir
Por un momento siquiera
Sin hablar frances ¡qué diablo!
Es tan bello! yo lo hablo
Sin advertir, con cualquiera.
El idioma castellano
Es tan helado, tan frio:

(*A Don Juan.*)

Diera un brazo, amigo mio,
Por ser Frances ó Britano.

DON TIMOTEO.

Pero el *trés mechant*, por fin,
¿Qué significa?

DON CÁRLOS.

Un *fripon*.

DON TIMOTEO.

Ménos lo entiendo.

DON CÁRLOS.

Un bribon,
Un hombre bajo y ruin.

DON TIMOTEO.

Lo voy comprendiendo ya.

DON CÁRLOS.

Mas ¿dónde están las hermosas?
¿En su *toilette?*

DON TIMOTEO.

En sus cosas
Que tienen ellas allá.

DON CÁRLOS.

¡Sus cosas! Don Timoteo,
Ese es lenguaje muy llano.

DON TIMOTEO.

Hablo mal el castellano,
Pero se entiende.

DON CÁRLOS.

Lo creo.
(*A Don Juan, que se ha sentado hace algun rato á leer los impresos.*)
¿Y cuál es ese papel?

DON JUAN.

Es el Diario de gobierno.

DON CÁRLOS.

¡Vaya el tal Diario al inferno!
Si fuera el *Universel.*
(*A Don Timoteo.*)
Ese es bueno: ya se ve.....
¿Y me quiere usted decir
Quién lo da? Voy á escribir
Un poco de *varietés.*

DON TIMOTEO.

¿Quién lo da? el repartidor:
Y no lo da, que le vende.

DON CÁRLOS.

Amigo, usted no me entiende:
Que ¿quién es el redactor?

DON TIMOTEO.

Ah! no lo sé.

DON CÁRLOS (*hojeando los papeles*).

¿Y está aquí?

DON TIMOTEO.

¿Para qué pagar su abono
Si no lo entiendo?

DON CÁRLOS.

Por tono.
¿Va usted á la ópera?

DON TIMOTEO.

Sí.

DON CÁRLOS.

Entónces hace usted mal,
Si el italiano no entiende.

DON TIMOTEO.

Fácilmente se comprende.

DON CÁRLOS.

Bravo! y que es universal
De la música el idioma:
¡Cuánto me agrada Rossini!
Pero es más tierno Bellini,
Más *tocante:* yo ví en Roma,
No, no en Roma, fué en Milan,
Ví *Pirata*, ví *Extranjera*:
¡Oh qué hermosas! Creo que era
Por la fiesta de San Juan.
¡Cabalmente! Pero nada
Como *Norma* ¡qué belleza!
Habla allí naturaleza.

DON JUAN (*aparte*).

¡El tal Cárlos ya me enfada!
¡Qué loco tan hablador!

DON TIMOTEO (*aparte*).

¡Qué jóven tan estupendo!
¡Segun lo poco que entiendo,

Es alhaja de valor!
Si pudiera colocar
A Mariquita con él.....

DON CÁRLOS (*á Don Juan*).

Hombre, deja tu papel,
Y acércate á conversar.
Me maravillo que en dia
Para tí de tal contento,
Estés ahí macilento,
Lleno de melancolía :
Vamos, hombre, ven aquí.
¡Qué paciencia! ¡Qué cachaza!

DON JUAN.

Si no dejas meter baza.

DON CÁRLOS.

Pues no hagas caso de mí.
Yo soy completo Frances,
Alegre, vivo, ligero :
¡Vaya! Si no hablo, me muero

DON JUAN.

Habla cuanto quieras, pues.

DON CÁRLOS.

¿Y esta noche qué comedia
En el teatro darán?
¡A que nos encajarán
Una clásica tragedia!
¡Vaya! no se puede estar
En el teatro, ¡qué feo!
No parece coliseo,
Sino viejo palomar.
No se encuentra una nacion
Más que México atrasada :
Da vergüenza : aquí no hay nada :
Ni gusto ni ilustracion,
Ni ornato, ni policía,
Ni finura ni alegría,
Ni hermosura ni elegancia;
Repito que sólo en Francia
Se vive con alegría.
En las *soirées* ¡qué finura!
¡Qué dulce afabilidad!
¡Cuánta sensibilidad!

¡ Cuánta graciosa locura !
El amable aturdimiento,
El entusiasmo, el bullicio,
Vaya ! si yo pierdo el juicio
(*Mirando adentro.*)
Al verme aquí ¡ qué tormento!
¿ Mas no es aquella Leonor?
No hay duda que es ella, sí;
Juanito, ya viene allí
El objeto de tu amor.
¿ No sientes un dulce afan?
¡ Qué elegante ! ¡ Qué bonita!
¿ Tu corazon no palpita ?
Eres un clásico, Juan.
Eres hijo del país,
No, no lo puedes negar.

DON JUAN (*parándose*).

Ni tampoco remediar.

DON CÁRLOS.

Para amar sólo en Paris;
Allí sí se estudia el modo
Hasta de poner el pié,
Los ojos, la boca, ¡ qué !
Por principios se hace todo.
Ven, y mírala, entregada
Toda entera á la lectura:
¡ Cuánto es bella una hermosura
Distraida, abandonada !

DON TIMOTEO.

Siempre usted la verá así,
No conoce otro placer.

DON CÁRLOS.

Divina, *charmante* mujer.
¡Qué lástima que esté aquí!

ESCENA V.

DICHOS, LEONOR.

(Sale leyendo sin ver á nadie, y se sienta en un sofá; despues de una ligera pausa deja el libro y representa.)

LEONOR.

¡Ha muerto, ha muerto el mísero
Jóven desventurado,
Modelo acrisolado
De ternura y amor!
¡Ay! ese pecho cándido
Despojo de la muerte,
Mereció mejor suerte,
¡Oh vida de dolor!
¿Quién no derrama lágrimas
Al leer tu triste historia?
Y ¿quién á tal memoria
No se siente morir?
Recibe, triste víctima,
Recibe el llanto mio:
Yo tu destino impio
Siempre sabré seguir.

(Deja el libro: queda como meditabunda en el sofá.)

DON CÁRLOS.

¡Qué pecho tan simpático.

DON TIMOTEO.

Sí, es muy sensible, mucho.
Hija.....

LEONOR.

¡Qué voz escucho!
¡Oh padre!¿Dónde estoy?
Mirad..... Su rostro pálido:
Oid..... ese sonido.....
¡Ha muerto! ¡Está perdido!

DON TIMOTEO.

Escúchame: yo soy:
Vuelve en tu acuerdo ¡mísera!
Su corazon palpita.
¡Paloma!

DON CÁRLOS.
¡ Señorita !
DON TIMOTEO (*á Don Juan*).
Háblale tú.
DON JUAN.
¡ Leonor !
DON CÁRLOS.
¡ Leonor ! ¡ Qué hombre tan frigido !
¡ Qué pecho tan helado !
Dile á sus piés postrado :
(*Postrándo se delante de Leonor y tomándole una mano.*)
« ¡ Mi bien ! ¡ Mi dulce amor ! »
LEONOR (*levantándose y empujando á Don Carlos*).
Dejadme, dejadme,
¿ Y es esta la vida,
Tormentos, horrores,
Continuo penar?
¿ Y el hombre se afana
Por ella ? ¡ Insensato !
Más vale á la tumba
Mil veces bajar.
DON TIMOTEO.
Escucha, hija mia,
(*Siguiendo á Leonor, que se pasea agitada por el teatro.*)
La voz de tu padre.
LEONOR (*sosegándose*).
¡ Oh padre ! ¿ Y es cierto ?
¿ Fué todo ilusion ?
DON CÁRLOS.
Ya vuelve en su acuerdo :
¡ Miradla qué hermosa !
(*A Don Juan.*)
Acércate, calma
Su fiel corazon.
¿ No sientes tu pecho
Saltar de ternura ?
DON JUAN.
No.
DON CÁRLOS
¿ No ? Eres un mármol,
Palabra de honor.

LEONOR.

¡ Oh padre ! perdona :
La historia de Werter
Mi pecho ha llenado
De horrible dolor,
¡ Tan jóven ! ¡ tan tierno !
¡ Tan bello ! ¡ tan fino !
¡ Qué suerte tan fiera !

DON TIMOTEO.

Olvida eso ya.

DON CÁRLOS.

Amable belleza,
Aquí está Juanito ;
Miradle qué triste,
Qué pálido está !

LEONOR (*tendiéndole la mano*).

Amigo.

DON JUAN.

Ha pasado
El rato funesto ?

LEONOR.

¡ Oh ! sí ya ha pasado.

DON TIMOTEO.

Ya vuelve á reir.

DON JUAN.

¿ Y por qué leer libros
Que dan á usted pena ?

LEONOR.

Amigo, sin ellos
No puedo vivir.
El siglo en que estámos
Carece de encantos :
Pasiones comunes
Miramos no más :
¡ Mil veces felices
Los séres dichosos,
Que vieron el mundo
Mil años atras !
Entónces, entónces
Un buen caballero,
Cifraba su dicha
Tan sólo en amar :

La voz de una amada
Mandaba en su vida,
Sabiendo por ella
La muerte arrostrar.
Diez años ó veinte
Pasaban sin verse,
Y no se entibiaba
Por eso su amor.

DON CÁRLOS.

¡ Terrible constancia !

LEONOR.

¡ No se halla en el dia !

DON CÁRLOS.

¿ Dos meses ? que pase.....

LEONOR.

¿ Dos meses ? ¡ qué horror !
No, yo no quiero
La vida presente;
¡ Helada existencia !
¡ Funesto vivir !
Yo encuentro en mis libros
Un mundo más bello.
¡ Oh Werter ! yo debo
Contigo morir !

DON TIMOTEO.

¿ Morir ? ¡ San Francisco !
¡ Qué dices, muchacha !
¿ Y á un padre que te ama
Quisieras dejar ?

LEONOR.

¡ Oh padre ! bajemos
Los dos á la tumba !

DON CÁRLOS.

¡ Bien dicho !

DON TIMOTEO.

¡ Mal dicho
No quiero bajar.
Es cierto que á veces
Amarga la vida;
Mas siempre la muerte,
Es mucho peor.

LEONOR.

¡Ah! no, no, la tumba,
La tumba es el puerto,
El puerto seguro
Do acaba el dolor.

DON TIMOTEO.

¡Muy bien! será puerto,
Será lo que quieras;
Mas yo estoy contento
Del mundo en la mar.

DON CÁRLOS.

Amigo, en Europa
No se anda con esas;
Allí cuando alguno
Se quiere matar,
Toma un *pistolet*.
Lo carga, y al punto
Del pícaro mundo
Se va *sans façon*.
¡Oh! no hay como Francia,
Se vive contento,
Contento se muere!

LEONOR.

¡Dichosa nacion!

DON TIMOTEO.

Muy buena es la moda;
Yo tengo mal gusto:
¿Y usted, Don Carlitos?

DON CÁRLOS.

¡Oh! yo por mi fe,
Os juro que sólo
En esta no he entrado.

DON JUAN.

¿De veras? (*Riendo.*)

DON CÁRLOS.

Te digo
Que no me maté.
No hablemos más de esto;
De amores, de gozo,
En dia tan bello
Debemos hablar.

MARÍA (*dentro*).
Muchacha, mis flores.
DON CÁRLOS (*cantando*).
Cual voce io sento
De goia é di espeme
Mio sen palpitar.
DON TIMOTEO (*aplaudiendo*).
Muy bien, Don Carlitos.
DON JUAN.
De risa me muero.
LEONOR.
Dichosos ustedes
Que pueden reir.
DON TIMOTEO (*á Leonor*).
Aliéntate, vamos.
LEONOR.
No puedo, no puedo:
Mis nervios padecen,
Me siento morir.
DON TIMOTEO.
Pues ve con Juanito:
El aire del campo
Te hará bien: Juanito,
Llevadla al jardin.
DON JUAN (*presentando el brazo á Leonor*).
Irémos.
DON TIMOTEO.
Despacio.
DON JUAN (*aparte*).
¡El cielo me ampare!
LEONOR.
Adios, padre amado.
DON TIMOTEO.
Adios, serafin.
LEONOR.
Adios, Don Carlitos.
DON CÁRLOS (*A don Juan á tiempo de ir andando; aparte*).
Adio, cara. Aprieta,
Al uso de Francia,
Con mucho calor.

DON JUAN (*aparte á Cárlos*).
Si llora por Werter.
DON CÁRLOS.
Si Werter ha muerto.
Aprieta, te digo.
DON TIMOTEO.
¡Qué amable candor!

ESCENA VI.

DON TIMOTEO, DON CARLOS.

DON TIMOTEO.
¿Ha visto usted en su vida,
Una jóven más sensible?
Vaya, vaya, no es posible;
Es muy tierna mi Leonor.
DON CÁRLOS.
¡Es verdad, á fe de Cárlos!
Es la más tierna belleza:
¡No respira, que pureza!
¡No son sus ojos, que amor!
¿Usted no ha estado en Paris?
DON TIMOTEO.
No, señor.
DON CÁRLOS.
Mucho lo siento:
Allí sí que es un portento...
¡Oh la preciosa ciudad!
Allí no hay una mujer
Que sea helada ni egoísta;
Hasta una triste modista
Tiene sensibilidad.
¡Todo es amor en Paris!
¡Cómo se inflama el deseo!
Hasta usted, Don Timoteo,
Fuera víctima de amor.
DON TIMOTEO.
Vaya, vaya, yo me rio,
¿Amores yo, y á mi edad?
DON CÁRLOS.
Pues es la pura verdad.

DON TIMOTEO.

¿Cierto?

DON CÁRLOS.

Palabra de honor.

DON TIMOTEO.

Pero ya vé usted mis canas.....

DON CÁRLOS.

¡Bueno! valiente friolera!
Esas las quita cualquiera....
Aun aquí que es buen decir.

DON TIMOTEO.

¿Y mis arrugas?

DON CÁRLOS.

Tambien.
Las quitan allí al momento.

DON TIMOTEO.

Será por encantamiento.

DON CÁRLOS.

No, señor.

DON TIMOTEO.

Quiero reir....
¿Con qué es decir que en Paris
Entra un achacoso anciano
Y sale un mozo lozano
Lleno de gracia?

DON CÁRLOS.

Cabal.

DON TIMOTEO.

Pues, amigo, digo á usted,
Que ha llegado á mucho el arte.

DON CÁRLOS.

No hay en el cuerpo una parte
Que no suplan muy igual.
¿Le falta á usted una pierna,
Un brazo, un ojo, una mano?..
Pues va usted á un artesano,
Y en un par de horas ya está.

DON TIMOTEO.

¿Y las rugas?

DON CÁRLOS.

Un licor
Hace rejuvenecer.

DON TIMOTEO.

¡Hay qué gozo! ¡qué placer!
Pues, señor, me voy allá.

DON CÁRLOS.

¡Bravo! un hombre como usted,
Que tiene tanto dinero,
Es un tonto, un majadero,
Si no hace un viaje.

DON TIMOTEO.

Es verdad;
Pero á la mar tengo miedo.

DON CÁRLOS.

¡Tontera! ¿Vé usted aquí
Cómo ando yo? pues allí
Hay mayor seguridad.
(*Aparte.*)
(Ojalá caiga este tonto,
A ver si me voy con él
Y hago un brillante papel).

DON TIMOTEO.

Me voy animando á ir.

DON CÁRLOS.

Bien hecho, amigo, bien hecho;
Pasará usted buena vida.
(*Aparte.*)
(Para que al fin se decida,
Voy á charlar y mentir.)
Verá usted, Don Timoteo,
Qué calles tan espaciosas,
Todos los pisos de losas
De mármol.

DON TIMOTEO.

¡Cuánto primor!

DON CÁRLOS.

Hay algunas que tendrán
Cuatro leguas.

DON TIMOTEO.

!Qué! ¿las losas?

DON CÁRLOS.

No, las calles. ¡Y qué hermosas!
En las casas, ¡qué esplendor!
Las hay de mármol, de bronce,

De esmalte, y aun de marfil,
Grabadas por un buril
Que parece celestial :
Teatros hay en que sin duda
Podrán caber dos millones.

DON TIMOTEO.

¡ Santo Dios ! y qué pulmones
De los cómicos !

DON CÁRLOS.

No tal,
Que cualquiera voz se escucha
Por todos perfectamente.

DON TIMOTEO.

¿ Y cómo ?

DON CÁRLOS.

Muy fácilmente,
Por medio de un tornavoz.

DON TIMOTEO.

¿ Y para ver de tan léjos
Será preciso un anteojo?

DON CÁRLOS.

No, señor, que cualquier ojo
Vé sin él.

DON TIMOTEO.

¡ Válgame Dios !
¿ Y cómo ?

DON CÁRLOS.

Hay ciertos espejos....
Puestos de cierta manera,
Que... pues... así... no fuera
Fácil una explicacion :
Todo es por máquina, todo.

DON TIMOTEO.

¡ Qué malditos extranjeros !
Si creyera en hechiceros,
Dijera que ellos lo son.

DON CÁRLOS (*aparte*).

A fe mia no encontraba
Cómo salir del apuro.
(*Alto*.)
Amigo, yo os aseguro
Que hay muchísimo que ver :

Allí dinero es el todo;
Lleve usted el suyo allá,
Y le digo que tendrá
Una vida de placer.

DON TIMOTEO.

Mire usted, cómo Juanito
Nada de esto me contaba.

DON CÁRLOS (*aparte*).

¡Cielos! ya no me acordaba:
Juan me puede desmentir!!

DON TIMOTEO.

Pues, señor, estoy resuelto,
Me voy á Francia, me voy.

DON CÁRLOS.

Si útil de algun modo soy...

DON TIMOTEO.

Si usted tambien ha de ir.

DON CÁRLOS.

Pues en mí encontrará usted
Un *cicerone*.

DON TIMOTEO.

¿Qué?

DON CÁRLOS.

Un guia.

DON TIMOTEO.

¡Ay qué gusto! ¡qué alegría!
Rabiando estoy por marchar.

DON CÁRLOS (*aparte*).

Ya cayó en la ratonera.

DON TIMOTEO.

¡Oh! muy presto nos irémos.

DON CÁRLOS.

¿Y cuándo?

DON TIMOTEO.

Ya, ya verémos,
Yo podré necesitar
Para arreglar mis asuntos...
¡Oh! muy poco, muy poquito...
Veinte años.

DON CÁRLOS (*aparte*).

¡Viejo maldito
¡Si los pensará vivir!

DON TIMOTEO.

Sí; para este tiempo creo
Que estaré desocupado.

DON CÁRLOS (*aparte*).

Pues, señor, bien he quedado
Despues de tanto mentir.

(*Se oye cantar dentro á Mariquita.*)

DON TIMOTEO.

Ya viene allí Mariquita:
¿Oye usted? siempre cantando,
Nunca la he visto llorando;
Tiene un bello corazon.
Dejo á usted quien le acompañe,
Yo me voy con Don Antonio. (*Se va.*)

DON CÁRLOS.

Bien, très bien. ¡Anda al demonio!
¡Qué viejo tan socarron!
Me divertiré un momento
Con esta preciosa loca:
Yo pensé viajar de coca,
¡Ay, qué chasco tan fatal!
¡Vaya, si tengo razon!
Nada hay en México bueno:
Hé aquí un viejo de oro lleno;
Pero el más grande animal.

ESCENA VII.

DON CARLOS, MARÍA.

(*Sale ésta cantando, sin ver á don Cárlos, y va derecha á un tocador que habrá al frente, á componerse el peinado.*)

MARÍA.

Vamos, vamos, no estoy mal,
Este rizo me va bien;
¡Oh! yo tengo cierta sal....
Una cara angelical:
¿Y quién me resiste, quién?
Si, Mariquita es muy bella.
Dirán muchos elegantes.
Parece luciente estrella,

¡ Qué! si no hay otra como ella.
Hoy tendré muchos amantes,
Hasta seis puedo ajustar,
Sin contar con los ausentes;
Es número regular :
¡ Qué placer es conquistar!
¡Pobrecillos inocentes!
Veamos si puedo traer
Sus nombres á la memoria...
(*Se voltea, y al ver á don Cárlos, queda como avergonzada.*)
¡ Ay Dios!

DON CÁRLOS.

¿ Y no ha de haber
Una plaza que obtener
En esa tan larga historia?

MARÍA.

¡ Ah! ¿ qué estaba usted aquí?

DON CÁRLOS.

Contemplando esa hermosura.

MARÍA.

¿ Y me ha escuchado usted?

DON CÁRLOS.

Sí,
Mas no tema usted de mí,
Encantadora criatura.

MARÍA.

¡ Oh! yo hablaba necedades :
Cosas que en verdad no siento.

DON CÁRLOS.

Pero hablaba usted verdades.

MARÍA.

No, don Cárlos, vaciedades,
De que despues me arrepiento.

DON CÁRLOS.

No, no ; yo puedo jurar,
Por mi propio corazon,
Que no puedo adivinar
Cómo es posible encontrar
Tal gracia en esta nacion.
Casi, casi voy amando
A este mísero país :
Estoy á usted contemplando,

Y en ese rostro mirando
Un destello de Paris.
Dejadme, ninfa del Sena,
Contemplar tanta beldad,
Esa frente tan serena.
Que brilla cual luna llena
De apacible claridad.
Radiante, encantadora,
De gracia y beldad modelo,
¿ Quién te mira y no te adora ?
¿ Eres Vénus, ó eres Flora ;
O más bien ángel del cielo ?

MARÍA.

Soy sólo una Mexicana.

DON CÁRLOS.

Imposible ! no es verdad !
Eres Francesa, Italiana,
O siquiera de la Habana ;
Pero no de esta ciudad.

MARÍA.

Pues...

DON CÁRLOS.

No me hables castellano,
Destruyendo la ilusion ;
Ese rostro soberano
No puede ser mexicano,
Lo dice mi corazon.

MARÍA (*enfadada*).

Buen modo de enamorar,
¡ Despreciar mi patria así !

DON CÁRLOS (*sumiso*).

Dignese usted perdonar ;
¡ Es tan dificil hallar
Una cosa buena aquí !

MARÍA.

Pues abierto está el camino,
¡ Qué pesado y qué tenaz !
Llene usted su alto destino ;
Vuelva usted por donde vino ;
Déjenos usted en paz ;
Si usted no está bien hallado
En el suelo en que nació,

Vaya usted al otro lado,
Que un galan almibarado,
No es mucha pérdida, no.
¿ Conque quiere usted decir
Que aquí no hay una hermosura ?
¿ Y esto se puede sufrir ?

DON CÁRLOS.

Mas dígnese usted oir....

MARÍA.

¡ Pues alabo la finura !
¿ Y allá aprendió usted á ser
Tan galan ? (*Rie*) risa me da.

DON CÁRLOS (*aparte*).

¡ Oh ! ¡ qué maldita mujer !
Todo se ha echado á perder ;
Mas todo se compondrá.
Vamos, vamos, señorita, (*Alto.*)
He cometido un error ;
Mas una jóven bonita
Perdona ; sí, Mariquita,
Calme usted ese furor.
¿ Con quién comparar es dado
Esa gracia, esa belleza,
Ese pié tan delicado,
Ese talle torneado,
Esa divina cabeza ?

(*Durante este diálogo, se va calmando Mariquita hasta e grado de sonreirse, arrimándose al espejo.*)

MARÍA.

¡ Oh! pues hoy estoy muy mal,
Lo juro á fe de María.

DON CARLOS (*animado*).

Está usted.... angelical,
Adorable amiga mia.

MARÍA (*en el espejo*).

Mas, ¿ no ve usted ? esta flor
Está muy mal, ¡ qué desgracia !

DON CÁRLOS.

Mariquita, es un error ;
Si la prendiera el amor,
No tuviera tanta gracia.

¡ Y ese rizo tan hermoso !....

MARÍA.

El rizo está pasadero....

DON CÁRLOS.

¡ Oh ! muy bello, muy gracioso,
Todo, todo es delicioso.

MARÍA.

El maldito zapatero
Nunca me sabe calzar : (*Mostrando los piés.*)
Aquí caben mis dos piés ;
Si casi no puedo andar,
¡ Oh ! y usted se va á admirar :
El zapatero es Frances !

DON CÁRLOS.

¡ Vaya ! hermosa Mariquita,
No recuerde usted mi error,
Que el corazon me palpita ;
Esa boca tan bonita
Hable sólo del amor.

MARÍA.

Pero si no soy Francesa.

DON CÁRLOS.

Pero es usted Mexicana.

MARÍA.

Es decir, tonta.

DON CÁRLOS.

¡ Traviesa !
Si ya digo que me pesa!
Es usted muy inhumana.

MARÍA (*al espejo*).

Oh que traje tan mal hecho !
Me hace desairado el talle.

DON CÁRLOS.

No tal : está muy bien hecho,
Palpitará mas de un pecho
Al ver su elegancia.

MARÍA.

¡ Calle !
¿ Conque más allá del mar,
Segun lo que estoy oyendo,
Aprendió usted á adular ?

DON CÁRLOS.

No ; pero es fuerza admirar
Prodigio tan estupendo ;
¿ Cree usted que es adulacion ?
Consulte usted á su espejo,
Verá que tengo razon :
Sólo por moderacion
Otras alabanzas dejo.
Vaya, brillante hermosura,
Pues hemos hecho la paz,
Colme usted ya mi ventura,
Oiga de esa boca pura
Un *sí*.

MARÍA.

¡ Y es usted tenaz !

DON CÁRLOS.

¿ Quiere usted que no lo sea,
Cuando su rostro he mirado ?
¡ Ojalá fuera usted fea !

MARÍA.

¡ Gracias ! ¿ habrá quién lo crea ?

DON CÁRLOS.

Yo estuviera sosegado,
Pero su rostro divino,
Esos ojos brilladores, (*Tomándole una mano.*)
¡ Ay ! este cútis tan fino
Han fijado mi destino,
Y muriendo estoy de amores. (*Postrándose.*)
Míreme usted á sus piés,
Alivie usted mi dolor.

MARÍA (*riendo*).

¡ Bravo ! gracioso Frances !
¿ Á una Mexicana ?

DON CÁRLOS.

Es
El ídolo de mi amor ;
Deme usted por Dios el *sí*,
O de pena moriré :
Mire usted, no estoy en mí,
Es fuerza morir aquí.

MARÍA.

Amigo.... lo pensaré.

DON CÁRLOS

¡ Oh, qué respuesta tan fria
Para un pecho tan ardiente !
Por Dios, amable María,
Vuélvale usted su alegría
A este corazon doliente.

MARÍA.

Pero si no puede ser,
Si está la plaza ocupada.

DON CARLOS.

Un lugarcito ha de haber :
¿ Me verá usted padecer
Sin piedad ? jóven amada,
El sétimo seré yo
De la lista solamente.

MARÍA.

No.

DON CÁRLOS.

Pues el octavo.

MARÍA.

No.

DON CÁRLOS.

¿ Ya el número se llenó ?
Pues hágame usted suplente.

MARÍA (*queriéndose levantar*).

¿ No me quiere usted dejar ?

CLARA (*dentro*).

Blasa.

DON CÁRLOS.

Perdí la ocasion ;
Pero miéntras vuelvo á hallar,
Esta prenda he de tomar,
Que alivie mi corazon.
(*Quita á María un anillo de brillantes del dedo.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, CLARITA.

CLARA.

Don Carlitos, buenos dias :

¿ Sabe usted algo de nuevo ?
¿ Qué noticias corren hoy ?
¿ Se ha ocupado el ministerio ?
¿ Esa *pauta de comisos*
Se aprobó ya ?

DON CÁRLOS.

Nunca leo
Periódicos mexicanos.

CLARA.

Pues, amigo, muy mal hecho,
Que todo buen ciudadano,
Debiera casi saberlos
De memoria : ¡ venturosos
Fueran entónces los pueblos !
La imprenta, la imprenta sola
Es el ancla en que tenemos
Fundadas las esperanzas
De ilustracion.

DON CÁRLOS.

Por supuesto.

CLARA.

Pensaba yo redactar
Un periódico.

DON CÁRLOS.

¡ Muy bueno !
Y el artículo de modas
Desempeñarlo prometo.

CLARA.

¿ Qué modas, amigo mio ?
Si justamente pretendo
Criticar eso : si rabio
De ver nuestros diarios llenos
De vaciedades : ocupan
Una columnita, ó ménos,
En el asunto importante,
Y lo demas en dicterios,
En insultos insufribles,
En avisos, y algun verso
Tan helado como inútil.
No, señor, no es ese el medio
De ilustrar á los mortales :
Si copian, copien al ménos

A Juan Jacobo, á Segur,
A Vattel, á algunos de estos
Cuyas magníficas plumas
Han escrito tanto bueno.
Esto sirviera de mucho,
O proponer al congreso
Alguna ley importante,
O hablar algo sobre fueros,
O los códigos antiguos
Arreglar, como el *Digesto*.

DON CÁRLOS.

Me indigesta esa palabra.

CLARA.

Pues, amigo, muy mal hecho,
Es un cuerpo muy antiguo.

DON CÁRLOS.

Que lo lleven al Museo.

CLARA.

Sed fugit interea, fugit
Irreparabile tempo.

DON CÁRLOS.

¡ Bravo! bravo! Doña Clara (*conteniendo la risa*).
¿ Parla usted latin?

CLARA.

Lo leo
Regularmente, y me agradan
Los clásicos. ¡ Qué momentos
Paso leyendo á Virgilio,
A Ciceron, al modelo
De la elocuencia romana!
Vea usted qué trozo tan bello :
Quousque tandem abutere,
Catilina,...

DON CÁRLOS (*aparte, riendo*).

¡ Yo reviento !

CLARA.

Patientia nostra?

DON CÁRLOS (*con ironía*).

¡ Qué hermoso!

CLARA.

Diga usted ¿ en los modernos
Habrá una cosa tan grande?....

Mas nada como aquel verso
De Ovidio: *Cum subscit illius.....*
Vaya, vaya, me enageno.

DON CÁRLOS.

Usted, hermosa Clarita,
Puede ocupar un asiento
En la cámara.

CLARA.

Mil gracias;
Algo hiciera de provecho:
No estuviera como algunos,
No más calentando el puesto.
Yo no sé por qué injusticia
Se ha quitado á nuestro sexo
Un derecho tan sagrado
Como legislar. Yo creo
Que lo hiciéramos mejor
Que muchos hombres; y luego
No encuentro razon alguna
Para no tener empleos
En otros ramos.

DON CÁRLOS.

¡Bien dicho!

CLARA.

Como si sólo el talento
Fuera exclusivo en el hombre.

DON CÁRLOS.

Lo que es falso, porque vemos
En usted, que bien podia
Ocupar un ministerio.

CLARA.

Yo no lo digo por mí.....
Soy aficionada, cierto;
Pero nada más.

DON CÁRLOS.

¡Caramba!
Si estoy *enchanté!*

MARÍA.

(*Maria, que se ha estado viendo al espejo, entra en conversacion.*)

Yo pienso
En mis flores, en mis trajes,

Y estoy contenta con eso.
Yo no he de estar más bonita
Porque mande Juan ó Pedro :
Todo es lo mismo.

CLARA.

¿Lo mismo?
¡Jesus! qué poco talento!
No digas eso, María ;
¿ Qué no sientes en tu pecho
El amor patrio? *Amor patriæ*
Como dijo..... no me acuerdo
Quién lo dijo.

DON CÁRLOS.

Pero alguno
Lo dijo.

MARÍA.

Sí, por supuesto.

ESCENA IX.

DICHOS, DON TIMOTEO, DON ANTONIO.

DON TIMOTEO (*con un periódico en la mano*).

¡ Albricias, hijas, albricias!
En esta noche tenemos
Comedia nueva.

DON CÁRLOS.

¿ Es de Scribe?

DON TIMOTEO.

No, señor.

DON CÁRLOS.

¡O de Hugo?

DON TIMOTEO.

Ménos.

DON CÁRLOS.

¿Es un Vodevil?

DON TIMOTEO.

Tampoco :
No, señor, no es nada de eso :
Es obra de un Mexicano.

DON CÁRLOS.

Puff. ... ¡Qué peste!

DON ANTONIO (*á Don Carlos*).

¿Qué tenemos,
Que hace usted tan mala cara?

DON CÁRLOS.

¿Por un Mexicano? cierto
Que será un mamarrachon.

DON ANTONIO.

¿Por qué ha de ser, caballero?
¿Un Mexicano no es hombre
Capaz de escribir en verso
Como cualquiera?

DON CÁRLOS.

¡Oh! les falta
Todavía mucho tiempo
Para saber discurrir.

DON ANTONIO.

Gracias, por el cumplimiento.
¿Y usted qué es?

DON CÁRLOS.

¿Yo? por desgracia
Soy Mexicano, y lo siento,
Vergüenza me da decirlo,
Porque todo en este suelo
Está atrasado.

DON ANTONIO.

Sin duda:
Y la mejor prueba de eso
Es que sufrimos, Don Cárlos,
Muchos tontos, que debemos
Arrojar por los balcones.

DON CÁRLOS.

Hay muchos.

DON ANTONIO.

Sí; por ejemplo
Usted.

DON CÁRLOS.

¡Cómo! poco á poco:
Explíquese usted.

DON ANTONIO.

Pues creo
Que hablo bien claro.

DON CÁRLOS.

¡ Caramba !
¿ Sabe usted que no me dejo
Insultar? *Yo ciño espada*
Y aliento coraje.

DON ANTONIO.

¡ Bueno !

DON CÁRLOS.

O el florete, ó la pistola.

DON TIMOTEO.

Vaya, señores, ¿ qué es eso?
Dejen ustedes por hoy
Las cuestiones.

DON ANTONIO.

Si no puedo
Reprimirme ; no es posible.
Que hable mal un extranjero
De algun país, es muy malo,
Pero, señor, á lo ménos
Si á la política falta,
No falta al deber más bello
De un hombre, que es procurar
La fama, el nombre, el concepto
De su patria : yo me voy.

DON TIMOTEO.

No, señor.

CLARA.

No.

MARÍA.

No.

DON TIMOTEO.

Dejemos
Estas cosas, Don Antonio.

CLARA.

Sí, yo tambien se lo ruego
Á usted, y despues acaso
Tratarán ustedes eso
Con calma.

DON CÁRLOS.

Sí, sí, con calma,
Parole d'honneur, lo prometo.

ESCENA X.

DICHOS, DON JUAN, LEONOR.

DON JUAN (*aparte*).
¡Vaya! que por fin respiro.
DON CÁRLOS.
Oh Juanito, ¿aquí estás ya?
Leonorcita, ¿cómo va?
LEONOR.
Me siento mucho mejor.
DON TIMOTEO.
Si digo que hace bien
El aire libre.
DON CÁRLOS.
Es verdad:
No hay como la variedad
Con un poquito de amor.
El semblante está más bello,
Más vivo, más despejado.
DON ANTONIO (*á Leonor*).
¡Oh! con que usted se ha enfermado,
¿Y de qué?
LEONOR.
Del corazon.
MARÍA.
Nunca padezco ese mal:
Cuando más de la cabeza.
DON CÁRLOS.
Es verdad: no, de tristeza
No morirá usted.
MARÍA.
Burlon.
DON ANTONIO (*á Clara que se ha ido á sentar á leer*).
¿Y usted, qué lee, Doña Clara?
CLARA.
Una sesion importante.
DON ANTONIO.
Muy bien, muy bien: adelante,
Yo no quiero interrumpir.
(Pues todos en esta casa

Debieran ponerse en cura.
Cada uno con su locura,
Me da gana de reir.)

LEONOR (*á Don Juan*).

Amigo, ¿ está usted cansado ?

DON JUAN.

Un poquito, amiga mia.

LEONOR.

¿Tiene usted melancolía?
Es usted de poco hablar.

DON JUAN.

Sí, Leonor, yo soy así,
Casi siempre estoy callado ;
Si hablo mucho, creo que enfado.

LEONOR.

¡Oh ! no.

DON JUAN.

Más vale callar.

DON TIMOTEO (*aparte á Don Antonio*).

¿ Y qué, no le da á usted gusto
Contemplar cuadro tan bello?
Todos están bien ; en ello
Tengo gran satisfaccion ;
Es mi vejez venturosa :
Tres hijas, á cual más bella :
¡Si cada una es una estrella !

DON ANTONIO (*con ironía*).

Tiene usted mucha razon.

DON TIMOTEO (*á Leonor*).

¿ En qué piensas, hija mia?

LEONOR (*despues de un rato*).

¡ Ah ! ¿ me hablaba usted ? En nada :
Tengo la vista clavada
Sin mirar.

DON TIMOTEO (*á Don Antonio*).

Esto ha de ser,
Según la experiencia mía,
Que los dos están celosos :
Pronto serán venturosos. (*A ellos.*)
Vamos, hijos.....

ESCENA XI.

DICHOS, DOÑA SERAPIA.

DOÑA SERAPIA.

Á comer;
Ya la sopa está en la mesa.

DON CÁRLOS.

¡Pues que viva la alegría!

DOÑA SERAPIA (*á Don Antonio*).

Pasará usted un mal día.

DON ANTONIO.

Pero con satisfaccion.

DOÑA SERAPIA.

¡Eso siempre! Me parece
Que estoy en mis tiempos ahora.

DON CÁRLOS.

¡Viva la buena señora!

DON TIMOTEO.

Vamos, como procesion,
Usted, señor Don Antonio,
Dé á mi Clarita la mano: (*A Leonor.*)
Tú á Don Juan; — si yo me afano
Por darte el mejor lugar.
Usted, señor Don Carlitos,
A mi preciosa María: (*A Doña Serapia.*)
Y yo á tí, paloma mia,
Hoy te debo cortejar.

(*Todos se van dando á sus compañeras el brazo, como lo indica el diálogo.*)

DOÑA SERAPIA (*á Don Timoteo*).

¿Te acuerdas de los piecitos?

DON TIMOTEO (*riendo*).

Bien me acuerdo: estás hermosa;
Si pareces una rosa.

DOÑA SERAPIA.

Y tú un lirio, picaron.

DON CÁRLOS.

Andiamo, andiamo.

DON TIMOTEO.

Á comer.

DON CÁRLOS (*aparte al salir*).
No me gusta el Don Antonio,
Tiene cara de demonio!
TODOS (*haciendo carabana*).
Vamos.
DON CÁRLOS.
Vamos, *sans façon!*

ACTO SEGUNDO

Sala como en el primer acto.

ESCENA I.

DON CARLOS.

Vaya, vaya, nunca ví
Un convite más gracioso :
Cierto que ha estado chistoso :
¡Oh, qué bien me divertí!
Cada loco con su tema :
~~Con sus chuscadas María~~ ;
Clara, la sabiduría,
Y mi suegra con su flema.
¿Mas la heroina de amor?
¡Eso es lo mejor del cuento!
Casi de risa reviento :
— ¿Toma usted de esto, Leonor?
— No, Carlitos, me hace mal.
— ¿Pues de esto otro? — Nada, nada;
Está mi alma circundada
De una tristeza mortal.
Haciéndose desdeñosa ;
Y tal vez en la cocina
Se ha soplado una gallina.
Pero nadie más graciosa
Que la vieja. ¡Qué tontera!
¡Qué barbarie! ¡Qué idiotismo!
Si no la oyera yo mismo,
Juro que no lo creyera.
¿Y Juanito? Hecho un patán;
Por nada pierde su calma :
¡Ay qué Juan, si tiene una alma,

Una alma, como de Juan!
En fin, he pasado un dia,
Si no bello como en Francia,
Comiendo con abundancia,
Y charlando con María.
Bella Mariquita, yo
Para adorarte nací;
Y me quedaré sin tí, (*Viendo el anillo.*)
Mas sin la sortija, no.
¡Oh prenda del amor mio!
En prueba de mi respeto,
Guardarte bien te prometo.....
Mañana en el Monte-Pío.
¡Ay! ¿Quién te resiste, quién?

ESCENA II.

DON CÁRLOS, DON JUAN, *que ha entrado algun tiempo ántes, y ha oido los últimos versos.*

DON JUAN.

Pues estará agradecida
Si te escucha, tu querida:
¡Bravo, Carlitos! ¡Muy bien!
Aprecias mucho el valor
De las prendas que te dan.

DON CÁRLOS.

Yo sé aprovecharme, Juan,
De los dones del amor;
Y te aseguro á fe mia,
Que si así no hubiera sido,
Con tantas que he recibido,
Pareciera mercería.

DON JUAN.

¿Y no se puede saber
El objeto de tu amor?

DON CÁRLOS.

¡Es una perla, una flor!
¡La más hermosa mujer!
Cierto qué es un poco dura,
Algo altiva y desdeñosa;

Pero, vaya, es una rosa,
La reina de la hermosura.

DON JUAN.

¿Pero es Mexicana?

DON CÁRLOS.

Sí:
¿Pues qué pensabas que fuera?

DON JUAN.

Juzgué que alguna extranjera,
Pues nada te gusta aquí.

DON CÁRLOS.

Nada me gusta, es verdad,
A excepcion de las hermosas,
Los diamantes y otras cosas.

DON JUAN.

Tú tienes mucha bondad.
¿Pero el nombre de tu bella
Cuál es por fin?

DON CÁRLOS.

Mariquita:
¡Ay! mi corazon palpita
Al nombrarla.

DON JUAN.

¿Conque es ella?
Y estás muy adelantado?

DON CÁRLOS.

No; no mucho ciertamento,
Porque apénas soy suplente,
Pues la lista se ha llenado:
Siete propietarios son.

DON JUAN.

¿Y cuál será mi lugar?

DON CÁRLOS

No es fácil adivinar.

DON JUAN.

¡Ay, qué grande corazon!

DON CÁRLOS.

Un corazon de oficina,
Donde hay muchos pretendientes,
Y cesantes, y suplentes;
¡Vaya una cosa divina!
Pero tú, por fin, Juanito,

¿Elegirás á Leonor?
Tiene un rostro encantador:
Tiene un cuerpo muy bonito.
Vamos, dímelo, maldito,
¡No he visto hombre más taimado!
Eres, Juan, muy reservado;
Mas no lo seas conmigo,
Soy tu verdadero amigo,
Y estoy por tí interesado.
Vamos, dí con claridad,
¿A cuál de las tres prefieres?

DON JUAN.

A ninguna.

DON CÁRLOS.

¡Cómo! ¿Quieres
Ocultarme la verdad?

DON JUAN.

Hablo con sinceridad.

DON CÁRLOS.

¿De veras? pues son hermosas
Y ricas.

DON JUAN.

Estas dos cosas,
Cárlos, no son suficientes.

DON CÁRLOS.

¡Qué malditos pretendientes!
¿Qué buscan en sus esposas?
Clara es buena.

DON JUAN.

Tiene gracia,
Y un corazon excelente;
Pero si está eternamente
Hablando de diplomacia!

DON CÁRLOS.

¿Conque aquesta es su desgracia?

DON JUAN.

Sí, Cárlos, en mi opinion;
Habla de legislacion,
De hacienda, de policía.
Ocuparse todo el dia,
De Ovidio y de Ciceron,
Solamente por pasar

Por erudita; y en fin,
Disparates en latin
A todas horas hablar:
No se puede tolerar,
Amigo, en una mujer.

DON CÁRLOS.

¿Conque no puede tener
Una jóven instruccion?

DON JUAN.

Sí; pero no esa hinchazon
Que lo echa todo á perder.

DON CÁRLOS.

¡Muy bien! mas de Mariquita
La hermosura...

DON JUAN.

Es una flor,
Que el vientecillo menor
La destruye ó la marchita;
No basta, no, ser bonita,
Ser graciosa y elegante,
Para tener un amante
Y fijar su corazon;
Es preciso discrecion,
Y no ser tan inconstante.
La que sólo piensa hacer
Diariamente una conquista,
Para tener en su lista
Un nombre más que poner:
La que no sabe querer,
Y pretende ser querida,
Pronto será conocida,
Y obtendrá en lugar de amor,
Desprecio, siendo el dolor
Patrimonio de su vida;
Aunque sea tan hermosa
Como el estrellado cielo,
Un acabado modelo
De las gracias, una diosa,
Yo no quiero para esposa
Una mujer inconstante:
La que no tiene un amante,
Sino siete y un suplente,

¿Quién duda que de repente
Deje al marido cesante ?

DON CÁRLOS.

¡Bravo! mas si no te agrada
Por su inconstancia María,
La dulce melancolía
De Leonor....

DON JUAN.

Es demasiada :
Siempre se encuentra ocupada
En llorar.

DON CÁRLOS.

¡Oh! sí, Leonor
Es un ente de dolor
Que se alimenta con llanto.

DON JUAN.

Si no derramara tanto,
Fuera sin duda mejor.
¿De qué me sirve tener
Una tan llorona esposa,
Que no piensa en otra cosa
Que en suspirar y en leer ?
No, Cárlos, yo quiero ver
En mi amable compañera,
La sonrisa placentera,
La dulce sinceridad
Y una sensibilidad
Moderada y verdadera.

DON CÁRLOS.

Difícil de contentar
Eres, Juan : ¿mas no es aquella
Leonor? sí, mira qué bella;

(*Tomando su sombrero.*)

Solos os voy á dejar.

DON JUAN (*deteniéndolo*).

No, no ; tengo que acabar
Cierto negocio, y así
Con ella te dejo aquí.

DON CÁRLOS.

Eres, Juan, hombre muy frio.

DON JUAN.

Tú eres fuego, amigo mio

Enamórala por mí.
Hasta luego. *(Se va.)*

ESCENA III.

DON CARLOS.

¡Qué Juan! muestra una calma
Que no he visto mayor! ¿y quién pudiera
Al verlo así, pensar que de la Europa
Acaba de llegar? nada aprovecha
A ciertas gentes el viajar: en vano
Gastan en ver el mundo sus pesetas;
Van como en un baúl, vuelven lo mismo;
Siempre lo mismo, cuando no más bestias;
Pero.... llega Leonor: jamás he visto
Más llorona hermosura: no, con esta
Es preciso tomar otro semblante
Que con la Mariquita: ¡vamos, ea!
Dejemos un momento la alegría;
Ya soy otro hombre: la mirada inquieta,
Semblante melancólico, lenguaje
Lleno unas veces de calor y fuerza;
Otras dulce, extraviado, misterioso;
Un romántico, en fin, á la moderna,
Un héroe de Dumas, ó Victor Hugo,
Un Antony, un Rodolfo... mas ya llega;
Póngome en actitud de quien medita.
(Se sienta pensativo en un sofá.)

ESCENA IV.

DON CARLOS, LEONOR.

(Sale leyendo Leonor, y se sienta en el mismo sofá en que está Don Cárlos, sin verlo. Un rato de pausa.)

DON CÁRLOS.

¡Pues no repara en mí! ¡cómo se entrega
A la ternura! Si del mismo modo
Que se ocupa en romances y novelas,
Se ocupara en leer libros devotos,

Fuera santa Leonor, hecha y derecha!
Llamaré su atencion con un suspiro. (*Suspira.*)
Otro más fuerte. (*Vuelve á suspirar.*)
Nada, ni por esas. (*Alto.*)
¡ Infelice de mí!

LEONOR (*dejando de leer*).

¡ Qué voz! Carlitos,
Estaba usted aquí?

DON CÁRLOS.

Sí, Leonor bella;
Pero no he visto á usted.

LEONOR.

Ni yo tampoco.
Ocupada en mirar las cartas tiernas
De la sensible Julia, me encontraba
Muy léjos de este sitio; con qué fuerza
Saint-Preux, expresa su pasion terrible.
¿ Mas qué milagro es este? ¿ La tristeza
Aflije á usted, Carlitos?

DON CÁRLOS.

Sí, señora;
Sí, Leonor adorable; mi alma llena
De amargura....

LEONOR.

¿ Amargura? es muy extraño
En usted ese humor.

DON CÁRLOS.

Los hombres piensan
Que otro es feliz cuando en su labio asoma
La risa: ¡ cuál se engañan! si pudieran
Descubrir los horrores, los martirios,
Los atroces tormentos que se encuentran
Bajo un rostro festivo!

LEONOR.

¡ Desgraciado!
¿ Conque padece usted?

DON CÁRLOS.

Horribles penas,
Que procuro ocultar bajo el semblante
De la felicidad.

LEONOR.

¿ Podré saberlas ?

DON CÁRLOS.

¡ No, no ; jamas ! conmigo á mi sepulcro
Bajará mi secreto : ¡ allí me espera
La dulce paz, asilo silencioso !
¡ Unico asilo que mi pecho anhela !
¡ Cuándo por fin, bajo tu helada losa
Lograré reposar !

LEONOR.

¡ Tristes ideas !
Comuníqueme usted sus infortunios :
¿ No ha conocido usted cuánto consuela
Confiar nuestros males á un amigo ?

DON CÁRLOS.

¡ Mujer encantadora ! el alma tierna
De usted va á conmoverse y.... ¿ mas qué digo ?
Me arrojará tal vez de su presencia,
Cuando el velo se rompa que me cubre.
Me odiará usted.

LEONOR.

¿ Por qué ? aun cuando fuera
El secreto de usted un negro crímen,
No le odiaré.

DON CÁRLOS.

Pues bien, amiga bella,
Escuche usted mi desgraciada historia ;
Penetre usted los males que me cercan.
En el asilo paterno
Pasaba alegre la vida,
¡ No respiraba que gozo !
No probaba ¡ que delicia !
Ilusiones pasajeras
Que duran tan pocos dias.

LEONOR.

Es verdad, vea usted en Julia....

DON CÁRLOS.

¿ Julia, ó « La nueva Eloisa » ?

LEONOR.

Sí, señor ; ¡ la desdichada
Unicamente veia
En lo futuro placeres !

Mas prosiga usted.

DON CÁRLOS.

¡Amiga!
¿Por qué no serán eternos
De nuestra infancia tranquila
Los instantes? Pero viene
La juventud, Leonor mía,
Y con ella los tormentos
Del amor; á nuestra vista
Se presenta este tirano
Como un niño, cuya risa
Nos engaña fácilmente;
Pero despues su perfidia
Conocemos; es ya tarde,
Nuestra calma está perdida!

LEONOR.

¡Perdida; sí, sin remedio!

DON CÁRLOS.

Nunca olvidaré aquel dia,
En que ví por vez primera
Una hermosura divina,
Un ángel en el semblante,
Pero que ocultaba impía
Un corazon inhumano.
Fué... sí, fué en las Tullerías....
Perdí mi alma al mirarla,
Y mi penetrante vista
Descubrió al fin su morada:
Me eché á sus piés, y creia
Ser ya dichoso: ¡inhumana!
Correspondió á mis caricias
Con palabras engañosas:
Sí, mi Carlitos, decia,
¡Cómo no amar á un Adónis!
(Pues todas, Leonor querida,
Me llamaban así en Francia).
¡Oh mujer, mujer inicua!
Miéntras á mí me engañaba,
Supe que correspondia
A otro, y para más vergüenza,
Para mayor ignominía,
Era mi rival un viejo

Setenton, que no tenía
Esta pierna, ni este talle,
Ni este corazon, querida;
Este corazon amante
Lleno de honor: la barriga
De mi rival era inmensa,
Eran sus piernas torcidas,
Apagado el ojo izquierdo:
Nariz muy larga y raida:
Usaba siempre peluca,
Pues ni un cabello tenia.
Y lo que es más, ¡oh tormento!
¡Oh colmo de la ignominia!
Era un clásico.

LEONOR.

¡Qué mónstruo!
¡Un clásico!

DON CÁRLOS.

Ardiendo en ira,
Pido una satisfaccion
A mi gordo antagonista:
Salimos al campo; el viejo
Conservaba todavía,
A pesar de sus achaques,
Una fuerza desmedida:
El exceso de coraje
Me perdió al fin, y una herida
En el brazo, de la espada
Recibí.

LEONOR.

¡Suerte enemiga!

DON CÁRLOS.

Desesperado, resuelvo
Abandonar á la harpía
Que fué causa de mis males,
Y pasar siempre mi vida
Engañando á las mujeres.
Enamoré á una modista,
Luego á una vieja marquesa,
Despues á una bailarina....

LEONOR.

Qué inconstancia!

DON CÁRLOS.

Sí, Leonor,
Imaginé que podia
Vivir sin amar, ¡en vano!
Que los cielos me destinan
Otras penas; ¡ay! ¡qué poco
Mi corazon conocia!
Una beldad, una copia
Del cielo.... ved cuál palpita
Mi corazon: no, no puedo
Vivir en esta agonía;
Yo me abraso.

LEONOR.

¡Desdichado

DON CÁRLOS.

Pronto acabará mi vida;
Pronto á la tumba bajando,
Terminarán mis desdichas.

LEONOR.

¿Pero quién es el objeto
De vuestro amor? ¿Quién agita
De ese modo vuestro pecho?
Decídselo á vuestra amiga.

DON CÁRLOS.

¡Amiga, amiga! ¡oh tormento!
¡Palabra fatal! impía!!
¿Amiga? no. Para siempre
Adios, Leonor! Compasiva
Derrame usted una gota
De llanto en mi tumba fria.

LEONOR.

¿Pero no sabré?

DON CÁRLOS.

Señora,
Señora, no más exija
Usted que yo le descubra
Lo que en mi pecho se abriga.
¿Mi ya lánguida constancia
Por qué apurar? yo debia
Haber huido para siempre
De usted, fatal enemiga
De mi reposo: este objeto

Que idolatra el alma mia,
Este fuego en que me abraso,
Esta llama que me anima,
Es usted, sí, Leonor bella.
Desde aquel funesto dia
En que ví esos ojos bellos,
Esa boca purpurina,
A que presta más encanto
Melancólica sonrisa,
Huyó mi razon: en vano
Ocultarlo á usted queria;
¡Era imposible! al instante
Que fijé en usted mi vista,
Olvidé mis aventuras,
Mi desafio, mi herida,
La crueldad de aquella ingrata,
La tienda de mi modista,
Los dones de mi marquesa,
Los piés de mi bailarina:
Todo, todo lo he olvidado,
Queriendo bajo la risa
Ocultar lo que padezco;
Pero en vano.... siempre fija
Aquí esa imágen preciosa....

LEONOR.

¡Cárlos!

DON CÁRLOS.

En mi fantasía
Está usted en todas partes:
En las calles, en la Viga,
La Alameda, Bucareli,
En el portal; hasta en misa,
Me parece que estoy viendo
Esa mirada divina,
Toujours! toujours!

LEONOR.

Pero, Cárlos....
Usted sin duda delira:
Yo pensé quo usted amaba
A mi hermana.

DON CÁRLOS.

¿A Mariquita?

No, Leonor! es muy ligera,
Es un *papillon* María,
Esto es, una mariposa ;
Mi corazon necesita
Sensaciones más profundas.

LEONOR.

Pero como usted decia
Hace poco, que dos meses
Era constancia inaudita....

DON CÁRLOS.

Fué por solo disimulo.
¿Dos meses? ¡ay! una vida
Fuera, Leonor, un momento,
Para amar á usted : amiga,
Deme usted, deme su mano;
¿No siente usted cómo brinca
Este corazon?

LEONOR.

Es cierto.

DON CÁRLOS (*arrodillándose*).

Una palabra la vida
Me dará, mi bien amada :
Ma bien-aimée, dona mia....
¿En qué idioma decir puedo
Lo que tus ojos me inspiran
Serás mi Julia, mi Clara,
Mi Pamela, mi Malvina,
Mi Andrómaca, mi Zoráida,
Mi Adelaide, mi Etelvina;
Y yo seré tu Abelardo,
Tu Polion, tu Oscar, seria
Hasta trovador sin duda,
Si me amaras, ¿tanta dicha
No gozaré?

LEONOR.

No, no, Cárlos :
Amo á Juanito.

DON CÁRLOS (*levantándose despechado*).

¡Ah! maldita,
Maldita mi vida sea!

LEONOR.

Cálmese usted.

DON CÁRLOS.

Decidida
Está mi suerte : un momento
De valor se necesita
Nada más.... Adios, señora, (*Yéndose.*)
Adios ; viva usted tranquila.

LEONOR (*deteniéndole*).

Oiga usted (se va á matar
Como Werter), de rodillas
Suplico á usted que no atente
Contra sus preciosos dias.

DON CÁRLOS.

¡Levántate, ángel del cielo!
¿Tú postrada, tú abatida
Á mis plantas? no; tú mandas,
Haré cuanto tú me pidas;
Hasta el sacrificio inmenso
De vivir ; pero á otros climas
Marcharé, Leonor, y sólo
Por consolarme querria
Llevar conmigo una prenda,
Un *souvenir*.

LEONOR.

¡Alma fina!
¡Cuánto engaña la apariencia!
¡Qué mal yo le conocia!
Sí, Carlitos, es muy justo :
Tal vez esta despedida
Será eterna : daré á usted
Alguna flor, una cinta,
Algun rizo de mi pelo.

DON CÁRLOS (*quitándole un anillo*).

Es mejor esta sortija,
Que llevándola en mi dedo
La tendré siempre á la vista.
Sí, Leonor, hasta la tumba
Me acompañará. (*Mirando el anillo*). ¡Qué rica!
Partiré, sí, estoy resuelto,
Dentro de muy pocos dias,.... (*Ruido dentro.*)
¿Pero qué voces? se acercan
Los demas de la familia :
Es fuerza tranquilizarme ;

Vuelvo pronto. Adios, amiga.
(No es un comercio tan malo,
Dar suspiros por sortijas).

ESCENA V.

LEONOR.

Pobre muchacho, me da
Su tormento compasion:
Mi sensible corazon
Se iba conmoviendo ya;
Pero es fuerza ser constante:
¿Qué se dijera de mí
Si cambiar pudiese así
De objetos en un instante?
Se contenta el pobrecillo,
Ya que no tiene mi amor,
Con engañar su dolor,
Llevando sólo un anillo:
Haga el cielo venturoso
Su corazon, entre tanto:
Por él verteré algun llanto;
Mas no turbe mi reposo.

ESCENA VI.

LEONOR, CLARA, MARIQUITA.

CLARA.

Te lo repito, María,
Tambien debe la mujer
La política entender,
Y las cuestiones del día:
¿Por qué tan sólo el varon
A esto se ha de dedicar?
Yo puedo muy bien entrar
En cualquiera discusion;
Gracias á Dios, he podido
Los publicistas mejores
Entender, y no hay autores

Graves que no haya leido.
Horacio, el gran Ciceron,
Ovidio, Petrarca, Tasso,
Cervántes, y Garcilaso,
Mariana, Solis, Buffon,
Comedias de Moratin,
Burlamaqui, Pedarlieri,
De Pradt, Humboldt, Filangieri.

MARÍA.

Por Dios que ya pongas fin
A esa lista interminable:
¿Es preciso acaso leer
Tantos libros, para ser
Una jóven apreciable?
Tú con todos tus autores
No tendrás un solo amante;
Yo le conquisto al instante
Con mis rizos y mis flores:
Por las estampas no más,
El *No me olvides* compré:
De mirarlas me cansé;
No le he vuelto á ver jamas.
Cantar, bailar y reir,
Debe sólo la mujer:
Esto se llama placer,
Y lo demas es morir.

CLARA.

¡Qué sistema tan fatal!
Pero ha de llegar un dia,
En que conozcas, María,
Que has hecho en esto muy mal:
Pensarás con madurez
En teniendo cierta edad.

MARÍA.

Goce de mi mocedad
Miéntras llega la vejez:
Entónces podré pensar
En lo que tú me aconsejas,
O como otras muchas viejas,
Me ocuparé en murmurar.
Pero por hoy todavía
Sólo pienso en el paseo,

Los bailes, el coliseo.

LEONOR.

¡Cuán feliz eres, María!
Nunca te he visto llorar,
No conoces el dolor.

MARÍA.

¿Por qué afligirme, Leonor

LEONOR.

¡Quién te pudiera imitar!

CLARA.

¿Y tú qué ganas con leer
Cosas que te afligen tanto?

LEONOR.

Hallo en el dolor encanto,
Hallo en el llanto placer.

CLARA.

A cual más incorregible;
Predicar en vano fuera:
Una en extremo ligera,
Otra en extremo sensible. (*Toma un libro.*
Mi lectura seguiré:
¡Oh qué tesoro es la historia!

LEONOR (*toma un libro*).

Julia, vuelve á mi memoria.

MARÍA (*toma un cuaderno que habrá sobre la mesa*).

Yo, las estampas veré
En este diario de modas:
¡Qué bonito está este traje!....
Estos adornos de encaje
Le dan mucha gracia.

ESCENA VII.

DICHAS, DON TIMOTEO, DOÑA SERAPIA, DON ANTONIO.

(*Observándolas desde la puerta.*)

DON TIMOTEO.

Todas
Leen; ¡oh qué satisfaccion!
Mírelas usted allí:
Vea usted el efecto aquí
De una buena educacion.

DOÑA SERAPIA.

¡Qué tal, si son de importancia!
Tiene razon de decir
Carlitos, que pueden ir
Al mismo Paris de Francia.

DON TIMOTEO.

¡Muy bien, hijitas, muy bien!
Excelente ocupacion!
(*A Don Antonio, aparte*).
¿Qué tal?

DON ANTONIO.

Tiene usted razon.

DON TIMOTEO.

Dios me las conserve.

DOÑA SERAPIA.

¡Amen!

DON ANTONIO.

¿Pero dónde está Don Juan?

DON TIMOTEO.

¿Y Carlitos?

DOÑA SERAPIA.

¿Qué, se fuéron?

MARÍA.

Hace poco que salieron:
Pero pronto volverán.

DON TIMOTEO.

¡Es dichosa mi vejez!
(*A Don Antonio aparte.*)
¿Quiere usted ver la instruccion
De Clara? una discusion....

DON ANTONIO.

Juguemos al ajedrez.

DON TIMOTEO.

Como usted guste.

DOÑA SERAPIA.

Sí, sí;
Haber si sacudo el sueño
Viendo jugar.

DON ANTONIO (*á Don Timoteo*).

El empeño
No era malo. — Usted aquí.

(*Se sientan á jugar.*)

MARÍA.

¡ Oh qué traje tan magnífico !
Tiene un estilo romántico ;
Es precioso, elegantísimo,
¡ Si tuviera yo uno igual !

CLARA.

¡ A quién no le causa lástima,
Grecia, tu estado tristísimo !
¡ Ya no eres hoy más que un páramo !

MARÍA.

¡ Jesus, qué bonito schal !

CLARA.

¿ Dónde está tu furor bélico ?
¿ Dónde tus héroes fortísimos
Huyeron cual humo rápido,
Al soplo del aquilon.

MARÍA.

Esto sí que está muy clásico ;
Estos moños son feísimos.

DOÑA SERAPIA.

Timoteo, ¡ cómo, cándido !
Jaque al rey ; come el peon.

DON TIMOTEO.

Es verdad ; soy un autómata.

DOÑA SERAPIA.

Pues Don Antonio es diestrísimo.

DON ANTONIO.

No tal.

CLARA.

¡ Oh pueblo magnánimo,
Tu grandeza acabó ya,
Tus hijos, cual siervos tímidos,
Inclinan la frente lánguida,
Bajo de un yugo despótico :
¿ Y Leónidas dónde está ?
En el sepulcro.

LEONOR.

¡ Mis lágrimas
Corren ! ¡ oh jóven bellísima !
Pasaron como relámpago
Los placeres de tu amor.
Contra el destino tiránico,

Lucha en vano el hombre mísero,
La tumba es el puerto único
Donde se acaba el dolor:
Bajo su losa benéfica
Se goza un sueño pacífico;
La muerte es el solo bálsamo
Contra tanto padecer.
Ven, muerte, tu aspecto pálido
Llena mi pecho de júbilo:
Adios, contentos efímeros,
Adios, sueños de placer.

CLARA.

Europa, Europa, levántate,
Socorre á Grecia, apresúrate;
En todo el mundo respétese
La libertad y la ley.
La negra sangre derrámese,
De guerra el estruendo horrísono
Se alce, y por do quiera escúchese
El grito de.,...

DON TIMOTEO.

Jaque al rey.

CLARA.

Si, si, que resuene el cántico
De libertad.

MARÍA.

¡Qué diabólico
Está este sombrero!

LEONOR.

Víctima
Produce solo el amor.
Eres un sueño fantástico,
Felicidad.

CLARA.

¡Tronos góticos
De Europa, tocais al término!

MARÍA.

Este traje está mejor

ESCENA VIII.

DICHOS, DON CARLOS.

DON CÁRLOS.

Repito que no hay en México
Ilustracion ; son muy bárbaros ;
Todo aquí es malo, malísimo,
Epouvantable : ¡ qué horror !

MARÍA.

Carlitos...

DON CÁRLOS.

¡ Estoy frenético !
¡ Estoy rabiando de cólera !
¿ Una mancha ? ¡ Santa Bárbara !
¡ Una mancha !

LEONOR.

¿ En el honor ?

DON CÁRLOS.

Mejor fuera; ¡ oh calles pésimas !
En mi pantalon finísimo
Cortado en Paris... ¡ Qué pérdida !
Qué pérdida, ¡ santo Dios !
¡ Oh, Mexicanos estólidos !

MARÍA.

Pues es usted muy político :
Deje usted el tono trágico,
Y diga lo que pasó.

DON CÁRLOS.

No se enfade usted, María ;
Voy á contar el suceso,
Y verá usted si hay justicia
Para quejarme.

MARÍA.

Acabemos.

DON TIMOTEO.

Jaque mate, amigo mio ;
He ganado á usted el juego.

DON ANTONIO.

Es verdad.

DON TIMOTEO.

¡Hola! Serapia,
Te has dormido al mejor tiempo.

DOÑA SERAPIA.

No me duermo, si ya he visto
Que te enrocaste.

DON TIMOTEO.

¡Muy bueno!
Pues estás adelantada.
¿Y sales ahora con esto?
Si he ganado la partida.

DOÑA SERAPIA.

¡Ah! ¿la ganaste? me alegro.
¿Aquí está usted, Don Carlitos?
Dió usted la vuelta muy presto.

DON CÁRLOS.

Sí, señora, á pesar mio.

MARÍA.

¿En qué quedamos del cuento?

DON CÁRLOS.

No es cuento.

MARÍA.

Pues será historia.

DON TIMOTEO.

¿Historia? ¿de qué?

DOÑA SERAPIA

Mi asiento
Voy acercando; me gusta
Oir historias: me acuerdo
Que leí hace veinte años
Los «Doce Pares.» ¡Qué buenos
Y qué valientes señores!
Rajaban de medio á medio
Las peñas y los gigantes,
Como pedazos de queso!
Y el bálsamo milagroso,
¿No te acuerdas, Timoteo,
Que curaba las heridas
Como rasguños?

DON TIMOTEO.

Dejemos
Que nos refiera Carlitos

Esa historia ó ese cuento
Que le ha pasado. Clarita,
Leonor, dejen un momento
La lectura.

LEONOR.

Padre mio,
Tengo comprimido el pecho;
En verdad que necesito
De distraccion.

CLARA.

Ya no puedo
Seguir leyendo esta historia
Sin llorar: ¡míseros Griegos!

DON TIMOTEO.

¡Pues vaya! fuera los libros,
Y á Carlitos escuchemos.

DON CÁRLOS.

Si no es cosa de importancia,
Es un acontecimiento,
Un *évènement* sencillo,
Aunque grande, si atendemos
A otra cosa.

MARÍA.

¡Qué cachaza!
Dígalo usted, y acabemos,
Que tengo mi genio vivo.

DON CÁRLOS.

Como yo, ni más ni ménos,
Somos un *couple* dichoso!

DON TIMOTEO.

¿Un couple?

DON CÁRLOS.

Un par.

MARÍA.

Yo me quemo.

DON CÁRLOS.

Pues, señor, salí de casa...

MARÍA.

Bien, eso ya lo sabemos:

DON CÁRLOS.

Ya estoy; pero es necesario
Un *petit* exordio.

MARÍA.

Bueno
Siga usted, por Dios.

DON CÁRLOS.

Salia
Ocupado en pensamientos
Muy importantes : ¿ qué cosa
Piensan que en aquel momento
Me ocupaba ?

LEONOR.

Algun romance.

CLARA.

O la Historia de los Griegos.

DOÑA SERAPIA.

O la de los Doce Pares.

DON CÁRLOS.

No, señores ; nada de eso ;
Pensaba en que la otra noche
Estuve en un baile, de estos
Que aquí llaman del gran tono,
Pues, de gran tono..... por cierto
Que fueran en Francia nada....
En Francia, que es un portento
En este ramo, no hay duda,
La Francia que es nada ménos
La nacion más bailadora
Que existe en el universo ;
Pues si la Italia ha logrado
Tener el lugar primero
En talentos de garganta...

DON ANTONIO.

¡ Ya escampa !

DON CÁRLOS.

El Frances ligero,
Es en el baile un prodigio.
¡ Qué piruetas ! ¡ qué meneos !
¡ Qué elegancia en las posturas !
¡ Qué gusto en los movimientos !

MARÍA.

Pero en fin, ¿ en qué quedamos
De la historia ?

DON CÁRLOS.

No me acuerdo:
Como tengo tantas cosas
En mi cabeza, no puedo
Retenerlas todas: creo
Que hablaba á ustedes del baile
De la otra noche, ¿no es cierto?

DOÑA SERAPIA.

Sí, señor.

DON CÁRLOS.

Pues como digo,
Ocupaba yo mi asiento
Junto á cierta marquesita
Que tendrá cuando ménos,
Su medio siglo.

DOÑA SERAPIA.

No es mucho.

CLARA.

Si tenia algun talento,
Si alguna instruccion, ¿qué importa
Esa edad?

DON CÁRLOS.

Pues yo prefiero
La juventud y las gracias:
Perdone usted si la ofendo
Por no ser del mismo aviso.

MARÍA.

Vaya, Carlitos, ya veo
Que en tres dias no llegamos
Al desenlace.

DON CÁRLOS.

Lleguemos,
S'il vous plaît.... Como decia,
Estaba yo muy contento
Mirando á mi marquesita,
Que sus descarnados huesos
Ocultaba entre brillantes,
Cuando de repente advierto
Una agitacion muy grande
Y unos gritos descompuestos
Que clamaban: La Mazurca,
La Mazurca; y en efecto,

Se bailó la tal Mazurca;
Pero qué Mazurca, ¡cielos!
¡Horrendo mazurquicidio!
Ya no pude más, y lleno
De rabia, dije: Señores,
No es el baile verdadero
De la Mazurca, el que ahora
Ejecutais. Ya sabemos,
Me dijo un elegantillo,
Que hay diferencias; mas presto
La legítima Mazurca
Nos vendrá; pues al efecto
Un comisionado ha ido
A la Habana. ¡Bueno, bueno!
Le respondí, y al instante
Me salí de allí, riendo.

MARÍA.

¿Pero quiere usted decirme
Qué tiene que ver con eso
El lance de hoy?

DON CÁRLOS.

Mariquita,
Espere usted un momento,
Que no soy *foudre*.

DON TIMOTEO.

¿Qué cosa?

DON CÁRLOS.

Que no soy rayo.

DON TIMOTEO.

Comprendo,
Siga usted.

DON CÁRLOS.

Cuando salia
Hoy de aquí, mi pensamiento
Estaba todo ocupado
De tan importante objeto.
Iba recordando el aire
De la música, y en esto
Sentí un empujon horrible
Por detras: el rostro vuelvo,
Y ví á un aguador maldito
Que me dice muy grosero:

Quítese, Don Alfeñique,
No estorbe con sus meneos
El camino á los que pasan.
Entónces de rabia lleno
Quise castigarle: en vano;
Porque de cólera ciego,
No ví la losa de un caño
Que estaba floja, y cediendo
Al peso, se hundió, llenando
De lodo mi pié derecho.
Y no fué poca fortuna
El no caer: ¡contratiempo
Fatal, que así me ha privado
Del pantalon más bien hecho
Que se haya visto en Europa!

MARÍA.

¿Y este era todo el suceso?

DON CÁRLOS.

¿Y le parece á usted poco?
No es su valor el que siento:
Mas no sabe usted, hermosa,
Cuántos gloriosos recuerdos
Este pantalon tenia
Para mí; pues á él le debo
Muchas conquistas.

DON ANTONIO.

No he visto
Hombre mas fátuo.

DON CÁRLOS.

¿Y no tengo
Razones para quejarme
De este país?

DOÑA SERAPIA.

Por supuesto.

DON CÁRLOS.

No hay policía, no hay nada;
El más desdichado pueblo
De Francia es mucho mejor
Que esta ciudad: si á lo ménos
Fueran las gentes tratables!

MARÍA.

Gracias por el cumplimiento.

DON CÁRLOS.

Mariquita, yo exceptúo
Esta casa, donde encuentro
Illustracion y finura,
Sensibilidad, talento;
Pero yo hablo en general:
Aquí hay en el bello sexo
Algunas caras hermosas;
Pero sin gracia. No puedo
Dejar de contar á ustedes
Un lance que ha poco tiempo
Me pasó con una jóven.

DOÑA SERAPIA.

¡Qué Carlitos! es un fuego,
Como tú cuando tenias
Su misma edad, Timoteo.

ESCENA IX.

DICHOS, DON JUAN.

DON CÁRLOS.

Vamos, aquí está Juanito:
Llegas *à propos*: un asiento
Toma, y escúchame atento;
Es un lance muy bonito.

DON JUAN.

Siempre estás hablando.

DON CÁRLOS.

Sí,

No lo puedo remediar:
Vaya! siéntate á escuchar.

LEONOR.

Venga usted, Juanito, aquí.

DON JUAN.

Mil gracias.

DON CÁRLOS.

Como decia:

Por la gran plaza marchaba
La otra noche, y me entregaba
A dulce melancolía;
Brillaba hermosa la luna

Como una bola *argentée.*

DON TIMOTEO.

¿Qué es lo que usted dice? ¿qué?
No entiendo palabra alguna
De la tal lengua francesa;
¡Qué jerigonza del diablo!

DON CÁRLOS.

Pues; amigo, yo la hablo
Con más gusto que la inglesa;
Es más *coulante*, más hermosa.

DON TIMOTEO.

¿Más qué?

DON CÁRLOS.

Más fácil, más bella;
Instruiré á usted algo de ella.

DON TIMOTEO.

Mil gracias.

MARÍA.

Por fin, ¿qué cosa
Nos iba usted á decir?

DON CÁRLOS.

Es verdad, se me olvidaba;
Por la gran plaza pasaba...

MARÍA.

Ya eso está.

DON CÁRLOS.

Voy á *finir*:
De Catedral la banqueta
De gente se fué llenando;
Yo, con mi lente, pasando
Una revista completa:
Todos fijaban la vista
En mi *frac* de última moda;
Ví la concurrencia toda,
Et hice más de una conquista:
Cuál al pasar yo, decia:
«¿Qué jóven tan arrogante!»
«Es un Francés elegante,»
La vecina respondia:
«Mira, mira la cadena
En que lleva el lente, hermana.»
Dijo otra...

MARÍA.

¿De aquí á mañana
Acabará usted?

DON CÁRLOS.

Sirena,
No se enfade usted : preciso
Es contar los pormenores;
Pues, como digo, señores...

DON JUAN.

Hombre, sé por Dios, conciso,
Que ya es mucha pesadez
Ese continuo charlar.

TON CÁRLOS.

Al punto voy á acabar.

DON ANTONIO.

Saldrá con una sandez.

DON CÁRLOS.

En el paseo se hallaba
Con su familia una hermosa,
Tan fresca como una rosa :
Yo enamorarla pensaba,
Estaba de gracia llena,
De blanco lino vestida,
En mecerse entretenida
Sobre una dura cadena;
Ha poco la conocia,
Y á saludarla llegué;
A su lado me fijé ;
Dispuse mi batería,
Y en un discurso elegante,
Y como mi pecho ardiente,
Le hice mi pasion patente,
Declarándome su amante:
Por más de un cuarto de hora
Escucharme parecia ;
Fijos sus ojos tenia
En la luna brilladora :
Yo su respuesta esperaba,
O una lágrima siquiera,
Que venturoso me hiciera,
Y rendido la miraba.
Pero su meditacion

Por nada se interrumpia,
Y le dije : Amada mia,
¿Cuál es tu resolucion?
¿Seré por fin venturoso?
¿Debo bendecir al hado?
¿O estaré al fin condenado
A no encontrar el reposo?
Deja de mirar la luna;
Vuelve á mí tus ojos bellos,
Que encuentre Cárlos en ellos
Su placer y su fortuna;
Paga mi constante afan.
Ella entónces me miró:
¿Tres eclipses, preguntó,
Pone en este año Galvan?
¡Oh alma frígida, exclamé
Entre mí, cómo es posible!
¡Tan bella y tan insensible,
Tan tonta! yerto quedé.

DON TIMOTEO.

Le hablaria usted en frances
Y por eso no entendió.

DON CÁRLOS.

No, Don Timoteo, no;
Le hablé en castellano.

DON TIMOTEO.

Pues!

Pero será castellano
Mezclado de esos *méchants*,
Y esos *foudres* y *coulants*,
Y siempre se quedó á mano.

DON CÁRLOS.

No, señor, era el idioma
Qué hablamos todos aquí:
Yo de pronto presumí
Que le gustaba la broma,
O que el romántico hablar
Al clásico preferia,
Y le dije: Amada mía,
No me es posible explicar
Este volcan, esta hoguera
Que siento en mi seno amante:

Mi corazon palpitante
Salir del pecho quisiera.
Muy temprano esta mañana
Por aliviar mi tormento,
Para mirarte un momento
Fuí al frente de tu ventana;
Mas se engañó mi deseo;
La puerta estaba cerrada,
Tú aun estabas entregada
En los brazos de Morfeo.
Poco á poco, interrumpió,
Poco á poco, caballero,
Ya usted pasa de grosero,
¿Y he de sufrir esto yo?
¿Yo dormir con Don Morfeo?
¿Yo en sus brazos entregada?
No, señor, soy muy honrada,
Y no dar motivo creo
Para que traten así
De ajar mi reputacion.
No conozco al picaron
Que usted me ha mentado aquí:
Sí, señor, yo soy doncella,
Y muy bien lo saben todos;
Deje usted, pues, esos modos
De hablar. Basta, basta, bella,
Le dije, y sin esperar
Me retiré muy de prisa,
Pudiendo apénas la risa
En las calles sujetar.

DOÑA SERAPIA.

¡Qué Carlitos tan gracioso!
Se conoce luego, luego,
Que ha estado en toda la Europa,
Y en Paris; ¿ves, Timoteo,
Lo que aprovechan los viajes,
Y no que ni hablar sabemos,
Ni contar cuentos graciosos
Los criollos, que jamas vemos
El mundo? No, yo te juro
Que si me quisiera el cielo
Dar otro niño....

DON ANTONIO.

Es difícil

DOÑA SERAPIA.

Ya ; pero hablo suponiendo ;
Aunque mire usted : al cura
Del Sagrario ha poco tiempo,
Le oí hablar de una señora
De la Biblia, no me acuerdo
Si dijo que se llamaba
Clara, ó Lara ; mas el cuento
Fué que parió á uno, muy grande.

CLARA.

Fué Sara, mamá.

DOÑA SERAPIA.

Yo tengo
Mala memoria, pues, ahora,
Que cuando chica, en un credo
Como quien dice, aprendia
Cualquiera cosa : por ejemplo :
Nada más que en quince dias
Aprendí los Mandamientos ;
En diez y ocho los Artículos,
Y á los dos años y medio,
Ya sabia el Catecismo
De Ripalda todo entero.
Sin contar con que bordaba,
Cosía en blanco ; un puchero
Componia, como dicen,
Que se chupaban los dedos.

DON TIMOTEO.

Y bailabas, hija mia,
El *Mambrun*, que era un contento.

DOÑA SERAPIA.

Y cantaba seguidillas,
Muy bonitas.

DON TIMOTEO.

Bien me acuerdo.

DOÑA SERAPIA.

Cuando tú me echabas ojos,
Picaron.

DON TIMOTEO.

Sí, sí, ¡ qué tiempos !

MARÍA.

Pero, mamá, ¿en qué ha quedado
Lo del niño?

DOÑA SERARIA.

Ah! si, pues bueno:
Como decia, si acaso
Tuviera otro hijo, á un colegio
De Europa, ó si no de España,
Lo mandaba en el momento
Que estuviera mancebito,
Aunque tambien y recelo
Por otra parte, que allá
Lo hicieran hereje.

DON ANTONIO.

¡Bueno!
¿Conque todos los de Europa
Son herejes?

DOÑA SERAPIA.

Yo no veo
Que oigan misa, sobre todo
Los angulos

DON CÁRLOS.

(¡Qué talento
Tiene la buena señora!)

CLARA.

Los anglos, mamá: (¡me quemo
De oir hablar á mi madre
Entre gentes, me avergüenzo!
¡Válgame Dios! ¿de qué modo
Cortara yo en el momento
La conversacion?) Señores,
Vamos un rato á paseo
Al jardin.

DON CÁRLOS.

Bravo, Clarita!
Despues de *la table* es bueno
Pasear.

DON TIMOTEO.

¿Despues de qué cosa?

DON CÁRLOS.

De la mesa.

LEONOR.

Sí, yo encuentro
La dulce melancolía
En las flores y en el viento
Embalsamado que corre
En el campo.

MARÍA.

Bueno, bueno;
Vamos al jardin, y sirve
De hacer un ramito nuevo
Para mi peinado.

DON CÁRLOS.

Hermosa,
Yo soy quien me encargo de eso:
Le haré á usted el más hermoso
Bouquet.

DON TIMOTEO.

Bu... ¿qué?

DON CÁRLOS.

Ramillete (viejo
Más pregunton y más tonto!
Siempre me sale al encuentro.)
Andiamo, andiamo.

DON TIMOTEO.

Sí, vayan;
Yo con Juanito me quedo
A tratar de cierto asunto
Y usted, Don Antonio, espero
Que se quede con nosotros,
Pues estimo sus consejos.

DON ANTONIO.

Como usted guste.

DON CÁRLOS.

Pues, vamos.

DOÑA SERAPIA.

Vamos, vamos á paseo,
Que empiezo á sentir el cólico
Y el ejercicio es muy bueno. (*Vanse.*)

ESCENA X.

DON TIMOTEO, DON ANTONIO, DON JUAN.

DON TIMOTEO.

Por fin, Juanito, ha llegado
El venturoso momento
De darte el nombre de hijo,
Que con tanto ardor deseo.
Habla sin rubor, declara
Sin disfraz tu pensamiento:
¿Cuál de mis hijas te agrada?
Dímelo, Juanito, luego.
Don Antonio es un amigo
De confianza, y los secretos
De mi casa le confio
Sin reserva alguna,

DON JUAN.

¡Cielos!
Llegó el momento temido!

DON ANTONIO.

Sí, Don Juan, yo aprecio
Á usted, y estoy pronto
Á servirle, si no puedo
En cosas de más estima,
Siquiera con mis consejos.
Se halla usted, amigo mio,
En un crítico momento:
Piense usted bien lo que diga;
Piense usted que son eternos
Esos lazos; que es preciso
Hablar con franqueza.

DON TIMOTEO.

Cierto:
Habla sin rubor, querido.
¿Cuál de mis hijas tu afecto
Ha ganado? dilo pronto:
Pon el colmo á mi contento.

DON JUAN.

¡Oh padre! si acaso del nombre
De padre, dar á usted puedo,

Cuando rehuso el beneficio
Que me propone : mas debo
Ser franco, y sufrir ahora
Su cólera y menosprecio,
O resignarme á pasar
Una vida de tormentos,
O á lo ménos de fastidio,
Con una esposa de un genio
Destinto del genio mio.
Perdone usted si le ofendo ;
Sabe el cielo cuánto estimo
Ese cariño : cuán lleno
Mi pecho de sus bondades,
Prueba el agradecimiento.
Toda mi vida no basta
Para pagar lo que debo
Al que me ama como padre ;
Pero, señor, yo no puedo
Resolverme á ser perjuro.
¿ Pronunciaré el juramento
De amor eterno á una esposa,
Cuando en mi pecho no siento
Este amor ? es imposible.

DON TIMOTEO.

¡ Imposible ! ¿ Conque debo
Renunciar á la esperanza
Que alimentaba mi pecho ?
Mas, dime ¿ qué te disgusta
En mis hijas ? ¿ Qué defectos
Tienen que yo no he notado ?
Yo las juzgaba un modelo
De perfeccion.

DON ANTONIO.

Es preciso,
Amigo Don Timoteo,
Que escuche usted de mi boca
La verdad, aunque su acento
Le parezca duro ; acaso
Todavía sera tiempo
De corregir unos males,
Que si tomaran más cuerpo,
Incorregibles serian.

Lo he dicho á usted, y de nuevo
Lo repito. Usted adopta
Un gran error, suponiendo
En sus hijas cual virtudes,
Lo que sólo son defectos.
La falsa instruccion de Clara ;
De Mariquita ese genio
Ligero que no se fija
En cosa alguna; el exceso
De la sensibilidad
De Leonor, Don Timoteo,
Son faltas, y faltas graves,
A que usted debiera cuerdo
Haber atajado el curso ;
Un hombre de juicio recto
Elegirá por esposa
Una mujer que cumpliendo
Su deber, cuide su casa ;
Que cultive su talento
Con gusto ; que si dedica
A la lectura algun tiempo,
No quiera pasar por sábia ;
Que no esté siempre gimiendo
Por personajes ficticios ;
Que no ocupe su cerebro
Solamente con las flores,
Los bailes y el coliseo :
Sêr sin ficciones sensible :
Ser instruida, sin empeño
De parecer literata.
La compostura, el aseo,
Usar sin afectacion,
Y vivir siempre cumpliendo
Las dulces obligaciones
De su estado y de su sexo:
¡ He aquí una jóven amable !
He aquí, amigo, en mi concepto,
Las virtudes de una esposa.
Usted sin duda está lleno
De bondad ; su noble alma
Merece ser el objeto
De una constante ternura ;

Pero escuche usted, le ruego
Los consejos de un amigo;
Corrija usted los defectos
De sus hijas, áun es dable.
Tienen un corazon recto,
Y escucharán de un buen padre
Los saludables preceptos:
Tal vez pronto corregidas,
Serán de todas modelo,
Y harán á usted venturoso,
Tanto cual merece serlo.
Vaya, enjugue usted el llanto,
Que todo tendrá remedio:
Cuenta usted con un amigo.

DON JUAN.

Y con un hijo; yo espero
Merecer tan dulce nombre
Por mi cariñoso esmero;
Jóven soy; áun es posible
Que de otro viaje volviendo
Que voy á emprender ahora,
Pague á usted lo que le debo,
Halle en Leonor una esposa
Tal como yo la deseo;
Si acaso usted, padre mio,
Me juzgare digno de ello.

DON ANTONIO.

Sí, Don Juan, Leonor es jóven
De buen corazon, yo espero
Que si nuestro buen amigo
No desprecia mis consejos,
Será muy pronto una esposa
Inimitable.

DON TIMOTEO.

Comienzo
A creer que usted, Don Antonio,
Tiene razon.

DON ANTONIO.

¡Bueno, bueno!
Ya lo esperaba.

DON TIMOTEO.

Juanito,

A pesar del sentimiento
Que tu conducta me causa,
Tienes razon, lo confieso;
Mas mi cariño es el mismo:
Jamas olvidarme puedo
De lo que debo á tu padre:
Y todavía, lo espero,
Te daré el nombre de hijo.

DON JUAN.

Sí, señor, yo lo deseo.

DON TIMOTEO.

Vengan los dos á mis brazos,
Que de esta manera quiero
Manifestar que aunque es dura
La leccion, yo la agradezco.

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, DON CARLOS, DOÑA SERAPIA, LEONOR, MARIA, CLARA.

DON CÁRLOS.

¡ Bravo! bravo! es to va bien;
Ya tendrémos desposorio;
¿ Cuándo es por fin el casorio?
¿ Quién es la dichosa, quién?
¿ Conque habrá *danse*, festin;
Vaya, qué gusto tendré,
La Mazurca bailaré.
¿ Cuál es la *fiancée*, por fin?
Ya están danzando mis piés.

DOÑA SERAPIA.

¿ A quién eligió?

DON JUAN.

Señora....

TODOS.

¿ A quién, á quién?

DON ANTONIO.

Por ahora,
A ninguna de las tres.

ANA BOLENA

PERSONAJES

ANA BOLENA, reina de Inglaterra.
ENRIQUE VIII, rey de Inglaterra.
CROMWELL, ministro del rey.
ENRIQUE DE PERCY, duque de Northumberland.
LORD ROCHFORD, hermano de la reina.
JUANA SEYMOUR, } damas de
ISABEL PRESTON, } la reina.
JORGE SMÉTON, pajo de la reina.
WILLIAM KINSTON, condestable de la Torre.
DUQUE DE NORFOLK, presidente del tribunal.
DOS CORTESANOS que hablan.
EL VERDUGO.
DAMAS DE LA REINA.
CORTESANO I.
SOLDADO I.

Londres, 1536.

ACTO PRIMERO

EL BAILE

Gran salon en el palacio de White-Hall, iluminado perfectamente; en el fondo una gran puerta vidriera que se supone dar á otro salon tambien iluminado, en donde se da el baile; al traves de la vidriera se ven pasar algunas veces señores y señoras: se oye á lo léjos la música. En el salon que representa el teatro, hay dos mesas redondas pequeñas á derecha é izquierda del foro: sobre las dos hay juegos de naipes; en la una un grupo de cortesanos juega; en la otra, igualmente, otro grupo de cortesanos, entre los que se halla Jorge Sméton, juega y habla alternativamente.

ESCENA I.

SMÉTON Y CORTESANOS.

CORTESANO 1º.

Sméton, á vos os toca
Jugar; ¿ pero estais dormido?

CORTESANO 2°.

Es que se halla aquí su cuerpo,
Pero su alma, ¿ eh ?

(*Risa maliciosa de inteligencia, entre los cortesanos que están con Sméton.*)

SMÉTON (*turbado*).

Pues, amigos,
Os engañais, nunca ha estado
Mi corazon más tranquilo :
No pienso más que en el juego.

CORTESANO 1°.

¿ Pero en cuál juego ? infinitos
Hay : unos de cartas, otros
De manos, otros.... querido,
Ya me entendeis ; mas cuidado,
Porque hay algunos prohibidos.

SMÉTON.

No os entiendo.

CORTESANO 1°.

Vaya, Sméton :
Ese semblante encendido
Os hace traicion : tres veces
La partida habeis perdido,
Porque casi no mirais
Los naipes, y de contínuo
Volviendo estais la cabeza
Hácia aquella puerta ; os digo
Que sois poco diestro.

CORTESANO 2°.

Bueno ;
Si á los naipes ha perdido,
Conseguirá otras ventajas ;
Pues dice un proverbio antiguo,
Que es en amores dichoso
El que en el juego....

LOS CORTESANOS (*riendo*).

Bien dicho.

SMÉTON.

Señores, basta de burlas,
Y si quereis divertiros
A costa mia, os prevengo
Que no podréis conseguirlo.

. Conque, juguemos.

TODOS.

Juguemos. (*Siguen jugando.*)

CORTESANO 3º (*en la mesa de la izquierda*).

Pues, señores, como os digo,
Pero guardad el secreto;
Mirad que corro peligro
Si no sois discretos.

CORTESANO 4º.

Vamos,
Hablad sin temor, amigo,
Y contad con la reserva.

CORTESANO 3º.

Pues escuchad. He sabido
Que nuestro buen soberano
Se va cansando un poquito
De su adorada consorte,
Y anda asestando sus tiros
A Lady Seymour. ¡Caramba!
Tiene unos ojos divinos
La tal Juana : lo gracioso
De la historia, es que el ministro,
El astuto Cromwell, tiene
Más empeño que el rey mismo.

CORTESANO 4º.

La quiere hacer una reina
A su modo.

CORTESANO 3º.

No, querido;
Quiere vengar el ultraje
Que Ana Bolena le hizo
En público una ocasion.

CORTESANO 4º.

¿Cómo?

CORTESANO 3º.

No sé qué le dijo
De plebeyo y despreciable;
Y desde entónces, me han dicho
Que ha jurado la venganza.

CORTESANO 4º.

El es un zorro maldito
Que dará al diablo lecciones.

CORTESANO 3°.

Y como (entre nosotros sea dicho)
Nuestra reina Ana Bolena
Ha dado más de un motivo
Para atacarla, y se habla
De secretos favoritos,
De Sméton, Norris y Bréreton,
Y hasta de su hermano mismo;
Quién sabe si al fin....

CORTESANO 4°.

Y luego
Debe pagar lo que hizo
A nuestra pasada reina,
La que gime en el retiro
De Haptill. ¡Pobre Catarina
De Aragon! Pero el castigo
Caerá sobre Ana Bolena.

CORTESANO 3°.

¡Oh! pobre Ana! ella ha tenido
Sus faltas.

CORTESANO 4°.

Sí, por su causa
Han muerto ya en un suplicio
Tomas Moris y otros muchos.

CORTESANO 3°.

Tal vez ella no ha tenido
Parte en esto; sus parientes....

CORTESANO 4°.

Pero ella debió impedirlo.

SMÉTON (*en la otra mesa*).

Es mia la basa.

CORTESANO 2° (*jugando*).

No,
Que yo tengo al rey conmigo.

SMÉTON.

¡Maldito rey! pues parece
Que con el estoy reñido.

CORTESANO 1°.

Con la reina... de los naipes
No fuera Sméton lo mismo,
Pues de las hembras parece
Que sois muy favorecido.

SMÉTON.

Basta de burlas. El juego
Me va causando fastidio :
(*Se levantan.*)
Dejémoslo.

TODOS.

Sí, sí ; al baile.

CORTESANO 1°.

Mas no os enfadeis conmigo ;
Ya sabeis que siempre os hablo
Como camarada antiguo
De colegio, y en verdad
Corren ciertos rumorcillos
Sobre vos y cierta dama
De un rango muy distinguido.

SMÉTON.

¿Pero quién es esa dama?

CORTESANO 1°.

¿Y si os enfadais?

SMÉTON.

Decidlo,
Por Dios, y decidlo pronto.

CORTESANO 1°.

¿El nombre de ella?

SMÉTON.

Repito
Que sí : acabad, ó dejadme.

CORTESANO 1°.

Bien, os lo diré al oido.
(*A los cortesanos.*)
No os lisonjeis, señores,
De saber lo que á mi amigo
Voy á decir : es un nombre
Muy grande para decirlo
En voz alta, ni exponerlo
A vuestros sangrientos tiros :
Adivinad si quereis,
Y en malicias divertios.

SMÉTON.

Acabad.

CORTESANO 1°.

Pues bien : se llama,

Os lo diré muy bajito,
Ana, reina de Inglaterra.

SMÉTON (*furioso*).

La palabra que habeis dicho
Pide sangre, caballero.

CORTESANO 1° (*riendo*).

No tal, amigo mio,
Pide amor, pide ternura,
Pide los versos divinos
De vuestro genio. Ea, vamos,
Vamos al baile, queridos.

(*Se van todos los cortesanos ; Sméton quiere seguirlos, y luego se contiene.*)

ESCENA II.

SMÉTON.

Esperad.... ¿Qué voy á hacer?
¡Oh! maldita sea mi estrella!
Ni aun puedo morir por ella ;
Callar debo y padecer.
Y es cierto que la amo, sí :
Yo la idolatro, la adoro;
Su sonrisa es un tesoro,
Es el cielo para mí.
El cetro y pompa real,
¡Oh cuánto son inferiores
De sus ojos brilladores
A la luz angelical!
Sobre su célica frente
Brilla un genio soberano :
Marcóla Dios con su mano
Para hacerla omnipotente ;
Y dijo á la humanidad :
¡ Ved en el mirar divino
De esa mujer, el destino
Del justo en la eternidad!
Y yo, mísero de mí,
Que siempre estoy á su lado
Para amarla, ¡desgraciado!
Sin esperanza nací :

A ver sin cesar en ella
Un objeto sacrosanto,
Y á regar con triste llanto
De su hermoso pié la huella;
Mas su rostro encantador
Por mi mano retratado,
Siempre en mi pecho guardado,
Es mi delicia, mi amor.

(*Saca un retrato que trae oculto en el pecho, y pendiente de una cadena de oro.*)

Ven, ¡oh sacro talisman,
Ven y consuela mi alma,
Tu poder mágico calma
Mi desventurado afan!
Deja que el labio abrasado
De un esclavo que te adora,
En tu frente seductora....

(*Desde ántes de los tres últimos versos, Cromwell se ha acercado con mucha precaucion detras de Sméton, y ha visto el retrato de la reina; despues se retira con cuidado y le habla á Sméton.*)

ESCENA III.

SMÉTON, CROMWELL.

CROMWELL.

Cuidado, Sméton, cuidado.

SMÉTON (*sorprendido*).

¡Cielos! el ministro....

CROMWELL.

Y bien,
¿Por qué os sorprendeis así?
Contemplábais el objeto
De vuestro amor? bien, vivid,
Y amad: tal es el empleo
De la juventud feliz.
Ese es sin duda el retrato
Del hermoso serafin
Que preside vuestra suerte:
Que le mire permitid.

SMÉTON.

Conde de Essex, dispensadme :
(*Ocultando el retrato.*)
Este es mi secreto.

CROMWELL.

¿Sí?
Pues guardadlo : sois discreto.
(Es tarde, que ya lo ví).
Pero la reina os buscaba ;
Parece que os quiere oir
Cantar : sabeis lo que gusta
De vuestra voz : pronto id,
Que no es justo retardarle
Este placer.

SMÉTON (*tomando su sombrero*).

Permitid....

CROMWELL.

Id con Dios, hermoso jóven ;
Sed en amores feliz.
(*Vase Sméton.*)

ESCENA IV.

CROMWELL.

Mancebo incauto, ya estás
En el borde y no lo ves ;
Con un solo paso más,
Horrible ábismo verás
Abierto bajo tus piés.
¿Tú amas á la reina? sí :
¿Y ella te ama? tal vez no;
No importa; un retrato ví
Que es una arma para mí,
Un arma que busco yo.
Reina orgullosa, insultado
En público fuí por vos,
Por mi orígen ignorado ;
Pues bien, quedaré vengado,
Y muy pronto ¡ vive Dios
El plebeyo se alzará
Este gusanillo vil,

De una reina triunfará:
Serpiente se tornará
Este mísero reptil.
Enrique llega: ¡valor!
Él apasionado está
De Lady Seymour. ¡Oh amor!
Tú serás mi vengador:
Ana Bolena caerá.

ESCENA V.

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

ENRIQUE.

Cromwell, yo te buscaba; ¿has visto á Juana?
A esa Juana Seymour, á esa hermosura,
En cuya frente pura
Brilla el pudor con todos sus encantos.
Jamas, jamas tan bella,
Conde, me pareció como este dia:
Atónita mi vista la seguia;
No he podido apartar mis ojos de ella:
Un impulso secreto, sobrehumano,
Un mágico poder irresistible
Arrastra á tu potente soberano,
Y Enrique VIII que á la mar domina,
A cuyo cetro el mundo viene estrecho,
Cediendo al fuego que le abrasa el pecho,
A una débil mujer la frente inclina.
Cromwell, ella será tu soberana.

CROMWELL.

¿Y Ana Bolena?

ENRIQUE.

¡Calla! Ana Bolena!
La tempestad sobre su frente truena:
Ella es culpable, Cromwell: esa Ana
En quien mi honor depositaba un dia,
Es infiel.

CROMWELL.

¿Es infiel?

ENRIQUE.

Se ha roto el velo

Que mis ojos cubria, y aclarando
Se van ya mis sospechas : ya la corte
Su liviandad murmura.

CROMWELL.

¿Y el objeto
De su culpable amor, quién es?

ENRIQUE.

Son muchos
Los que se nombran : Bréreton, Sméton,
Su mismo hermano, ¡oh conde! ¿lo creerias?
Yo lo descubriré, y entónces ¡tiemble,
Tiemble el objeto de las iras mias!

CROMWELL.

¡Rochford, su mismo hermano! ¿y es creible?

ENRIQUE.

¿No has observado tú, no has descubierto
Alguna cosa que aclarar consiga
Del todo la verdad?

CROMWELL.

Mi soberano,
Os debo lo que soy: el labio mio
Nunca os hará traicion. Ana Bolena....
Yo la amo y compadezco su destino;
Pero ahora mismo....

ENRIQUE.

Acaba pronto, y deja
De piedad esa máscara engañosa;
Yo te conozco, Cromwell. Habla al punto,
Y háblame con franqueza.

CROMWELL.

En este instante,
De la música huyendo y del bullicio,
En esta sala Sméton se encontraba
A un retrato de lágrimas cubriendo.
Era el de vuestra esposa....

ENRIQUE.

¡Cómo!

CROMWELL.

El mismo:
Pude verlo muy bien sin ser notado;
Si V. M. pretende ahora
Comprobar la verdad de mis palabras,

Haga llamar á Sméton : de su cuello
Una cadena pende de oro puro :
En su extremo hallareis ese retrato.
Yo me indigno, señor, al acordarme ;
Lo ví, y callé, que solo á vos os toca,
Tamaña injuria castigar : llamadlo,
Llamad á ese traidor : vuestra justicia
En su cómplice y él, sin piedad caiga.

ENRIQUE.

Basta, Cromwell, no pido tus consejos ;
Sé lo que debo hacer.

CROMWELL.

¡ Oh cuán distinta
Es de la reina, la inocente Juana !
Sin artificio, sin doblez alguno
Su puro corazon en sus miradas
Se está leyendo.

ENRIQUE.

Sí, su dulce nombre
Me hace olvidar á todo el universo.
Caiga la que mi honor ha mancillado,
Y Juana suba de Inglaterra al solio.
Escucha, conde, ya hace muchos dias
Que me ocupa una idea. Enrique Percy,
El conde de Northumberland, amaba
A Ana Bolena, y pienso que contrajo
Esponsales con ella, ántes que al trono
Fuese llamada : si esto fuese cierto,
Mi matrimonio es nulo.

CROMWELL.

Sí.

ENRIQUE.

Y entónces
Puedo unirme con otra. El conde se halla
En sus estados, léjos de la corte.
Haz que le llamen, Cromwell.

CROMWELL.

Voy al punto.

ESCENA VI.

DICHOS, UN PAJE.

PAJE.

De Northumberland el conde,
De llegar, señor, acaba,
Y hablaros desea.

ENRIQUE.

¿El conde?
¿Qué casualidad tan rara
Le conduce en tal momento?
Que pase al punto (*Vase el page.*) ¿Qué causa
Le puede traer? Ha tiempo
Que de la corte se aparta.

CROMWELL.

V. M. al punto
Lo sabrá: ya se adelanta.

ESCENA VII.

DICHOS, ENRIQUE, PERCY.

ENRIQUE.

Noble conde, llegad: ¿á qué debemos
El placer de miraros este dia?

PERCY.

Señor, ved la tristeza en mi semblante,
Mirad en él la fúnebre noticia
De que soy mensajero: la princesa
Vuestra primera esposa, Catarina,
La augusta desterrada, ha muerto.

ENRIQUE.

¡Ha muerto!

PERCY.

Terminó su carrera de desdichas
Yo he presenciado su postrer instante
Y yo os traigo, señor, su despedida.
Siempre noble y magnánima, ni un punto
Desmintió su virtud: era la misma
En su lecho de muerte, que en el trono

En que Inglaterra la admiró algun dia.

ENRIQUE.

¡Buena mujer! Por su piedad inmensa
El Eterno en su seno la reciba.

PERCY.

No hay duda : ya su espíritu celeste
En las regiones de la luz habita :
Mucha fué su virtud : amargo llanto
Inundó largo tiempo sus mejillas :
Privada de su rango, desterrada
Del trono augusto de que fué tan digna;
Privada, en fin, de todo lo que amaba,
Y á vivir entre angustias reducida,
Jamas su labio articuló una queja,
Y al cielo, generosa, le pedia
Que sobre su hija y sobre vos vertiese
Con franca mano inacabables dichas :
Tal vuestra esposa fué : ya al acercarse
El término temprano de su vida,
Se dignó suplicarme que viniese
Para recomendaros á su hija.
He cumplido, señor, sus voluntades :
Extended vuestra mano compasiva
A esa niña inocente, protegedla;
Recordad que sois padre de María.
Aquí queda mi encargo terminado:
Permitidme volver.

ENRIQUE.

Será cumplida
La voluntad de Catarina, conde;
Mas retardad aún vuestra partida.
Cuestiones de importancia quiero haceros :
Vedme en palacio el venidero dia.

PERCY.

Vendré á veros, señor.

ENRIQUE.

El cielo os guarde.

PERCY.

Él proteger se digne vuestra vida. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

CROMWELL, ENRIQUE VIII.

ENRIQUE.

Haz, Cromwell, que cese ya
Ese baile, esos acentos :
De la pobre Catarina
La memoria respetemos.
Mañana, conde, mañana
Será un día muy funesto
Para muchos : mi justicia
Alzará un brazo de hierro;
No habrá piedad; ¡desgraciados
Los que aparecieren reos!

CROMWELL.

La reina llega.

ENRIQUE.

Su vista
Me sirve ya de tormento.

ESCENA IX.

DICHOS, ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR, ISABEL, DAMAS, CORTESANOS, SMÉTON.

ANA.

Señor, ¿vos tan retirado?
¿Vos tan triste?

ENRIQUE (*con sequedad*).

Sí, no tengo
Motivos para alegrarme.
¿Sabeis, señora, que ha muerto
Vuestra reina?

ANA.

¿Quién?

ENRIQUE.

La heróica
Catarina, la que un tiempo
De Inglaterra sobre el trono
Fué de virtudes modelo.

ANA.

Si la princesa de Gales
No existe ya, sabe el cielo
Que siento su muerte.

ENRIQUE.

Sí,
Sin dificultad lo creo,
¡ Porque sois tan compasiva !
No hace en verdad mucho tiempo
Que aquí mismo en esta sala
He visto una prueba de ello.
¿No me entendeis hoy? Mañana
Que me comprendais espero.

ANA.

¿Mañana? señor, mañana
Está dispuesto un torneo
En Greenwich.

ENRIQUE.

¡ Cómo, señora!
¿Se ha convertido mi reino
En teatro de festines,
Músicas, bailes y juegos?
Diferidlo.

ANA.

No es posible,
Señor; todo está dispuesto.
Nerris, Bréreton, mil otros
Están ya en Greenwich, y espero
Que consentireis.

CROMWELL (*aparte*).

¿Qué importan
Unas horas más ó ménos?
De Greenwich hasta la Torre
De Lóndres, no está muy léjos.

ENRIQUE.

Dices bien. Sea, señora,
Como vos querais. Tendrémos
Más tiempo de hacerlo todo
Con calma. Guárdeos el cielo. (*Vase.*)

ESCENA X.

DICHOS, MÉNOS ENRIQUE VIII.

ANA.

Despejad : Cromwell, oid.
(*Vanse todos, ménos Cromwell.*)
¿Por qué causa el rey se muestra
Tan severo? ¿lo sabeis?

CROMWELL.

¿Qué quereis que os diga, oh reina?
¡Es tan sombrío el carácter
De Enrique VIII!.... Una nueva
Pasion tal vez..... ¡qué sé yo!
Recordad que Ana Bolena,
Dama era de Catarina,
Y hoy en su trono se sienta :
Vos teneis hermosas damas;
Lady Seymour es muy bella;
No puedo explicarme más;
Entended, si sois discreta :
Guárdeos Dios. (*Vase.*)

ESCENA XI.

ANA BOLENA.

¡Cielos! qué oí!
Era cierto mi temor :
¿El rey tiene un nuevo amor?
¡Desventurada de mí!
¿O ese ministro feroz,
Ese Cromwell infernal,
Lo supone por mi mal?
Es una venganza atroz;
No puede ser, no será;
El rey me ama todavía,
Calma el temor, alma mia,
Mi hermosura triunfará.
¿Pero esa Juana, esa Juana
Es por acaso tan bella,

Que el rey me deje por ella?
Puede ser, ¡duda inhumana!
Despreció Enrique por mí
A su esposa Catarina;
Quizá el cielo me destina
Una suerte igual, ¡ay! sí.
De esta princesa la muerte
Es una leccion terrible.
Fuí á su dolor insensible.....
Yo tendré la misma suerte:
Ana olvidada será;
Pero no; ¡qué desvario!
Levántate, orgullo mio;
Mi hermosura triunfará:
Y pronto al monarca inglés,
Por mi beldad arrastrado,
Le veré al fin humillado
Pedir perdon ámis piés.

ACTO SEGUNDO

EL SUEÑO

Soberbio gabinete de Ana Bolena, adornado con magnificencia: á la derecha del foro un forte-piano; á la izquierda una mesa pequeña y un sillon forrado de terciopelo; encima de la mesa estará la corona de la reina, y á los piés del sillon un gran cojin de terciopelo; en el centro del gabinete, una puerta con gran colgadura, que se supone conduce á las demas piezas de palacio. En el costado izquierdo, otra puerta tambien con colgadura.

ESCENA I.

ROCHFORD, ANA BOLENA.

ROCHFORD.

Horrible tempestad nos amenaza,
Hermana mia: ese fatal ministro,
Ese Cromwell cruel, se ha conjurado
Contra nosotros.

ANA.

Sí, su orgullo herido
Por mi desprecio, la venganza anhela:
Vil mezcla de bajeza y de perfidia
Es ese hombre feroz; nada perdona
Para perderme: el rey dócil escucha
Sus horribles consejos; ¡pero tiemble!
Enrique me ama aún.

ROCHFORD.

¡Oh hermana mia!
Tal vez te engañas; esa dama tuya,
Esa Juana Seymour, dicen que á Enrique
Ha sabido agradar: Cromwell fomenta
Esta nueva pasion, y pronto acaso,

Ana Bolena bajará del trono,
Como bajó la reina Catarina.
Se te acusa de un crímen horroroso :
¡De adúltera !

ANA.

¡ Gran Dios ! Rochford, ¿quién pudo
Esa palabra pronunciar?

ROCHFORD.

Enrique,
El mismo rey se dice que te acusa.
Tus ligerezas se han interpretado
Como muestras de amor : en el torneo,
Ayer mismo en Greenwich, cuando dejaste
Tu pañuelo caer, Cromwell ha dicho
Que era señal de tu pasion á Norris.
El rey se retiró con el ministro
Lleno de indignacion : yo tiemblo, Ana;
A mí mismo me acusan, ¿lo creerias?
De un criminal amor á tu persona.

ANA.

¿Conque tambien de incesto se me acusa?
Tú deliras, Rochford; el mismo infierno
No pudiera inventar tan vil calumnia.
¡Me haces temblar! escucha ! en esta noche.....
¿Será un aviso del airado cielo ?
Me estremezco, Rochford : ¡vision horrible
De mi imaginacion se apoderaba!
¡Sueño espantoso que olvidar procuro,
Y no puedo olvidar ! Óyelo, y tiembla.

Yo soñaba que el trono ocupando
A mis piés la Inglaterra veia :
Todo en torno á mis ojos reia,
Todo en torno era dicha y amor :
Cetro de oro en mi mano brillaba,
La corona adornaba mi frente,
Un gran pueblo á mi voz obediente,
Escuchaba temblando mi voz.

Mil guerreros, mil héroes ilustres,
Mis caprichos humildes servian,
En mi risa su gloria veian,
Y venian mi mano á besar:
En mil partes mi nombre grabado,

Centellaba entre piedras preciosas,
Y sentí de jazmines y rosas
Dulce aroma en el viento bajar.
Mas, ¡ oh Dios ! esta atmósfera pura,
De zafiro este cielo esplendente,
Roja nube cubrió de repente,
Que torrentes de sangre vertió :
Un relámpago lívido alumbra
De la tierra el funesto desmayo,
Y retruena mil veces el rayo
Con horrible funesto fragor.
La diadema que adorna mi frente
En mi cráneo se ciñe, se hunde,
Y mi cetro en mi mano se funde,
Y me abrasa el ardiente metal :
Y mi manto de púrpura y oro,
Negro paño se torna de muerte :
En horrible dogal se convierte,
De mi cuello el soberbio collar.
Se hunde el trono con hórrido estruendo,
Veo á mis piés una tumba cavada,
Y una mano asomar descarnada,
Que me muestra el sudario fatal.
¡ Catarina ! Era suya esta mano.
Ella, ¡ oh Dios ! maldiciéndome ha muerto !
En sudor inundada despierto,
Sin poder á la calma tornar.

ROCHFORD.

¡ Desventurada ! tal vez
Se realizará este sueño :
La tempesdad se aproxima,
Oigo resonar el trueno.
Tres dias hace que sólo
Miro presagios funestos.
De Cromwell el regocijo,
Del rey el rostro severo,
El amor que tiene á Juana,
Todo, en fin, está diciendo
Que se aproxima la hora
De la muerte ó del destierro.

ANA.

No, tal vez, hermano mio,

No es tan grande nuestro riesgo.
¡Enrique me amaba tanto!
¿Y podrá en tan breve tiempo
Aborrecerme? ¡imposible!
No, Rochford, yo no lo creo.
Hace tres dias me hablaba
Con el cariño primero:
Antes de ayer en el baile
Y en el crítico momento
De que la muerte escuchaba
De Catarina, el torneo
De ayer le anuncié; queria
Que se suspendiese, y luego
Que le rogué, á mis instancias
Condescendió; sí, yo pienso
Que conservo todavía
Sobre su alma el mismo imperio.
Dicen que á Lady Seymour
Ama Enrique; no lo creo:
Es obra de Cromwell todo,
De ese odioso consejero.
Cuando el rey mire mi llanto:
Cuando con mágico acento
Le recuerde aquellos dias,
Aquellos dulces momentos
De ventura, que en su alma
Tantas delicias vertieron:
Cuando me mire á sus plantas
Invocando al Sér supremo
Por testigo irrecusable
De mi conducta, y el velo
De la impostura se rompa;
Cuando mire, en fin, mi afecto
Siempre puro, inalterable,
En mis lágrimas de fuego,
¿Quién duda que entre sus brazos
Vaya á recibir el premio
De mi inocencia? ¡Oh hermano!
Ligera soy, lo confieso:
Educada en Francia, acaso
La circunspeccion no tengo
De una Inglesa; ¿mas qué importa?

¿Es ménos puro por eso
Mi corazon? ¿Dónde, dónde
De esos delitos horrendos
Están las pruebas? ¡Malvados!
Yo con semblante sereno
Desmentiré á los infames
Ante todo el universo.

ROCHFORD.

¿Y tu inocencia qué importa,
Si ya del rey el afecto
No es el mismo?

ANA.

Hermano mio,
No conoces el imperio
Del llanto en una hermosura
Que se ha amado en otro tiempo.

ROCHFORD.

¿Sabes que á Lady Seymour
Ha llamado el rey?

ANA.

Yo creo
Que Cromwell la habrá arrastrado
Tomando cualquier pretexto:
Yo lo sabré en el instante.
Lady Seymour...

ROCHFORD.

Yo te dejo
En libertad: profundiza
Su corazon. ¡Quiera el cielo
Que sea cierta tu esperanza
Y mis temores inciertos! (*Vase.*)

ESCENA II.

ANA BOLENA, JUANA SEYMOUR (*que entra al mismo tiempo que sale Rochford. Ana se sienta en el sillon con mucha seriedad*).

ANA.

Acercaos: no tembleis;
Respondedme con verdad.

JUANA.

Siempre la sinceridad,
Señora, en mi alma vereis.
Cierto es que tiemblo al mirar
Vuestro semblante severo,
Y saber, señora, espero,
En qué os pude agraviar.
Tiemblo, sí, porque tal vez
Sin saberlo os ofendí,
Sin saberlo, ¡oh reina! sí,
A Dios pongo por mi juez.

ANA.

(¿Tan jóven y artifiosa
Hasta tal punto seria?
No puede ser). Hija mia,
Tú eres buena, candorosa:
En tu noble corazon
Sólo habita la pureza:
Respóndeme con franqueza,
Calma, Juana, mi afliccion.
¿El rey te ha llamado?

JUANA.

Sí,
Ricas joyas me ha mandado,
Y el conde de Essex.....

ANA.

(¡Malvado!)

JUANA.

Casi me ha arrastrado allí.
Dijo que era mi deber
Dar gracias al soberano;
Dudé yo: tomó él mi mano,
Fué preciso obedecer.

ANA.

(¡Infame!)

JUANA.

Ya en la presencia
Del rey, tímida, turbada,
Parecia condenada
Que escuchaba su sentencia.
Yo no sé lo que sentí
Cuando el monarca me habló;

Pero el conde respondió
Con mucha bondad por mí:
¡Es el conde tan afable!

ANA (*se levanta furiosa, y se pasea por el gabinete*).
¡Mucho, sí! ¿monstruo infernal,
Te abortó para mi mal
El averno? ¡Miserable!
¿Posible es tanta bajeza?
¡Pero al rey le pasará
Este capricho y caerá
Ante mis piés tu cabeza!
Tú volverás á la nada,
Cromwell infame y traidor:
¡Tú temblarás al furor
De una mujer ultrajada!
¡Veré á Enrique, le veré;
Mis quejas escuchará,
Su gracia me volverá,
Y al fin vengada seré!
¡Vengarme! vengarme yo.
Él tiene la culpa, él:
Me obligan á ser cruel;
¡Pero no he de serlo, no!
Venga ese ministro, sí,
Venga á implorar su perdon;
Conocerá el corazon
Que siento latir aquí. (*Se sienta.*)

JUANA.

Tal vez sin saberlo yo,
Señora, os habré ofendido:
Si es así, perdon os pido.

ANA.

Tú no me ofendiste, no:
Tambien tú víctima eres
Como yo, de un vil engaño:
Se conjuran en el daño
De dos míseras mujeres.
Juana, acaso no sabrás
Lo que es ese brillo falso
Del trono: de él al cadalso
Hay un paso, nada más.
Hoy te quieren elevar

Sacrificándome á mí;
¡Ay! tambien despues á tí
Te sabrán sacrificar.

JUANA.

Señora, yo al esplendor
Del trono nunca aspiré.

ANA.

Lo sé, Juana, sí, lo sé;
Abusan de tu candor:
Mas la tempestad sombría
Yo sabré al fin conjurar:
Lo espero: vuelva á reinar
En mi pecho la alegría.
Haz que entre mi corte aquí,
Y de Sméton los acentos
Disipen los sentimientos
De tristeza que hay en mí. (*Vase Juana*).

ESCENA III.

ANA BOLENA.

¡Oh sueño, sueño cruel!
Déjame por compasion;
No inundes mi corazon
Con tus recuerdos de hiel.
Siempre en mi memoria fiel
Está la vision fatal:
Siento en mi cuello el dogal,
Siento quemarse mi diestra;
Veo la mano que me muestra
El sudario funeral.
Pero no, no, sueño fué,
Sueño que pasó veloz:
Pronto este recuerdo atroz
De mi pecho borraré;
La calma recobraré,
La dulce paz, el contento;
De la poesía al acento,
Huirá la melancolía:
Vuelva á reinar la alegría;
Démos las penas al viento.

ESCENA IV.

ANA, ENRIQUE VIII, CROMWELL; DESPUES SMÉTON, JUANA SEYMOUR, DAMAS Y CORTESANOS. (*Enrique y Cromwell aparecen en la puerta, á la espalda de Ana, y pasan rápidamente á ocultarse en la puerta del costado izquierdo.*)

CROMWELL.

Nadie nos ha visto: entrad,
Entrad, señor, y vereis
Comprobada la verdad.

ENRIQUE (*al pasar*).

¡Ana Bolena, temblad!

CROMWELL.

Pronto la conocereis.

ANA.

Venid, señores, hoy siento
Una tristeza mortal:
Sméton, tu dulce acento
Disipe este sentimiento
Con su influjo celestial.
Mi jóven poeta, dí:
¿Sabes alguna cancion
Nueva?

SMÉTON.

Sí, señora, sí;
Una hermosa letra oí,
Que habla con el corazon:
Está llena de ternura
Es la voz de la verdad,
De una alma tímida y pura,
Que habla llena de amargura
A su adorada beldad.
Es de un pobre trovador
Lleno de melancolía,
Porque á su constante amor,
El rango harto superior
De su dama se oponia.

ANA.

¿Ella no lo amaba?

SMÉTON.

No.

ANA.

¿Sabia ella que era amada?

SMÉTON.

Él su cólera temió;
Gimiendo siempre, calló
Su pasion desesperada.

ANA.

Él se debió declarar.

SMÉTON.

Si era un pobre trovador,
Y ella ocupaba un lugar
Tan alto, ¿podia esperar?...,

ANA.

Todo lo iguala el amor:
¿No es verdad, hermosa Juana,
Que amor no conoce ley?
Todo, su poder lo allana,
Y hasta la distancia es vana
Que hay desde el vasallo al rey.
Mas recitad la cancion,
Que muy hermosa será
Si la dictó el corazon.

SMÉTON.

Señora, esa es mi opinion,
V. M. la oirá. (*Se sienta, y recita la siguiente.*)
Es hermosa la diadema
Que brilla en tu frente pura;
Pero es más de tu hermosura
El bellísimo esplendor:
Yo quisiera, amada mia,
Más y más engalanarte;
Pero nada puede darte
Un humilde trovador.
Toma el arpa con que canto
Las hazañas de los reyes,
Y de amor las dulces leyes,
Y tu imperio seductor:
Yo no tengo más riqueza,
Yo no tengo plata ni oro;
He aquí el único tesoro

De un humilde trovador.
Un poder irresistible
Reina, hermosa, en tu mirada
Y en tu boca nacarada
La sonrisa del amor.
Brilla en tu cándida frente,
Del cielo puro la calma:
Tú eres la vida, tú el alma
De este humilde trovador.
Yo te amo sin esperanza,
Tú eres una gran señora,
Yo soy un triste que llora
Su desventurado amor.
Y á pesar de la distancia
A que nos puso la suerte,
Te ha de amar hasta la muerte
Este humilde trovador. (*Se levanta.*)

ANA.

Hermosa letra, y sin duda
La habeis recitado bien.

SMÉTON.

Por vuestra bondad, señora.

ANA.

Algun premio mereceis:
(*Le da un anillo, que él recibe de rodillas.*)
Esta sortija tomad,
Sméton.

SMÉTON.

¡Tanta merced!
¿Una sortija, señora,
De vuestra mano? ¡oh placer!

ENRIQUE, (*sale, y Cromwell.*)

Tambien yo quiero, buen paje,
Daros algun premio.

TODOS,

¡El rey! (*Se pone Ana en pié.*)

ANA.

¡Señor!....

ENRIQUE.

Me alegro, señora,
Que tan divertida esteis;
Mas permitidme premiar

Al paje. Conde de Essex,
Traed lo que os dije. Sméton, (*Vase Cromwell.*)
Otra habilidad teneis
De que no me habeis hablado:
Sois un buen pintor tambien.
¿No lo sabeis vos, señora?

ANA.

No, Enrique.

ENRIQUE (*á Sméton*).

Dejadme ver
Ese retratro que al cuello
En la cadena teneis.

SMÉTON (*turbado*).

Yo.... señor....

ENRIQUE.

Sois muy modesto,
Dádmele: miradlo, es
(*Se lo arrebata y enseña à la reina.*)
El vuestro, señora.

ANA.

¿El mio?

ENRIQUE (*con risa maligna*).

¿Conque vos no lo sabeis?

ANA (*arroja á Sméton una mirada severa y éste se echa á sus piés.*)

No señor.

SMÉTON,

¡Ah! perdonadme:
Vedme, reina, á vuestros piés.
Sin saberlo vos, señora,
Sin saberlo vos, osé
Retratar vuestras facciones.
(*Aparece Cromwell con soldados.*)

ENRIQUE.

¿Ya estás aquí, Cromwell? Bien;
Prended á la reina, á Sméton,
A todos cuantos estén
Comprendidos en la lista
Que arreglábamos ayer.

ANA.

¿Qué es èsto, señor? oidme.

ENRIQUE.

La cámara oirá despues
Vuestros descargos.

ANA.

(¡Gran Dios!
Aviso mi sueño fué).

ENRIQUE.

Tú de todos me respondes,
¿Lo entiendes, conde de Essex?
Quita á Sméton ese anillo,
Toma el retrato: vereis
Si impunemente se ultraja
Á Enrique VIII. Sabed
Que ha mucho tiempo examino
Vuestra conducta, mujer.
Norris, Bréreton, Rochford,
Os aman, todo lo sé.
Caerá en todos los culpables
La cuchilla de la ley.
A la Torre conducidlos.
Juana hermosa, no tembleis,
Que como la reina dice,
Amor no conoce ley:
De la vasalla al monarca,
Nada la distancia es. (*Vase.*)

ESCENA V.

DICHOS, MÉNOS ENRIQUE.

CROMWELL.

Reina, conmigo venid.

ANA.

Ya se cumplieron, traidor,
Tus esperanzas, ya triunfas
Plebeyo infame y feroz.
¡Sáciate en tu triunfo, impío!
¡Tú que no tienes valor
De medir jamas la espada
Con aquellos que ultrajó
Tu lengua mordaz: por cierto

Te ha llenado de esplendor
Esta hazaña, miserable!

CROMWELL.

No he tenido parte yo,
Y siento....

ANA.

¡Cállate, infame!
Que la cólera de Dios
Te castigue.

CROMWELL.

¿Vamos?

ANA.

Vamos,
Que no hay suplicio mayor
Para mí, que tu presencia:
Yo soy la culpable, yo,
Que permití te elevaran
Sobre tu vil condicion.

CROMWELL.

Gracias, señora.

ANA.

¡Dios mio!
¡Qué sangre fria! ¡oh furor!
Tú eres el genio del mal.

CROMWELL.

Pues así lo quereis vos,
Lo seré por complaceros.

ANA.

¡Te burlas de mi dolor!

CROMWELL (*señala á los soldados*).

Estos señores aguardan,
¿Vamos?

(ANA *tirándole con un guante en la cara*).

¡Confúndate Dios!!!

ACTO TERCERO

Gran salon en White-Hall, donde habita Enrique VIII; grandes muebles, y entre ellos una mesa á la derecha con la corona del monarca, y otra igual á la izquierda con recado de escribir, y un gran sillon.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

(*El primero escribiendo, y el segundo á la puerta del salon.*)

CROMWELL.

Escribe: acaso se ocupa
En teológicas cuestiones:
Es en verdad muy extraño
El carácter de este hombre;
Tal vez está refutando
Aquel inmenso librote
De los Siete Sacramentos
Que escribió él mismo; ¡oh pasiones,
Cómo jugais con los reyes!
De católico, tornóse
En protestante: mañana,
Si lo exigen sus amores,
Defenderá el Alcoran.
Bien, así te quiere Cromwell.

ENRIQUE (*viéndolo*).

¡Oh Cromwell! ¿ya estás aquí?
¿Están cumplidas mis órdenes?

CROMWELL.

Sí señor, ya se halla presos
Los cuatro gentiles-hombres
De la reina.

ENRIQUE.

Bien; ¿quién falta?

CROMWELL.

Falta solamente el conde
De Rochford: no está en palacio;
Pero irá pronto á la Torre,
Porque los guardias le buscan.

ENRIQUE.

¿Qué dice el pueblo de Lóndres,
De la prision de la reina?

CROMWELL.

Todos, señor, reconocen
Vuestra justicia.

ENRIQUE (*mirándolo fijamente*).

¿Me adulas?

CROMWELL (*bajando los ojos*).

No, señor.

ENRIQUE.

¡Cuidado, conde!
¿Y Lady Seymour, qué hace?

CROMWELL.

Lady Seymour es tan jóven,
Tan tímida, que sin duda
La habrá aterrado este golpe
De justicia. ¿Lo creeriais,
Señor? Ha llorado.

ENRIQUE.

Cromwell,
Haz que venga á mi presencia:
Preciso es que sus temores
Con la dulzura se calmen.

CROMWELL.

La inocente no conoce
Su bien: el trono la asusta.

ENRIQUE.

Pronto probará sus goces.
Haz que citen á los pares
Que la cámara componen,
Para decidir la suerte
De Ana Bolena: sus nombres
Hallarás en esta lista. (*Le da un papel.*)

CROMWELL.

Se hará como lo dispone
V. M. (*Leyendo*). " El duqüe
De Norfolk preside." Este hombre,
Aunque es tio de la reina,
Está irritado, y supone
Que el crímen es cierto. ¡Bien!
"Suffolk, Worcester, el conde
De Derby, Tomás Andley,"
Este es mi criatura, " Morley,
Chinton, Cobhan, Windsor, Sands,
Mordaut, Dacres el lord Pouiviz."
¡Bien muy bien! La mayoría
Es excelente. ¡Oh! ¿el nombre
De Northumberland tambien?
(Tanto mejor : este conde
Es amante despreciado ;
Se vengará de ella.)

ENRIQUE.

Cromwell,
¿Que te parecen los jueces?

CROMWELL.

Pienso que todos conocen
Su deber : todos son rectos.

ENRIQUE.

Que se circulen las órdenes
En el instante; y no olvides
Que venga aquí Juana, conde. (*Vase.*)

ESCENA II.

CROMWELL.

Vuela, navecilla mia
Con viento en popa. ¡ Qué júbilo!
Ha llegado en fin el dia
Que tanto tiempo anhelé :
Mira ya, reina orgullosa,
Cómo este plebeyo mísero,
Que tú hollaste desdeñosa,
Hoy derriba tu poder.
Bajo mi triunfante planta

Te mirará el mundo atónito :
Así el genio se levanta
Ayudado del rencor.
Vamos, nueva soberana,
Ocupad el trono espléndido;
¡Mas, cuidado, hermosa Juana!
¡Cuidado, que aquí estoy yo!
¡Cuánto he trabajado, cuánto!
¡Lady Seymour es tan tímida!
Fué preciso al ver su llanto,
Esforzarme á no reir.
¡Es tan niña todavía,
Tan inocente, tan cándida!
Mas con la experiencia mia
Será una gran reina, sí.

ESCENA III.

CROMWELL, ROCHFORD.

ROCHFORD.

A buscaros he venido
Hasta palacio, milord.

CROMWELL.

Tambien yo os busco, señor ;
Encontraros dicha ha sido,
Y de no haberos hallado
Ciertas gentes que mandé,
Me admiro : acaso....

ROCHFORD.

No sé :
Ya nos hemos encontrado ;
Mi nombre y el de mi hermana
Habeis manchado, traidor ;
Yo soy un hombre de honor,
Y ella vuestra soberana.
Al rey quejarme no quiero,
Por que caballero soy,
Y á vengar mi nombre voy
Sólo como caballero.
En vuestra casa os busqué,
De ella hace poco salí :

Pensé que estábais aquí,
Y por fin os encontré ;
Y supuesto que infamais
A quien vale más que vos,
Pronto verémos por Dios,
Si con valor os mostrais,
O si para vuestra mengua,
Para vuestra confusion,
Teneis corto el corazon
Y larga sólo la lengua.
Porque un hombre para hablar
Debe primero saber
Si puede al fin sostener
Lo que quiere aventurar;
Ni vuestra clase elevada,
Nada os podrá garantir,
Porque tambien sabe herir
En los ministros mi espada.
Dadme una satisfaccion.

CROMWELL.

Hablarémos más despacio:
Ved que hora estais en palacio,
De aquí vais á la prision;
Pero si acaso, despues
Que os absuelvan, deseais....

ROCHFORD.

¡A una prision! ¿os burlais?

CROMWELL.

No, señor, la verdad es;
Pero cuando más un dia
Estareis con vuestra hermana.

ROCHFORD.

¿Está presa tambien Ana?

CROMWELL.

No hace una hora todavía :
Viendo estoy que no sabeis
Lo que en palacio ha pasado:
Toda la escena ha cambiado,
Señor conde, ya lo veis.
Privada de libertad,
A mi pesar, vuestra hermana,
Y una nueva soberana,

Segun se dice....

ROCHFORD.

Callad !

CROMWELL.

Guardias.

ROCHFORD.

Sin duda el infierno,
Hombre inícuo, te abortó,
O á la tierra te mandó
En su cólera el Eterno.

(*Aparecen en la puerta las guardias.*)

CROMWELL.

Os perdono : con razon
Hablais, señor conde, así.

ROCHFORD.

¡Huye, apártate de mí,
Ministro de maldicion!

CROMWELL.

Como ministro, la ley
Debo á mi pesar cumplir;
Yo la quisiera eludir ;
Pero así lo manda el rey.
Una ocasion vuestro labio
En público me ultrajó;
Mas no la recuerdo, no,
Yo sé olvidar un agravio.
Y que, en fin, en realidad
¿Qué venia á ser todo ello ?
Nada : que yo era plebeyo,
Y bien, esa es la verdad.
Pero ved, señor, la suerte
Qué injusta fué con los dos :
Yo estoy junto al trono, y vos
Tal vez cercano á la muerte.
Pero si mi valimiento....

ROCHFORD.

¡Y lo puedo tolerar! (*Quiere sacar la espada: Cromwell hace una seña á los guardias, que lo sujetan.*)
Vamos, llevadme á expirar
En un potro de tormento,
¡Sí, del abismo el horror

Prefiero al verte, malvado!

CROMWELL.

Sereis, señor, bien tratado,
Porque sois *hombre de honor*.

ROCHFORD.

Sólo así puedes tener
Tanta audacia; si estuviera
Libre yo, temblar te viera
Como cobarde mujer.
Haz que me maten, traidor:
Pues si me librara un dia,
Tu sangre no bastaria
Para saciar mi furor.
Ni quedar impune creas,
Aunque muera yo, malvado,
Que el cielo por fin cansado....

CROMWELL.

Llevadle.

ROCHFORD.

¡Maldito seas! (*Vase.*)

ESCENA IV.

CROMWELL.

Señor conde, este es mi dia;
Yo el vuestro sufrí con calma;
Fortuna es tener una alma....
Una alma.... como la mia.
Es preciso activo ser;
Hay mil cosas que arreglar:
Una reina que quitar,
Otra reina que poner.
¡Pueblo, pueblo, qué lecciones!
El rey juega con las leyes,
Los ministros con los reyes....
¿Y lo sufren las naciones? (*Vase.*)

ESCENA V.

ISABEL PRÉSTON Y UN PAJE.

ISABEL.

Decid á S. M.
Que de parte de la reina
Vengo á verle.

PAJE.

¿Vuestro nombre?

ISABEL.

Isabel Préston. ¡Oh! quiera, (*Vase el paje.*)
Quiera el cielo bondadoso
Que la triste Ana Bolena
Recobre el favor de Enrique!
! Quién de tan duro se precia,
Que al ver á esta hermosa jóven
Tan inocente y tan bella
En aquella oscura torre,
Llanto de piedad no vierta?
Tal vez esta triste carta,
Esta carta cuyas letras,
Están regadas con llanto,
La gracia del rey le vuelva.
Gran Dios, extiende tu mano:
Dale á mis palabras fuerza.

ESCENA VI.

ENRIQUE VIII, ISABEL PRÉSTON.

ENRIQUE.

Lady Préston, bien venida.

ISABEL.

Ojalá que en hora buena
Llegase, señor.

ENRIQUE.

Decid,
¿Qué os conduce á mi presencia?

ISABEL.

Permitid que de rodillas

Os haga, señor, entrega
De esta carta.

ENRIQUE.

Levantad.

ISABEL.

No, gran rey : tambien mi lengua
Por la verdad, animada,
La verdad, no la elocuencia,
Quiere, si acaso es posible,
Dar á esa carta más fuerza.

ENRIQUE.

Levantad, os lo suplico.

ISABEL.

V. M. lo ordena.

ENRIQUE.

¿Qué carta es esta?

ISABEL.

¿Es posible
Que desconozcais la letra,
La letra que en otros dias
Hizo palpitar con fuerza
Vuestro corazon amante?
Abrid la carta, y en ella
Vereis el idioma santo
Con que la verdad se expresa
Es de vuestra fiel esposa,
De la triste Ana Bolena.

ENRIQUE.

¡Fiel!

ISABEL (*hincándose*).

Sí, señor, yo lo juro
Por ese Dios cuya diestra
Al calumniador castiga;
Lo juro por mi existencia,
Por cuanto hay de más sagrado
En el cielo y en la tierra.

ENRIQUE.

Levantaos.

ISABEL (*levantándose*).

Yo he vivido
Ha mucho tiempo con ella:
Sus costumbres, sus palabras,

Sus acciones más secretas,
He presenciado, y repito
Que es imposible hallar pruebas
Del crímen que se le imputa:
Que la atroz maledicencia,
Y la envidia y la venganza
Por todas partes la cercan.
Y, sin embargo, á excepcion
De una que otra ligereza
Excusable, que ni crímen
Ni áun falta llamarse pueda,
No hallarán en su conducta
Sino verdad y pureza.
Por desgracia en todas partes
Se alza el odio contra ella,
Porque en su nombre, señor,
Se han cometido violencias.
Cuando el huracan combate
A esta flor cándida y bella,
Que ninguna voz se alza
Para tomar su defensa;
Cuando entre prisiones gime
Sin un amigo siquiera,
¿No le tendereis la mano?
¿En su favor no resuena
Alguna voz en el fondo,
Señor, de vuestra conciencia?

ENRIQUE.

Basta, Lady Préston, basta;
Nada ya que hacer me resta:
La cámara vá á reunirse;
Ella dicte la sentencia.

ISABEL.

Pero, señor....

ENRIQUE.

Basta, digo,
Y á la triste Ana Bolena,
Esto mismo que os he dicho
Repetidle por respuesta.
Guárdeos Dios.

ISABEL.

(¡Desventurada!

Ningun recurso le resta :
Sólo Dios le hará justicia.
¡ Temblad, reyes de la tierra !) (*Vase.*)

ESCENA VII.

ENRIQUE VIII.

¿Qué clase de sentimiento
Turba mi serenidad?
¿Es el amor? ¿la piedad ?
¡ Acaso el remordimiento !
¿ Puedes juzgar con razon
Que Ana Bolena es perjura,
Enrique ? ¿Quién lo asegura ?
Registra tu corazon.
No ; tu capricho es la ley,
Hablan sólo tus pasiones,
¡ Y hay un Dios que las acciones
Juzgará por fin del rey !
Quisiera salvarte, Ana ;
Pero es á mí superior
Este frenético amor....

ESCENA VIII.

ENRIQUE VIII, JUANA SEYMOUR, CROMWELL.

CROMWELL.
Aquí está la hermosa Juana.

ENRIQUE.
Llegad, bella Juana,
Dejad el temor :
¿ Temeis mi presencia ?....

JUANA.
¡ Oh ! temerla, no ;
Pero....

ENRIQUE.
¿ Tiemblas, Juana?
Qué amable candor ;
Más hermosa eres
Que el brillante sol :

Siéntate, y escucha
Tranquila, mi voz.

JUANA.

¿ En vuestra presencia ?

ENRIQUE.

Sí, lo mando yo.

CROMWELL.

El rey os lo manda,
Y es vuestro señor.

JUANA.

Obedezco.

ENRIQUE.

¡ Oh Juana !
De mi corazon
Los ocultos senos
A mostrarte voy.
Jóven, yo te amo ;
Pero esta pasion
No es de afecto débil
Centella veloz ;
Es un incurable
Frenético ardor :
Te amo, como aman
Las flores al sol,
Á la madre el hijo....
¿ Mas qué digo ? No,
Para lo que siento
No hay comparacion.
¡ Te amo, como ama
El ángel á Dios !
¿ Ves de esa corona
El régio fulgor ?
¿ Ves ese respeto
Que una gran nacion
Me tributa ?! Oh Juana !
Por el esplendor
De tus ojos bellos
Los trocara yo !
Sí, por un cayado
De humilde pastor
Dejara mi cetro.
Si tu corazon

En cambio me daba
Dulcísimo amor!
Respóndeme, Juana,
Responde á mi voz.

JUANA.

Señor, no merezco....

ENRIQUE.

No digas señor,
Que tú eres mi reina,
Yo tu esclavo soy.
Ha llegado el dia
Que el cielo marcó
Para que ocuparas
Un puesto mejor.
De simple vasalla
No es tu condicion:
Sube al trono augusto
Que te brindo yo.

JUANA (*levantándose*).

¡Un trono! ¡Qué escucho!
¡Un trono! ¡Gran Dios!
Siento arder mi frente.
Jamas la ambicion,
Jamas, pobre Juana,
En tu pecho entró:
Y hora.... de improviso....
Tal declaracion....
Me parece sueño;
No sé dónde estoy.

CROMWELL.

(Á la simplecilla
Le falta valor;
Preciso es que acuda
En su auxilio yo.)
Señor, la sorpresa
Embarga su voz;
Mas tantas bondades
Pagará su amor.

ENRIQUE.

¡Oh! mírala, Cromwell:
Con su agitacion,
Sus vagas miradas,

Su hermoso color,
Parece á mis ojos
Celeste vision.
Fantástica forma
Que un mago invocó:
¡Oh sueño brillante
De dicha y amor!
¿Juana, dí, me amas?

JUANA.

Pero... sí... ¡Gran Dios!
¡No sé lo que digo!

CROMWELL.

¿Lo escuchais, señor?
Os ama.

ENRIQUE.

Bien; basta:
En otra ocasion
Hablarán sus labios
Sin tanto rubor.

ESCENA IX.

DICHOS, UN PAJE.

PAJE (*anunciando*).

El conde de Northumberland.

ENRIQUE.

Que pase. (*Vase el paje.*)
Y tú, jóven hermosa, te retira:
Nos verémos despues; pero entre tanto
Recibe de mi mano esta sortija. (*Se la pone.*)

JUANA.

Gracias, señor.

ENRIQUE.

¡Oh Cromwell! más que nunca
Siento arder en amor el alma mia.

ESCENA X.

ENRIQUE VIII, ENRIQUE PERCY (*que entra al salir Juana y Cromwell*).

ENRIQUE.

Llegad, mi querido conde :
Tengo gran placer de veros,
Sabeis que os aprecio.

PERCY.

Yo
Tanta bondad agradezco ;
Mas hoy, señor, á quejarme,
Y sólo á quejarme vengo.

ENRIQUE.

¿ De quién, conde ?

PERCY.

De vos mismo.

ENRIQUE.

¿ De mí mismo ? no os entiendo.

PERCY.

Bien sabeis, señor, que ántes
De subir al trono excelso
Vuestra infelice consorte
(Que gime hoy en un encierro)
Fué mi esposa prometida.

ENRIQUE.

Bien lo sé, conde, y sobre esto
Quiero, como os dije ya,
Ciertas preguntas haceros.
Proseguid.

PERCY.

Yo amé á esa jóven :
La amé con tan grande afecto,
Que es difícil describirlo ;
Más difícil comprenderlo ;
Pues decir que la adoraba,
Que ella fué el primer objeto
Que encendió en el alma mia
De amor el sagrado fuego,

Que mi luz eran sus ojos,
Su sonrisa mi recreo,
Mi cielo su frente pura,
Y mi música su acento,
Son débiles expresiones
De lo que sintió mi pecho;
Que hay cosas que no se explican
En el humano dialecto.
Sólo en Ana estaba fijo
Sin cesar mi pensamiento,
Como en la estrella del Norte
Los ojos del marinero:
De dia era mi esperanza,
Mi ocupacion, mi embeleso,
Y de noche embellecia
Mis dulcísimos ensueños.

ENRIQUE.

¡ Mucho la amábais !

PERCY.

¡ Oh ! tanto,
Que no basto á encarecerlo.
Mi alma entónces se gozaba
En un porvenir risueño,
Que se disipó cual humo
Á los impulsos del viento:
Vos, señor, arrebatásteis
Todos mis goces á un tiempo;
Todo, pues en esa jóven
Se cifraba mi universo.
Se ofuscó la desdichada
Con el esplendor del cetro,
Y por ocupar el solio,
Olvidó mi amor sincero:
Este amor era tan puro,
Tan fino, tan verdadero,
Que si perderle sentia,
Me consolaba á lo ménos
La idea de que era un trono
De sus virtudes el premio.
Su dicha, señor, su dicha
Era mi mayor anhelo,
Aunque yo sufriera en cambio

Una vida de tormentos.
Subió Ana Bolena al trono
Entre públicos festejos;
Yo, triste y desesperado,
Partí para mi destierro.
¿Qué me importaba la corte,
Músicas, bailes y juegos,
Si el alma del alma mia
Me arrebataron los cielos?
Así he vivido, señor,
Rogando siempre al Eterno
Que sobre Ana derramase
La dulce paz y el contento.
¿Y pensais que el que la ha amado,
¡Oh gran rey! con tal extremo,
Pueda tornarse en verdugo?
(*Saca un papel.*)
Al ver este nombramiento
Que de recibir acabo
Para ser juez... ¡vive el cielo,
Señor, que toda mi sangre
Sentí en mis venas ardiendo!
¿Pensais....? Pero no sois vos,
Es el ministro perverso
Que ha dirigido esta trama;
Él solo quien ha supuesto
Que Enrique Percy podria
Abrigar un sentimiento
Innoble, y que se prestase
Á sus infames deseos.

ENRIQUE.

¡Conde!

PERCY.

Sí, señor; suponen
Que aquel pasado desprecio
De mi amor, á la venganza
Conduzca mi airado pecho.
Por Dios que no me conoce
Quien tal infamia ha supuesto.
Regístrense los anales
De mi familia, y en ellos
Se verán, señor, virtudes,

Heroicidad, altos hechos,
Y en muchas generaciones
No se encontrará un ejemplo
De bajeza, ni una mancha
Que empañe su brillo terso.
De Northumberland los condes,
Nobles siempre y grandes fueron;
Y yo que heredé su nombre,
Tambien sus glorias heredo.
Aquí está, señor, mi espada
Pronta para defenderos;
Si es necesaria mi sangre,
Tambien, señor, os la ofrezco;
Pero mostradme enemigos
Dignos de mi noble esfuerzo,
Empresas grandes mandadme,
Que esta mano y este acero
Ni suscriben una infamia,
Ni hieren al indefenso.
Nombrad para juez á otro;
Pares hay en vuestro reino,
Que con pureza y justicia
Desempeñen este empleo,
Sin tener para rehusarlo
Los motivos que yo tengo.
Pero querer que el amante
Se convierta en juez severo,
Y que en su alma resuciten
Antiguos resentimientos,
Es pretender que mi nombre
Se cubra de oprobio eterno.
Dispensadme.

ENRIQUE.

Os he nombrado
Porque sois, conde, muy recto
Y el triunfo de la justicia
Es lo único que deseo.
Pero dejando esto á lado,
Decid, conde, ¿en aquel tiempo
Que amásteis á esa infelice,
Hubo acaso de por medio
Esponsales?

PERCY.

No, señor;
Fué un solo sencillo afecto;
Ni otro lazo nos unia,
Que un amor puro y sincero.

ENRIQUE.

Aceptad, pues, os repito,
Aceptad el nombramiento,
Sed superior á las voces
Del amor ; así lo espero...
Este es un servicio, conde,
Que le hareis á todo el reino. *(Vase.)*

ESCENA XI.

PERCY.

¡Qué calma! Qué sangre fria !
¿Y pudo el rey un momento
Imaginar que su intento
Apoyase la voz mia?
El nombramiento de juez
Acepto, ¡oh desventurada,
La verdad será escuchada,
Y te salvaré tal vez.
Sí: será tu defensor
El mismo á quien despreciaste :
Hoy que del trono bajaste,
Hoy te sostendrá mi amor.
¡Ah! si te puedo salvar,
Si hago respetar la ley,
Aprenda de mí ese rey
Cómo se debe portar.
No me importar su furor;
Adule otro con bajeza ;
Yo perderé mi cabeza,
Pero salvaré mi honor.

ACTO CUARTO

LA SENTENCIA

Gran sala en la Torre, llamada *Sala del rey*. En derredor una especie de estrado elevado, y circundado de una balaustrada: dentro de él asientos para los pares: en el centro, una especie de dosel con las armas de Inglaterra.

ESCENA I.

CROMWELL.

Cromwell, unas horas más,
Y tu obra será completa:
Ya de los gentiles-hombres
Se pronunció la sentencia.
¡Muerte! ¡Gran Dios! ¡Esta sangre
Tal vez sobre mi cabeza
Caerá! Tiemblo, á pesar mio.
Á mi pesar se apodera
Cierta inquietud de mi alma...
Pero no; vanas quimeras.
La fortuna se declara
Por mí: cada instante aumenta
Mi valimiento en la corte.
Pronto esa orgullosa reina,
Aquí mismo en esta sala
Escuchará su sentencia.
La cámara va á reunirse;
Esa soberana nueva
Me deberá su fortuna:
Cuando en el trono se vea,
No puede olvidarse... ¡ah! sí,
Sí, no será la primera

Que los servicios pasados
Desconozca en la opulencia.
¡La suerte de un favorito
Suele ser tan pasajera!
Volseo tambien gozaba
Una privanza completa:
Tambien como á mí del polvo
El rey lo elevó á otra esfera,
Y cayó al fin. Ese Enrique
Tan inconstante se muestra
En mujeres y en ministros,
Que vivir temiendo es fuerza.
¡Ánimo, Cromwell! De otros
Te servirá la experiencia,
Y de la fortuna instable
Tal vez fijará la rueda.

ESCENA II.

CROMWELL, PERCY.

PERCY.

Os bucaba.

CROMWELL.

¿Vos, señor?
¿En qué puedo yo serviros?

PERCY.

Cosas tengo que deciros
De alta importancia, milord.

CROMWELL.

(Tiene un aire de grandeza,
Una superioridad)...

PFRCY.

Hablaré con claridad,
Ya conoceis mi franqueza;
La misma espero de vos:
Solos estámos aquí.
¿Me conoceis, conde?

CROMWELL.

Sí.

PERCY.

Nos conocemos los dos.

Ocupaís hoy un lugar,
Sin duda muy elevado;
Mas no al ministro de estado,
Sino á Cromwell quiero hablar:
¡Á Cromwell! ya me entendeis.
No sois un necio, milord,
Y al traves del esplendor
Que os circunda, os conoceis.
Esa efímera grandeza,
En que os hallais, es prestada;
Vos salísteis de la nada....

CROMWELL.

¡Yo!

PERCY.

Perdonad mi franqueza.
La posicion en que os veis
Acaso no es duradera,
Y de la misma manera
Que subisteis, bajareis;
Porque de un rey el favor
Es sombra que pronto huye,
Débil flor que se destruye
Al vientecillo menor.
Hombres de antigua nobleza
El favor han obtenido,
Y, sin embargo, han perdido
El favor y la cabeza.
Así, Cromwell, no podeis
Sobre esta verdad cegaros,
Y otros bienes procuraros,
Para este caso debeis.
Porque hablando con verdad,
Esas palabras, milord,
De patriotismo y honor,
Nada son en realidad
Para vos, y apreciareis
En más un rico diamante,
Que esa placa deslumbrante
Que sobre el pecho teneis.

CROMWELL.

¿Me insultais?

PERCY.

No, conde, no :
No tenemos un testigo,
Os hablo como un amigo ;
Ni soy indiscreto yo :
Hablad con franqueza, pues,
Para que nos entendamos :
Todos, Cromwell, procuramos
Nuestro privado interes.
En público no hablarémos
De esta manera jamas,
Pero es comedia no más
Lo que ante el público hacemos.
Grande riqueza teneis ;
Pero muy mal adquirida,
Y en caso de una caida,
Vuestros bienes perdereis.
Vos debeis, Cromwell, buscar
Para este caso un amigo.

CROMWELL.

Sí.

PERCY.

Podeis contar conmigo,
Si me quereis ayudar.
No perdais esta ocasion :
Ademas de mi amistad,
De mis bienes la mitad
(*Saca un papel.*)
Ved en esta donacion.
Vuestra será si quereis.

CROMWELL.

¿Con qué condicion, señor,
Debo obtener tal favor ?
Espero que os expliqueis.

PERCY.

Cromwell, tomad el partido
De la reina.

CROMWELL.

¡ No, jamas !

PERCY.

Os daré mil veces más
De lo que os tengo ofrecido.

Ya conoceis mi opulencia,
Vuestra será desde hoy;
Todos mis bienes os doy
Si defendeis la inocencia.
Cromwell, Cromwell, bien sabeis
Que no es Ana criminal;
Decidlo en el tribunal;
Y grande y rico sereis.
Pero decidlo, por Dios,
Salvad á esa desgraciada.

CROMWELL.

No os puedo prometer nada,
Señor, lo siento por vos;
Y pues buscais la franqueza,
Os descubro el alma mia:
Por perder á Ana, daria
Mis bienes y mi cabeza.

PERCY.

¡Qué escucho!

CROMWELL.

No hay esperanza,
Señor.

PERCY.

Me ciega la ira:
¡Bárbaro! ¿quién os inspira
Tanto rencor?

CROMWELLL.

¡La venganza!
Esa reina y sus parientes
Mi destruccion meditaban.
En público me ultrajaban
Con sus lenguas maldicientes:
Toda la corte reia
Al ver mi ridiculez;
Pues bien, ya llegó mi vez;
Yo aprovecharé mi dia.
Era una lucha, señor:
Si yo la hubiese perdido,
Tal vez no se hubiera oido
Una voz en mi favor.
Como un perro hubiera muerto,
De todos menospreciado;

Pero, señor, he triunfado,
Me aprovecharé por cierto.

PERCY.

Reflexionadlo : yo espero
Que mudareis de opinion.

CROMWELL.

No : mi eterna salvacion
Porque cambie, no la quiero.

PERCY.

¡Hombre bárbaro y cruel,
Hombre de sangre y horror!
¡Tú provocas mi furor!
¡Guárdate, infeliz, de él!
Tu soberbia aniquilada,
Tu odioso nombre en olvido,
Y tú á polvo reducido
Quedarás si alzo mi espada.
Y pues prefieres así
Mi furor á mi amistad,
¡Tiembla! Ya la eternidad
Se está abriendo para tí.
La sangre que se derrama
Por tu culpa, se alzará,
Y tus huesos quemará
Como abrasadora llama:
La cólera del Eterno
Caerá sobre tí, malvado,
Y allá en su seno abrasado
Te recibirá el infierno.

CROMWELL.

No extraño vuestro furor:
Si en mi poder estuviera.....

PERCY.

¿Y no te veré siquiera,
Triste objeto de mi amor?

CROMWELL.

(Esa rica donacion,
¡Cómo dejarla escapar!)

PERCY.

(Ana, por tí á suplicar,
Me abato en esta ocasion.)
Cromwell, debeis dispensar

Mi funesto frenesí,
Tened compasion de mí,
¿No sabeis lo que es amar?
Os suplico por el cielo,
Ya que tanto os obstinais,
Que al ménos me concedais
Dar á esa infeliz consuelo.
Para entrar á su prision
Dadme una órden, os lo pido
Con llanto y agradecido
Os cedo esta donacion. *(Se la da.)*
Tomadla : no me la deis,
Cromwell, no me la volvais.
La órden, la órden, ¿me la dais?

CROMWELL.

No soy mármol, la obtendreis.

PERCY.

¡Gracias, gracias! Ana mia,
Mia la desgracia te ha hecho:
Yo te estrecharé á este pecho,
Que tú rompiste algun dia.
Yo suspiraré contigo,
Yo recibiré tu llanto,
Consolarán tu quebranto
Las lágrimas de un amigo

CROMWELL.

Los pares van á llegar;
Moderad vuestro dolor.

PERCY.

Triste objeto de mi amor,
¿Y no te podré salvar?
¡Tormento, tormento atroz!
¡Mundo injusto, mundo impío!
La hora va á llegar, ¡Dios mio!
Dale elocuencia á mi voz.

ESCENA III.

DICHOS, EL DUQUE DE NORFOLK. (*Algunos pares que van llegando progresivamente, durante esta escena.*)

NORFOLK.

Guárdeos Dios: señor cònde,
Mucho me complazco en veros.
Hace tiempo que en la corte
No habitáis, Enrique.

PERCY.

Es cierto.
Me disgusta tanto el mundo,
Que he preferido el destierro.

NORFOLK.

¡Tan jóven!

PERCY.

Duque de Norfolk,
Desde los años primeros
De mi existencia, he probado
El cáliz del sufrimiento.
Dulcísimas ilusiones
Me halagaron en un tiempo:
Pero pasaron, pasaron
Tan rápidas como el viento.
Un destino inexorable
Vino con mano de hierro
Á romper mis esperanzas,
Á despertarme del sueño.
Mis ojos vieron entónces,
En su aspecto verdadero
Del mundo las ilusiones,
Y su falsedad huyendo
En mis tierras he vivido,
Donde no miro á lo ménos,
La perfidia y las maldades
De que la corte es el centro.

NORFOLK.

Jóven, de vuestra familia,
Sois el único heredero:
La gloria debe animaros.

PERCY.

¿La gloria, señor? ¡Es cierto!
Yo probaré que soy digno
Del nombre de mis abuelos.
El valor y la justicia
Siempre de mi casa fuéron
Las principales virtudes:
Yo las tendré, lo prometo:
Animado de la gloria
Haré escuchar mis acentos
En favor del desgraciado.
Me vereis, duque, muy presto
Desafiar los furores
De un rey irritado y ciego.

NORFOLK.

¿Qué decís?

PERCY.

Que no es culpable
Ana Bolena. Yo espero
Que vos tambien, señor duque,
Unireis vuestros esfuerzos
A los mios, y salvarla
Acaso conseguirémos.

NORFOLK.

¿Salvarla, milord? ¡salvarla!
¿Estais en vos? ¡Vive el cielo,
Que no será! Por lo mismo
Que es mi parienta, deseo
Que lave su sangre impura
La deshonra que ha cubierto
El nombre de mi familia.
Sepa, conde, el mundo entero,
Que inflexible en la justicia,
Fuí superior al afecto.

PERCY.

El crímen no está probado,
Señor.

NORFOLK.

Uno de los reos
Ha confesado.

PERCY.

¡Qué escucho!

NORFOLK.

No lo dudeis, conde : Sméton
Lo ha dicho todo.

PERCY.

¡ Imposible !

NORFOLK.

¡ Yo, señor conde, no miento !
Mi cabeza ha emblanquecido
En la virtud ; más respeto
Se me debe.

PERCY.

Yo no digo
Que mintais ; pero sostengo
Que estais engañado, duque.
Esa confesion de Sméton
Será del infame Cromwell
Algun artificio nuevo.
La promesa de salvarle,
La vida tal vez lo ha hecho
Decir cosas que no existen.

NORFOLK.

Bien : ha llegado el momento
De decidirlo : ya el número
De pares está completo.
Ana Bolena bien pronto
Aparecerá : la oirémos.

PERCY.

Tú que eres verdad y vida,
Salva á la virtud, Dios bueno !

NORFOLK.

¡ Hola ! pónganse las guardias.
Nuestras sillas ocupemos.

CROMWELL (*á un par*).

No olvideis, milord, lo dicho.
(*A otro.*)
Contad con aquel empleo.
(*A otro.*)
El rey es muy generoso,
Y está de vos muy contento.

(*Ocupan todos sus asientos sobre el balaustrado ; se abre la puerta grande del salon ; se colocan centinelas en ella, así como en los extremos de la sala.*)

NORFOLK.

Ábrase la sesion. Ilustres pares,
Ya el motivo sabeis que os ha reunido;
Ana Bolena, reina de Inglaterra,
Se encuentra hoy acusada del delito
Espantoso y terrible de adulterio:
El lustre del Estado, el puro brillo
De la corona, la moral sagrada,
El nombre de Inglaterra, el honor mismo
De vosotros, Milores, se interesa
En que probado el crímen, sin castigo
No quede, con escándalo del mundo.
Cada uno de vosotros habrá visto
La causa, con la calma y la prudencia
Que exige el caso: oigamos al ministro;
Despues á la acusada, y vuestros votos
Recibiré por fin. ¡Ilustres hijos
De Inglaterra! ¡ que el cielo os aconseje!
Obrad sin prevencion. Hable el ministro.

CROMWELL.

Doloroso es, Milores, en tal causa
Ser el acusador: el labio mio
No sé si articular podrá las voces
Que por órden del rey debo deciros.
Esa reina es tan bella, tan graciosa,
Tiene en torno de sí tal atractivo,
Que parece imposible que su alma
Haya sido capaz de tal delito.
Así el rey lo juzgaba: mucho tiempo
Hace que con prudencia y con sigilo
Sigue los pasos de su infiel esposa.
La noble alma de Enrique no ha querido
Obrar con ligereza; él adoraba
Á esa infeliz mujer: yo era testigo
Del amor que el monarca le tenia.
Un esposo jamas hubo tan fino
Como Enrique lo fué. Pruebas muy grandes,
Pruebas irrefragables del delito
Han sido necesarias á irritarlo.
Enrique, largo tiempo los oidos
Cerró á la acusacion; pero en la corte
Con escándalo grande, en mil corrillos

Se murmuraba ya de su clemencia.
Indagar el orígen fué preciso,
De estas hablillas, y encontró las pruebas.
En la causa, milores, habréis visto
Varias declaraciones, que contestes
Prueban los vehementísimos indicios
Del crímen de la reina, y finalmente,
Mirad este retrato y este anillo
Por el rey mismo á Sméton arrancados.
Ellos prueban, milores, el cariño
Que á su paje tenia Ana Bolena.
El mismo Sméton francamente ha dicho
Por su propia conciencia estimulado,
Que de la reina fué correspondido.

PERCY.

¿Y esa declaracion dónde se encuentra?

CROMWELL.

La retractó al momento, seducido
Por agentes tal vez de Ana Bolena.
Mi narracion, milores, he concluido :
Decidid este asunto : el rey espera
De vuestra rectitud un fallo digno.

PERCY.

Nobles pares, oid : la verdad santa,
La verdad sola dicta mis acentos.
Ana Bolena tiene acusadores,
Pero no un defensor de sus derechos.
Examinad con rectitud la causa,
Examinadla, jueces; que ni el miedo,
Ni la lisonja vil, en vuestras almas
Influyan en tan crítico momento.
Aquel que tenga una alma tan mezquina,
Que la verdad sagrada conociendo
Tema irritar al rey, y la justicia
Tuerza tal vez por tan innoble miedo,
Deje la vestidura respetable,
Y desocupe el elevado asiento,
Que yo no temo al rey ni á sus ministros :
Sólo la infamia y la vergüenza temo.
¿Cuáles las pruebas son de este delito
Que en la reina suponen ? Yo no veo
Sino sospechas, y sospechas vagas,

Calumnia y nada más: he aquí el proceso.
¿Qué dicen los testigos? que la han visto
Reir con Wáston, elogiar á Sméton,
Que al caer en Grenwich el bravo Norris,
Echó sobre él la reina su pañuelo:
Que han visto algunas veces á su hermano
Junto á la cabecera de su lecho.
¡Grandes pruebas, por Dios! ¿Y ese retrato
Quel el rey halló de Sméton en el cuello,
Y esa sortija de que tanto alarde
Ha hecho el ministro, son los documentos
Que prueban el delito? ¿Desde cuándo
Es vedado á una reina dar en premio
Una sortija suya, estimulando
De algun poeta ó músico el talento?
Si esta accion un motivo ménos noble
Tenido hubiese, hiciérala en secreto,
No ante toda su corte, que el delito
La soledad procura y el silencio.
¿Y ese retrato?..... Fuerza es confesarlo:
El rey tiene un bajísimo concepto
De los nobles Ingleses que me escuchan,
Si alegar quiere como prueba este hecho.
Si sin su aprobacion se la retrata,
O con ella tambien, ¿qué prueba esto?
Dése una nueva ley, y en adelante
Lleve siempre la reina con un velo
Cubiertas sus facciones. ¡Ah, milores!
¿Y estas las pruebas son? ¡viven los cielos!
Que si por esta acusacion se juzga
Sin agregar mejores fundamentos,
La sangre de esa víctima infelice
Caerá sobre vosotros, y el Eterno
Terrible cuenta os tomará algun dia.
Jueces, temed su tribunal tremendo;
Temed el deshonor de vuestro nombre;
Temed la execracion del universo.

NORFOLK.

Que se presente al punto la acusada,
Y lo que tenga que decir oirémos
Para fallar mejor: vos entre tanto
Las suertes repartid.

PERCY.

¡Piadoso cielo,
Qué horrible situacion! Dígnate darme
Para mirarla sin morir, esfuerzo.

ESCENA IV.

DICHOS, ANA BOLENA (*que aparece seguida de sus damas, entre las que están Lady Seymour é Isabel Préston; Ana, vestida de negro y cubierta con un velo negro*).

NORFOLK.

Llegad, señora: ya el crímen
De que os acusan sabeis.

ANA.

Sí, señor.

NORFOLK.

Los nobles pares
Que ha comisionado el rey
Para juzgaros, os oyen:
Si defenderos quereis,
Hablad; pero hablad, señora,
Con candor y buena fe;
De este modo el soberano
Os perdonará tal vez.

ANA.

¿Perdonar? ¿De qué delito?
Si por crímen entendeis,
Milores, leves indicios
Contra el texto de la ley
Y sospechas infundadas
Que á pesar del interes
Que en perder se haya tenido
A esta infelice mujer,
Nada prueban: si es acaso
Un crímen alegre ser:
Si reir es un delito,
Si amar á su hermano lo es,
Yo soy criminal sin duda,
Y no me avergonzaré
De confesar estas faltas,
Si por faltas las teneis.
¿Pero esto prueba, milores,

Que esta desgraciada fué
Rea del crímen espantoso
De adulterio ? ¡ Eterno Sér !
Esta acusacion horrible
Es sin duda más cruel
Que el suplicio. Nobles pares,
En vuestra mano teneis
Mi suerte : como os agrade
De mi vida disponed.
Pero por el cielo os juro,
Por aquel supremo Juez,
Ante quien todos nosotros
Debemos comparecer :
Por mi vida y por mi alma,
Os juro que no manché
Mi honor ; que nunca un esposo
Tuvo una esposa más fiel.
Esta es la verdad, milores.

NORFOLK.

¿Ese anillo conoceis?

ANA.

Era mio : la habilidad
De Sméton con él premié
Públicamente.

NORFOLK.

Sin duda
Reconoceréis tambien
Ese retrato.

ANA.

Es el mio.
¿Acaso es delito ser,
Sin saberlo, retratada ?
Ni áun sabiéndolo lo es.

NORFOLK.

Sméton ha confesado
Que correspondido fué
Por vos, señora.

ANA.

Mintió,
Y se retractó despues.
Norris, Bréreton y Wáston,
Han sabido sostener

La verdad, y aunque el perdon
Se les ofrece tal vez
Por premio de la calumnia,
Quieren ántes perecer
Que suscribir á la infamia.
Milores, hay otro Juez,
Que es superior á vosotros:
Si vuestro fallo cruel
Mancha mi nombre, algun dia
Conmigo apareceréis
Ante su eterna justicia.
Jueces, apelo ante él:
Resentimientos injustos
Del señor conde de Essex,
Que ha jurado mi ruina;
Nuevos amores del rey,
Hé aquí mi crímen ¡Oh pares!
Condenadme si quereis:
Me resigno, y os perdono.
Dios os juzgue.

NORFOLK.

¿No teneis
Más que decir?

ANA.

Sí, milores,
Que tambien perdono al rey.

NORFOLK.

Salid, señora.

ANA.

Gran Dios,
Que el fondo del alma ves,
Tú mi inocencia conoces;
Dígnate ¡oh Dios! sostener
Á esta desdichada. ¡Oh Cromwell!
Yo te perdono tambien.

ESCENA V.

DICHOS MÉNOS ANA BOLENA Y SUS DAMAS.

NORFOLK.

Sentenciad ¡oh nobles pares!
(*Toca la campanilla, y aparece un paje.*)

Los votos ya recoged.

(*Recoge en una urna los votos y los entrega á Norfolk.*)

PERCY.

¡Dios mio! ¡Qué agitacion!
¡Ana, cuál será tu suerte!

NORFOLK (*vaciando la urna, en que aparecen muchas bolas negras con algunas blancas*).

Hé aquí la sentencia.

PERCY.

¡Muerte!! (*Cae en una silla.*)

NORFOLK.

Se levanta la sesion. (*Se levantan todos.*)

PERCY.

Saciad, bárbaros, saciad
Vuestra furia: hollad la ley,
Doblad la rodilla al rey,
Sus pasiones adulad.

NORFOLK.

Reportaos, conde.

PERCY.

No:
Acusadme si quereis,
Mi sangre derramaréis;
¡Y bien! eso quiero yo.
La grande obra terminad,
Intérpretes de la ley;
Llevad mi cabeza al rey,
Con ella el favor comprad.

NORFOLK,

Basta ya.

CROMWELL.

De su afliccion
Compadeceos: venid.

NORFOLK.

Sí, vamos.

PERCY.

Cromwell, oid.
Cromwell, Cromwell, ¡maldicion!!!

ACTO QUINTO

LA TORRE Y EL CADALSO

PRIMER CUADRO

Prision de Ana Bolena en la Torre de Lóndres : una mesa con un Crucifijo : algunos papeles sobre ella : puerta al fondo, que se supone la entrada exterior : puerta á la izquierda, que se supone el dormitorio de Ana Bolena.

ESCENA I.

ANA BOLENA (*apoyada en la mesa*).

¡ No dormir, no descansar !
¡ Tener fijo el pensamiento
En este horrible momento
Que no se puede olvidar !
Nada tengo que esperar
De este mundo, y todavía
Existe en el alma mia
La esperanza. ¡ Hija del cielo !
Tú eres mi último consuelo,
Tú mi sola compañía.
¡ Morir ! morir ! ¡ Es tan dura
Esta palabra ! ¡ Dios mio !
¡ Siento al pronunciarla un frio !
¡ Contiene tal amargura !
¿ Conque pronto esta hermosura,
A quien Lóndres admiraba,
Que el cetro de oro empuñaba,
Será en polvo convertida ?
¿ Le diré adios á la vida
Cuando todo me halagaba ?

¡Espantosa situacion!
Siento mi frente abrasada,
Siento aquí una mano helada
Que me abruma el corazon:
Oh jueces! por compasion
No me debeis descubrir
Mi sentencia, si á vivir
No me destina la suerte,
Que esperar la horrible muerte
Es muchas veces morir.
¡Ay! morir, es descansar:
¿Por qué temer tal momento?
No sé; pero es un tormento
Si se tiene que esperar.
¿Y te atreves á quejar
De tu suerte, Ana Bolena?
Sufre tú la misma pena
Que otros por tí habrán sufrido:
Tomas Morrus, tu gemido
Hoy en mis oidos truena.
¡Piedad, piedad, Dios de amor!
Perdona á esta desgraciada:
Mírame á tus piés postrada *(Ruido dentro.)*
Compadece mi dolor.
Llega alguno: ¡que temblor!
Acaso el verdugo.... sí:
Aquí está mi cuello, aquí;
Mas no me hagais padecer,
Soy una débil mujer,
Tened compasion de mí.

(Se cubre el rostro con las manos, y queda asi algunos momentos.)

ESCENA II.

ANA, SIR WILLIAMS KINSTON.

KINSTON.

¡Héla allí: pálida, triste,
Sin amigos, sin consuelo!
¡Cambio espantoso! Del trono
Bajar al horrible seno

De esta prision : la infelice
No sabe del parlamento
La decision : todavía
Acaso late su seno.
Animado de esperanza.
Yo, yo soy el mensajero
De su sentencia. ¡ Dios mio !
Dale para verla esfuerzo.

ANA.

¡ Ah ¡ ¿ sois vos, Kinston ?
Sobre vuestros ojos veo
Una lágrima ; si acaso....
Hablad : ese aire funesto....
Ese silencio, ¡ Dios mio !
Todo lo adivino, ¡ cielos !
¿ Conque ya no hay esperanza?

KINSTON.

No, señora.

ANA.

¡ Oh Sér supremo !
Sostén la flaqueza mia,
Anímame : yo fallezco. (*Se sienta.*)
Dadme la sentencia, Kinston,
Y de una vez apuremos
El cáliz de los dolores.
¡ Muerte ! muerte ! La merezco.
No por lo que se me imputa ;
Otros crímenes horrendos
Se han cometido en mi nombre ;
No los evité pudiendo....
Los autoricé. Decidme,
¿ Ocupábais ya el empleo
De teniente de la Torre,
Cuando aquí estuvieron presos
Rochester y Tomas Morrus ?

KINSTON.

Sí, señora. ¡ Qué recuerdos !

ANA.

¿ Los vísteis ?

KINSTON.

Sí.

ANA.

¡ Desgraciados !
Kinston, ¿ no es verdad que debo
Ocupar el mismo sitio
Que ántes ocuparon ellos?
¡ Dios es justo ! Amigo mio,
¿ No podré ver á lo ménos
A mi hija, á mi triste padre,
A mi hermano, á estos objetos
De mi cariño? Sir Kinston,
Para mí será un consuelo
Su presencia. ¡ Oh ! no es posible
Deciros lo que padezco :
¿ Los podré ver?

KINSTON.

No, señora;
El rey lo ha prohibido. Tengo
Ordenes tan terminantes,
Que nadie puede á los reos
Ver, sin firma del ministro.

ANA.

Hágase en todo, Dios bueno,
Tu voluntad, y recibe
Este sacrificio nuevo
En expiacion. Sir Kinston,
Decid, ¿cuántas horas tengo
Que vivir aún?

KINSTON.

Señora,
Ménos de doce.

ANA.

¡ Oh !qué tiempo
Tan corto ! Mi buen amigo,
¿ Es el verdugo muy diestro?
Yo necesito tan poco
Para morir ; ved mi cuello,
Es muy fácil el cortarlo,
Con el golpe más pequeño.
¿ No es verdad, Kinston?

KINSTON.

Por Dios,
No me habíeis así, os lo ruego.

Me olvidaba de un encargo,
Señora; un servidor vuestro
Que está preso en esta Torre
Quiere hablaros un momento.
Si lo permitis, al punto
Le vereis.

ANA.

¿Quién es?

KINSTON.

Sméton,

ANA.

¿Sméton? ese cobarde,
Ese traidor, que por miedo
Del suplicio, ha calumniado
Mi nombre? No quiero verlo;
Su presencia me irritara,
Y yo, sir Kinston, deseo
En mis últimos instantes
Tener otros pensamientos.

KINSTON.

Él mis pasos ha seguido:
¡Si viérais con cuánto empeño
Me demandaba esta gracia!
Vedle, señora, os lo ruego:
Quiere morir perdonado.
Sí, llegad, llegad Sméton.

ESCENA III.

DICHOS, SMÉTON.

SMÉTON (*se precipita á los piés de la reina*).

Señora, miradme aquí,
En mis lágrimas bañado:
Quiero morir perdonado,
¡Cuánto, cuánto os ofendí!
¡Oh! perdonad mi flaqueza!
Perdonadme, reina mia,
Si manchó mi lengua impía
Vuestra celestial pureza.
Yo me arrepentí....

ANA.

¡ Traidor !
Os arrepentísteis tarde :
Vos me amábais, ¡ ah cobarde !
No conoceis el amor.
¿ Y piensan que á mi deber
Por vos hubiera faltado?
¡ Ah ! si á un hombre hubiese amado,
Más hombre habia de ser.
Tomad leccion de firmeza
De mis otros servidores ;
Ellos no serán traidores
Por libertar su cabeza.
Á vos reservada estaba
Esta vergonzosa accion.
¿ Y es tan débil corazon,
Quién de amarme se jactaba ?
¿ Cómo en mi presencia os veis
Sin espirar de rubor ?
¡ Hombre vil y sin honor,
Dejadme, no me insulteis !

SMÉTON.

¡ Perdon, señora, por Dios,
O espiraré á vuestros piés !
Si grande mi culpa es,
Mucho más grande sois vos.

KINSTON.

Sí, señora, perdonad.

ANA.

Me olvidaba donde estoy,
Y que á comparecer voy
Muy pronto á la eternidad.
Yo os perdono, ¡ desgraciado !
¡ Cuánto mal me hicisteis vos !
Perdone mis culpas Dios,
Como yo os he perdonado.

SMÉTON.

¡ Ah señora ! ¿ y es verdad.
Que olvidais la falta mia?
Es hasta el último dia
La misma vuestra bondad.
Ya late mi corazon

Más tranquilo : ya la muerte
No me es tan dura, y mi suerte
Sufro con resignacion.
Ángel puro, ¿ así pagais
Tanto mal con tanto bien?
¡ Oh ! ¿ quién os iguala, quién ?
¿ Y por mi culpa llorais ?
¡ Qué débil, que ingrato fuí !
Y, sin embargo, señora,
Vuestra imágen seductora
Era todo para mí.
Un instante de temor....
¡ Temor infame ! Yo diera
Mil vidas si las tuviera,
Por olvidar este error.

ANA.

¡ Pobre Sméton !

SMÉTON.

¿ Derramais
Lágrimas de compasion?
¡ Oh cuánto á mi corazon,
Cuánto bien le procurais !
"¡ Pobre Sméton !" ¡ Qué palabra !
Repetidla todavía,
Y luego la suerte impía,
El abismo á mis piés abra.
"¡ Pobre Sméton !" ¡ Pobre, sí,
Muy pobre, muy desgraciado !
De una fiebre devorado,
Siempre gimiendo viví.

ANA.

Basta, Sméton ; olvidar
Debeis ya lo que pasó :
Ya nuestra hora sonó,
En Dios debemos pensar.

KINSTON.

Es tiempo ya de partir.

SMÉTON.

Por el cielo soberano
Dadme á besar vuestra mano.

ANA.

Adios.

SMÉTON.

Ya puedo morir. *(Vase y Kinston.)*

ESCENA IV.

ANA BOLENA.

Corre el tiempo presuroso,
La noche se acerca ya.
¡Qué pensamiento espantoso!
Ya tu luz ¡oh sol hermoso!
Para mí no brillará!
Sí, brillará tadavía,
Pero por última vez,
En la hora de la agonía,
En qué vuele el alma mia
Ante su terrible Juez.
Poco tengo que vivir....
Unas horas, ¡oh dolor!
¡Morir tan jóven, morir!
¡Ah! yo no puedo sufrir
Esta idea de terror.
Tú solo, Dios de piedad,
Eres la vida y la luz.
¡Ah! es tanta mi maldad,
Que ni á implorar tu bondad
Me atrevo al pié de la cruz.

ESCENA V.

ANA, PERCY.

PERCY.

Ana.

ANA.

¿Quién es?

PERCY.

¿Desconoceis, aca
La voz que en un tiempo os halagó

ANA.

¿Sois vos, Percy?

.quí están,
ueño,

PERCY.

Yo soy, y que he venido
A veros, Ana, en la hora del dolor.

ANA.

¿Vos, cuyo nombre en esa lista veo,
Vos mi juez?

PERCY.

¿Vuestro juez? no, vuestro amigo:
¿Ya no me conoceis? Dios os testigo
De que he sufrido tanto como vos:
Nombróme el rey porque tal vez pensaba
Que una venganza vil fuese mi guia.
Yo acepté por salvaros; la voz mia
Despreciando los riesgos esforcé.
¿Y vos pensais que el que os amó tan fino,
El que por vos perdiera su existencia,
Pudo firmar la bárbara sentencia?
Ana, ¡qué mal, qué mal me conoceis!

ANA.

Percy ¿es posible? ¡Percy, á quien un dia
Yo desprecié por la ambicion cegada!
Vuestra noble conducta me anonada;
Miradme aquí cubierta de rubor;
Digna no soy de afecto tan sublime,
Abandonadme á mi espantosa suerte.

PERCY.

Jamas, Ana, jamas: la misma muerte
Entibiar no podrá mi corazon.
Cuando sentada en el augusto trono
Te circundaba el fausto y la alegría;
Cuando en torno de tí todo reia,
Jamas con quejas tu placer turbé.
Yo triste y solo en fatigosa vida,
Horas pasé de amargo desconsuelo;
Siempre invocando en tu favor al cielo;
Llorando siempre mi perdido bien.
", que tu dicha se trocó en tormento,
'o bien en hórrido quebranto;
Portá Enrique; enjugará tu llanto:
Dado es mio, si tu dicha no.

ANA.

Adios. rezco tu piedad, Enrique!

¡Qué criminal, qué criminal he sido!
El llanto que mis ojos han vertido
No aplacará la cólera de Dios.
¡Ay! al entrar en esta horrible Torre,
Por esos calabôzos he pasado
De Morrus y Rochester: he temblado;
Me pareció escuchar su maldicion.
Sus sombras contra mí se alzan airadas,
Y si á los piés de Dios me precipito,
Parece que oigo un espantoso grito:
« ¡No hay para tí misericordia, no!!!,..... »
Y de mis huesos se apodera un frio
Que hasta en mi corazon mi sangre hiela.
Siento mi frente arder, y todo vuela
En torno mio, en vértigo fatal.
Y mil recuerdos en tropel confuso
Hierven tal vez en mi extraviada mente:
Lo pasado se mezcla á lo presente
Sin poder los objetos separar.
Miro un cadalso, un cetro, una diadema,
Y una frente con sangre á un tiempo mismo,
Un alto trono, un espantoso abismo,
Un regio manto, un mísero ataúd.
¡Ay! porque nada falte á mi desgracia,
Mi razon perderé.

PERCY.

¡Calla, infelice!
Alza tus ojos. ¿Qué, nada te dice
Aquel Dios que por tí murió en la cruz?
Una gota de llanto es suficiente
Para borrar las culpas de la vida.
Recobra tu razon, Ana querida:
Oremos juntos: Dios te escuchará.

ANA.

¿Recuerdas la cancion que me cantabas
En el país de Kent? ¡con qué ternura!
¡Yo era entónces tan cándida, tan pura!

PERCY.

¡Qué recuerdos, gran Dios!

ANA.

Aquí, aquí están,
Parece que despierto de un gran sueño,

¡ Sueño brillante á un tiempo y espantoso!
Y que vuelvo á encontrar aquel reposo,
Aquella dulce paz que ántes gocé.
En mi sueño tambien me parecia
Que era en brillantes himnos celebrada ;
¿ Pero qué puede compararse ? ¡ nada !
Con lo que tú cantabas á mis piés.
Ni el incienso que mandan á los reyes,
Con aquellos gratísimos olores
Que despedian las hermosas flores
Con que ornabas mi frente virginal.
Yo era entónces hermosa : cuando el áura
De mi semblante separaba el velo,
¿ Ves, me decias, ese hermoso cielo ?
No puede compararse á tu beldad.

PERCY.

(¡ Infeliz ! ¡ A lo ménos un instante
Roban á su dolor las ilusiones !
¡ Jóven desventurada!)

ANA.

Estos salones
Son de un palacio : vámonos de aquí.
No, no : son las paredes de una Torre.
De la Torre de Lóndres ; ¡ desdichada !
Estoy á muerte, á muerte condenada,
Y mañana, ¡ gran Dios ! voy á morir.

PERCY.

(¡ Infeliz! ¡Si pudiese yo salvarla !
Al rey veré, y acaso todavía
Esa sentencia revocar podría.
Yo me siento inspirado. Le veré).
Calma tu agitacion, Ana querida,
Abre tu corazon á la esperanza,
Deposita en mi amor tu confianza,
Procuraré salvarte : veré al rey.

ANA.

Será inútil, Enrique ; necesaria
Á sus nuevos amores es mi muerte ;
Ya resignada esperaré mi suerte :
Mas tranquila estoy ya con tu perdon.
Ora por mí : por tu virtud acaso,
Y por mi llanto y largo sufrimiento,

Dios me perdonará y en el momento
Del sacrificio me dará valor.
¡Cuánto agradezco tu bondad, Enrique!
Por tí solo tal vez seré llorada,
Y en mi tumba de todos despreciada,
Vendrás á orar, amigo, alguna vez.
¡Qué injusta fuí contigo! ¡Tú me amabas!
¡Cómo conozco ahora tu ternura!
Y tu alma franca, generosa, pura,
A consolar viene hoy á esta infeliz!

PERCY.

¡Oh si mi sangre por la tuya diera!

ANA.

No, vive; vive, pues vivir mereces,
Y á Dios por mí dirigirás tus preces;
Nunca se olvide tu piedad de mí.
Nada tengo que darte: ha poco tiempo
Que estaba de riquezas circundada:
Hoy me hallo pobre, sola, despreciada.....
Ni un anillo que darte me quedó.
Guarda ese crucifijo en mi memoria:
En él está la fecha en que he nacido;
Tú grabarás aquella en que ha salido
Esta infeliz del mundo engañador.
Ya no veré á mi hermano, ni á mi padre,
Ni á mi hija, ¡oh Dios! á esta hija idolatrada;
Aquí á tus piés en lágrimas bañada
Te recomiendo, Enrique, á mi Isabel.

PERCY.

¡Levántate, por Dios!

ANA.

Amigo mio,
Bendito seas por tu gran clemencia,
Tú, sólo tú conoces mi inocencia.
Libra de infamia á esta infeliz mujer.

ESCENA VI.

DICHOS, KINSTON.

KINSTON.

Perdonad, si á pesar mio

Vengo á deciros, señor,
Que es hora de retiraros.

ANA.

¡ Ay ! ya el momento llegó
De perder cuantos objetos
Aliviaban mi dolor.

PERCY.

No perdais la confianza ;
Todavía espero yo,
Con el ruego (ó con el oro)
Sacaros de esta prision.
Veré al rey : el cielo acaso
Dará poder á mi voz.
Mostraos, ¡ oh reina ! digna
Del rango á que os destinó
El Eterno : él fortifique,
Señora, vuestro valor.

ANA.

Nada espero, nada, Percy ;
Pero en este corazon,
Grabadas vuestra bondades
Estarán, y vuestro amor.
Adios, mi mejor amigo,
Mi ángel tutelar, adios.

PERCY.

Nos verémos todavía.

ANA.

En este mundo ya no.

PERCY.

Lo espero, sí, nos verémos.

ANA.

En la eternidad..... ¡ Adios !!!

SEGUNDO CUADRO

Decoracion del acto tercero.

ESCENA I.

ENRIQUE VIII, CROMWELL.

ENRIQUE.

¿Qué falta, Cromwell?

CROMWELL.

Señor,
Vuestras órdenes siguiendo,
El conde de Rochford y Norris,
Wáston, Bréreton y Sméton,
Han sido decapitados
Dentro de la Torre.

ENRIQUE.

Bueno.
¿Y esa mujer?

CROMWELL.

Ya está todo
Para el suplicio dispuesto.
Hice venir al verdugo
De Calé, que es el más diestro,
Porque la pobre señora
Tenga que padecer ménos.

ENRIQUE.

¡Eres muy piadoso, Cromwell!
¡Y te negarán tus émulos
Esta virtud!

CROMWELL.

Es el mundo
Siempre muy injusto.

ENRIQUE.

Cierto.

CROMWELL.

Traigo á V. M.
Aquel otro documento
Que esperaba.

ENRIQUE.

¿ Cuál ?

CROMWELL.

El fallo
Del primado, cuyo objeto
Es anular vuestro enlace
Con Ana Bolena : vedlo ;
Se funda la decision
En que contrajo en un tiempo
Ana Bolena esponsales
Con Enrique Percy.

ENRIQUE.

Creo
Que esta decision no agrade
A ese bravo caballero ;
Pero á mí me importa : ¡ bien !
Pon allí ese documento.
¿ Qué te parece del drama
Que representamos ?

CROMWELL.

Pienso
Que está cerca el desenlace.

ENRIQUE.

Debe terminarse presto.
¿ No tendrá segunda parte ?
¿ Un ministro, no es un bello
Personaje ?

CROMWELL.

Sí, señor,
Con tal que el drama funesto
Con su muerte no termine :
Y mejor fuera por cierto
No ejecutar ya más dramas
Trágicos.

ENRIQUE.

En este has hecho

Un papel muy distinguido.

CROMWELL.

Sin embargo, ya deseo
Que acabe.

ENRIQUE.

Cuidado, Cromwell ;
No sea que en un dia de estos
Haya otro drama, llamado :
Muerte de un ministro.

CROMWELL.

Espero
Que no lo habrá, porque nunca
Será el ministro indiscreto.

ENRIQUE.

Está bien; pero ya es tarde,
Y muchas cosas tenemos
Que hacer hoy. Haz que apresuren
Esa ejecucion, y luego
Que se arreglen esos trajes
De boda : que esté dispuesto
El altar para mañana,
Pues mañana mismo quiero
Unirme á Lady Seymour.
Que haya un aparato regio :
Músicas, bailes, convites,
Espectáculos y fuegos :
Que la nueva soberana
Todo lo encuentre risueño
Y hermoso cual su semblante.

CROMWELL.

Seréis, señor, satisfecho.

ENRIQUE.

¿Y cómo sabré aquí mismo
El instante en que haya muerto
Esa mujer? Es precisa
Una señal.

CROMWELL.

El momento
De su muerte un cañonazo
Os lo hará saber.

ENRIQUE.

Entiendo.

Que asista Juana Seymour;
Este saludable ejemplo
Puede servirla de mucho:
Mi hijo natural deseo
Que tambien asista, el duque
De Richemond, porque quiero
Que se acostumbren sus ojos
A espectáculos sangrientos.
No olvides la ceremonia
De mañana, conde, y luego
Que la ejecucion termine,
Láyese la sangre: el suelo
Cubrid con hermosas flores;
Que ni el rastro más pequeño
Quede de lo que ha pasado.

CROMWELL.

¿Y dónde sepultarémos
El cadáver? ¿A la vista
Le dejarémos del pueblo
Algunos instantes?

ENRIQUE.

No;
Enterradle en el momento
De la Torre en la capilla.
Parte, Cromwell.

CROMWELL.

Obedezco.
(¡Qué calma tiene el monarca!
¡Nunca lo ví tan contento!) (*Vase.*)

ESCENA II.

ENRIQUE VIII.

¡Anda, Cromwell, que tal vez
Tu hora llegará algun dia!
¡Y la mia! ¡cielos! ¡la mia!
Todos tenemos un Juez.
No importa: este pensamiento
Es preciso desechar;
Debemos vivir, gozar,
Miéntras llega esé momento.

¡ Cuánto tarda el nuevo dia!
¡ Mañana! ¡ oh placer, mañana
Serás mia, hermosa Juana;
Para siempre serás mia!
Y arrobado, embebecido,
Contemplando tu hermosura,
Hallaré en tí la ventura,
Del universo en olvido.

ESCENA III.

ENRIQUE VIII, UN PAJE, DESPU TON.

PAJE.

Sir Williams Kinston, espera
Para pasar, el permiso.

ENRIQUE.

¿ El teniente de la Torre?
Haced que pase (*Vase el paje, y sale Kinston.*)
¡ Oh mi antiguo
Y buen servidor! ¿ Qué nuevas
Os traen por estos sitios?
¿ Venís á darme las gracias
Tal vez, porque compasivo,
De vuestra querida Torre
Cinco huéspedes os quito?
Hablad.

KINSTON.

Vuestra augusta esposa....

ENRIQUE.

¿ Cuál de ellas? porque he tenido
Dos, y espero que mañana
Otra ha de ocupar el sitio.

KINSTON.

La infeliz Ana Bolena,
Que en este momento mismo,
Vuestra voluntad cumpliendo,
Camina para el suplicio,
Me ha encargado que os trajese
Con sus últimos suspiros
Un triste mensaje.

ENRIQUE.

¿ Cuál ?

KINSTON.

Dejadme para decirlo
Hacer lo que me mandó. (*Hinca una rodilla.*)

ENRIQUE.

¿ Qué haceis ?

KINSTON.

La reina me ha dicho :
" De rodillas ante el rey
Postraos, mi buen amigo,
Y decidle que si acaso
Alguna vez á su oido
Fuéron dulces mis palabras,
Si un resto, no de cariño,
Sino de piedad, conserva,
Por acaso en favor mio,
Por la memoria sagrada
De sus padres, le suplico
Que sobre mi hija no caigan
Sus furores ; que el delito
Que me suponen es falso ;
Que yo de nuevo lo afirmo
En el instante solemne
En que á la tumba camino :
En fin, le diréis que sufro
Los más horrendos martirios ;
Pero que yo le perdono."

ENRIQUE.

Gracias. Levantaos, Kinston.

KINSTON.

No, gran rey ; si de la reina
El triste encargo he cumplido,
Quiero, señor, que escucheis
Lo que yo quiero deciros.
Esa jóven desgraciada
Es inocente : yo he oido
Las palabras que pronuncia
Cuando se halla sin testigos :
He observado atentamente
Si en sus frecuentes delirios
Se le escapaba un acento

Que indicase su delito ;
Pero en vano, es inocente,
¡ Inocente ! yo lo afirmo
Por mi honor. El sacerdote,
Gran señor, que la ha asistido,
Lo dice tambien. Os ruego
Que suspendais el suplicio,
No caiga luego esa sangre
Sobre vos y vuestros hijos.

ENRIQUE.

Basta, Kinston : levantaos : (*Se levanta.*)
Ya ha decretado el destino
La muerte de Ana Bolena.
Cúmplase, pues.

KINSTON.

¡ Qué tranquilos
Mandan la muerte los reyes !
(*Suena la campana, que seguirá por intervalos hasta el fin.*)
¡ Oh cielos ! ese sonido
Es señal de que la reina
Marcha al cadalso. ¡ Ah Dios mio !

ESCENA IV.

DICHOS, ISABEL PRESTON.

ENRIQUE.

¿ Quién llega?

ISABEL (*hincándose*).

Vedme otra vez
¡ Oh gran rey ! á vuestras plantas.
Y bien que tan poco influjo
Tengan, señor, mis palabras,
Ya resistir no he podido
El impulso que me arrastra.
¡ Señor, por el alto cielo,
Por la Omnipotencia santa,
Por vuestros hijos queridos,
Trocad la sentencia infausta
De la reina : es inocente !
En este instante la arrastran
Al suplicio : todo el pueblo

Llanto de piedad derrama.
Salid á verla, señor,
Salid, tal vez vuestra alma
Se conmoverá á su vista.
Oid, oid la campana
Que los corazones hiela;
Señor, corred á salvarla:
¡ Es inocente, inocente!
Que su cabeza no caiga:
Corred, todavía es tiempo.

ENRIQUE (*queriéndola levantar*).

Basta, Lady Preston, basta.

ISABEL.

¡ Ah! no, monarca clemente,
No dejaré vuestras plantas.
Piedad, señor, piedad piden
De Ana Bolena las damas,
Y otros muchos por mi boca
Vuestra clemencia reclaman.

KINSTON.

Sí, perdonadla, señor.

ENRIQUE.

Ya vuestro ruego me cansa
Inútilmente: es preciso
Que muera esa desdichada.

ESCENA V.

DICHOS, PERCY.

PERCY.

Enrique, Enrique, es tiempo todavía:
Os vengo á hablar en nombre del Eterno.
Si apreciais vuestro nombre, si los gritos
De la conciencia ois, si al Juez severo
Ante quien parecer debeis un dia,
Algun temor conserva vuestro pecho,
Impedid que esa sangre se derrame,
Impedid que los siglos venideros
Maldigan vuestro nombre, y vuestros hijos
Sufran de la ignominia el duro peso.
¡ Justicia! ¡ oh rey! justicia! Vendrá un dia

En que comprar querreis á cualquier precio
Un momento de paz ; ¡ será ya tarde !
Un implacable, atroz remordimiento
Vuestras entrañas romperá, y en vano
Demandareis piedad al justo cielo.
La sangre de esa víctima infelice
Se alzará contra vos, y vuestros huesos
Quemará, y gemireis, y esos gemidos
Con risa horrible aplaudirá el infierno.

ENRIQUE.

¡ Basta, conde, callad ! Mi tolerancia
Vais apurando ya ¡ viven los cielos !
Temed mi indignacion.

PERCY.

Nunca he temblado :
Tiemble sólo el malvado, tiemble el reo ;
Mas yo defiendo la justicia santa,
Yo la inocencia y la virtud defiendo.
Arrancadme la vida si así os place :
Dividid mi cabeza de mi cuerpo ;
Temblar no me vereis en el suplicio,
Mi nombre cubrireis de lauro eterno.
¡ Oh Dios ! ¡ oh santo Dios ! las horas corren !
¡ Ana infeliz ! se acerca ya el momento !
¡ Oh rey ! jamas un Percy la rodilla
Ante un hombre dobló ; y á tus piés puesto,
Enrique clama en lágrimas bañado,
¡ Piedad ! ¡ piedad ! concibe mi tormento.
No derrameis la sangre de una esposa.

ENRIQUE.

No era mi esposa, conde, hé aquí el decreto
Del primado, que anula el matrimonio,
Porque con vos contrajo en otro tiempo
Esa mujer solemnes esponsales.

PERCY.

¡ Qué escucho ! ¡ Eterno Dios ! ¿ No estais contento
Con derramar su sangre, y en su hija
Tambien os vengaréis ? Pero si es cierto
Ese motivo, la sentencia es nula :
¡ Cómo sin matrimonio hay adulterio !
¡ Mi esposa ! si lo fuese, ¿ quién osara
Arrancarla de mí ? ni el poder vuestro

Fuera capaz de tanto, sin que ántes
Pudiera hollar mi desangrado cuerpo.
Si fuese mia, el universo absorto
Me hubiera visto trastornar un reino,
Ántes que á ella en un cadalso infame.
Yo hubiera levantado mil guerreros,
Y ayudado de Dios y de mi brazo,
Hubiera penetrado á sangre y fuego
En la ciudad y en el palacio mismo,
O matando tal vez hubiera muerto.

ENRIQUE.

¡ Pobre conde, ya el juicio habeis perdido :
De vuestro frenesí me compadezco !

ISABEL.

Señor, señor, oid esa campana :
Tal vez, tal vez el último momento (*Rumor.*)
Es de su vida ; esos confusos gritos
Son los tristes gemidos de los buenos.
Acaso sube las horribles gradas.
¡ Piedad !! (*Echándose á los piés del rey.*)

KINSTON.

¡ Piedad !!

PERCY.

¡ Salvadla !!....

(*Se oye un cañonazo, y cae Percy sobre una silla.*)

ENRIQUE.

Ya no es tiempo.
¡ No existe Ana Bolena ! Juana, es mia.

ISABEL.

¡ Ah !

PERCY.

¡ Confúndate Dios en el infierno !!!

HERMAN
Ó LA VUELTA DEL CRUZADO

PERSONNAGES

HERMAN.	SOFIA.
EL DUQUE.	ANA.
GUSTAVO.	IDA.
JORGE.	UN PAJE.

GUARDIAS DEL DUQUE.

Alemania, siglo XII.

ACTO PRIMERO

EL PEREGRINO

Habitacion gótica en el Castillo del duque : puerta á la izquierda del actor, que figura la entrada exterior : ventana con reja, á la derecha : puerta en el fondo que conduce al interior.

ESCENA I.

SOFIA, ANA. (*La primera, junto á la ventana; la segunda á alguna distancia*).

ANA.

No vuelve el duque; tal vez
Distraido con la caza
Se alejó mucho : ya es tarde.
(*Ruido de viento, no muy fuerte.*)
Y el ruido sordo que vaga

En el bosque, y esas nubes
Una tempestad presagian.

SOFIA.

Verdad es: ¡ oh cuán hermosa
Es la tempestad!

ANA.

¡ Caramba!
¿ Hermosa? ¡ Dios nos asista!
Cuando el viento se desata,
Y temblar parece el suelo,
Y el rayo furioso estalla,
¡ Ay Dios mio! estar quisiera
De la tierra en las entrañas,
Para no escuchar los truenos.
¿ Y á vos, señora, os agrada?

SOFIA.

Sí, Ana, sí; cuando los vientos
Silban sobre las murallas
De este castillo, y las nubes
Rayos á la tierra lanzan,
Y oigo el trueno que retumba
En las vecinas montañas,
Me parece que ese ruido
La voz del dolor acalla,
Que en mi pecho á todas horas
Contra mi quietud se alza:
Cuando escucho esa armonía
Salvaje, pienso que me habla
Dios mismo, que me recuerda
Que él existe, y que mis ansias
Tendrán término algun dia,
Ante su presencia santa.
Pero ¡ ay! cuando todo en torno
En el silencio descansa,
Cuando nada á turbar viene
Mi reflexion solitaria,
Sólo á mi deber escucho,
Y mil memorias amargas,
Mil ilusiones perdidas,
De mi vida en la borrasca,
Vienen de nuevo á mi mente,
Y mi corazon desgarran:

Tú la calma sólo buscas
Porque tu pecho está en calma;
Pero á mí que tanto sufro,
A mí el silencio me mata.

ANA.

¡Pobre señora! y con todo,
¿Quién al veros no se engaña?
Esposa de un noble duque,
De riquezas circundada;
Hermosa, jóven, y llena
De virtudes y de gracias,
¿Qué más feliz ser podria?

SOFIA.

Ana mia, ¡cuál te engañas!
¡Pobre niña! estás ahora
En la edad afortunada,
En que en dorados ensueños
Se mece tranquila el alma.
Yo tambien, como tú sueñas,
Soñé ventura, esperanzas:
Tambien un tiempo á mis ojos
El horizonte brillaba,
Puro, esplendente y hermoso,
Sin la más ligera mancha;
Pero se alzaron un dia
Las nubes de la desgracia:
De mis ensueños las flores
El huracan arrebata,
Y la realidad ¡ay triste!
Con su mano descarnada
Me sacude, y mi destino,
Mi horrible destino marca.
¿Piensas tú que de duquesa
Esa corona envidiada,
Estas joyas que me adornan,
Estas esplendentes galas,
Estos salones soberbios
Con sus techumbres doradas,
Y esos vasallos que humildes
Se prosternan á mis plantas,
¿Piensas tú que todo esto
Puede hacerme afortunada,

Cuando el alma gime opresa
Por una pasion insana;
Cuando una imágen querida
Aquí se encuentra enclavada,
Sin que el tiempo haya podido,
Ni mis lágrimas, borrarla?

ANA.

¿Una pasion?

SOFIA.

¡Sola, eterna!
Una pasion cuya llama
Era mi gozo, mi vida,
Mi porvenir, mi esperanza!
Por mi padre moribundo
Yo juré sacrificarla:
Bajó él tranquilo á la tumba,
Y yo cumplí mi palabra
De unirme al duque; cumplíla:
Corrí de Dios á las aras,
Y allí pronuncié unos votos
Que el corazon reprobaba.
Salí de mi estado humilde,
Dejé mi sencilla casa,
Y allí la paz deliciosa,
Compañera de mi infancia.
Llena de joyas y honores
Fuí á la corte de Alemania,
Con la tristeza en la frente,
Con el infierno en el alma.
Los festines, los torneos,
Y la música y la danza,
No podian ni un instante
Acallar la voz amarga
Del atroz remordimiento.
En todas partes hallaba
De Herman los airados ojos,
Que en mis ojos se clavaban.
De Herman que en tanto sufriendo
En Palestina, lidiaba
Para conquistar honores
Que ofrecer ante mis plantas.
Y yo del noble guerrero

Traicionando la esperanza,
Yo, perjura.... ¡ Dios! ¡ Dios mio!
¡ Esta memoria me mata!

ANA.

¡ Pobrecita! Y yo creia
Que el amor....

SOFIA.

¡ Desventurada!
¡ El amor, niña inocente!
¡ No conoces cuán amarga
Es la copa en que nos brinda
La felicidad! ¡ cuán cara!
¡ Ay! una hora de dicha,
Con mil tormentos se paga.

ANA.

Pero ese jóven, señora,
Ese guerrero que causa
Vuestros tormentos, ¿ no ha vuelto
Desde entónces á su patria?

SOFIA.

Nada sé, Ana querida;
Entre las paredes altas
De este lejano castillo,
¿ Qué puedo saber? ¡ oh! nada.
Tal vez Herman habrá vuelto
Lleno de gloria á Alemania,
Y al saber que soy de otro,
Me aborrece, y á otra ama.
Sus laureles eran mios,
Para mí los conquistaba;
Era mio su cariño,
Era mia toda su alma.
Y ahora.... otra.... ¿ y yo respiro?
¿ Y Dios un rayo no manda?
¡ Celos! celos! yo creia
Que ya otro afecto no entrara
En mi corazon marchito,
Que el dolor.

ANA.

¡ Desgraciada!
Tranquilizaos: tal vez
El tiempo....

SOFIA.

¡El tiempo! ¡insensata!
Dos años hace que gimo,
Siempre esperando á mañana,
Para ver si el nuevo dia
En mí el consuelo derrama:
Para ver si tantas horas
Que sobre mí, lentas pasan,
Me hacen olvidar al ménos,
Sus facciones, sus palabras;
Pero en vano: aquí, aquí tengo
Siempre su imágen grabada,
Y su voz en mis oidos,
Y su amor en mis entrañas (*Truenos sordos.*)
¡Ay! tal vez el infelice
Murió en alguna batalla,
Y sus últimos suspiros
Dirigió á Sofia ingrata.
¡Ah! si es cierto, si ya habitas
En las regiones sagradas
De la luz, de allí dirige
A esta infeliz tus miradas:
Verás que si fuí perjura,
Fuí tambien desventurada.
(*La tempestad se aumenta: truenos.*)

ANA.

Señora, señora.... oid;
Ya la tempestad estalla;
La lluvia cae á torrentes.
¡Ay de aquel que en tal borrasca,
Solo y perdido en los bosques,
En esta noche se halla!

SOFIA.

¡Ay de aquel que vaga huyendo
De los terribles fantasmas
Del remordimiento, y busca
La quietud, sin encontrarla!

ANA.

¿Qué será del duque?

SOFIA.

El cielo
Con felicidad le traiga.

HERMAN (*dentro*).
Dad asilo al peregrino.
SOFIA.
¿ No escuchas esa plegaria ?
Mira quién es.
ANA.
¡ Imposible
¡ Si la oscuridad es tanta !....
Del relámpago á la luz....
Ya.... ya le ví.
SOFIA.
¿ Quién es ? habla.
ANA.
Es un infeliz, vestido
Como aquellos que llegaban
De Palestina.
HERMAN, (*dentro.*)
Un asilo
A la caridad cristiana
Pide un pobre peregrino.
SOFIA.
¡ Desgraciado ! Corre, Ana,
Dí que se le abran las puertas,
Y condúcele á esta sala. (*Vase Ana.*)

ESCENA II.

SOFIA.

De Palestina, ¡ oh Dios ! ¡ cómo ese nombre
Me hace temblar ! Tal vez el peregrino
De allá vendrá ; tal vez alguna nueva
Tendré de Herman, que calme mi martirio :
¿ Qué lo calme ? ¡ infeliz ! ¿ De qué manera ?
Que viva Herman, ó muera, lo he perdido.
Un bien sólo me resta, que es la muerte :
Un consuelo no más, el llanto mio.

ESCENA III.

ANA, SOFIA, HERMAN (*con traje de peregrino*).

HERMAN.

Dios mande paz y salud
Sobre la jóven beldad
Que abriga tanta virtud,
Y á la triste senectud
Acoge con tal bondad.

SOFIA.

Salud y paz, buen anciano :
Las puertas de este castillo
El pobre no toca en vano,
Y á falta de otra, mi mano
Fuera á levar el rastrillo.
Aquí descanso hallaréis,
Y aunque el duque no ha venido,
Servido en todo seréis :
Ved si entre tanto quereis
Cambiaros ese vestido.

HERMAN.

Gracias, señora, he jurado
No quitarme este sayal,
Hasta que un voto sagrado
Cumpla.

SOFIA.

Será respetado
Vuestro voto como tal.
¿ Y hácia dónde se encamina
Vuestro paso, padre mio?

HERMAN.

Voy á la ciudad vecina.

SOFIA.

¿ Y venís ?....

HERMAN.

De Palestina.

SOFIA.

¡ Ah !

HERMAN.

¿ Temblais ?

SOFIA.

Sí, tongo frio.

HERMAN.

(¡ Recuerda con amargura
Tal vez su primer amor ¡
¿ Quién al ver á esa hermosura,
Creerla pudiera perjura ?
Es el áspid en la flor.)

SOFIA.

¿ Habeis sin duda lidiado
Mucho en Palestina ?

HERMAN.

Sí.
Del emperador Conrado
El estandarte sagrado,
Siguiendo, señora, fuí.
He visto muchas batallas,
Lidiando cual buen guerrero:
Asalté algunas murallas,
Y he pasado fuertes mallas
Con la punta de mi acero.
Mas no siempre la victoria
Coronó nuestro valor ;
Cara compramos la gloria:
¡ Y yo, infeliz ¡ ¡ oh memoria
Que me llena de dolor !
Un fiel amigo tenia
A quien amé como hermano;
¡ Ay ! su vida era la mia !
Arrebatómelo un dia
Hierro de enemiga mano.
Perdonad mi negro afan,
Señora, ! le amé tan fino!
Sí, sin cesar correrán
Mis lágrimas, caro Herman,
Por tu funesto destino.

SOFIA.

¡ Herman ! ¿ Herman se llamaba
Vuestro amigo ?

HERMAN.

Sí, señora.
¡ Oh qué valor desplegaba !

Qué mucho si lo animaba
Esperanza seductora :
Su premio debia ser
La mano de su querida;
Y nadie supo querer
Como Hermann : una mujer
Era el norte de su vida.

SOFIA.

(¡ Cielos !)

HERMAN.

De la gloria el prez,
Por ella sólo anhelaba;
Commigo más de una vez
De sus proyectos hablaba
¡ Pobre Herman ! ! con qué ternura,
Con qué respeto tan santo,
La prenda que su hermosura
Le dió en señal de fé pura,
Regaba con triste llanto !
Un bucle de hermoso pelo
Era esta prenda, señora,
Que él guardaba con un celo....

SOFIA.

(¿ Dónde están tus rayos, cielo,
Que no me abrasan ahora?)

HERMAN.

Bella jóven, perdonad:
¡ Os cansa esta narracion !

SOFIA.

No, no, anciano; continuad.
(¡ Todo el cáliz apurad
Del veneno, corazon !)

HERMAN.

¡ Pobre Herman ! caer le vi,
De Cristo soldado fiel;
Mi dicha con él perdí;
Él con gloria yace allí;
Yo vivo á llorar por él.

SOFIA.

Y yo, anciano; sí, los dos
Lloraremos noche y dia;
Por ser vuestro amigo, vos,

Y yo porque era mi Dios,
Porque era la vida mia!
¿Tú no sabes, peregrino,
Que eres el genio del mal,
Que te arroja mi destino
De mi vida en el camino
Para clavarme un puñal?
¿Y yo vivo? ¡cielo santo!
Anciano, ¡qué narracion!
Ana, no te acerques tanto,
Que te quemará este llanto
Que brota mi corazon.

ANA.

Calmad vuestro afan, señora,
Vuestra pena moderad.

HERMAN.

(¿Y llora la ingrata, y llora
Despues que faltó traidora
A sus votos?)

SOFIA.

Perdonad,
Anciano, este frenesí
De una alma desesperada.
¡Le adoraba, y le perdí!

HERMAN.

Mas, ¿cómo, si esto es así,
Con otro estais desposada?

SOFIA.

Sí, pero lo que ha pasado
No puedes tú comprender:
Con otro me he desposado....

HERMAN.

Y vuestro amor ha volado;
Amor, en fin, de mujer.
Si Herman hoy se levantara
De la tumba, ¿qué diria?
En vos sus ojos clavara,
Y terrible os preguntara:
"¿Dónde está tu fé, Sofia?
¿Dónde está el eterno amor
Que al partir me prometiste?
Te ha cegado el esplendor;

Tú, tú el sepulcro me abriste,
Y no el hierro matador.
¡ Qué premio diste á mi anhelo !
¡Qué bien pagaste mi afan !
Mira esta prenda, este pelo.
Mírame...." *(Se descubre.)*

SOFIA.

¡ Valedme, cielo !
¡ Él es, él es, es Herman !

HERMAN.

Herman, Herman que viene á reclamarte
La pura fé que le juraste un dia.
¿ Dónde está tu promesa ? dí : la hollaste.
¿ En dónde está tu amor ? ¡ Responde, impía !
¿ Tú pudiste llegar hasta las aras,
Y ante un Dios de verdad, le prometiste
Á otro hombre eterna fé y amor constante ?
¡ Á tu esposo engañaste, ó á tu amante !
Del crímen en la senda me pusiste :
Sí, yo era generoso é inocente,
Tú un ángel de virtud que me guiaba ;
Hoy está escrito el crímen en mi frente.
Sí, sí : tu misma mano aquí lo ha escrito :
Virtud un tiempo el adorarte fuera,
Y hoy el amarte ¡ ingrata ! es un delito.

SOFIA.

¡ Herman !

HERMAN.

¿ Ya no recuerdas aquel dia,
En que de amor y de esperanza lleno,
Vine á decirte "adios," cuando en tu seno
Me estrechaste, jurándome ser mia ?
"Parte, parte, á la guerra, tierno amante ;
Me dijiste llorando, y vuelve luego
A recibir de mi amoroso fuego
El premio digno de tu fé constante."
Y yo partí, colmado de esperanza,
Y en tu amor puse la confianza mia !
¿ Cómo de un ángel desconfiar podia ?
¿ Cómo esperar tan bárbara mudanza ?
Cuando amor me juró tu boca pura,
Cuando mi mano trémula estrechabas,

Cuando copioso llanto derramabas,
¿Quién te pudiera imaginar perjura?
¿Y así se viste la mentira aleve,
Con el ropaje de verdad augusta?
¡Ah! si en aquel instante me dijera
El mundo, el mundo entero, que Sofia
Por galardon ingratitud me diera,
Al mundo le dijera que mentia;
Y lo estoy viendo ya, lo estoy mirando,
Y sueño me parece cuanto veo.

SOFIA.

Herman, Herman, escúchame siquiera.

HERMAN.

Es ese mismo el seductor semblante
Del serafin que por mi mal adoro;
Ese su talle esbelto y elegante;
Es ese mismo su cabello de oro;
El mismo cuello de marfil, que un dia
Yo enlacé tantas veces con ternura;
La mano hermosa que estrechó la mia;
La boca que me hablaba con dulzura:
Toda es la misma, y sólo.... ¡ Desgraciado !
Su corazon infiel sólo ha cambiado !

SOFIA.

Hombre cruel: escúchame á lo ménos,
Y condena despues á esta infelice:
¡ Óyeme por piedad !

HERMAN.

¡ Bella duquesa
Habitais un magnífico castillo,
Artesones dorados, ricos muebles,
Finas alfombras, oro, pedrerías,
Timbres soberbios, armas y blasones:
¡ Cuánto vuestro destino se ha cambiado
Elegísteis muy bien; sois muy prudente.
Es mejor este alcázar esplendente,
Que la pobre cabaña de un soldado.

SOFIA.

¡ Oh cielos ! ¿ esto más ? ¿ quieres matarme ?
¿ Quieres que ahogada de dolor espire ?
¿ Ni mi llanto de fuego te conmueve ?
¿ Y ni tu compasion siquiera alcanzo ?

¡ Ah! por enorme que el delito sea,
Se escucha al criminal.

HERMAN.

¿ Y qué dirias ?
¿ Qué puede ¡ desdichada! disculparte ?

SOFIA.

La voluntad de un padre moribundo.
Ausente tú, creyó que su Sofia,
Sola y abandonada, quedaria
En el mar borrascoso de este mundo :
Y agitado, frenético, llorando,
En su lecho de muerte se incorpora,
Y sus rugadas y convulsas manos
A mí tendiendo, me conjura y ruega,
Que al duque Othon me uniese en el instante ;
Yo resistí, grabada aquí con fuego
De Herman la imágen sin cesar estaba :
Yo resistí ; y el cielo me es testigo
De que la muerte preferido hubiera
A ese enlace fatal.

HERMAN.

Y bien, prosigue.

SOFIA.

Pero mi padre en su postrer instante,
Fijaba en mí sus lagrimosos ojos ;
Retorcia sus manos venerables ;
Se arrancaba la blanca cabellera ;
Y un poderoso esfuerzo haciendo al cabo,
Salta del lecho y ante mí se postra,
Por mi madre pidiéndome cumpliese
Su postrer voluntad. ¡ Cómo! ¿ Quién puede
Conservar su razon en tal instante,
Y resistir tan espantosa prueba ?
Aquel anciano, á quien el ser debia,
Esperando á mis piés, desesperado,
Llenos de llanto sus hundidos ojos,
¡ Oh Dios ! ¿ qué pude hacer? Tú ausente estabas
Un año hacia, sin noticia alguna
De tu destino ; todo se reunia,
Todo contra mi suerte conspiraba.
Mi frente ardiendo, mi razon perdida,
Mi corazon partido en mil pedazos,

Yo á mi padre juré lo que queria,
Y en aquel punto el duque apareciendo,
Mandó mi padre que la mano mia,
De otros testigos ante la presencia,
Se uniese á la del duque, y en los labios
Del moribundo anciano, una sonrisa
Vagó un momento ; levántó la mano,
Mi cabeza estrechó contra su pecho,
Y me bendijo, y espiró tranquilo.
Su alma voló de Dios á la presencia,
Y yo quedé para vivir llorando....

HERMAN.

Y de Alemania luego allá en la corte,
De oro cubierta y ricas pedrerías,
Envuelta en seda y en incienso vano,
Pronto olvidaste el sacrificio horrible ;
Y el dulce peso de ducal diadema
Tu frente refrescó, secó tu llanto.

SOFIA.

¡ Injusto , injusto ! mis mejillas mira:
Perdieron su color y su frescura :
Repara de mis lágrimas la huella ;
De correr no han cesado un solo dia.
Dejé la corte y vine á este castillo,
La paz buscando en su silencio al ménos :
¡ La paz, la paz ! dos años han pasado
Sin que un momento disfrutarla pueda ;
Tu imágen siempre viva me seguia,
Y á Dios iba á rogar que la borrase,
Y entre mí y el altar se interponia.
¡ Oh ! calcular no puedes mis tormentos !
Si penetrar mi corazon pudieras,
En vez de ese furor que te arrebata,
Sólo piedad de mi dolor tuvieras !
¡ Piedad, Herman ! piedad de una infelice
Aquí á tus piés humilde te lo ruego :
Ten compasion de quien amaste tanto :
Oiga yo tu perdon, y muera luego.

HERMAN.

¡ Levántate, Sofia !

SOFIA.

Una mirada,

Una mirada de piedad te pido,
¿ Y me la negarás ?

HERMAN.

¡ Ah ! desgraciada !
Ven á mi corazon, todo lo olvido.
Pero salgamos de aquí,
Salgamos luego, Sofia ;
Tú me juraste ser mia,
Dios tu juramento oyó.
Dejemos estos salones :
Sencilla, humilde te quiero,
Como el pobre caballero
A quien le juraste amor.
Tres años en Palestina
Combatí por merecerte,
Por tí desprecié la muerte,
¿ Y no me querrás seguir ?
¿ Qué tiene que ver contigo
Esta frívola grandeza ?
¿ Necesita tu belleza
Del oro para lucir ?
Vamos.

SOFIA.

¡ Imposible !

HERMAN.

Vamos.

SOFIA.

Recuerda que estoy casada :
Yo moriré desgraciada,
Pero pura moriré.

HERMAN.

Es verdad : tú me recuerdas
Lo que yo valgo, Sofia ;
Y yo necio que creia....
¡ Ilusion, todo ilusion !
¿ Cómo has de cambiar tu rango,
Y tu nombre, y tu grandeza,
Por Herman, que otra riqueza
No tiene que su valor ?

SOFIA.

¡ Herman... ! (*Ruido.*)

ANA.

Ahí el duque viene.

SOFIA.

¡ Santo Dios ! eres perdido !
Cúbrete.

HERMAN.

No ; ya he vivido
Bastante, y quiero morir.
Quiero, duquesa, mirar
Cara á cara á vuestro esposo ;
Le veré.

SOFIA.

¡ Dios poderoso !
¡ Ya llega ; triste de tí !

HERMAN.

Ved que traje mi armadura.

ANA.

¿ De qué os servirá ? de nada.

HERMAN.

Tengo aquí tambien mi espada.

SOFIA.

¡ Cúbrete, Herman, por mi amor !

HERMAN.

¿ Tanto me amais ?

SOFIA.

Te idolatro.

HERMAN.

¿ Me seguirás ?

SOFIA.

Todavía
No puedo.... sí.... tu Sofia
Te jura volverte á ver.
Pero cúbrete, por Dios,
Herman, despues hablarémos.

HERMAN.

En el parque nos verémos
Mañana al anochecer.
Vuelvo á tomar mi disfraz.

SOFIA.

Ana, por Dios, el secreto.

ANA.

Sí, señora ; yo os prometo

Que nunca saldrá de mí.

HERMAN.

Conoceré á mi rival;
Aunque más bien prefiriera,
Por Dios, que de otra manera....

ANA.

Callad, callad: ya está aquí.

ESCENA IV.

DICHOS, EL DUQUE, JORGE.

DUQUE.

Estoy empapado, Jorge.
¡ Qué tempestad !

JORGE.

Estupenda.

DUQUE.

¿ Quién es este hombre, señora ?

SOFIA.

Un peregrino que llega
De Palestina: pasaba
Por aquí cuando más recia
La tempestad desplegaba
Su furor; y yo las puertas
Del castillo mandé abrirle.

HERMAN.

¡ Es la señora tan buena !

DUQUE.

¿ Y qué cosa habeis traido
De allá? Relaciones nuevas
De batallas, y reliquias
De aquella bendita tierra.

HERMAN.

Sí, señor duque.

DUQUE.

Los niños
Y las mujeres encuentran
Gran diversion en oiros:
Contais cosas que las llenan
De admiracion, y en verdad
Os sale muy bien la cuenta,

Pues así pasais la vida
Sin trabajar; os respetan,
Os hospedan, os regalan,
Y os oyen como si oyeran
Un oráculo: en verdad
Es una vida muy buena.
En fin, llegad en buen hora.
¿No habeis mandado, duquesa,
Que le den alguna cosa
Á este anciano?

HERMAN.

Yo á las puertas
Del castillo no he llamado
Para recibir afrentas,
En cambio del pan que sobra,
Señor duque, en vuestra mesa.

JORGE.

¿Así respondes al duque?
¡Insolente! todos tiemblan
Aquí de su enojo.

DUQUE.

Basta:
Yo le perdono.

HERMAN.

¡Ah! pudiera....
Mas un soldado de Cristo,
Que por su gloria pelea,
Debe reunir, señor duque,
Á su valor la paciencia.
Busqué un asilo entre tanto
Que pasaba la tormenta:
Ha calmado ya: las gracias
Recibid, ¡oh jóven bella!
Voy á seguir mi camino,
Señor, con vuestra licencia.

SOFIA (*á Ana*).

Conduce á ese peregrino.

DUQUE.

Id con Dios.

HERMAN.

(Que su promesa
No olvide vuestra señora.

Arrojadme por la reja
La llave del parque.)

ANA.

Sí. (*Vase, y Herman.*)
Vamos, Jorge nos observa.

SOFIA.

(Ya era tiempo, que su arrojo
Temblé que le descubriera.)
Adios, duque : Dios os guarde.

DUQUE.

Dormid bien, bella duquesa. (*Vase Sofia.*)

ESCENA V.

EL DUQUE, JORGE.

JORGE.

¿ Observásteis, señor ?

DUQUE.

¿ Qué ?

JORGE.

Vuestra esposa
¡ Qué abatida y qué pálida se hallaba
Cuando entramos aquí ! y el peregrino....
Su ademan altanero, sus palabras....
No sé, pero se oculta algun misterio
En ese hombre, señor. Cómo clavaba
En vos sus ojos, que brotaban fuego.
O mis sentidos esta vez me engañan,
O he visto en la duquesa algunas señas
De inteligencia.

DUQUE.

¡ Desdichado ! ¡calla !
¿Qué osas tú sospechar ?

JORGE.

Perdon os pido.
Mas recordad que la duquesa amaba
Á un tal Herman, que estaba en Palestina,
Ántes que vuestra esposa se llamara.

DUQUE.

¿Y qué ?

JORGE.

De la duquesa ví en el rostro
De un reciente dolor señales claras,
Y ví que habia en sus hermosos ojos
Una gota de llanto.

DUQUE.

Y bien, acaba.

JORGE.

Ese anciano tal vez alguna nueva
De su amante le trajo.... ó se ocultaba
Bajo el disfraz del viejo peregrino
El mismo Herman.

DUQUE.

¿ Qué dices ? ¡ Desgraciado !
¡ Jorge ! si fuese cierto !.... No es posible.
¡ Qué mortal es capaz de tanta audacia ?
¡ En mi propio castillo, en mi presencia !
¡ Oh ! no es posible !

JORGE.

Parecióme que Ana
Con él hablaba al tiempo que salia.

DUQUE.

Pues bien : sigue al instante sus pisadas ;
Observa si se aleja del castillo,
O en que lugar cercano se recata :
Vuela, Jorge. ! Si fuere.... ! Jorge, escucha :
Si es él.... si se detiene.... Observa ; nada
Le digas tú.... Ven luego á mi presencia,
Que tal temeridad, audacia tanta,
De que ejemplo no ha habido en mis dominios,
A mí mismo me toca castigarla.

JORGE.

Se hará como mandais.

DUQUE.

¡ Tiembla, Sofia !
¡ Tiembla si eres infiel, desventurada !

ACTO SEGUNDO

LA ENTREVISTA

Parque en el palacio del duque Othòn : reja con puerta en el foro : á la derecha del espectador, un ángulo del castillo gótico con una escalera practicable, que da sobre el parque : árboles y arbustos á los lados : un banco de césped : la luna brilla, alumbrando la escena.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

DUQUE.

Jorge, ¿ es cierto?

JORGE.

Sí, señor :
Yo al peregrino seguí,
Su armadura descubrí
De la luna al resplandor,
Que ya serena brillaba
Despues de aquella tormenta.

DUQUE.

¿ Me engañó, Jorge, y alienta ?
¡ Oh furor ! ? y me engañaba
Tambien Sofia ? Por Dios,
Que es mucho su atrevimiento.
Pero se acerca el momento,
Jorge, morirán los dos.
Quien así insulta mi nombre,
Y así mi furor desprecia,
O tiene una alma muy necia,
O debe de ser muy hombre.
¿ No sabe que el duque Othon,
Antiguo y noble guerrero,

No trae al cinto el acero
Para servir de irrision ?
¿ Y aquí han de venir, aquí ?
Jorge, ¿ no te has engañado ?

JORGE.

Para el parque se han citado ;
Me oculté, y todo lo oí.
Ese guerrero es Herman.

DUQUE.

¡ El amante de Sofia !

JORGE.

¡ Y robárosla queria !

DUQUE.

¿ Robármela ? morirán !
¿ Dispusiste alguna gente
Con armas ?

JORGE.

Dispuesta se halla
Allí, junto á la muralla,
Y á vuestra voz obediente.

DUQUE.

No escapará ese traidor ;
Pero es fuerza aprisionarle,
Porque de un golpe matarle
No le basta á mi furor.
Sufra una larga agonía,
La horrible muerte esperando,
Y la suerte contemplando
De su adorada Sofia.
A mis plantas los veré,
Temblando, descoloridos,
Y escucharé sus gemidos,
Y en ellos me gozaré.
Jorge, yo siento un volcan
Ardiendo en mi corazon.
¡ Han manchado mi blason !
¡ Lo han manchado ! ¡ morirán !

(Se oye abrir la puerta que está al fin de la escalera que baja del castillo : el duque y Jorge se ocultan entre los árboles, despues de sus últimos versos.)

JORGE.

Alguno llega, señor :

Ocultémonos aquí.

DUQUE.

¡ Y ella es la primera, sí !

JORGE.

Reprimid vuestro furor.

DUQUE.

No los podrémos oir.

JORGE.

Pero los podrémos ver.

DUQUE.

¡ Oh ! tiembla, infame mujer !
¡ Tiembla, Herman, vais á morir ! (*Se ocultan.*)

ESCENA II

SOFIA, ANA. (*Baja Sofia poco á poco la escalera, apoyándose en Ana.*)

SOFIA.

Yo tiemblo.

ANA.

Valor, señora.

SOFIA.

¡ Siente una inquietud mi alma !
Parece que de un abismo
El borde pisan mis plantas.
¿ Segura estás de que el duque
Tranquilo duerme en su estancia ?

ANA.

Sí, señora, duerme.

SOFIA.

Duerme :
Miéntras que yo, desdichada,
Velo y gimo, y me consumo,
Sin poder hallar la calma !
¡ Qué noche pasé, qué noche !
Mi corazon palpitaba
Con una horrible violencia :
De una fiebre devorada,
Me retorcia en mi lecho,
Maldecia la hora infausta
De mi nacer, y á la muerte

Con voz convulsa llamaba:
Acusaba al cielo, al duque,
Al mundo, á mi padre.... ¡Ana,
Tú no puedes comprenderme!
¡Ay! morir! morir es nada;
Pero este insomnio, esta fiebre
Que nos quema las entrañas,
Este padecer eterno
Sin alivio ni esperanza,
Es como un clavo de fuego
Que el corazon nos traspasa,
Una maldicion horrible
En nuestra frente grabada.
¡Un demonio que al abismo
Lentamente nos arrastra!

ANA.

¿Quién al miraros y oiros
No siente vuestras desgracias?
¿Y así la virtud padece?

SOFIA.

¿Y cuándo la virtud halla
Su recompensa en la tierra?
¿Qué hice yo, desventurada,
Para que implacable el cielo
Me abrume así con su saña?
Yo de la virtud ni un punto
Dejé la senda sagrada;
Hoy, Ana, es la vez primera
Que mi conciencia se alarma:
Mal hice en venir aquí.
¿Mas qué medio me quedaba
Para evitar que el despecho
De Herman lo precipitara
A perder por mí la vida,
La vida que veces tantas
Generoso y noble expuso
Por ser digno de una ingrata?

ANA.

Esto consolaros debe,
Señora: vuestras pisadas
El crímen no ha conducido;
Ántes vuestra noble alma

Hace un esfuerzo inaudito,
Un sacrificio á que nada
Es comparable : decirle
Al hombre que se idolatra :
« Huye, no vuelvas á verme,
Huye, que el deber lo manda ;
Déjame aquí sola y triste,
Sin consuelo ni esperanza. »

SOFIA.

Sí, se lo diré, y el cielo
Dará valor á mi alma :
Se lo diré, aunque el tormento
Deba matarme mañana.
Y así será, porque ahora
Que sé que vive, que me ama,
Que he vuelto á verle y á oirle,
¡ Oh ! yo no sé lo que pasa
En mi corazon ! Al ménos
Cuando su suerte ignoraba,
Me consolaba la idea
De que allá en la Tierra santa,
Bajo una tumba gloriosa,
La dulce paz encontrara.
Que no sufriera cual sufro ;
Mas ¡ ay ! que como fantasma,
Amado á un tiempo y temido
Le vi en la noche pasada
Cubierto de honor y gloria,
Reclamando mi constancia,
Pidiéndome ¡ ay Dios ! el premio
De sus ínclitas hazañas.
Siempre noble y generoso,
¿ Le viste ? Mi llanto, Ana,
Calmó su enojo terrible,
Y me perdonó mi falta.
¿ Y hoy para siempre le pierdo ?
¿ Y vivo ? ¡ desventurada !

ANA.

¡ Sólo Dios puede, señora,
Consolar vuestras desgracias !

SOFIA.

En medio de mis tormentos

Entreveo una esperanza.

ANA.

¿Cuál es, señora?

SOFIA.

He sufrido
Tanto, tanto, que cercana
Debe estar mi última hora.
¿Qué naturaleza basta
Para sufrir lo que sufro,
Sin morir? Quizá mañana
Me dará el cielo por premio
Una tumba solitaria.
Esta idea me reanima;
Parece que Dios me manda
Este rayo de consuelo.

ANA.

¡Callad por Dios! qué palabras
Tan tristes!

SOFIA.

Ana, ¿te acuerdas
Cómo en la noche pasada,
Feroz el viento rugia,
Las negras nubes bramaban?
Todo era espanto; y ahora
¡Mira qué solemne calma
Reina en la naturaleza!
Todo en silencio descansa.
Por el zafir de los cielos
Esa luna plateada
Camina, sin que una nube
Vele su faz: dulce el áura,
Apénas las flores mece
Que duermen tambien: las ramas
A las aves dan asilo:
Todo en la quietud se halla;
¿Y yo entre todos los séres
Solamente destinada
Estaré á sufrir por siempre?
¡Ah! no, ya Dios me señala
El sepulcro como un puerto
De mi vida en la borrasca.

ANA.

¡ Me haceis llorar !

SOFIA.

Padre mio,
He cumplido mi palabra.
Pronto me uniré contigo ;
Mas qué rumor... ¡ cielos !

ANA.

Nada,
Nada se mueve, señora.
No temais.

SOFIA.

Si por desgracia
El duque me sorprendiese,
¡ Cuán criminal me juzgara !
Sobre la triste Sofia,
Y sobre Herman descargara
Su furor ! Vuelve al castillo,
Vela por tu triste ama.
Yo entre tanto aquí á los cielos
Dirigiré mis plegarias :
La oracion me dará fuerza
Para sufrir mis desgracias.

ANA.

Sí ; nada temais, señora :
Tened en Dios confianza,
Y en mi cuidado.

SOFIA.

Ana mia,
Eres para mí una hermana.

ANA.

Me avergonzais ; voy, señora.
Que la Providencia santa
Os dé valor. (Tú, Dios mio,
Su noble proyecto ampara.) (*Vase.*)

ESCENA III

SOFIA. (*Se arrodilla al pié de la escalera, y levanta sus ojos y sus manos al cielo.*)

¡ Vírgen, madre de Dios ! Vírgen María !
Tú que miras, Señora, mi agonía,

Mi profunda afliccion :
Escúchame piadosa desde el cielo
Y derrama una gota de consuelo
Sobre mi desgarrado corazon.
Á aquel Señor que sus divinas huellas
Estampa sobre el sol y las estrellas,
Ruega, ¡ oh Madre, por mí !
Por mí, que devorada de tormentos,
Débil caña, juguete de los vientos,
Siempre en el valle de la tierra fuí !
Mas yo he sufrido la tormenta impía
Sin mancharme jamas; siempre mi guia
Fué ¡ oh Vírgen ! la virtud.
Ante el lecho de un padre moribundo,
Sacrifiqué los bienes de este mundo,
Y de duelo cubrí mi juventud !
En la fogosa edad de las pasiones,
Sin placer, esperanzas ni ilusiones,
Sola y triste gemí,
Cual flor en el desierto aban donada,
Cual barquilla á las olas entregada.
¡Nadie ha tenido compasion de mí!
Tú lo sabes, Señora, ¿ qué no he hecho
Por borrar una imágen de mi pecho,
Y olvidar un amor ?
Inútil todo por mi mal ha sido ;
Tu Hijo, Madre de Dios, cerró el oido
Al profundo gemir de mi dolor !
Agobiada de bárbaros pesares
Fuí á llorar hasta el pié de los altares,
Pidiendo compasion :
Y allí abrazada de la cruz, gemia,
Y allí por él lloraba el corazon !
Tú, Omnipotènte Dios, que me criaste,
¿Acaso de la nada me sacaste
Para gemir así ?
¿ Para gozarte acaso en mis martirios?
Perdona, ¡ oh Dios ! perdona mis delirios,
Mira mi llanto, ten piedad de mí !
Y desde tu alto trono de diamante,
Dirige tu mirada un solo instante
Sobre mí, sobre Herman :

Dale valor, y á mí la tumba fria:
Sí, yo lo espero: el venidero dia
Mis cenizas en paz reposarán!
(*Queda algunos momentos arrodillada, cubriéndose el rostro con las manos.*)

ESCENA IV

SOFIA, HERMAN, GUSTAVO.

(*Aparecen á la puerta del parque, y contemplan á Sofia.*)

HERMAN.

Mírala, Gustavo, allí,
Como una vision de amor,
Como un ángel de dolor,
Orando tal vez por mí.
¡Y yo de su corazon
Pude dudar un instante!
Mira en su hermoso semblante
Retratada su afliccion.

GUSTAVO.

Llega, que es tarde: yo aquí
Los caballos cuidaré.
Prevenido esperaré.

HERMAN.

Gracias, hermano: por mí
Tu vida expones ahora:
¿Cómo sabré agradecer...

GUSTAVO.

Calla, Herman; es un deber:
Llega, que viene la aurora. (*Se retira.*)

ESCENA V

SOFIA, HERMAN. (*Sofia, á los pasos de Herman se levanta, y vuelve la cabeza á mirarle.*)

HERMAN.

Gracias, gracias, Sofia.

SOFIA.

¡Herman!

HERMAN.

Te miro,
Te miro al fin, hermosa,
Y mi tristeza olvido, y mis tormentos:
Todo, todo lo olvido
Cuando estoy á tu lado,
Cuando siento el aliento embalsamado
Que tú, mi bien, respiras,
Y al traves de tus lágrimas me miras,
Esa inefable, angélica ternura
De tu mirar; tu palidez, tu llanto,
Tienen no sé qué encanto
Melancólico, dulce, indefinible!
Oculto allí, mi bien, te contemplaba,
Tu oracion respetando fervorosa:
Sobre tu frente cándida y hermosa,
El rayo de la luna resbalaba.
Jugaba el áura con tus bucles de oro,
Y con tu blanco trasparente velo:
Tus ruegos elevabas hácia el cielo
Por mí, por mí, Sofia! ¡Yo te adoro!
La lágrima que tiembla en tu mejilla,
Es la gota de bálsamo que calma
La agitacion frenética de mi alma.
Ven á mi corazon, toca mi frente:
¡Oh! si vieras, mi bien, cuánto he sufrido!
¡Pero te veo, y mi dolor olvido,
Y sueña dicha el corazon doliente!

SOFIA.

¡Dicha! dicha! ¿qué dices, desgraciado?
En este valle de amargura y duelo
¿Qué nos resta, infelices? ¿qué consuelo
Hallará nuestro pecho desgarrado?
Condenados los dos á eterno lloro,
No nos queda siquiera una esperanza.
¿Qué es nuestro porvenir? horribles penas,
Vivir eternamente separados,
Léjos uno del otro, condenados
Á arrastrar en silencio las cadenas,
Cadenas pesadísimas que pronto

Acabarán con la existencia mia!

HERMAN.

¡Ah! no, jamas! unámonos, Sofia:
Yo, ser tuyo juré; por tí he vivido,
Y á arrancarte de aquí sólo he venido:
Ven, abandona esta prision dorada:
Dejemos esta atmósfera maldita
Que te sofoca, y tu beldad marchita:
Busquemos otra pura, embalsamada,
Digna de tí, Sofia: de tu frente
Arroja esa diadema que te humilla;
La guirnalda sencilla
De violeta, y jazmin, y mirto y rosa,
Que mi amorosa mano te ceñia,
Brillaba más hermosa
Sobre tu frente cándida, Sofia!

SOFIA.

¡Ay! verdad es, Herman; aquellas flores
No quemaban mi frente cual la quema
Esa ducal diadema
Tú no sabes, Herman, lo que ha pasado
En este corazon! gota por gota
Ha ido cayendo en él cuanta amargura
Puede haber en la vida: ¡oh cuántas veces,
Cuántas pensé que mi razon perdia!
Un recuerdo de fuego me quemaba,
Mi pecho con mis manos destrozaba,
Y tu nombre entre llanto repetia!
Llanto, sí, llanto; pero amargo, ardiente,
Cuya huella jamas el tiempo borra,
Que seca el corazon, ruga la frente!
¡Y tener que ocultarlo, y el contento
Aparentar, y parecer en calma
Cuando está ardiendo y desgarrada el alma,
Cuando toda la vida es un tormento!
Y la frívola corte sonreia
Al verme de brillantes coronada,
Y mi suerte tal vez era envidiada,
Cuando sangrando estaba el alma mia!
Cuando mi traje recamado de oro,
Era un paño de muerte que abrumaba
Mi débil cuerpo; cuando yo regaba

El rico mármol de mi estancia, en lloro!
Y tu imágen aquí, sin que un momento
La pudiera borrar de mi memoria!

HERMAN.

¡Y yo soñando amor, buscando gloria,
Sin sospechar siquiera mi tormento,
Intrépido al peligro me arrojaba:
Un nombre iluste conquistar queria,
Un nombre que ofrecer á mi Sofia,
Cuya celeste imágen me animaba.
¡Oh! dulces eran para mí las penas,
Y leve la armadura:
De la abrasada Siria en las arenas,
Pensando en la ventura
Que tu amor me guardaba!
Tus últimas palabras repetia;
De mi alazan el cuello acariciaba,
Y el noble bruto ufano relinchaba,
Y yo mi lanza intrépido blandia.
Aprovechando à veces una tregua,
Bajo la sombra de una hermosa palma
Pulsaba mi laúd, y en dulce trova
Mis ardientes suspiros te mandaba,
Que en el desierto inmenso se perdian,
Y mi laúd con lágrimas regaba!

SOFIA.

Pero era dulce tu llorar al ménos:
La gloria te seguia,
Una grata esperanza te animaba;
Pero yo triste, yo, que ni un momento
Gozaba de quietud, que á todas horas
Escuchaba una voz que me decia:
« ¿ En dónde está, perjura,
La eterna fe que me juraste un dia? »
Y mis ensueños espantosos eran:
Ya muerto en Palestina te veia;
Ya llegar á tu patria, y despechado,
Mi nombre maldiciendo,
Del fiero duque provocar la saña;
Y tu acero cruzarse con el suyo
En lid horrenda, y salpicada en sangre,
En la sangre de Herman y de mi esposo

Entre tumbas vagar sola en el mundo!
¡Oh Herman, cuánto he sufrido!

HERMAN.

Sí, Sofia;
Pero ya más felices vivirémos:
De nuestra patria léjos estarémos
Cuando luzca la luz del nuevo dia.
Que allí mi corcel está
Tascando el freno impaciente:
Pronto la aurora vendrá:
Ven, su rayo lucirá
Sobre tu cándida frente.
¡Ven, mi vida, mi tesoro!
Ven, adorada beldad,
Ven, enjugaré tu lloro:
No tendrás mármoles ni oro,
Pero tendrás libertad.

SOFIA.

¡Ah!

HERMAN.

De tu esposo tirano
Burlarémos el furor:
Sobre mi troton lozano,
Mi fuerte lanza en la mano,
Yo defenderé á mi amor.
No temas, hermosa, ven;
¿Quién puede vencerme, quién?
Nadie; la victoria es mia,
Porque defiendo á Sofia,
Porque lidio por mi bien!

SOFIA.

¡Infeliz!

HERMAN.

Todo mi afan
Será sólo tu ventura,
Y de mirto y de arrayan
Mis manos coronarán
Tu frente angélica y pura.
Á tu canto, la armonía
Juntaré de mi laúd.
Yo seré tuyo, tú mia,
Y un ensueño de alegría

Será nuestra juventud.
¿Mas nada respondes, nada?
¿Desoyes mi ardiente ruego?
¿Vuelves de mí tu mirada,
Y siento tu mano helada
Entre mis manos de fuego?
¿Temes ¡ay! participar
De mi pobre humilde suerte?
Sí, yo lo debí esperar:
Tú viniste á este lugar
Para anunciarme la muerte;
Porque mandarme vivir
Sin tí, adorada Sofia,
Es condenarme á morir...
¿Lo quieres? Voy á partir...

SOFIA (*volviendo el rostro anegado en llanto*).
¡Herman!

HERMAN.

¡Lloras, vida mia!

SOFIA.

¡Eres, Herman, despiadado!
Mirando estás mi dolor,
Mi rostro en llanto bañado,
¿Y dudas, desventurado,
Del exceso de mi amor?
¿Por quién he venido aquí
Los peligros arrostrando?
¿Por quién ¡ay! tanto sufrí?
Por tí, ingrato Herman, por tí,
Que estás de mi amor dudando.

HERMAN.

No dudo ya, no, Sofia.

SOFIA.

Por tí, Herman, despreciaria
Los peligros y la muerte;
Porque mi delicia es verte,
Tú, el alma del alma mia.
La humilde cabaña fuera
Para mí grata mansion,
Si allí seguirte pudiera,
Si allí tranquilo estuviera
Mi llagado corazon:

Porque no puedo olvidar,
Porque te amo todavía,
Porque te amo á mi pesar,
Porque no puedo arrancar
Tu imágen del alma mia.

HERMAN.

Ángeles que la escuchais,
¿En la sagrada mansion
De ventura que habitais,
Esta delicia probais
Que prueba mi corazon?
¡Encantadora mujer,
Si vieras qué hermosa estás!
Tiene tu llanto un poder
Que no puedo comprender;
Y dime, ¿me seguirás?

SOFIA.

Oye, Herman; voy á morir,
Que sin tí no podré yo
Por largo tiempo vivir;
Mas no te puedo seguir.

HERMAN.

¿No puedes seguirme?

SOFIA.

No.

HERMAN.

¿Quién te lo impide, Sofia?
¿Quién te lo impide?

SOFIA.

El deber:
Juré.....

HERMAN.

Juraste ser mia.
Ven.

SOFIA.

¿Y criminal seria?
¿Mé quieres envilecer?
Un impuro corazon
No fuera digno de tí:
¡Herman, Herman, compasion!
De un padre la maldicion
No caiga ¡ay Dios! sobre mí.

Hoy puedo por tí rogar
A Dios; hoy puedo mi frente
Sin crímen al cielo alzar;
Hoy puedo, en fin, espirar
Infeliz, pero inocente.
Tú en mi sepulcro vendrás
A colocar una flor,
Y mi virtud amarás,
Y enternecido dirás:
Murió digna de mi amor.
En otra mansion un dia,
En otra region de luz,
Inundada de alegría,
Se unirá por fin Sofia
Al soldado de la cruz.

HERMAN.

Es cierto, tienes razon:
No podemos ya vivir
Juntos en esta mansion
De luto y de maldicion;
Pero podemos morir.
¡Morir, morir por tu amor,
Y á tu lado, vida mia!
¿Dónde habrá dicha mayor?
Hácia otro mundo mejor
Volarémos en un dia.
Siéntate junto de mí:
Pronto la aurora vendrá:
Te buscarán, ¿no es así?
Y vendrá el duque, y aquí
Á los dos nos matará.

SOFIA.

No, no; yo tengo valor
Bastante para morir
Del fiero duque al furor;
Pero no quiero ¡oh mi amor!
Verte á mis ojos sufrir.
Huye, que ya llega el dia:
Huye al instante por Dios:
Te lo ruega tu Sofia.

HERMAN.

¿Y adónde iré, vida mia,

Si no partimos los dos?
¿En dónde vivir pudiera
Si mi universo es aquí?

SOFIA.

Sigue de Dios la bandera:
Tal vez la gloria te espera.

HERMAN.

No quiero gloria sin tí. (*Ruido de paso dentro.*)

SOFIA.

¿Escuchas ese rumor?

ESCENA VI.

DICHOS, GUSTAVO (*precipitado*).

GUSTAVO.

Hermano, somos perdidos;
Entre esas ramas dos hombres
Se ocultan.

HERMAN.

¡Cómo!

SOFIA.

¡Dios mio!
Será el duque!

HERMAN.

Nada temas;
¿No estás con Herman, conmigo?
Venga el duque, dé mi espada
Probará el agudo filo;
¿Ni quién vencerme pudiera,
Si estoy, mi amada, contigo;
Si me anima de tus ojos
El fulgor puro y divino?
Al arma, Gustavo, al arma!

GUSTAVO.

Morir ántes que rendirnos.

HERMAN.

¿Dos no más? ¡desventurados!

SOFIA.

Deja que vuelva al castillo,
Y huye tú.

HERMAN.

¿Huir? ¡oh! nunca.
Ven, Sofia, ven conmigo,
Que será cierta tu muerte
Si ya el tirano te ha visto:
Logremos ganar la puerta:
Sobre mi alazan querido
Te colocaré, y entónces,
Adios, hermoso castillo,
Adios, prisiones doradas,
Que ya hemos roto los grillos.

SOFIA.

Y adios, tambien, virtud santa:
¿Tras de tantos sacrificios
Te perderé? ¡No, no, nunca!
Herman, á tus piés te pido
Que te salves, y me dejes
Sufrir sola mi destino.
Huye.

HERMAN.

Contigo.

SOFIA.

No.

HERMAN.

Entónces
Sálvate tú, hermano mio.
(*Arroja la espada.*)
Mira, ya no tengo espada.
Morir aquí determino.

GUSTAVO.

¡Ah! no; toma; á pesar suyo
Sálvala: toma, te digo,
Que ya vienen; ya se acercan.

HERMAN.

Salvémosla, pues, amigo.

GUSTAVO.

Dos para dos, no hay ventaja.

SOFIA.

¡No sé dónde estoy, Dios mio!

ESCENA VII.

DICHOS, EL DUQUE, JORGE (*con espadas denudas*).

DUQUE.

¡No podeis huir, malvados!

SOFIA.

Él es, ¡oh Dios!

DUQUE.

Foragidos,
Que de la noche en las sombras
Ocultais vuestros delitos:
¡No escaparéis, no, lo juro!
¡Moriréis entre martirios!
¿Y pensabais engañarme,
Y burlar el furor mio
Con la fuga? ¡no, cobardes!

HERMAN.

¡Cobarde! ¡cobarde has dicho?
Pronto lo veremos, duque.
Paso.

DUQUE.

¡Eh, atras!

HERMAN.

Paso, os digo,
O lo abriré con mi espada.
A ellos, Gustavo.

(*Lidia Gustavo con Jorge, y Herman con el duque.*)

DUQUE.

¡Atrevido!
Ríndete.

JORGE.

¡Guardias! (*Gritando.*)

DUQUE.

No, calla;
Mire el soldado de Cristo
Que el duque Othon solo basta
Á desarmarle y rendirlo.

SOFIA.

¿Dónde estoy? ¡dejadme, bárbaros!

HERMAN.

No temas, estás conmigo.

GUSTAVO (*á Jorge que cae*).

¡Muere tú, muere, malvado!

JORGE.

¡Guardias!

GUSTAVO.

Cállate, maldito,
Si quieres que te perdone:
Calla.

DUQUE (*soltando la espada*).

Pese al furor mio.

HERMAN.

Duque, ¿quién es el cobarde?
Ya tengo libre el camino.
Pronto á caballo, Gustavo.

DUQUE (*gritando*).

¡Guardias!

HERMAN.

Aun no te han oido.

SOFIA (*queriendo soltarse*).

¡Herman, por piedad!

HERMAN.

Marchemos:
Á su pesar, del peligro
La salvo.

DUQUE

¡Oh infierno! Guardias!

HERMAN.

Adios, duque Othon.

(*Se van por el foro derecho.*)

ESCENA VIII.

EL DUQUE, JORGE.

(*Despues de un instante aparecen los guardias á la reja del parque, y se van en seguimiento de Herman.*)

DUQUE.

¡Malditos!

¿ Estais sordos ? ¡ Ah ! se escapan.
(*Salen los guardias.*)
Corred, y muertos ó vivos
Vengan aquí : pronto, pronto,
Que Herman toma ya el estribo.
(*Se van los guardias.*)
¡ Jorge, Jorge ! mi caballo :
¡ Sigamos á los bandidos !

ACTO TERCERO

LA REVELACION

La misma decoracion del acto primero.

ESCENA I.

EL DUQUE, JORGE.

DUQUE.

Si tardamos un instante,
Los fugitivos se escapan.
¡Vive el cielo! no creia
Que tal valor se encontrara
En ese oscuro guerrero :
¡Que serenidad, qué audacia!
¿Y quién es el otro jóven
Que al cruzado acompañaba?

JORGE.

Un hermano menor suyo,
Segun parece : ¡por mi alma!
Que los dos son muy valientes,
Y por poco nos despachan!

DUQUE.

Es fuerza hacerles justicia:
Manejan muy bien las armas;
Y burlado nos hubieran,
Si mis guardias no llegaran.

JORGE.

Y si no es por vuestra esposa,
La victoria nos costara
Mucha sangre; pero viendo
Que la duquesa se hallaba
En peligro, el mayor dijo :

« Gustavo, deja la espada :
La resistencia es inútil,
No lograrémos salvarla ;
Rindámonos, quizá el duque
Escuchará mis palabras. »
Entónces llegásteis vos.

DUQUE.

Y me rindieron las armas :
Quizá esperan que sus ruegos
Desarmarán mi venganza ;
¡ Ah ! si tal esperan, Jorge,
Vive el cielo, que se engañan !
El duque Othon sabrá pronto
Lavar con sangre las manchas
De su honor. ¿ Y qué dijera
La nobleza de Alemania
Si esta osadía insolente
Yo sin castigo dejara ?
No ; morirán los traidores,
Pagarán cara su audacia ;
Pero ántes verlos deseo
En mi presencia, á mis plantas
Arrastrarse, y confundirlos
Con mis severas miradas.
Ve pronto, Jorge, y los presos
Conduce luego á esta sala. *(Se va Jorge.)*
Hola... venga aquí Sofia. *(Llamando á la puerta*
Temblar la veré á mis plantas. *izquierda.)*

ESCENA II.

EL DUQUE.

¿ Y es esta la mujer ? vaso precioso
De vil ponzoña, de amargura lleno :
Risa sus labios, falsedad su seno,
De bien y mal conjunto misterioso.
¡ Oh ! quién pensar pudiera que Sofia,
Con aquel aire tan ingénuo y puro,
Así ocultase un corazon perjuro,
Que virtud y modestia así mentia !

¡Maldito el hombre que su honor entrega
A una débil mujer! Oh! sí, maldito!
Un baldon en la frente lleva escrito,
Y la hora al fin del desengaño llega,
Y yo la amaba, ¡pérfida! la amaba,
Y en su amor puse la confianza mia.
¡Ah! me faltó la infiel! tiembla, Sofia!
¿Muera la esposa que mi honor manchaba!

ESCENA III.

EL DUQUE, SOFIA.

SOFIA.

?Qué me quereis? ¿Llegó ya
De mi suplicio el momento?
Libradme de mi tormento,
La víctima pronta está.

DUQUE.

Infiel esposa, tu frente
No se cubre de rubor?

SOFIA.

Nunca se cubre, señor,
De rubor el inocente.

DUQUE.

¡Inocente! tú, Sofia,
Cuando os encuentro á los dos
En una cita? Por Dios,
Tal audacia no creia!
¡Inocente, y de otro dueño
En los brazos te entregabas,
Cuando á tu esposo juzgabas
Hundido en profundo sueño!
Cuando con Herman reias
De mi necia estupidez!
Cuando mi nombre tal vez,
Y tu suerte maldecias!
¿Y por qué? ¿qué te hice yo
Para aborrecerme así?
Riqueza y nombre te dí,
¿Ya lo has olvidado?

SOFIA (*con firmeza*).
No.

DUQUE.

¿Recuerdas que en orfandad
Hubieras siempre gemido;
Que sin mí hubieras vivido
En profunda oscuridad;
Que yo me compadecí
De aquel tu penar doliente,
Y lleno de amor, tu frente
Con mi diadema ceñí?
¿Y cuál es el galardon
Que tú me has dado, Sofia?
Una mancha en la honra mia,
Sobre mi timbre un borron!
¡Ah! si no la gratitud,
Falsa y traidora mujer,
Te debieran contener
El deber y la virtud;
Mas todo lo has olvidado;
Cubres de oprobio tu nombre,
¿Por qué? por seguir á un hombre,
A un vil y oscuro soldado.

SOFIA.

Basta, duque, basta ya.
Que no alcanza el sufrimiento;
Dadme la muerte al momento,
Dios despues nos juzgará;
Pero repito, señor,
Que no he sido delincuente,
Y que puedo alzar mi frente
Sin cubrirme de rubor.
Fuí á una cita; ¿pero vos
No sabeis á lo que fuí?
A decir á Herman: De aquí
Huye: para siempre adios!

DUQUE.

¡Cuánto heroismo!

SOFIA.

Bien sé
Que crédito no me dais:
De mi virtud os burlais.

DUQUE (*Con ironía*).

¿Burlarme de ella? ¿por qué?
Digo que estoy convencido
De vuestra lealtad, señora,
Y lo vais á ver ahora:
Injusto con vos he sido;
Mas un momento de error,
¿Quién no lo tiene, Sofia?
Ya veréis en este dia
Cómo pago tanto amor:
Porque no es posible ya
Dudar de que me amais, no;
¡Quién más dichoso que yo!
Tu esposo te pagará
Ese cariño.

SOFIA.

Señor,
Basta; dejad la ironía:
Sé cuál es la su suerte mia;
La sufriré con valor.
¿Creis que temerá morir
Quién ha llamado á la muerte
Tres años, su porque su suerte
Era llorar y sufrir?
Sí, duque, la vida mia
Era un eterno tormento,
Y anhelaba este momento
Con el fin de mi agonía.
Y puesto que cerca estoy
De tocar la eternidad,
Oye, duque, la verdad,
Oye, á decírtela voy.
En dichosa quietud, en dulce calma,
Bajo del techo paternal vivia:
Un dulce porvenir me sonreia,
Un porvenir de dichas y de amor.
Ese guerrero que llamais oscuro,
Y hoy teneis en prisiones aherrojado,
Era un mancebo noble y esforzado,
Ídolo de mi ardiente corazon.
Le amé, señor, le amé desde la infancia,
Fué de mi juventud el dulce ensueño,

Y juré hacerle de mi mano dueño,
Como era dueño de mi pura fe.
Mas para ser más digno de mi afecto,
Fué á Palestina en busca de la gloria,
En su pecho llevando y su memoria,
La imágen ¡ay! de su adorado bien.
Vos entre tanto por desgracia mia
Me mirásteis, ¡momento malhadado!
Y de pasion fatal arrebatado,
A mi padre dijísteis vuestro amor.
Y el pobre anciano, próximo á la tumba,
Y temiendo que Herman no volvería,
Vuestro amor escuchó con alegría:
¡Ay! tu cariño ¡oh padre! te cegó.
Mil veces me propuso vuestro enlace,
Y mil veces le dijo el labio mio
Que no era dueña yo de mi albedrío;
Que era mi corazon sólo de Herman.
Él insistió, yo resistí, y un dia.....
¿Os acordais? su vida se apagaba,
Y ante mis piés, llorando se arrastraba.....
Y..... yo juré cumplir su voluntad.
Sí, lo juré; mas desde aquel instante
No supe más de mí; yo fuí arrastrada
Y ante el altar os dí una mano helada,
Sin saber lo que el labio pronunció.

DUQUE.

¡Oh! ¿no lo recordais, noble señora?
Jurásteis ante Dios ser sólo mia.

SOFIA.

A la luz de una fúnebre bujía,
Que alumbraba una estancia de dolor.
Sí, lo recuerdo como ensueño horrible;
Recuerdo que mi frente toqué luego,
Y una diadema me encontré de fuego
Que me quemaba la convulsa sien.
Y comprendí lo que jurado habia,
Y blasfemé, ¡perdóname, Dios santo
Y fuí al altar y le regué con llanto,
Y á vivir infeliz me resigné!
¡Ah! vos vísteis mis lágrimas amargas,
Y me cubrísteis de diamantes y oro:

" Al fin, dijísteis, calmará su lloro
El título pomposo que le doy."
Te engañastes ¡ oh duque ! tùs riquezas,
Las riquezas de un rey, ¿ que fueran ? ¡ nada !
Para el alma que está despedazada,
Por el recuerdo de un perdido amor.
Un corazon mis joyas ocultaban
Por horribles tormentos carcomido :
Mi habitacion magnífica, ¿ qué ha sido ?
Una prision ; mi lecho, un ataúd.
Y sin embargo ¡ oh duque ! yo lo juro,
Sofocar este amor he procurado ;
¡ Oh ! no lo conseguí ; mas no he faltado
Por un instante sólo á la virtud.

DUQUE.

Calla, calla, mujer ; ¿ ya no recuerdas
Que yo estaba allí oculto, y te veia ?
Que el cruzado tus manos oprimia,
Que en tu semblante el júbilo brilló ?
¡ Oh ! yo sé bien que las mujeres usan
De mágicas palabras que adormecen :
Que inocentes y puras aparecen,
Cuando el crímen está en su corazon.
Mas no me engañarás, no ; de tu amante
Verás rodar primero la cabeza :
Tú moriras despues.

SOFIA.

Y con firmeza
Arrostrar esa muerte me verás :
Porque soy inocente : porque sólo
En otra vida mi esperanza fundo :
Porque un mar de dolor es este mundo,
Y mi puerto hallaré en la eternidad.
Pero si alguna vez te fuí querida,
Escucha ¡ oh duque ! mi postrer acento,
Mi último ruego : evítame el tormento
De ver morir al infeliz Herman :
Concédeme, señor, que yo primero
Baje á la tumba, y en aquel instante
Yo rogaré por tí, y en mi semblante
El perdon de tu crímen mirarás.

DUQUE.

¡ Perdon ! perdon ! señora, os agradezco
Tanta bondad ; mas no la necesito :
Veréis morir á Herman, os lo repito,
Y en vuestro acerbo llanto gozaré :
¡ Tú no sabes, mujer, lo que sufria
Cuando en el parque oculto os contemplaba !
Mi corazon la fiebre devoraba
Cuando las muestras de tu amor miré.

SOFIA.

Señor, señor, ¿ mi muerte no es bastante
Á saciar vuestra furia ?

DUQUE.

No, señora.

SOFIA.

Á vuestros piés una mujer que llora,
¿ No hallará ni este rasgo de piedad ?
¡ Duque.....

DUQUE.

Dejadme ; vuestro ruego irrita
Más y más mi furor ; el ruego es vano :
No hay piedad para tí.

SOFIA.

Pues bien, tirano,
Sacia, sacia tu bárbara crueldad.

DUQUE.

¡ Oh ! ya llega tu amante con su hermano,
¿ No palpita tu seno de ternura ?

SOFIA.

¿ Tienes, destino atroz, más amargura
Que verter en mi pobre corazon ?
No puedo más ; las fuerzas me abandonan :
Hasta las fuentes de mi amargo llanto
Agotadas están. ¡ Dios justo y santo !
¿ No escucharás el grito del dolor ?

ESCENA IV.

DICHOS, HERMAN, GUSTAVO (*con cadenas*). JORGE, GUARDIAS.

HERMAN.

Aquí está ¡santo Dios! vuelvo á mirarla!

DUQUE.

Llegad, noble y valiente caballero:
Digno soldado de la cruz, miradla:
Hé aquí de vuestro amor el dulce objeto.
Venid, venid, para enjugar el llanto
De este ángel de bondad..... pero, ¿qué es esto?
¿Tan frio ahora y tan ardiente ántes!.....
¿Se ha apagado tan pronto el dulce fuego
De aquel amor ardiente, inextinguible?....
¿Bajais los ojos y temblais, mancebo?.....
¿Un valiente guerrero así se abate?
¿No teneis que decir?

HERMAN.

Que te desprecio.

DUQUE.

¿Y nada más?

HERMAN.

Que te desprecio, duque:
Que tu ironía y tu ademan soberbio,
Con el que está cargado de prisiones,
Es muy digno de tí. Buen caballero,
Es más diestra tu lengua que tu mano:
Manda, tirano, manda que estos hierros
Me quiten un instante; al campo vamos;
Solos allí los dos, y cuerpo á cuerpo
Nos batirémos, y verás entónces
Quién tiembla de los dos: ¿así tan presto
Has olvidado, duque, que mi mano
De la tuya saltar hizo el acero?
Te perdoné la vida, miserable:
Eres cobarde, duque, y te desprecio.

DUQUE.

A una casualidad debiste el triunfo,
A una casualidad, ¡viven los cielos!

Si fueras tú mi igual, si fueras noble,
Yo lidiara contigo en campo abierto,
Y allí la fuerza vieras de mi brazo,
Y el filo allí probaras de mi acero;
Pero el que entra de noche en mi castillo,
Su edad, su nombre y condicion fingiendo:
El que intenta robarme así la esposa,
De la profunda noche en el silencio,
Debe morir en un cadalso infame,
No cual mueren los nobles caballeros:
Sí, morirás, y morirá contigo,
De tu pasion el criminal objeto.

HERMAN.

¡Criminal! criminal! ¡oh! no la ultrajes,
Duque; tu esposa un ángel es del cielo,
Es la misma virtud: en este instante
Solemne para mí, por el Eterno,
Juro que es inocente, sí, lo juro:
De mi vida en el último momento
Lo tornaré á jurar: salva su vida,
Sálvala, Duque, solo yo soy reo:
Yo, sí, que á arrebatártela venia,
Porque desde la infancia un juramento
Nuestras almas ligó: lazo sagrado,
Que tus riquezas, tu poder inmenso,
Un *si* arrancando en medio de un delirio,
Nada bastó á romperle, porque el cielo
Grabó el amor en nuestras tiernas almas,
Con caractéres de imborrable fuego.

DUQUE.

¡Oh! yo lo borraré! la losa fria
De tu sepulcro apagará ese incendio;
Y lo que no ha podido la distancia,
Ni el deber, ni el trascurso de los tiempos,
La muerte alcanzará.

HERMAN.

No, de la tumba
Á la region celeste volarémos,
Y allí de Dios en la presencia augusta,
De aquel Dios que en nuestra alma está leyendo,
De aquel Dios, ante el cual el oro es polvo,
Y la grandeza de los hombres viento,

Premio dulce hallará nuestro martirio,
Y allí por siempre á unirmos volverémos.
Y tú, Sofia, pura como el ángel
Que gira en torno al trono del Eterno,
Alza tu frente cándida y sublime;
No temas el morir.

SOFIA.

¡Ah! no lo temo:
La muerte es mi consuelo, mi esperanza:
Sí, morir juntos, mi único deseo;
Pero verte sufrir ¡oh! no es posible,
Herman; no tengo para tanto, esfuerzo.
¡Duque! Señor! que caiga á un tiempo mismo
La cuchilla fatal en nuestros cuellos.

DUQUE.

¿No te lo dije ya? soy inflexible.
Jorge, vuelve á llevar los prisioneros:
Que arreglen los negocios de su alma:
Un cuarto de hora sólo les concedo:
Cuando suenen las once en el castillo,
Cumpla el verdugo su deber.

JORGE.

Entiendo.

(*Sofia corre hácia Herman: Jorge y los guardias se lo impiden.*)

HERMAN.

Adios, Sofia.

SOFIA.

¡Herman! á mí llevadme,
Arrastradme con él!

HERMAN.

¡Pesados hierros!
¡Ah! si mis brazos estuviesen libres!

DUQUE.

Separadlos.

HERMAN.

¡Confúndante los cielos!
Vamos, Gustavo.

GUSTAVO.

(¡Oh madre mia!
¿Quién te consolará?)

JORGE.

Vamos.

HERMAN.

Marchemos. (*Se van.*)

ESCENA V.

EL DUQUE, SOFIA. (*Se pasea muy agitada: luego se encara al duque, con la sonrisa de la desesperacion.*)

SOFIA.

¿Estás contento ya?

DUQUE (*con calma*).

Lo estaré pronto.

SOFIA.

Yo tambien lo estaré, porque los cielos
Harán que alguna fibra se me rompa
Del corazon en su latir violento:
Sí, pronto moriré; pero tú, duque,
De tu riqueza y tu esplendor en medio,
¿Gozarás de quietud? no; nuestra sombra
Te seguirá, y en torno de tu lecho
Nuestros espectros clamarán: *¡Venganza!*
Y al fin nos vengará el remordimiento.

ESCENA VI.

DICHOS, UN PAJE.

PAJE.

Señor: á vuestro castillo,
Una miserable anciana
De llegar acaba ahora,
Y pide que á vuestras plantas
Arrojarse le permitan.

DUQUE.

En una ocasion muy mala
Pide audiencia: despedidla;
Vuelva otro dia, mañana,
Hoy á nadie escuchar quiero.

PAJE.

Es urgente y de importancia
Lo que tiene que deciros,
Segun se expresa.

DUQUE.

Por mi alma
Que es muy necia esa mujer.
Haced que pase á esta sala. (*Se va el paje.*)
Oigámosla brevemente.

PAJE.

Entrad ya, señora.

IDA.

Gracias.

ESCENA VII.

SOFIA EL DUQUE, IDA.

IDA.

Permitid que de rodillas.....

DUQUE.

Levantad, buena mujer.
¿En qué os puedo complacer?

IDA.

Pronto lo sabréis, señor.

DUQUE.

Sentaos.

IDA.

Así lo haré.
Porque estoy muy fatigada:
Es muy larga la jornada
Que he tenido que hacer hoy.

DUQUE.

Sed breve, mujer, que tengo
Poco tiempo de escucharos.

IDA.

Procuraré no cansaros:
Ya empiezo mi narracion.
A algunas millas de aquí,
Hace tiempo que existia
Una jóven, que vivia
En su tranquila mansion.
Sus padres eran honrados,
Pero pobres; su ventura
Se cifraba en la hermosura
De la hija de su amor,

¡Pobre niña! la inocencia
Sobre su frente brillaba,
Y la risa se ostentaba
En su labio encantador.
Era hermosa como el cielo,
Y como el cielo era pura;
Mas ¡ ay ! por su desventura
Un señor noble la vió.
La vió, y en su seno ardiente
Latió el corazon malvado,
De un amor desenfrenado,
Y hacerla suya juró.
Y con la risa en los labios,
Un amor puro mintiendo,
Poco á poco seduciendo
Fué su noble corazon.

DUQUE.

¡Pobre niña!

IDA.

¿No es verdad
Que fué un infame aquel hombre
Que fingió su estado y nombre
Para encubrir su intencion?
Y ella la pobre, inocente
Alma de cándido niño,
Aquel mentido cariño
Sedujo su corazon.
Tímida, sin experencia,
Sin mundo... ¡ desventurada!
Fué por el noble burlada.

DUQUE (*con agitacion*).

¡Dios mio!

IDA.

¡Horrible traicion!
No es esto todo; el malvado,
Ya que consiguió su intento,
Huyó, dejando el tormento
En el pecho que rompió:
Huyó, y dejó á la infelice
Con su vergüenza y su luto,
Y en su triste vientre el fruto
De aquel desdichado amor.

(*Observándolo.*)
¿Temblais, señor?

DUQUE (*con interes*).

Proseguid.

IDA.

La jóven desventurada
Echó al mundo una mirada,
Y vió vergüenza y dolor:
En lo pasado, recuerdos
De virtud y de ventura;
En lo presente amargura;
En el porvenir... ¡oh Dios!
¿Concebis, señor, la suerte
De esta infelice? gemia,
Y su nacer maldecia,
Y del cielo blasfemó.
Una noche.... ¡noche horrible!
Las estrellas no brillaban,
Los huracanes bramaban,
Todo era espanto y horror!
La jóven en su vergüenza,
Loca, ciega, delirando,
Huyó, su casa dejando,
La casa donde nació.
Donde sus padres ancianos
Con su cariño vivian,
Y otro hijo ¡ay Dios! no tenian
Que aliviase su dolor!
Donde dormian tranquilos
Junto á su hija descansando,
Tal vez con ella soñando,
Y ella...., ¡miserable, huyó!.....
Y al despertar los ancianos
A la infeliz llamarian;
¡Míseros! no encontrarian
Sino el lecho que dejó.
El lecho humilde en que un dia
Tranquilo sueño gozaba,
Cuando su alma pura estaba,
Sin crímen en su corazon.
¿Llorais?
[illegible]

DUQUE (*con mucha turbacion*).

Seguid, buena anciana,
Seguid esa triste historia.
(¡Es un sueño.... ¡Oh! qué memoria!...)
Seguid, anciana, por Dios.

IDA.

La pobre jóven en tanto,
Sin recursos, sin abrigo,
Ni un hermano, ni un amigo
En quien hallar compasion:
Sus cabellos en desórden
Errando á merced del viento,
Con el rostro macilento,
Devorado el corazon.
Léjos de su patrio suelo,
De puerta en puerta buscaba
Un pobre pan, que regaba
Con lágrimas de dolor.
En tanto el tiempo pasaba,
Y llegó por fin el dia
En que dar á luz debia
La causa de su rubor.
En una triste cabaña,
Sin más testigo que el cielo,
Llorando, en el frio suelo
Un triste niño nació.
Y el angelito de hambre
Junto á la madre gemia...
¡Ay! la madre no tenia
Leche que darle...

DUQUE.

¡Que horror!

IDA.

Y sangre en vez de alimento
Mamaba el niño.

(*Se levanta el duque muy agitado: luego se vuelve á sentar.*)

DUQUE.

¡Dios mio!

IDA.

Hasta que en el suelo frio
La triste madre cayó!

DUQUE.

Esa historia es espantosa,
Anciana.

IDA.

Sí, y verdadera.

DUQUE.

Proseguid... ¿de qué manera?.....
Decid lo que sucedió.

IDA.

Un hombre, ó más bien, un ángel,
Por allí entónces pasaba;
Oyó al niño que lloraba,
Y en la triste choza entró.
Este hombre, este hombre benéfico
Miró á la madre expirante,
Y al tierno misero infante,
Y todo lo comprendió.
Este hombre de bondad lleno,
Volvió á la vida la madre,
Y al niño sirvió de padre,
Y con la jóven se unió.
Dios bendijo las virtudes
Del amable y buen esposo,
Y otro hijo el cielo piadoso
Benigno le concedió.
Pero Dios escrito habia
En el libro del destino,
Que la esposa en su camino
Hallara siempre el dolor.
Y un funesto, horrible dia,
La muerte con mano helada,
Á la esposa desdichada
Su bienhechor le robó.

DUQUE.

¡Infeliz! ¿sabeis el nombre
Que aquella mujer tenia?
Decidmelo.

IDA.

Todavia.
No acabo mi marracion.
Esta mujer, esta madre,
Halló en sus hijos consuelo,

¡Ángeles puros del cielo,
Dignos de suerte mejor!
Pero hay séres infelices
Nacidos para el quebranto,
Amasados con el llanto,
Marcados con el dolor.
Esta madre desgraciada,
En lo último de su vida
Recibió una nueva herida,
Herida la más atroz.
Aquel noble, aquel malvado
Que la arrastró hácia un abismo,
El mismo, señor, el mismo,
Sus hijos le arrebató:
Sus hijos que eran su escudo,
¡Sus hijos! ¡mísera anciana!
Ya nos los tendrá mañana;
Todo para alla acabó.
Mañana en mísero lecho
Morirá desesperada,
Sin tener la desgraciada
A quién decirle un adios.
Yo vengo á pedir justicia;
(*Echándose á sus piés.*)
A vuestras plantas la pido,
Contra el malvado, que ha sido
Causa de tanto dolor.

DUQUE.

Levántate y dime el nombre
De esa mujer, por tu vida.

IDA (*con firmeza.*)

Su nombre, señor, es... Ida!

DUQUE.

¡Ida! ¿y dónde está?

IDA.

Yo soy.

DUQUE.

¡Cielos!

IDA.

Conoceis la víctima;
Mas no me habeis preguntado
Por el nombre del malvado:

Se llamaba.... el duque Othon.

DUQUE.

¡Calla, calla! ven aquí,
Déjame ver tu semblante.

SOFIA.

¡Gran Dios!

IDA.

Yo fuí vuestra amante:
¿Me reconoceis, señor?
Dificil es en mi rostro
Que reconozcais á Ida,
Ya rugada, envejecida
Por el tiempo y el dolor.
Pero soy la misma.

DUQUE.

Sí.
Y aquel niño ¡oh Dios! será....

IDA.

¿Vuestro hijo?

DUQUE.

Sí, ¿dónde está?

IDA.

En una oscura prision.
¡Oh fatalidad horrible!
Su mismo padre inhumano
Descarga la cruda mano
Sobre su hijo.

SOFIA.

¡Eterno Dios!

DUQUE (*gritando con la mayor ansiedad*).

¡Jorge! Jorge! ¡padre inícuo!
¡Jorge! Jorge! ¡horrible dia!
Será tiempo todavía....
¡Jorge!

JORGE (*saliendo*).

Mandadme, señor.

DUQUE.

Vuela, suspéndase al punto
El suplicio. (*Se va Jorge.*)

IDA.

¿Qué he escuchado?
¡Conque á muerte condenado!...

DUQUE.

¡A muerte, á muerte! ¡qué horror!
Pero es tiempo todavía.
No ha sonado la campana.

(*Suena un reloj lejano, las once.*)

TODOS.

¡Ah!

IDA (*cae desmayada*).

¡Gran Dios!...
(*Despues de un rato.*)
Mísera anciana,
Todo para mí acabó. (*Gran pausa.*)

DUQUE.

¡Silencio! silencio! oid!
¡Ah! si á tiempo habrá llegado
Jorge!... callad!... se ha salvado.
Miradle.
(*Se oyen pasos á lo léjos, que se van acercando.*)

IDA (*cayendo de rodillas*).

Gracias, señor.

ESCENA VIII.

DICHOS, HERMAN, GUSTAVO, JORGE, GUARDIAS.

HERMAN (*corriendo á sus brazos*).

¡Ah! ¿vos aquí, madre mia?

GUSTAVO.

¡Madre, madre!

IDA.

¡Hijos! Dios bueno!
¡Ah! los estrecho en mi seno,
Y lo dudo todavía!
¡Ingratos! dejarme así
En abandono profundo!
Dejarme sola en el mundo
Sin tener piedad de mí!

HERMAN (*al duque*).

¡Perdon, madre! Y tú, tirano,
¿Por qué suspender ordenas
El suplicio?

DUQUE (*con calma*).

Esas cadenas

A él quitadle, y á su hermano.
(*Le quitan las cadenas.*)

HERMAN.

¡Qué escucho? es un sueño? ¡Madre!
¡A vos os debo el vivir?
¡Ah! no; dejadme morir...
(*Al duque.*)
Bárbaro....

IDA.

¡Calla! es tu padre! (*Pausa.*)

HERMAN (*con sorpresa*).

¡Mi padre!

DUQUE.

Tu padre... sí...
¿Lo dudas?

HERMAN.

¡Mi padre!.... ¿vos?

IDA.

Sí, Herman, tu padre.

HERMAN.

¡Gran Dios!
¿Quereis burlaros de mí?
¿Mi padre?... ¿Es cierto, Sofia?

SOFIA.

Sí, Herman: él tu padre es.

IDA.

¡Hijo, arrójate á sus piés.

HERMAN.

¡Perdon!... (¿Sueñas, alma mia?)
(*A los piés del duque.*)
¡Perdon!

DUQUE (*levantándolo á sus brazos*).

Herman, ven aquí:
Hijo, ya estás perdonado.
¡Ah! yo tambien te he ultrajado,
¿Me perdonarás tú á mí?

HERMAN.

Y lo dudais? ¡oh! mi frente
Está sin juicio.... abrasada!
¡Oh Sofia desgraciada!
¡Oh padre! ha sido inocente
Vuestra esposa: padre mio

No os ha faltado, lo juro
Por mi madre; es ángel puro.

DUQUE.

Dios te bendiga, hijo mio.

HERMAN.

¡Oh madre! ¿soñando estoy?
¡Qué desdichada es mi suerte!
¡Y mi amor! mi amor! ¡la muerte!
La muerte! á buscarla voy!
¡Oh madre! ¡oh Gustavo! adios!
¡Adios, padre! ¡adios, Sofia!
Olvidad la pasion mia,
Y sed venturosa vos.
¡Oh! yo no debo vivir!
Vuelvo á la Tierra sagrada,
Y allí una tumba ignorada
Hallaré donde dormir.

DUQUE E IDA.

¡Hijo!

GUSTAVO, SOFIA.

¡Herman!

HERMAN.

A tí confio
Nuestra triste madre, hermano:
(*De rodillas.*)
Dadme á besar vuestra mano.

IDA.

¿Te vas, te vas, hijo mio?

GUSTAVO.

¿Te vas?

HERMAN.

Para siempre, sí:
Adios, padre.... Hermano.... Madre.
(*Herman va abrazando á todos cuando los nombra; va á abrazar á Sofia..... se detiene y dice los últimos versos*).
¡Ah!... tu amor para mi padre.
Y un suspiro para mí!

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS

EN ESTE VOLÚMEN



OBRAS DRAMÁTICAS

7288-83. — CORBEIL, IMPRENTA DE CRÉTÉ.


211
208
213